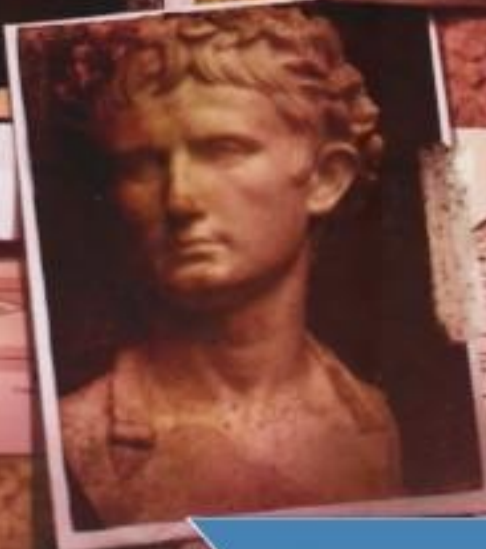


VÍCTOR AMELA

AUTOR DE *EL CÁTARO IMPERFECTO*

AMOR — CONTRA — ROMA



etiam properate simul em... uoluptas,
cum pariter uicti femina utque iacent
ubi seruandus tenor est, cum libera dantur
festinum nec timor urget opus.



Lectulandia

Roma, Siglo I a. C.: Un joven íbero se implica en la revolución amatoria del poeta Ovidio contra las leyes del omnipotente César Augusto... ¡Un viaje a los albores del amor y del poder en occidente!

Urgídar, joven íbero de Lesera, al sur del río Ebro, llega a Roma en el año 12 a. C. para formarse como orador y poeta. Acompaña a Ovidio en la creación de su *Ars Amatoria*, que revoluciona las relaciones de pareja y desafía las leyes morales de Augusto.

Una peripecia iniciática entre poetas y espías, orgías y venenos, fiestas y atentados, termas, circos, lupanares, mercados, jardines y palacios, navegaciones y exilios, rituales mágicos... Y una peligrosa conspiración para suceder al emperador de Roma.

La ambición de Augusto, los venenos de Livia, las orgías de Julia, la paciencia de Tiberio y los juegos de Ovidio —inculpado como *doctor adulterii*— urden una trama histórica de la que brotó la pareja occidental.

Esta novela revela cómo la poesía erótica de Ovidio hizo tambalear la Roma de Augusto —de cuya muerte se cumplen ahora dos mil años— y desvela el enigma del exilio del poeta más influyente de la historia.

Lectulandia

Víctor Amela

Amor contra Roma

ePub r1.0

Titivillus 16.11.2017

Título original: *Amor contra Roma*

Víctor Amela, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Cum pariter victi femina virque iacent.
(«Cuando a la vez mujer y hombre caen vencidos.»)

OVIDIO (*Ars amatoria*, II, 728)

AMOR CONTRA ROMA

PREÁMBULOS

Preámbulo I:

Friso de fotos*

* Ver portada: Tiberio, Julia (arriba); Ovidio (en medio); Livia, Augusto (abajo)

Augusto

Augusto me observa inclinando levemente el rostro hacia abajo. Él siempre lo mira todo desde un plano superior. Frunce el entrecejo, concentrado: nada se le escapa. Desde hace dos mil años, vigila el mundo que él diseñó. Ciñe su testa una suntuosa corona de hojas de roble, privilegio de emperadores, bajo la que asoma un flequillo ordenado, coqueto. Las mejillas frías se escurren hasta el delicado mentón, y la boca de labios bien perfilados, astutos y herméticos revela una personalidad elocuente y taimada. Augusto me observa desde el blanco mármol de un busto que he encontrado fotografiado en internet: lo he impreso y prendido en un gran plafón frente a mi escritorio.

Alzo la vista y la fijo en esos ojos atemporales sin pupilas, esos ojos que todo lo ven. Escribo una novela sobre los días de Augusto, y quiero verle la cara en todo momento...

Livia

A la izquierda de la imagen de Augusto he prendido un rostro de mujer. Ella es Livia Drusila, la mujer que ayudó al emperador a ser el hombre más poderoso del mundo, su fiel esposa durante medio siglo. Bajo un tocado floral, el velo aristocrático que cae sobre sus hombros le confiere aire de sacerdotisa. Livia mira al frente con ojos algo abombados de implacable inteligencia y con una voluntad de poder que prendó a Augusto. ¡Por ella Augusto repudió a su esposa Escribonia, madre de su única hija, Julia! Y Livia, a su vez, abandonó a su marido para casarse con Roma, con Augusto. La boca de Livia es muy pequeña, de mujer que sabe callar y actuar con impenetrable crueldad y sin alzar la voz, en silencio. Una boca de labios finos y apretados, de mujer capaz de reprimir toda emoción y todo escrúpulo cuando conviene difamar y emponzoñar. Esa boca, aplicada al oído de Augusto, mueve el mundo.

Ovidio

¿Y quién es el hombre entre Augusto y Livia? Es el poeta Ovidio, que publicará en el año 2 a. C. un manual de seducción para hombres (con consejos para mujeres). Su busto, medio ladeado, da la espalda al emperador, ajeno a su omnipotencia. Ovidio luce cabello ensortijado y alborotado, cejas fuertes y arqueadas, expresivas, nariz recta de aletas amplias y boca cálida y flexible entre irónicas comisuras. Sus rasgos denotan un espíritu travieso y superdotado para el ingenio verbal y el requiebro galante. Es el espíritu juguetón y sensual del refinado poeta que canta a los frutos jugosos del éxtasis sexual... en vez de loar los mármoles y laureles de la Roma augusta.

Ved aquí, pues, a Augusto y Ovidio, tan cerca el uno del otro. Sus efigies están juntas, pero de espaldas: Augusto anhela la gloria apolínea de Roma; Ovidio prefiere la dionisiaca. Y ambos revolucionan el mundo. El arte amatoria de Ovidio descubre y desvela el orgasmo femenino, el placer sexual de la mujer: queda descrito en su *Ars amatoria*, hace 2016 años, en este 2014, y pone a Roma patas arriba. Augusto, severo, se inquieta: ¿quién manda más en Roma, él con su cetro o ese poeta con sus cantos?

Augusto: disimulaste todo lo que pudiste, pero para ti la obra de Ovidio fue como un desafío. Y sigues disimulando, ¿verdad? Pero aquí quedará escrito que decretaste el exilio de Ovidio a las tinieblas remotas de Tomis. ¡Un poeta! Fuiste herido en tu grandeza por un poeta... ¿Tan terrible fue lo que Ovidio te hizo? Cuatro años después de morir tú, falleció Ovidio en el destierro al que lo condenaste, lejos de sus lectores. Triste final. ¿Sabes cómo acabó Ovidio? Lee, lee... Y no me digas que te duele...

Pero el exilio de Ovidio no evitó que su obra modificase la mentalidad occidental. Ovidio inculca el goce sexual femenino en el mapa mental del varón. Ovidio convierte el orgasmo femenino en lo que nunca antes había sido: un objetivo masculino, una ciudadela que conquistar, un botín que alcanzar, un tesoro. Ovidio, así, feminiza al hombre. Ovidio inventa al amante, el soldado erótico que empuña la espada de la seducción. El hombre nunca más será lo que era: donde antes había solo el violador, el engendrador o el marido, aparecerá el amante.

Augusto ve a su viril Roma disiparse en aventuras galantes, fiestas orgiásticas, pasiones venéreas... y también conjuras contra su autoridad. Contrariado, las desbarata sin contemplaciones, sin reparar en la sangre vertida. Augusto, te esmeraste mucho en maquillar tus degollinas. Detestas que escriba esto...

Ya veo que frunces el ceño.

Julia

El friso de fotografías de mi escritorio se completa con otros dos rostros visibles... además de otros dos invisibles. Sobre Ovidio está Julia, la única hija del emperador. Julia no es hija de Livia, sino del anterior matrimonio de Augusto. Y es la antítesis de Livia: luce un peinado mundano y a la moda, minuciosamente ondulado, que orla un rostro carnoso y sensual, de mujer que ha decidido disfrutar de su cuerpo en su madurez... y no callar más. Julia es la mujer que ha decidido hablar, moverse, no encerrarse en casa a tejer. Por eso yergue la barbilla, orgullosa: ha cumplido veintisiete años y, hastiada de haber sido un útero para la sucesión del imperio, siente que se ha ganado el derecho a desafiar a su padre y a su Roma oficial e hipócrita.

Julia se toma este derecho con un relámpago de revancha y de rabia, después de haberse entregado desde los quince años a los designios de su padre, después de haberle dado cinco nietos que adoptar para sucederle, después de haber padecido los indeseados lechos conyugales de su primo Marcelo, de Marco Agripa y de Tiberio, siempre por mandato del padre que dice amarla... ¿Amaste a tu hija, Augusto? ¿Por eso la desterraste sin miramientos a la isla Pandataria? Augusto, tú amaste el poder sobre todas las cosas... ¿Te enfadas? Sabes que es así...

Tiberio

Y junto a Julia veo el rostro del hombre que fue su tercer y último marido, Tiberio. Cabeza maciza y adusta, frente plana y cuadrada, enmarcada por un cabello muy corto y fuertes mandíbulas. Tiberio es el hijo predilecto de Livia, fruto de su primer matrimonio. Un hombre serio, reconcentrado, nada jovial.

El rostro de Tiberio me inspira cierto tedio y conmiseración, por la infelicidad que destila, por cierto desamparo. Siente sobre su cabeza el peso de la ambición de una madre empeñada en velar por su futuro, en convertirle en heredero del imperio de Augusto. Pero... ¿qué quiere Tiberio? Quizá ni él mismo lo sepa, quizá solo alcanzar una vaga y sencilla felicidad. Quizá un simple reconocimiento, ¡un poco de respeto! Pues Tiberio es un militar recto, sobrio y competente, curtido al frente de las legiones, un general que ha prestado esforzados servicios a Roma..., ¡y el ingrato Augusto apenas le rinde honores por tanta entrega! Tiberio no cae simpático al emperador, que lo considera opaco, plúmbeo, rencoroso. Augusto estima a la gente disciplinada pero vivaz.

Tiberio sobrelleva el desdén de Augusto, que lo obliga a divorciarse de Vipsania, su querida esposa, ¡para casarlo con la intratable Julia! Livia está de acuerdo... Tiberio y Julia se casan, ella con veintinueve años y él con treinta y dos. Y Julia, en vez de tratarlo con consideración, lo ultraja y mancilla su honor relacionándose con jóvenes ociosos y licenciosos. El grave Tiberio, dominado por su madre, humillado por su esposa y zaherido por Augusto, se retira, se autoexilia en la isla de Rhodus, en el otro extremo del Mare Nostrum.

Espera tiempos mejores, que habrán de llegar con el destierro de su esposa.

Julio Antonio

Ya no hay más imágenes visibles en este friso de fotografías. Pero queda hueco para otros dos rostros... invisibles. Uno lo es porque fue borrado por la esponja de la historia. Y el otro... se forma mientras escribo este relato.

El rostro borrado corresponde a Julio Antonio: un rostro varonil, rebosante de vitalidad y hermosura, reencarnación de la belleza hercúlea que exhibió su padre Marco Antonio. ¡Marco Antonio! Aquel desmesurado romano que habría dominado el mundo de no haberse cruzado en su camino el taimado jovencito Octavio. Octavio derrotó militarmente a Cleopatra y a su amante esposo Marco Antonio, que se suicidó en Alexandria. Julio Antonio era por entonces un niño de diez años; ahora tiene treinta y tres años y es un hombre atlético, buen jinete y auriga, de hombros anchos, pecho amplio, cabeza desafiante y rostro varonil de rasgos regulares y definidos, cabellos muy negros y ondulados, nariz recta y fuerte, y una boca de labios firmes que prometen sonrisas arrebatadoras. Bajo sus cejas de águila, la mirada de Julio Antonio es resuelta y atrevida, fogosa, irresistible.

La armonía de sus bronceadas facciones encubre una lava muy ardiente, una furia retenida por su educación, pues ha sido criado por la bondadosa Octavia, hermana de Augusto. Romano apuesto y viril, Julio Antonio es aparentemente fiel a su protector Augusto, quien lo aprecia como si de un hijo se tratara. Pero la voz de la sangre es poderosa... En Roma todos saben que por las venas de Julio Antonio corre la dionisiaca sangre del indómito Marco Antonio... Escribe una obra, *Diomedea*, canto a un héroe que puede identificarse con su difunto padre, enemigo de Augusto...

¿Por qué busco y no encuentro el rostro de Julio Antonio? Ni un sencillo busto, ni un sello, un relieve, un mosaico, un grabado, un fresco... ¡Nada! ¿Sabes qué pasó, Augusto? No disimules conmigo: ¡sé qué es una *damnatio memoriae*! Supresión de la memoria. La practicaron antes que tú los faraones egipcios que borraban el recuerdo de un predecesor: ordenaban demoler sus estatuas, destruir efigies, repicar jeroglíficos para eliminar toda mención... Eso ordenaste hacer con tu querido Julio Antonio. Con suma eficacia: no encuentro imágenes tuyas. Lo borraste muy discretamente. Fue para no provocar a los antonianos, los nostálgicos de Marco Antonio..., pero ordenaste la *damnatio memoriae*.

Entiendo, te incomodas. Voy a explicar lo sucedido entre Julia y Julio Antonio: ¡criados como hermanos... y convertidos en amantes! Y mientras tanto, tú apartabas la mirada... ¡Cómo te dolió cuando tu infalible Livia te lo confirmó todo, sin ahorrarte los detalles! Así supiste que Julia y Julio Antonio urdían planes a tus espaldas. Sofocada la cólera, ordenaste destierros y la muerte de Julio Antonio. Te disgusta que lo escriba, pero fue así... Al llegar tus soldados ante Julio Antonio, él emuló a su titánico padre: empuñó la espada y se suicidó.

¿Cierras los ojos, Augusto?

Urgídar

El último hueco vacío es para un rostro que no aparece en fotografía alguna colgada en internet, pero no a causa de una *damnatio memoriae*. Es un semblante que está formándose en estas páginas, mientras las escribo. El rostro ovalado de un joven de dieciocho años. Tiene el cabello espeso y castaño, y los ojos almendrados de color aceituna. Sus cejas largas se entretienen en el entrecejo arremolinándose en algún vello. Los labios son carnosos. Tiene la voz algo grave, y eso le gusta, porque pretende domesticarla en Roma para llegar a ser orador y poeta: es un soñador, un mozo fuerte y serio nacido en uno de los clanes ilercavones de las montañas íberas al sur del río Hiberus. Se llama Urgídar, nombre ilercavón, y ha decidido volar lejos de casa.

Desde hace meses, Urgídar me acompaña y me asiste para contar esta historia sucedida hace dos mil años, en un momento en que se forjaba la moral en la que aún hoy vivimos. El joven íbero me ayuda con su peripecia, que se enreda con los juegos tórridos de Ovidio, las aspiraciones de Julio Antonio, las pasiones de Julia, las penas de Tiberio, las artimañas de Livia y la implacable ambición de Augusto.

Augusto. El emperador me mira con frialdad. No le gusta verme conversar con Urgídar... Está claro que no le apetece que cuente ahora todo lo que pasó.

Preámbulo II:

Augusta venganza

Augusto llevaba siempre encima un pedazo de piel de foca, convencido de que le protegía contra los rayos lanzados por Júpiter, que más de una vez habían matado a alguien ante sus ojos. El amo del mundo y máximo pontífice romano tenía pánico a las tormentas. Consultaba a astrólogos y a sibilas, nigromantes, oráculos, augures, arúspices y hepatomantes. Todo eran signos. Su esposa Livia consumaba ligaduras, maldiciones y hechicerías aprendidas de brujas etruscas y tracias.

He tenido que protegerme del poder de Augusto, a mi vez, y para eso he confiado en dos objetos: un trozo de metal fundido que recogí de la moleta de Lesera, en Forcall (Castellón), en las alturas de Ilercavonia, probablemente de su fundación íbero-romana. Y una teja de una de las casas de la Lesera romana.

Lesera, amurallada por los íberos, fue convertida en ciudad romana en el siglo de Augusto, hacia el año 15 antes de nuestra era. La Res Publica Leserensis señoreó ese territorio, donde diez siglos después prosperaría la alquería islámica. Posteriormente la zona se cristianizaría y daría lugar al pueblo medieval denominado Forcall, en la actual provincia de Castellón, solar de mis mayores.

Ha sido escasa protección. Augusto sigue operando por aquí con sus poderes, y me ha borrado una vez y media todo lo escrito en mi ordenador sobre esta historia. Augusto me observa. He vuelto a escribirlo todo, en memoria de Ovidio y de un joven que salió de Lesera para vivir en la capital del mundo.

He merodeado en diversas ocasiones por la meseta de Lesera, devastada. Nada permite visualizar la ciudad hispanorromana más allá de unos lienzos de muralla íbera y un pedestal de hormigón romano donde debió de alzarse el Foro.

El autor, Lesera-Roma-Barcino, en el año del bimilenario de la muerte de Augusto.

LIBRO I (año 12 a. C.)

El amor es una milicia, todo amante es un soldado.

OVIDIO, *Ars amatoria*

Augusto se despierta

El dueño del mundo duerme en una sencilla cama baja. Su alcoba es angosta, sin ventanas. Un fresco representa las dos grotescas máscaras del teatro, la trágica y la cómica. Augusto las ve todas las noches al acostarse y por la mañana al despertar. Le recuerdan que vive como un actor. De la excelencia de su función depende Roma.

Apolo, dios tutelar de Augusto, guía el carro del sol por encima del horizonte y amanece sobre Roma. Conviene aprovechar cada rayo para la función, así que Augusto se despereza. En taparrabos y túnica, tal como ha dormido, el hijo del divino Julio César se incorpora y se calza. Se cerciora de no meter el pie derecho en el zapato izquierdo, porque eso le acarrearía mala suerte. Son zapatos de suela gruesa, porque le gusta parecer un poquito más alto.

Hoy no se afeita, se lava un poco manos y piernas, y se cepilla los dientes con polvo dentífrico, una moltura de cáscara de huevo y caparazón de marisco, hueso y cuerna. Desayuna pan empapado en leche, algo de queso y pasta de olivas. Y se dispone para la *salutatio*, el primer acto de su función diaria. Saludará con campechanía y buenas palabras a las personas que todas las mañanas acuden a presentarle sus respetos.

Augusto interpreta a conciencia su papel de sacrificado padre de Roma: quiere ser visto como el primero de los ciudadanos, *princeps*, el ciudadano ejemplar. Por eso vive en esta casa de la colina Palatina, sin grandes patios, jardines ni salones, sin deslumbrantes peristilos, mármoles rutilantes o mosaicos suntuosos. Sabe que esta sobriedad personal alimenta la admiración del pueblo y la confianza del Senado. No quiere ser visto como el señor dominante y arbitrario, sino como el amigo leal, infalible e imprescindible. Prohíbe que le llamen *dominus* (señor) y procura que le pidan que haga... lo que él desea hacer. Quiere tener autoridad y asegura desdeñar el poder. Posee ambas cosas.

Se abren las puertas de la casa y sale a saludar. Le presenta sus respetos una multitud formada por clientes y personas a su cargo, que constituyen su fuerza. También se encuentran allí algunos senadores, a los que recibe con un beso para evitar que se conviertan en un obstáculo para él. Y ciudadanos que lo saludan. Entre estos últimos figura un joven de estirpe íbera, Aulo Frontis Galeria, al que llaman Urgídar, hispano de la Res Publica Leserensis, adscrita a la tribu Galeria, una de las treinta y cinco tribus de Roma entre las que los romanos se reparten su mundo.

Urgídar observa a Augusto. Sabe que el emperador ha dominado las últimas revueltas en Hispania, de donde regresó triunfante hace un año, el mismo año en que él llegó también a Roma para su conquista particular: aprender a escribir y declamar, ser un buen vate.

Urgídar ha llegado a tiempo para ver desfilar al victorioso Augusto por las calles de Roma junto a una estatua de la diosa Minerva, protectora de las artes y la guerra. Augusto ha conquistado el mundo y ahora se concentra en conquistar espíritus.

Augusto embellece Roma, la cuaja de templos, arcos, foros, acueductos, monumentos para el pueblo que embellecen la capital de los romanos. Augusto, vencedor en la guerra, se ocupa ahora de las artes, se rodea de oradores, filósofos, historiadores, poetas, agrupados en torno a dos de sus más ilustres lugartenientes, los nobles Cayo Cilnio Mecenas y Marco Valerio Mesala Corvino.

Urgídar, que escribe poemas, siente que ha llegado a Roma en el momento idóneo. Siente que está en el centro del mundo, del mundo en el que quiere estar. Alza la mano para saludar al *princeps*. Por un momento tiene la impresión de que los ojos azules de Augusto se cruzan con los suyos, que el dueño del mundo le ha mirado.

Carta de Urgídar a su padre

Padre, llevo un año en Roma y hoy he visto al imperator César Augusto.

Padre, estoy bien, y espero que también tú lo estés, y que lo estén mi dulce madre y mi respetado hermano mayor, y toda la familia y mi amada ciudad de Lesera.

Padre, te escribo esta carta para explicarte que hoy he visto al hijo del divino Julio César, el princeps Cayo Julio César Octavio Augusto.

¡He saludado al padre de Roma, al padre del Orbe! Y he pensado en ti, padre mío, porque he recordado aquel viaje que hicimos a Tarraco. Yo tenía solo cinco años de edad, pero no lo he olvidado, padre: cogido de tu fuerte mano —que un día empuñó el gladio para Roma—, vi a César Augusto por vez primera.

Ha pasado el tiempo y hoy tengo ya dieciocho años, ¡pero recuerdo aquel día mejor que cualquier otro de mi vida! Porque fue entonces cuando vi por primera vez el mar, tan amplio y azul, y también a Augusto: ¿acaso pueden verse dos cosas mayores en un mismo y solo día?

Tarraco era entonces ombligo del mundo, y nosotros estuvimos allí. ¿Lo recuerdas? Llegamos al foro, azorados, desde nuestra bienamada Lesera, desde nuestras agrestes y orgullosas montañas. Y en el foro resplandeciente de Tarraco impartía Augusto su justicia. Y vimos y oímos. Pese a mis cinco años, oí algo que nunca he olvidado: un alegato de Marco Porcio Latrón, cuya singular elocuencia lo ha consagrado como el maestro de los mejores retóricos y poetas de Roma, ¡un maestro respetado y admirado por el mismísimo Augusto!

Mi corta edad no impidió que me impactase el modo de hablar de aquel hombre, la cadencia y estilo de su discurso, su seductora convicción. ¡Quién iba a decirme aquel lejano día en Tarraco que Porcio Latrón sería mi maestro! ¡Y en la mismísima Roma!

Así ha sido, padre: hace un año, al llegar a la metrópolis, me presenté en la escuela de Marco Porcio Latrón, como era mi propósito. Tú sabes, padre, que desde aquel día en Tarraco todo mi anhelo ha sido estudiar oratoria con ese constructor de romanos. ¿O es que acaso se puede ser romano sin una lengua educada, ágil y afilada? Sin verbo, no hay Roma. Nunca te agradeceré lo suficiente, padre, que me respaldaras en mi sueño, ¡pese a tu disconformidad! Pues bien sé que hubieses preferido verme junto a mi hermano en nuestra Lesera, al cuidado de la boyante herrería y de los campos de trigo. Pero... también fue culpa tuya mi pasión, padre, pues fuiste tú quien me llevó al foro aquel día. ¿Y recuerdas cómo se deleitaba Augusto al declamar el abogado tarraconense Gavio Silón? «Nunca había oído a un paterfamilias más elocuente y discreto», ponderó. ¡El primero de los romanos que sabe valorar la buena palabra y las buenas letras!

Y luego pudimos honrar al imperator César Augusto, tú como soldado veterano licenciado tras la decisiva batalla de Munda, de la que por entonces hacía veinte años, y yo como hijo del viejo soldado. Y el princeps recordaba cómo tú y tu buen amigo Numerio Asinio Balba, ambos en las tropas de Quinto Fabio Máximo, escoltasteis al divino Julio César y a él mismo —que tenía entonces los dieciocho años que hoy tengo yo, pero con más grandeza— durante un largo tramo de lo que hoy es la Via Augusta, de regreso a casa.

Y cuando le saludé, Augusto me miró y me dijo: «Ave, pequeño aguilucho íbero». ¿Cómo olvidarlo, padre?

Y hoy, como te decía, he vuelto a verle.

Urgídar ante Numerio

Mi querido Numerio:

Si todavía vives y un joven te entrega esta carta, ese joven es mi hijo. Soy Cneo Frontis, tu viejo compañero de armas en Hispania, y mi hijo se llama Urgídar.

Hace veinte años que no sabemos el uno del otro, Numerio, y deseo que los dioses te hayan tratado bien. Conmigo han sido benévolos: me han dado dos hijos de Nerseadín, ¿la recuerdas? Vivimos tranquilos en Lesera, que hoy es ya ciudad, la Res Publica Leserensis. ¿Recuerdas el lugar, de fundación íbera? En caminos de su cercanía nos asaltó una partida de sanguinarios bandidos celtíberos y salvamos la vida espalda contra espalda, esgrimiendo con viveza nuestros gladios: yo maté a un atacante que iba a herirte, tú a otro que se disponía a acabar conmigo. Te recuerdo con mucho afecto, Numerio, y ruego que no me hayas olvidado... Mi hijo prefiere el cálamo a la espada, y tiene un sueño: estudiar en Roma, en la escuela de Marco Porcio Latrón, el gran orador de cuna hispana. Te ruego que le ayudes a llegar hasta él, si eso te fuera posible. Por otra parte, mi hijo estará a tu disposición para lo que necesites: él sabe el mucho aprecio que siento por ti, y te venerará como a un padre.

Te saluda a ti y a los tuyos,

CNEO FRONTIS GALERIA

—¡Por Júpiter Máximo, ven aquí, muchacho! —trona Numerio, quien tras leer la carta que acaba de entregarle el joven Urgídar, lo abraza.

Urgídar ha encontrado la vivienda de Numerio, el amigo de su padre, una modesta pero digna *domus* al norte del foro. De camino a la casa se ha cruzado con sacerdotes y granjeros que venden animales para sacrificios, cambistas y comerciantes de vasijas y linternas, además de grupos de libertos que frotan el gorro frigio del dios Marsias, también llamado Líber porque patrocina la libertad de los que han sido esclavos. Urgídar ha sabido localizar a veteranos legionarios en las tabernas en que se juega a los dados, se bebe vino de los contornos y se canta. Así ha encontrado la pista de la *domus* de Numerio.

Numerio es ya sexagenario, como su padre, algo mayor incluso, o más desgastado por los años. Le quedan pocos dientes, deja crecer su barba más de dos días, es corpulento y algo entrado en carnes, y sufre una cojera causada por alguna vieja herida. Vive sin estrecheces de su paga y de las rentas proporcionadas por un pequeño patrimonio acumulado tras años de mover bien su dinero.

—Mientras no encuentres otro lugar en el que meterte, vivirás aquí con nosotros, hijo. ¡Marcia!

Numerio presenta a su familia al recién llegado: su nieta Marcia, un año menor que Urgídar. Al verla y tocar su mano, el joven siente un arrebol en las mejillas y el pescuezo: es muy bonita. Al recién llegado le gusta ver que ella baja los párpados en su presencia, y adivina bajo la túnica unas formas rotundas, como las de Venus en algunas estatuas.

La presencia de Marcia hace que Urgídar rememore algún escarceo carnal con ciertas amigas de Lesera, ocultos en los trigales de su padre. Pero ahora está en Roma.

Cortejo

—¡Por ahí viene!

Entre las cabezas de la multitud agolpada en el foro, Urgídar vislumbra los caballos blancos que tiran del carro dorado de César Augusto. Encaramado en la basa de una columna, el joven tiende la mano a Marcia para ayudarla a subir a su lado y facilitarle un mejor campo de visión. Son los fastos públicos de la celebración del quincuagésimo aniversario del *princeps*, y toda Roma vitorea a su líder máximo.

Palmas y laureles, pétalos de flores y hojas de roble motean el aire de Roma en homenaje a Augusto, y desde un estrado elevado y engalanado asisten a su desfile ceremonial, como si del dios Apolo se tratase, las tres mujeres más cercanas a la vida del emperador: su esposa Livia, su hermana Octavia y su hija Julia.

A Marcia le interesan más los vestidos, adornos y peinados de las tres imperiales mujeres que el paso del mismísimo Augusto y su cortejo. Urgídar ayuda a la muchacha a sostenerse en la basa de la columna, donde apenas hay sitio para los dos, y la sostiene ciñéndole la cintura con el antebrazo. Apretujados, ven el desfile de líctores, guardias, músicos, senadores y pueblo alborozado. Urgídar advierte el calor dulce del cuerpo de Marcia contra su bajo vientre, traspasando los pliegues de sus túnicas, y siente el creciente impulso de apretarla un poco más contra su ingle. Pero se contiene, por respeto a la nieta de su protector, el viejo soldado amigo de su padre, el veterano Numerio. Y advierte que esa contención, esa retención, le resulta más excitante si cabe.

—¿Qué te ha gustado más, Marcia?

—¡Qué guapa estaba Julia! ¿Te has fijado? Qué bonita cinta en el peinado, qué bellos pliegues de la túnica y la *stola*, ¡qué color azul!

Urgídar y Marcia caminan hacia su barrio, después de la ceremonia. Se entretienen en el *macellum*, el mercado permanente de Roma, una apretujada sucesión de puestos de altramuces, pasteles, tejidos, zapatillas, vasijas, espejos... Para Urgídar, recientemente llegado de la provincia hispana, de la lejana y tranquila Lesera, el espectáculo de la Roma de Augusto resulta tan embriagador que le mantiene enardecidos los sentidos sin interrupción.

El joven colma ávidamente su mirada con los colores de Roma, el rojo de sus tejas de terracota, el blanco de sus fachadas, el verde óxido de los techados de bronce de sus templos, las columnatas marmóreas, policromas, las doradas estatuas... Y también las umbrías de algunos bosquecillos de pinos, jardines públicos donados por Augusto y otros prohombres a la ciudad. La Roma de Augusto no cesa de crecer en tamaño, presencia y belleza.

Los dos jóvenes compran unos altramuces en el mercado y se detienen en uno de esos jardines públicos para compartir las húmedas legumbres y charlar antes de regresar a la *domus* de Numerio para la cena. Marcia se lleva un altramuz a la boca y lo entretiene en su goloso labio inferior, deslizándolo de lado a lado, pensativa.

—¿Será verdad lo que se cuenta de Julia?

—¿De la hija de Augusto?

—Sí. ¿Qué edad dirías que tiene?

—No se me dan bien estos cálculos, Marcia. Cuando te vi, te eché algunos años más de los diecisiete que tienes, así que...

—Julia tiene veintiséis años, y el año pasado parió a su cuarto hijo de Marco Agripa, el gran general de Augusto.

—¿Y qué se cuenta de ella?

—¡Muchas cosas! Que es una mujer diferente, nueva, moderna, que hace lo que quiere.

—¿Lo que quiere?

—Que no obedece a su marido ni a su padre.

—Hablas de la hija del César como si fuese una amazona ¡o una diosa!

—O una puta.

—¡Marcia!

A Urgídar se le atraganta el altramuz que acaba de tomar. Le sorprende oír hablar así a la acaramelada y tierna Marcia, tan cándida. Pero la muchacha no hace sino repetir lo que muchos habitantes de Roma comentan desde hace algo más de un año: en ausencia de Marco Agripa, el poderoso marido de Julia, ella convoca fiestas con los jóvenes de las mejores familias romanas, hijos de patricios, senadores y cónsules. Eso se dice. Los participantes en esas fiestas son veinteañeros llamados a heredar un día las funciones de sus mayores, el timón y la riqueza de Roma. Circulan rumores que hablan de desenfreno, de excesos sensoriales... y sexuales. Y Julia siempre es la protagonista de estas habladurías. Como tantas otras mujeres romanas, Marcia alude a esos rumores con una mezcla de asombro, fascinación y rechazo. Sin embargo, en su ánimo predomina la primera, una extraña fascinación hermanada con el sobrecogimiento que le causa el hecho de sentirla.

—¿Has llamado puta a la hija de César Augusto, Marcia?

—Dicen que aprovecha las ausencias de su marido, a menudo en campaña militar en las fronteras, para organizar fiestas en ricas villas de Roma y acostarse con muchos hombres.

—¿Y tú crees que eso es verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—No sé, pero lo creo. Los ricos siempre acaban haciendo lo que desean, y si ella quiere hacer eso... Sus amigos y ella disponen de muchas villas y jardines, esclavos, cocineros, músicos... Lo tienen muy fácil.

—¿Tú lo harías, Marcia?

Ahora es ella la que se atraganta ante la pregunta de Urgídar. La joven solo estaba imaginando los supuestos libertinajes de Julia... y no esperaba una pregunta personal. Se sonroja. Se da cuenta de que ahora su nuevo amigo hispano tal vez piense que ella,

la nieta del legionario licenciado Numerio Asinio Balba, está deseando acostarse sin recato con muchos hombres. Marcia descubre que este pensamiento es excitante, que la mirada inquisitiva de Urgídar le cosquillea y la complace, pero también la pone nerviosa y la hace sentirse culpable de algo, de modo que se apresura a dejar clara su posición.

—¡No!

—Ah. ¿Y qué quieres tú, Marcia?

—¿Yo? Casarme. Me casaré con un hombre guapo, fuerte, trabajador y honrado, con un buen romano que me proteja y con el que tener hijos y una larga vida.

Arde la sangre

—¿De modo que te gustaría casarte?

—Sí, como se casaron mis padres y mis abuelos, ¡y como debe ser en Roma! Augusto ha decretado unas leyes para disciplinar a esos jóvenes de la alta sociedad que se quedan solteros para llevar una vida fácil y alocada.

Marcia expresa de corrido las ideas y aspiraciones de cualquier romana libre, cualquier romana educada en la moral tradicional. Esa moral de la que parecen querer escapar últimamente muchos jóvenes ilustrados de las clases altas y senatoriales... A Urgídar le complace la respuesta, que le lleva a mirar con interés renovado a su nueva amiga. El joven ha recibido de su padre, en Lesera, una educación acorde con esa antigua y tradicional moral romana.

Se trata de una moral sin fisuras: el hombre es la parte activa no solo de la sociedad, sino también de la pareja. La mujer es la parte pasiva, ¡ese es su encanto! El matrimonio, pues, es una sociedad en la que el hombre, en tanto que *dominus*, engrandece y domina la casa. A su mujer, la protege y la guarda. La esposa, invariablemente dócil, obedece a su marido, y como *domina* gestiona la casa por delegación del poder del marido, dispone de los esclavos (si los hay) y preserva para su esposo la *castitas*. Es decir, que con su conducta recatada y su fidelidad sexual garantiza que no haya sangre extraña que manche la descendencia del marido, su linaje, su casta. El matrimonio romano es un acuerdo en el que dos personas se unen sin considerar de entrada el placer sexual, la pasión, el enamoramiento o el amor.

—Discúlpame, Marcia: me ha parecido que hablabas como si desearas actuar con la misma disipación que atribuyes a Julia. Perdona.

Mientras formula este descargo, Urgídar se siente muy atrevido y nota que un cosquilleo de excitación le recorre el cuerpo, casi como si estuviese asaltando sexualmente a la bella Marcia. Al adjudicarle —aunque sea solo por lejana suposición— las procacidades que ella atribuye a Julia, Urgídar la coloca en una situación que al joven íbero le resulta provocativa y estimulante.

—Y dime, Marcia, ¿qué más se dice de la hija de Augusto?

—Que sus cenas se convierten en fiestas que duran hasta el alba, y en ellas hay bailarinas sirias, egipcias y gaditanas, esclavas muy jóvenes y bellas que bailan semidesnudas, que mueven la cintura como solo esas mujeres saben hacer. Y esas bailarinas se sientan luego entre los invitados.

Marcia se deja llevar por los rumores más cargados de sensualidad. La excitación de Urgídar se le contagia. Aunque no lo reconocería ni ante sí misma, sentir ese poder no solo no le disgusta, sino que la anima a echar un poco más de leña al fuego, solo un poco más...

—Y también aseguran que acaban todos ebrios y fornican en los estanques, o entre los setos aromáticos, o bajo las estrellas, o en el mismo *triclinium*, entre frutas y esclavos que tañen la lira, en posturas atrevidas, más variadas que en los lupanares de

Pompeii.

Marcia se ruboriza escuchándose a sí misma y ya no es consciente de hasta qué punto enardece el fuego que consume a Urgídar, el ardor de sus médulas. Y sigue.

—Julia ha fornicado con una docena de jóvenes patricios de ilustres nombres, y también con músicos, actores y poetas.

—¿Con poetas?

Al oír hablar de la presencia de poetas en las fiestas sexuales de Julia, el joven hispano siente interpelada su ardiente vocación. Por otra parte, se renueva su interés por los chismes de Marcia y siente atizarse la llama que le sube desde las ingles hasta el pecho.

—Hay artistas, escritores, personas cultas e ilustradas de la alta sociedad. En esas fiestas se leen los versos más lascivos.

Han llegado frente a la casa de Numerio, a quien encuentran en la entrada reparando la puerta. Marcia se separa del íbero y corre a saludar a su abuelo. Le besa en la mejilla, da un alegre salto y se cuelga en la morada. Numerio mira a su joven pupilo.

—¡Urgídar! ¿Ha ido bien la tarde? Hijo, me gusta ver que te ocupas de Marcia y que os hacéis amigos. Me gusta, sí.

Urgídar, aún aturdido por la excitación de la charla con la muchacha, inclina la cabeza y se disculpa ante Numerio por no quedarse a cenar. Aduce que se ha citado con un colega de la escuela de oratoria, anuncia que volverá más tarde a dormir y se larga precipitadamente.

Sus instintos carnales, encendidos por Marcia, lo conducen hacia las calles de Subura, el barrio con fama de albergar el mayor número de prostíbulos de Roma.

In tabernae

Urgídar retiene en sus pupilas las imágenes de las muchas mujeres que se ofrecen a los viandantes en casi cualquier rincón de Roma. No ha dejado de verlas ni un solo día desde que llegó a la ciudad. De todas las tentaciones de la capital del mundo, esta recurrente presencia femenina se convierte para el joven íbero en la más acuciante.

Y en este crepúsculo romano, después de la traviesa conversación con Marcia, tras imaginar fornicaciones con sensuales bailarinas gaditanas y mujeres imperiales en villas romanas, la tentación lo arrastra.

Urgídar duda, tenso, algo nervioso, no acaba de decidir hacia dónde encaminar sus pasos, no sabe si internarse en el barrio de Subura, de prostibularia fama; si regresar a la zona del foro o si torcer hacia la del teatro de Marcelo, bajo cuyos acogedores arcos (*fornix*) se fornicaba fácilmente con ramera callejeras que disponen ahí de un modesto camastro, resguardado de la vista de los transeúntes por una simple cortina. Una cortina que, a menudo agujereada, permite el solaz de algún paseante curioso. El joven no sabe bien qué hacer, pero ha tomado una clara determinación: esta noche quiere sentir el cuerpo tibio de una mujer pegado al suyo y acariciar sus pechos y nalgas, notar el calor de su húmeda entrepierna en los dedos y deslizar su palpitante tirso por el jardín de Venus, ararlo y hundirlo hasta la raíz.

Urgídar ha podido disfrutar de algunos roces a escondidas con chicas de Lesera, juegos pícaros siempre fugaces y sobresaltados, pero todavía no ha tenido ocasión de mantener una relación sexual prolongada y plena con una mujer experimentada y desenvuelta, con una mujer que fornicase con él sin más juegos ni rodeos que los encaminados a satisfacerle. En su casa de Lesera ha vivido siempre confortablemente, pero su padre no ha podido tener esclavos ni, por desgracia, esclavas en cuyos cuerpos dóciles hallar desahogo.

El ansia lo aturde; entra en una taberna para insuflarse ánimos con algún bocado y un vaso de vino. Come un poco de pan rústico con queso de oveja y bebe un trago muy largo del vino de la casa, diluido con agua según los cánones romanos y levemente aromatizado con hinojo por gusto del tabernero.

—¿No es un falerno, eh? Ja, ja, ja...

Quien le habla es un joven algunos años mayor que él que, sentado a su derecha, le sonríe con mirada simpática y expresión avispada. Urgídar lo mira, alzando las cejas en un gesto inquisitivo, ya más relajado que al entrar.

—Al vino, me refiero: que no es falerno, ni céculo, ni caleño, ni formiato. ¡Un sabino, como mucho! Y modestito, para ir tirando. ¡Y que dure!, je, je... —pontifica el desconocido, que eleva su copa, brindándola a los dioses, antes de apurar su contenido de un sorbo y pedir otra.

—Entiendes de vinos, veo —apunta Urgídar, al que su nuevo interlocutor le inspira confianza y le hace sonreír, por su achispado desenfado.

—Entiendo un poco de casi todo, aunque de nada demasiado, ja, ja... Me llamo

Hermenio. ¿Y tú?

—¿Yo? Soy Urgídar, y este vino me parece muy bien, a falta de uno de Hispania.

In vino veritas

Pocas copas después, Hermenio y Urgídar son amigos de toda la vida. El hispano le habla de su casa paterna, de su lejana Lesera, de sus aspiraciones poéticas, de sus estudios en la escuela de Latrón... Comparten una habilidad: ambos saben leer y escribir. La alfabetización es común entre los ciudadanos romanos de las clases altas, pero constituye una rareza entre la mayoría de la heterogénea población de Roma, un tercio de la cual son esclavos iletrados, y muchos otros son libertos que bastante tienen con trabajar para su sustento. Urgídar se entera de que Hermenio es hijo de un liberto inteligente que le procuró una buena formación, que ahora tiene veintitrés años y que se gana la vida como *subrostanti*.

—¿Y en qué consiste tu trabajo, Hermenio?

—Un *subrostanti* recorre la ciudad en busca de noticias para venderlas bajo las columnatas del foro a personas ansiosas de novedades y sucesos.

—¿Qué clase de noticias?

—Uno vende una casa, otro busca a un pariente, aquel ha inventado no sé qué, el otro se muda, ha aparecido un nuevo libro...

—¿Y cómo te enteras tú?

—Tengo mis informadores, hay intercambio de favores, y también circulan rumores...

—¿Rumores?

Hermenio no le oculta que no todo son siempre noticias fidedignas, veraces: algunas veces ha vendido también chismes y rumores, y no niega haber escrito por encargo algún libelo e incluso haber garabateado en los muros algún grafito difamatorio. Urgídar tuerce el gesto sin ocultar a Hermenio que desapruueba semejante conducta.

—¡Pero de algo hay que vivir, Urgídar!

—Sí, hasta que un día te rompan las piernas.

—Ja, ja, eso hizo Augusto con uno de sus secretarios de confianza al enterarse de que había sido indiscreto con el contenido de cierta carta confidencial.

—Y bien que hizo el emperador. Roma no paga traidores. ¡Aunque ya veo que a ti te gustan los chismes!

—Reconozco que me costaría mucho contenerme y no contar todo lo que viera en ese nido de espías, que seguro que sería muy sustancioso.

—¿La casa de Augusto, nido de espías?

—Cayo Cilnio Mecenas no solo se dedica a reunir a poetas para que canten las glorias de la Roma de Augusto. Ha creado una tupida red de espías al servicio del *princeps*. ¿Y no podría ser que alguno de esos espías... espicara a Augusto para otros?

—¿Para quién?

—¿No tienen también sus propios espías muchos senadores, generales y patricios? ¡Y su esposa Livia o su hijastro Tiberio! En Roma hay un cruce constante

de notas y cuchicheos. Por cierto, si vas a ser poeta, acércate a Mecenas.

Urgídar ha confiado a su nuevo amigo sus aspiraciones poéticas, y también le ha hablado de su familia romana de adopción. Y de la bella Marcia. Al oír sus palabras sobre ella, Hermenio advierte la excitación del muchacho y le aconseja.

—Mientras te calientas con esta Marcia, no olvides que Roma está llena de mujeres con las que puedes divertirte.

—Ya lo he visto.

—¡Divirtámonos, pues! Es hora de recordar lo que le dijo Catón el censor a un joven que salía de un burdel y que, al verle, se avergonzó e intentó ocultarse.

—¿Qué le dijo Catón? No lo recuerdo...

—«Joven, si te espolea la lujuria, ¡haces muy bien en frecuentar a mujeres de baja condición en vez de importunar a castas matronas!»

Urgídar rio con ganas. Había trasegado ya dos copas de vino y la tercera inflamaba su concupiscencia y le inclinaba a hablar de mujeres y burdeles.

—¡Ah, sí, ya recuerdo haberlo leído! Al día siguiente Catón se cruzó con el mismo joven ante ese burdel y lo vio salir altivo y desvergonzado. En esa ocasión le soltó otra cosa.

—Ahora soy yo quien no lo recuerdo...

—«Haces bien en visitar a putas para expulsar tu semen sobrante..., ¡pero mal por hacer del lupanar tu hogar!»

—Entonces, no convirtamos el lupanar en nuestro hogar, pero ¿qué te parece si vamos a expulsar la semilla sobrante? A mí me vendrá muy bien y diría que tú estás deseándolo. ¿O me equivoco?

En el burdel

El edificio tiene dos plantas. Urgídar y Hermenio trasponen la entrada, cerrada únicamente por una cortina, y enseguida les recibe el *leno*, el encargado del lupanar, un hombre calvo y malcarado, esclavo del dueño, que administra el negocio. Les hace pasar a un atrio con *impluvium*, donde se sientan en unos bancos adosados a las paredes. Hermenio y Urgídar, excitados, sienten el imperioso deseo de elegir ya con quien desfogar sus ansias. Urgídar pasea la mirada impaciente por los coloristas y vívidos frescos que campean sobre algunas de las puertas que dan paso a las celdas, y se levanta nervioso para escrutarlos más de cerca.

Su excitación se inflama al contemplar las escenas, que ilustran diversas especialidades sexuales de las prostitutas de la casa. En una de las pinturas, la mujer lame y succiona el pene del hombre. En otra, él reposa con los brazos cruzados bajo la nuca mientras ella cabalga de frente. En otra, ella le ha dado la espalda y se ha sentado a horcajadas sobre su miembro erecto, virando su talle hacia atrás para mirarlo a los ojos. En otra, el hombre la penetra desde detrás, agachada ella como una loba. Está en una casa de lobas, un lupanar.

Cubiertas apenas por breves túnicas de leve gasa que no esconden las formas de sus cuerpos, se asoman al *impluvium* media docena de chicas. La mayoría son esclavas, pero también alguna liberta que ha podido comprar su libertad gracias al dinero obtenido con su cuerpo, y que ha decidido seguir ejerciendo el oficio que mejor conoce. Urgídar desliza su mirada de una a otra. Hay una chica africana, negra, muy delgada. Otra egipcia, con alguna cicatriz de latigazos en las caderas. Hay una gala entrada en carnes y pecosa. Una germana de prominentes pechos con el cabello muy largo y rubio. A Urgídar le llama la atención este cabello, como a los romanos en general. ¡La visión de estas cabelleras rubias en una mujer les resulta afrodisíaco! Por eso algunas mujeres romanas de clase alta se confeccionan pelucas con las cabelleras rubias de sus esclavas germanas, para excitar a sus maridos... y a sus amantes.

Otra chica, latina, se pavonea con el pelo teñido de rojo, y otra libia, de azul. Todas se les insinúan con gestos libidinosos. Urgídar duda entre la africana y la latina. Finalmente, le seduce más la del pelo de fuego. El íbero paga tres ases al *leno* —no más de lo que ha gastado en las copas de vino— y se deja llevar de la mano por la joven a una de las *cubicula*.

A Urgídar le encanta la dulzura con que la chica le retira su *toga virilis*, la vestimenta que tiene derecho a usar desde que alcanzó la edad viril, a los catorce años, tras la fiesta ritual correspondiente. Desde entonces es un *vir*, un varón romano. Y la esencia del *vir* se define por la potencia, por la actividad viril, por la erección y la penetración. Roma es eso: acción y dominio.

Tras apartar la toga, la chica le retira con delicadeza el *subligar*, el taparrabos de lino que le recoge los genitales. Y lo hace con tanto encanto, que ese mero gesto consigue endurecerle el falo y le incita a tomar el cuerpo de la chica por las nalgas y

apretarlo contra el suyo.

—¿Cómo te llamas?

—Herenia —responde ella, sorprendida de que el hombre que ha pagado por poseerla se interese por este detalle.

—Eres hermosa, Herenia —se oye decir Urgídar con voz ronca por el deseo, reseca la garganta, mientras la despoja de sus gasas, la besa en el cuello, sopesa sus pechos.

Durante la media hora siguiente, Urgídar se regala. Se concede todo lo que ha deseado desde esa tarde, cuando la conversación con Marcia acerca de Julia ha comenzado a dibujarle todas las fantasías sexuales de las que es capaz, un deseo que han enardecido las pinturas del lupanar.

Urgídar siente fluir su simiente, con los dedos crispados en la grupa de la chica, dominada y penetrada como en el dibujo de la entrada. Se desmadeja, se deja languidecer en el lecho. Herenia, tendida a su lado, acaricia el suave vello de su pecho.

Urgídar se deja hacer, satisfecho, relajado, aliviado y viril como un buen romano.

Dos hombres castos

Urgídar se reúne con Hermenio en la entrada del lupanar, en la templada noche romana. Se sienten distendidos y alegres. Comentan el lance. El joven romano no tiene empacho en expresar lo mucho que le ha complacido gozar de un impúber, un muchachito de apenas doce años. Aunque su intención era yacer con una mujer, al ver a ese efebo en el *impluvium*... le ha parecido más apetecible.

No es una inclinación sexual que comparta Urgídar, pero no la condena. Para él, como para cualquier ciudadano romano, Hermenio es un hombre honesto y casto. Y eso es así porque en todo momento ha sido la parte activa de la relación sexual, no se ha puesto al servicio del placer de alguien inferior a él, de un esclavo o una mujer.

—¿No le habrás chupado la verga al mozuelo, eh? —pregunta un Urgídar risueño y con ganas de bromear, por incordiar a su amigo.

—¡No te sobrepases, hispano! ¿Me has tomado por una mujercita? ¡Quizá tú sí le has lamido el coño a la del pelo rojo!

Urgídar ríe ante la rápida respuesta humorística de su amigo, que le devuelve con creces su anterior puya: ¡nada puede avergonzar más a un romano libre que la sospecha de practicar un *cunnilingus*! ¿Qué acusación puede resultar más ofensiva para un ciudadano romano... junto a la de ser sodomizado? Y si quien sodomiza es un esclavo, la cuestión se convierte ya en una ofensa a la dignidad de Roma misma, como plantea Artemidoro: «Ser penetrado por un esclavo es incorrecto y ofensivo porque denota desprecio por parte del esclavo».

Sodomizar es dominar, es un acto de poder, de quien puede sojuzgar y castigar al otro. En muchos jardines y casas de Roma, la presencia de un falo —propiciatorio de prosperidad material y talismán contra todo mal— es también una advertencia para intrusos y ladrones: de ser sorprendidos, el *dominus* de la casa tiene pleno derecho a sodomizarlos. «Te la hincaré hasta la séptima costilla», reza una epigrafía en algunos de estos falos de piedra o madera.

Urgídar y Hermenio son hombres, ciudadanos romanos libres, y en todo momento han preservado su *pudicitia*, son hombres castos. Y ello es así porque no han sido sodomizados. Un ciudadano solo podrá ser tildado de «impúdico» si opta por ser la parte pasiva en una relación sexual. Y ser impúdico es infamante para la moral romana. Así lo expresa en uno de sus discursos el orador Marco Anneo Séneca, a quien Urgídar ha leído en sus estudios en casa de Marco Porcio Latrón: «La impudicia es infamante en el hombre libre, un deber en el esclavo hacia su amo y un servicio en el liberto».

¡El ciudadano romano no ha venido a este mundo para dar placer a nadie! Su privilegio es obtener virilmente el goce de jovencitos y mujeres no libres. Ya lo escribió el gran dramaturgo Plauto dos siglos antes, para despejar el camino a los hombres de su tiempo y evitarles confusiones: «Mientras te abstengas de casadas, viudas, vírgenes o muchachitos de libre cuna, ¡fornica con quien te dé la gana!»

Urgídar y Hermenio han crecido imbuidos por esta moral romana..., que ahora empieza a parecer anticuada ante una nueva moral, un comportamiento emergente entre los jóvenes más cultos de Roma y que empieza a llegar a las clases populares: la moral ovidiana.

Una nueva moral que Ovidio recoge y canta en sus poemas amorios. Urgídar recuerda su conversación con Marcia acerca de las nuevas costumbres licenciosas de los jóvenes amigos y amigas de Julia, la hija del emperador. Una moral que está poniendo de moda un nuevo concepto: el placer de la mujer.

—¿Te he hablado de mi amiga Marcia, Hermenio?

—Sí, la muchacha que esta tarde te ha calentado con su charla... Escucha: ¿por qué no venís conmigo al circo mañana? ¡Hay carreras de carros por el aniversario de César Augusto! Yo iré.

—Hablaré con ella, de acuerdo. Marcia dice que quiere casarse y ser una buena matrona, pero no puede disimular que, al mismo tiempo, desea sentirse como una diosa erótica, como una de esas hijas y nietas de senadores en una de las fiestas que celebran en sus jardines...

—En Roma cada día hay más mujeres fantasiosas y locas como tu amiguita, ja, ja... ¿Cuándo vas a clavarle tu verga?

—No lo haré, más que nada por respeto a su abuelo. Le deseo a Marcia un matrimonio como mujer casta con un buen hombre romano que la proteja. Yo tengo otros propósitos, amigo mío.

—¿Cuáles?

—¿Has leído a Ovidio?

—Algún poema suyo he oído por ahí, sí.

—Admiro su obra poética. Me gustaría tenerle por maestro en el arte de versificar... y en el de amar.

—¿Y eso en qué consiste, Urgídar?

—En vivir solo de mi talento con el cálamo y la palabra, en no depender de los óbolos de los poderosos... y en conquistar el placer de mujeres libres en el lecho. Lograr que se derritan en mis brazos para cantar luego esas victorias con rutilantes versos.

—¡Te estás amariconando, amigo Urgídar! Creí que eras un hombre, un *vir* entero y verdadero, pero ya veo que estás corrompiéndote, pobrecillo, ja, ja...

—Hacer chillar de puro gozo a una mujer entre las sábanas: ¡he ahí el máximo placer para un hombre, dice Ovidio!

—Un pervertido, ya veo. Qué tipo retorcido y morboso, con ganas de complicar las cosas sencillas de la vida, estando tan claras. Disfrutar, relajarse, limpiarse. ¿O acaso no has disfrutado con tu pelirroja?

—Sí, ¡pero estoy hablando de algo distinto! No me seas paleta, Hermenio, que tú no eres un ágrafo analfabeto.

—¡Ilumíname, oh refinado hispano, ilumíname tú, que llegas de un país en el que

los hombres oléis a queso y vuestras cabras caminan siempre escocidas!

—Si un hombre se contenta con el fornicio de rameras, no será un hombre completo.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

—Lo dice Ovidio: ¿qué mérito tiene tu placer si lo obtienes con cuatro monedas? ¡Muy poco! El hombre de verdad consigue que la mujer lo desee ávidamente, que ella le requiera para alcanzar su placer. ¡Ah, ese es el verdadero dominio!

—Pregúntale a tu Ovidio qué rara enfermedad le lleva a tener un corazón tan torturado.

—Lo haré de tu parte —se mofa Urgídar—, pero no es enfermizo: me atrae la idea de dar placer a la mujer y que ella me demande ese placer, y no dinero.

—Pues ya me contarás.

Los dos amigos, alegres y con la lengua suelta, salen de la Subura, el barrio prostibulario de Roma, sin abandonar el tono de su conversación.

—Dime, Hermenio, tú lo sabrás: ¿cómo hacen estas meretrices para no quedar preñadas?

—Se lavan enseguida con agua fría y se aplican no sé qué pócimas. También conocen brebajes abortivos, dado el caso. Y si una criatura llega a nacer, la abandonan en la calle, donde la devoran los perros. O la recoge algún traficante de esclavos para venderla al cabo de los años como mercancía sexual.

—Triste destino.

—Pues pudo haber sido el del mismísimo César Augusto.

—¡Qué dices, hombre! —Se escandaliza Urgídar.

—Attia, su madre, después de alumbrar al bebé, lo depositó en el suelo de la casa, como es costumbre, para ofrendarlo al marido. Ya sabes que, como señor de la casa, este tiene toda la potestad de adoptar o repudiar al recién nacido. Y se cuenta que el padre, Cayo Octavio Turenio, tuvo alguna duda antes de aceptar a esa criatura... No debía de tener muy buena pinta: ¡por muy poco no acabó Augusto devorado por los perros, ja, ja!

—Hermenio, vete a las columnas del foro y cuéntalo, si te atreves, pero si sigues destilando murmuraciones como esta en mi presencia, no volveré a ir de putas contigo.

Marco Porcio Latrón

Urgídar se despide de su amigo y deambula por las oscuras calles de Roma, esporádicamente iluminadas por una tea o por la difusa luz que emana de algún ventanuco. Camino de la *domus* de Numerio, el joven íbero se sorprende de sentirse todavía tan desvelado, pese a las sucesivas emociones de la jornada, al vino, al lupanar y a lo avanzado de la madrugada.

En un cruce de calles, cae en la cuenta de que sus pasos lo han conducido hasta la casa-escuela a la que acude todos los días para recibir las clases de Marco Porcio Latrón, su maestro de gramática, retórica y oratoria, el más célebre y prestigioso de Roma desde hace ya veinte años.

Días atrás, acompañado por su protector Numerio, Urgídar se presentó ante el gran retórico. El común origen hispano del muchacho y del cuarentón maestro, natural de Corduba y criado en Tarraco, hizo que entre ellos se estableciera una corriente de simpatía. Latrón aceptó al joven íbero como discípulo tras comprobar su entusiasmo literario y leer alguno de sus poemas elegíacos a la moda.

Urgídar, henchido de orgullo, se lo explicó a su padre en una carta, en la que le recordaba que juntos habían visto al orador en el foro de Tarraco, doce años atrás. El joven tiene muy presente que por esa época Latrón era maestro ¡del mismísimo Ovidio!, nada menos que del poeta a quien ahora lee con creciente fervor y aspira a emular.

Urgídar ve luz de candiles en la ventana del estudio de Marco Porcio Latrón y entiende: el maestro trabaja. Latrón tiene fama de consumir las madrugadas entre letras y tintas, de no ser capaz de cambiar el escritorio por el lecho y de dejarse arrastrar por el trabajo hasta el agotamiento, hábitos a los que se atribuye que el maestro hispano luzca invariablemente una tez pálida, algo que se ha convertido en un emblema de su entrega al estudio. Algunos de sus discípulos, por emular la distinción del maestro, beben a escondidas una pócima a base de comino que intensifica la palidez de su semblante.

—¡Urgídar! ¿Qué haces tú aquí a estas horas, muchacho?

—Me he perdido por estas calles, he visto luz en tu casa y... ¿puedo hablar contigo, maestro?

—Pasa.

Porcio Latrón invita al joven íbero a subir a su estudio, en la planta superior de la *domus*. La estancia, iluminada por la llama cálida de varios candiles, está tapizada de armarios y anaqueles de madera cuyos compartimentos reventan de volúmenes, rollos de papiro y pergaminos.

Sobre el escritorio se extiende un abanico de tablillas de madera encerada, algunas ligadas de dos en dos como un cuaderno sencillo, y también algún díptico más lujoso, con cierre incorporado. El joven Urgídar se relame ante la profusión de cálamos de pluma de ave, punzones (*styli*), pinceles y tinteros metálicos que se

agolpan sobre la mesa de Latrón. Y no puede evitar recordar una prescripción de Quintiliano, otro ilustre discípulo del maestro: «Es muy bueno escribir en tablas enceradas en las que puedes borrar fácilmente, mientras que escribir en pergamino, con ese constante ir y venir del cálamo al tintero, frena la mano e interrumpe el pensamiento».

—Estoy escribiendo un discurso para que un buen amigo de Marco Agripa lo pronuncie en el foro. A ver si de este modo enmiendo mi malentendido con el general... —confía Latrón a Urgídar.

—¿Qué pasó, maestro?

—Bah, en un discurso público en presencia de Augusto, Marco Agripa y Mecenas, aludí a la historia de un joven adoptado... Y Agripa, de origen humilde y demasiado susceptible, se dio por aludido y me interrumpió de malos modos. ¡Se confundió, no estaba refiriéndome a él! Pero callé.

—¿Por qué, maestro?

—Cualquier intento de defenderme habría agravado la ofensa a Agripa.

—¿Qué dijo Augusto?

—Nada. Se retiraron juntos. Augusto me tiene en estima..., pero más aprecia a Agripa, ¡naturalmente!

—¿Ah, sí? ¿Cuál es su relación?

—Siendo muy jóvenes Augusto, Marco Agripa y Mecenas, protegidos los tres por Julio César, fueron enviados juntos a estudiar a Apolonia, en Macedonia, con los mejores maestros griegos, como se estilaba entre los jóvenes romanos de las nobles familias. Marco Agripa y Mecenas ya eran amigos de Augusto, pero esa experiencia casi infantil los unió para siempre. Eso y algún que otro secreto...

—¿Qué secreto?

Marco Porcio Latrón se levanta, rodea su escritorio, ordena unos pergaminos, enrolla un papiro y lo guarda en uno de los estantes de los *armaria*. Mueve un tintero de la mesa y mira a Urgídar. Le cae simpático este inquieto íbero de ojos color de oliva en los que la pasión y el temple se hermanan, este joven a la vez atento y con personalidad.

—En Apolonia los tres amigos estudiaron astrología, además de otras disciplinas: matemática, geometría, oratoria, lengua griega... Tenían dieciocho años, y los tres juntos acudieron a su maestro astrólogo para levantar sus respectivos horóscopos...

—¿Y?

—Se prometieron guardar en secreto las predicciones. Y ese secreto los une indisolublemente.

—¿Podemos imaginar algo?

—Se cuenta que el astrólogo, Diógenes, ¡se arrojó a los pies del joven Octavio al ver los astros de su nacimiento! Auguraban el destino glorioso del joven... Poco después llegó a Apolonia la noticia de la muerte de Julio César...

—Los dioses aman a Augusto.

—Es así. Quien sea sorprendido en Roma escrutando predicciones astrales sobre Augusto o su familia... pagará con el destierro o la vida.

Urgídar asiente y, por un instante, su memoria vuela a su Lesera natal, junto a su madre, concedora de la magia de los astros por tradición familiar. Junto a ella vivió algunas noches de verano observando el firmamento en el reflejo del agua, un ingenio de los viejos ilercavones. Una pileta cúbica de cinco lados, abierto el sexto al cielo, esculpida en la roca viva, tintadas sus paredes de color negro a base de grasa y hollín. Llena de agua, su superficie era un espejo límpido que reflejaba durante la noche el fulgor de los astros.

—Nada separará a Marco Agripa y Augusto. Y actualmente, además, son familia: Marco Agripa es hoy yerno de Augusto, padre de sus nietos y posibles sucesores.

—¿Y Mecenas?

—Lo mismo. De no estar tan unidos, ¡Augusto habría mandado cortar la cabeza a Mecenas hace nueve años! Pero no.

—Me intrigas, maestro.

—Hubo una conspiración secreta contra la vida del *princeps*. Los espías de Augusto, sutilmente dirigidos por Mecenas, descubrieron la conspiración. ¡Y resultó que uno de los implicados era Murena, cuñado del propio Mecenas! Sí, el hermano de su propia esposa. Y Mecenas, por amor a Terencia, le sopló que iban a detener a su hermano.

—¿Y se puso a salvo?

—Sí. Murena huyó lejos. De todos modos, poco después los soldados de Augusto lo mataron. Augusto supo de la indiscreción de Mecenas. De haberse tratado de cualquier otro, Augusto lo hubiese matado. Pero no a Mecenas.

—Unidos hasta el final...

—Nadie ha dado más bienestar a Augusto que Mecenas. Su villa en Tibur es un paraíso, un remanso de belleza y arte, animado siempre por músicos y poetas. Allí se retira Augusto cuando sospecha una revuelta, si se siente desfallecer, junto a Horacio y Virgilio, mimados por Mecenas.

—¡Virgilio! ¡Horacio!

—Demasiados vínculos unían a Mecenas y a Augusto, que precisamente por ello han seguido unidos. Y también por Terencia, esposa de Mecenas... y amante de Augusto.

—¿Han compartido mujer a sabiendas?

—Sí. La mujer de Mecenas era amante del *princeps*. Y Mecenas lo aceptaba por amor a ambos: es un hombre muy diplomático y de trato prudente. Ovidio conoce muy bien este asunto de Terencia...

—¡Ovidio! ¡Mi poeta predilecto, maestro! En los poemas de *Amores*, Ovidio llama «Terencia» a su hermosa amante... ¿Es simple casualidad?

—Ja, ja, ja... Eso debería contártelo él mismo.

—¡Nada me gustaría más que conocerlo! Tú y Ovidio sois las dos personas que

más admiro en Roma. Me enorgullece que el poeta Ovidio te cite como maestro predilecto, y que incluso te atribuya alguno de sus versos...

—Ovidio es muy efusivo. Nos tenemos aprecio. Nos vemos poco, pero siempre es un motivo de alegría saber de él, o encontrármelo. Esa es la palabra: alegría. Diría que Ovidio es el hombre más alegre que conozco. Y tengo para mí que se ha convertido ya en el mejor poeta de Roma.

—Oír esto acrecienta mi deseo de conocerlo, maestro. Su obra me atrae más que la de Virgilio, más que la de Horacio, y es más poderosa que la de Propercio o Tíbulo. Me atrevo a pedirte un favor: ¿podrías presentármelo?

—Te acompañaré cuando quieras a su despacho en el foro. ¿Escribes poemas, Urgídar?

—Sí, ¡nada hay que me guste más! He nacido para ser poeta, para escribir, y me gustaría llegar a declamar como los mejores, como tú. La obra de Ovidio es mi inspiración.

—Y un riesgo.

—¿Un riesgo?

—A nada teme más un gobernante que al verso de un poeta. Un poema burlón, una sátira bien escrita, un discurso ácido bien construido... dañan más la autoridad que el más belicoso ejército enemigo. Y el *princeps* bien lo sabe.

—¿Teme Augusto a los poetas?

—Augusto conoce el poder de la palabra. Es un buen orador, y se esmera. Años atrás me pidió consejo... He tenido ocasión de leer alguno de sus textos. Para Augusto, un buen poeta puede ser el mejor aliado o el más peligroso enemigo. Admira y teme a los poetas como al mismísimo rayo, cuyo poder conoce. De hecho, Augusto se protege del rayo con un trozo de piel de foca que siempre lleva encima. Del mismo modo se protege de los poetas.

—¿Cómo?

—Imitándolos, fingiendo que los ama. Por eso los halaga, los mimas, los regala e invita.

—Pero siendo el hombre más poderoso del orbe...

—Se ha bañado en sangre para llegar a serlo. Demasiado derroche de sangre... Incluso tuvo que matar a Cicerón, al que ya se había atraído a su causa...

—¿Por qué?

—Por las proscripciones tras la muerte de Julio César. Marco Antonio y él compartían el poder, pactaron una lista de ejecuciones, y Marco Antonio exigió la vida de Cicerón: le había criticado, así como también a Fulvia, su esposa. Y Augusto aceptó.

—Vaya.

—Cicerón fue ejecutado en el foro, y le cortaron la cabeza y las manos. Entonces Fulvia protagonizó una escena terrible... Yo lo vi.

—¿Cuál?

—Subió al estrado, extrajo de entre sus cabellos dos horquillas de oro y, con saña, las clavó en la lengua de Cicerón. ¡Por todo lo que el orador republicano había dicho de ella y su familia!

—Qué tiempos...

—Hemos mejorado, pero... Mecenas ha enseñado a Augusto cómo actuar con los poetas: Virgilio, Horacio, Propertio, Tito Livio... comen de la mano de Mecenas, que les proporciona casa en el campo y recursos. Por otra parte, Augusto se garantiza que canten a la gloria de Roma. A su propia gloria...

—¿Y Ovidio?

—Ovidio, junto a Tíbulo, a quien hace seis años dedicó una bella elegía en su muerte, se ha movido en el círculo de Valerio Mesala, al igual que Sulpicia, sobrina de Mesala.

—Háblame de Mesala.

—Es otro gran protector de poetas, un hombre rico, de corazón republicano, aunque en la batalla de Actium se decantó por Augusto contra Marco Antonio. Sin embargo, a diferencia de Mecenas, su círculo se mantiene alejado del poder imperial y de sus pompas. No les apetece ensalzar la gloria de Augusto, sino cantar a la belleza sencilla de la vida, al amor, a la existencia serena y pacífica. Son algo así como... pitagóricos. En el círculo de Mesala se respira una gran libertad de palabra y pensamiento. Les atrae la figura de Marco Antonio..., una actitud no muy prudente ante Augusto... El círculo de Mecenas es más solemne. Y en la atmósfera relajada y divertida de Mesala se ha formado Ovidio. Mesala fue el primero en leer y ponderar sus composiciones, bajo el pseudónimo de *Lygdamo*.

—¿Y con qué ojos les mira Augusto?

—El *princeps* respeta a Mesala, que le ayudó a desbaratar la conspiración de Murena, pero sabe que no puede dominarlo, que sus poetas jamás escribirán al dictado. Augusto les teme por la libertad de su cálamo, y soporta algunas de sus burlas con templanza: sonrío y disimula. Juega sus cartas más amables, para atraérselos. Y nada hará contra ellos que pueda atribuírsele y hacerle pasar por dictador, pues nada evita Augusto con más empeño que eso. ¡Bien aprendió la lección de su tío abuelo, Julio César!

—¿Y crees que Augusto lee a Ovidio?

—Los conozco a los dos, y sé que la poesía de Ovidio no puede complacer a Augusto, un hombre de talante tan solemne, pomposo y épico. El *princeps* se ganó a Virgilio con zalamerías y presiones, y consiguió la *Eneida* para Roma, su aura heroica. Pero Ovidio... Ovidio es irónico, desdeña el poder y la política, es burlón y juguetón, procaz y ligero. Su padre quiso que se convirtiera en el primer senador oriundo de Peligna, y no hubo manera. Es un poeta puro. Sabiendo que Ovidio desobedeció a su propio padre, Augusto es consciente de que jamás le obedecerá a él.

—¿Y eso puede ser peligroso para Ovidio?

—Para los dos.

Julia lee a Ovidio

Recostada en los almohadones de sus estancias, Julia, la única hija de César Augusto, lee. Cerca de ella, una buena amiga cose. Han comido juntas y comparten un rato tranquilo a media tarde, solas, sin maridos ni hijos. Súbitamente, Julia deja escapar una risa sonora y alborozada. Su amiga deja de coser.

—¿Qué pasa, Julia?

—Escucha esto, Porcia: «Si Venus, cuando estaba embarazada, hubiese profanado a Eneas en su seno, la tierra se habría visto privada de los césares».

—¿Y qué te resulta tan gracioso?

—El poeta reprende a una amada suya, Corina, porque ha decidido abortar el fruto de su vientre. Y mira cómo lo hace: ¡aludiendo a mi padre! Hay que ser muy atrevido o estar loco.

—¿Seguro que alude a tu señor padre?

—La familia Julia desciende del fundador de Roma, Eneas. Y Eneas fue concebido por Venus. Si existió Julio César y existe César Augusto, su sobrino... es precisamente porque en su día Venus no abortó, ja, ja...

—¡Julia!

—No te preocupes, Porcia, estamos solas, nadie nos oye, podemos hablar. Me gustan mucho estos poemas, ¿sabes? Se titulan *Amores...*, y son muy excitantes. Además, ¿adivinas a quién alude el poeta con esta Corina?

—Sí lo sé, Julia. Y también sé quién es el poeta: Ovidio. Y te diré más: ¡le conozco! Es un hombre exquisito...

—¿Conoces a Ovidio, Porcia? ¡Pero bueno...! ¡Cuenta!

—Tiene treinta años y una hija de tres añitos llamada Ovidia. Pero Ovidio no convive con su esposa. Creo que se han divorciado. Lo cierto es que le gusta cambiar de compañera de cama. Y su cama es muy caliente...

Porcia mira con picardía a Julia, entorna los párpados, baja la mirada, esboza una sonrisa y ríe por la nariz, agitando un poco los hombros, lo cual provoca que sus pechos se agiten. Y añade:

—Y te diré más: el embarazo de esta tal Co-ri-na... —ralentiza la pronunciación de este pseudónimo en tono burlón—... ese embarazo, ¿de quién es obra? ¿De César... o de Ovidio?

—¿Cómo? ¿Insinúas que Ovidio se ha acostado con Terencia? ¿Que quizás embarazó a la mismísima amante del César? ¡No! Ja, ja, ¡le amo! ¡Es mi héroe! ¡Este Ovidio tiene mucho mérito! Consigue burlarse de mi señor padre y excitarme a mí.

—¿Qué es lo que te excita, Julia?

—Escucha este poema. El autor imagina ser el anillo que le ha regalado a una mujer: «Entonces desearía yo, señora, que tocases tus pechos y metieses entre la túnica tu mano izquierda...» Y sigue: «Pero pienso que, estando tú desnuda, se alzaría de pasión el miembro mío, y aun siendo solo anillo ¡llevaré a cabo la tarea propia de

un hombre!»

—Y te aseguro que sabe llevarla a cabo.

—¡Porcia! ¿Vas a contarme detalles?

Ahora es Julia la que se azora ligeramente y se inclina hacia Porcia, interrogándola con la mirada, con la que recorre el cuerpo de su amiga desde los ojos al pubis, pasando por labios y pechos. Porcia ríe, traviesa.

—Estuve con él anoche, en su casa... Julia, tú lees a Ovidio y te creo cuando dices que es un buen poeta. Pues créeme tú a mí si te digo que nadie ha leído mi cuerpo mejor que Ovidio.

—¿Cómo has burlado a tu marido, Porcia?

—Le dije que cené contigo. Iba a comentártelo cuando te has puesto a leer. Por si te menciona el tema...

—Cuenta conmigo, Porcia. Igual que yo he contado contigo en anteriores ocasiones y nada ha sospechado Agripa. ¡Agripa, siempre lejos, siempre con las legiones!

—Ja, ja... Julia, si los versos de Ovidio te encienden, significa que Venus te reclama que la honres con tu cuerpo... ¿Cuándo se marcha Agripa?

—Cualquier día de estos, a una campaña punitiva por Germania o Pannonia... Y tienes razón... Me encanta esto, escucha: «Bajo el pecho perfecto, ¡qué vientre liso! ¡Qué extenso y precioso su costado! ¡Qué muslos juveniles! ¿Para qué ir por partes? Nada vi que no fuese elogiado, y desnuda la apreté contra mi cuerpo. ¿Quién desconoce el resto? Fatigados los dos nos entregamos al reposo». ¡Necesito esto mismo para mi cuerpo, Porcia!

En el circo

—¡Marcia, Urgídar! ¿Qué tal? Tomad vuestras tablillas, por si nos perdiéramos — dice Hermenio, y alza la voz para imponerse a la algarabía de la muchedumbre que los rodea. Acto seguido tiende a sus amigos sendas tarjetas de hueso, con dos números grabados en cada una: indican el asiento correspondiente en el Circo Máximo y la puerta de entrada más próxima a esa localidad.

—Pero no nos vamos a perder, ¿eh? —Se inquieta Marcia, y aprieta el brazo de Urgídar.

Están en las proximidades del mayor circo de Roma, de proporciones enormes, con cabida para sesenta mil personas en esa época. La gente se arremolina, forma bulliciosos grupos en los alrededores del Circo Máximo, en la hondonada entre el Palatino y el Aventino. Son hombres y mujeres de todas las edades y condiciones, excitados ante el atractivo del espectáculo que están a punto de presenciar. Vuelven de comer, después de los juegos de la mañana, con ganas de asistir a las carreras de carros que se disputan a primera hora de la tarde. Las carreras son el espectáculo estelar del momento. En todos los rincones se cursan apuestas, repartidas entre los cuatro equipos: blanco, rojo, azul y verde. Se dice que los azules son los favoritos de Augusto... Marcia se contagia de la excitación colectiva, encantada de haber aceptado la invitación de Urgídar.

Es la primera vez en su vida que la joven Marcia acude al circo. El íbero se lo ha propuesto esa misma mañana, y a ella le ha encantado la idea. «Pero pídele antes permiso al abuelo, ¿de acuerdo?», le ha condicionado Marcia. Ha vivido siempre con su abuelo, se adoran... y no quiere hacer nada que pueda disgustarle o preocuparle.

—Si ella lo desea..., ¡adelante!, llévala contigo —ha concedido Numerio, sonriente—. Me gusta que te ocupes de Marcia, Urgídar. Ella está muy pendiente de mí y de la casa, y desde que murió la abuela... supongo que Marcia se siente bastante sola. Ha estado siempre muy unida a nosotros y no ha salido mucho de esta casa. Seguro que le sentará bien salir. Y me gusta que esté contigo, muchacho, sé que tú me la cuidarás bien. ¡Divertíos! Ya me contaréis.

Urgídar se siente honrado con la confianza del abuelo Numerio, el viejo militar amigo de su padre. Vivir con él es casi como estar en su casa de Lesera, con su propia familia. Numerio cuida de su única nieta Marcia, y ella se ocupa de la casa. Sobre todo desde que el abuelo ha quedado viudo, hace un año. Marcia es huérfana de madre desde el parto, y su padre es un soldado desplazado en las legiones que operan en la agitada Pannonia, de forma que le ha visto muy pocas veces en su vida...

—No nos perderemos, no te preocupes —asegura Urgídar a Marcia, sonriéndole con aire protector y palmeándole la mano con que ella aprieta su brazo—. ¿Vamos entrando ya, Hermenio?

Este asiente, pero antes se acerca a un vendedor de cojines apostado junto a las puertas de entrada. Compra uno y se lo regala a Marcia.

—Nuestras localidades tienen asientos de madera, a menudo vieja y astillada. Y no queremos que tu bella amiga se lastime, ¿verdad, Urgídar?

El joven asiente, algo descolocado ante el inesperado gesto —y el requiebro— de Hermenio, que tiende el cojín a Marcia con una sonrisa pícara. Ella se ruboriza, lo toma y baja la mirada.

—Muchas gracias.

—Y el color del cojín hace juego con tu *stola*, muy bonita. ¡Estás muy guapa, debo decir que mi amigo tenía razón!

—¿Vamos? —sugiere, y arranca a caminar, tirando de Marcia.

A Urgídar le incomoda el imprevisto coqueteo de Hermenio. Se arrepiente un poco de haberle hablado de Marcia en una noche de vino y confidencias. Fue Hermenio quien insistió en invitar a Urgídar al circo, sugiriéndole que se hiciera acompañar por «esa doncella tan hermosa de la que me hablas». Urgídar le ha hecho caso, y acaba de presentarle a Marcia. También le agradece que se haya ocupado de las entradas: aunque el acceso al circo es gratuito, Hermenio se ha asegurado que pudieran sentarse los tres juntos.

Urgídar y Hermenio se sientan flanqueando a Marcia, uno a cada lado. Mientras se acomodan, unos empleados del circo alisan la arena con rastrillos de madera, y a la vez difuminan manchas de la sangre vertida por unos tigres cuyos cadáveres acaban de retirar, últimas víctimas de las *venationes* de la mañana, cacerías de fieras. Llena el aire un rumor constante, un zumbido proveniente de las conversaciones cruzadas de las gradas, que ya rebosan. Casi toda Roma está aquí, distribuida según su clase social.

En un punto sobre una plataforma de mármol destaca el palco imperial, el *pulvinar*, que ven vacío. Desde su grada, los tres amigos gozan de buena vista sobre este palco, cuya amplitud y magnificencia de telas y alfombras acoge una docena de asientos, además de alguna mesa baja en la que se vislumbran bandejas con jarras de vino y agua, y vasos de metal cobrizo... Un rugido ensordecedor sobresalta a Marcia y Urgídar. Todo el circo se ha puesto en pie y prorrumpe en vítores. Hermenio también se levanta y señala el *pulvinar*.

—¡Mirad, mirad, llega Augusto! ¡Por eso grita la gente!

Marcia y Urgídar entienden la reacción del público: acaba de entrar en el palco el mismísimo emperador, acompañado por un grupo de personas, y toda Roma le saluda. Los juegos de hoy celebran el aniversario de Julio César Octavio Augusto: cumple cincuenta años de edad, *princeps* de Roma desde hace ya diecisiete años.

—Esa mujer... es Julia, ¿verdad? ¡Sí, sí es Julia! —Se alborozaba Marcia al reconocer a la hija del emperador, a la que días atrás vio en el Triunfo de César Augusto.

A la jovencita le emociona estar en el mismo lugar que la mujer de moda entre la juventud romana. ¡Va a compartir espectáculo con la hija del emperador! La mujer que se rodea de poetas y artistas, la mujer de quien se dice que nadie tiene imperio

sobre ella, ni su marido ni su padre. En ese momento Marcia siente como si hubiese crecido de repente, como si hubiese alcanzado la mayoría de edad.

—¡Estoy en el circo con Julia! —dice en voz alta, como si hablase sola.

—¿Reconoces a los otros, Hermenio? —pregunta Urgídar.

—El más alto es Tiberio, el hijastro de Augusto, hijo de Livia. Y también veo a Sempronio Graco, Quinto Crispino Sulpiciano, Apio Claudio Pulcro, Cornelio Escipión. A la noble Porcia...: son amigos de Julia, hijos de las más encumbradas familias senatoriales. Y también veo al poeta Ovidio.

—¡Ovidio! ¿Quién de ellos es? —se interesa Urgídar, sobresaltado.

—El de la toga, el que ahora habla con Julia.

—¿Qué le estará diciendo? —se pregunta Marcia.

—«No me siento aquí contigo por afición a los nobles caballos, si bien deseo que tu favorito venza. He venido para hablarte y que sepas del amor que me inspiras. ¡Tú miras las carreras, y yo te miro a ti!» —declama Urgídar, vehemente.

—¿Qué recitas, Urgídar? —se interesa Hermenio.

—El comienzo de un poema del libro *Amores* de Ovidio, dedicado a una hermosa mujer en las carreras. ¡Quién sabe, quizás esa mujer sea la misma Julia! Ovidio es mi poeta predilecto, y pronto le conoceré.

—Vaya, vaya, Urgídar, cualquier día de estos te veremos en el palco con el emperador, ja, ja —se burla Hermenio.

El público vuelve a rugir, vuelta la mirada hacia las puertas de un extremo de la arena. Antes de inaugurarse las carreras, irrumpe en la pista la procesión en honor de Augusto, entre sonido de trompetas. Encabeza la marcha un carro suntuoso, brillante, tirado por un magnífico caballo blanco que guía un hombre alto y apuesto, musculoso, de negros cabellos ondulados.

El hombre viste una túnica escarlata, cubierta por una toga con dos franjas púrpura, y toca su cabeza con una corona de laurel dorado. El brazo izquierdo, musculoso y bronceado, rige las riendas, y el brazo derecho empuña un bastón de marfil coronado por un águila de oro. Su presencia es imponente, y el público lo aclama.

—¿Quién es? —pregunta Marcia, deslumbrada.

—Es Julio Antonio, el nuevo pretor. Él ha organizado y financiado estos magníficos juegos en honor del quincuagésimo aniversario de Augusto.

—Julio Antonio... —musita Urgídar—. ¿Tiene algo que ver con Marco Antonio?

—Es su hijo —confirma su amigo.

La comitiva da una vuelta completa a la pista, mientras los sacerdotes que siguen a Julio Antonio se ocupan de colocar algunas estatuas de divinidades sobre la *spina*, el murete que delimita las dos partes de la pista de carreras, erizado de obeliscos, templetes, altarcillos, estatuas, trofeos y fuentes.

Tras los sacerdotes, desfilan los aurigas que van a competir, cada uno vestido con su vistoso color. Saben que sobre sus cabezas se cruza mucho dinero en apuestas.

Cierran la procesión los bailarines, mimos, payasos y saltimbanquis. Julio Antonio detiene su rutilante carro ante el palco del emperador y toma la palabra.

—Ahora Julio Antonio está dedicándole los juegos a Augusto. ¡Esto está a punto de empezar, amigos! —clama Hermenio.

El carro de Julio Antonio se dirige a un extremo de la pista y desaparece. Al cabo de un momento, el flamante pretor se presenta en su palco, sobre las puertas en las que aguardan los ocho carros competidores, dos por cada corporación, inquietos por arrancar. El público brama al ver a Julio Antonio, que contempla desde lo alto a los aurigas, levanta un brazo... y deja caer desde su mano un pañuelo blanco.

Es la esperada señal: los ocho carros se lanzan a la carrera levantando una enorme polvareda. Hermenio y Urgídar braman también. Marcia, en cambio, sigue pendiente del *pulvinar*.

—¡Julio Antonio está en el palco! Mirad, saluda a Augusto y habla con él. Ha dedicado a Tiberio un gesto de pasada, aunque sin hablarle. ¡Y ahora se sienta al lado de Julia! Hacen buena pareja, ¿no os parece?

—Marcia, Marcia, ja, ja..., podrías ser *subrostani* y competir conmigo en inventar noticias para venderlas en el foro, ja, ja —comenta Hermenio, divertido—, pero debes saber que Julia está casada con Marco Agripa, y Julio Antonio es el marido de Marcela..., que antes estuvo a su vez casada con Marco Agripa. ¡Órdenes de Augusto!

—¿Me lo repites otra vez, Hermenio? —Parpadea Urgídar—. No sé si lo he entendido del todo...

Casamentero imperial

—¿Qué es lo que no entiendes, amigo Urgídar?

—Eso de las bodas cruzadas en la familia imperial: Julia con Agripa, Julio Antonio con la anterior esposa de Agripa...

—Marcela. A su vez hija del primer matrimonio de Octavia, hermana de Augusto..., que después sería esposa de Marco Antonio.

—Ah. ¿Y tuvieron a Julio Antonio?

—No, no, tuvieron a las Antonias, dos hermanas. Julio Antonio es hijo de un matrimonio anterior de Marco Antonio con Fulvia.

—¿Ves como es un lío...?

—Lo importante es lo siguiente: Augusto teme morir sin dejar un sucesor de su sangre julia. Y usa el útero de su hermana Octavia (que le dio a Marcelo y Marcela y a las Antonias) y, ahora, el de su hija Julia.

—¿Y su esposa, Livia, no le ha dado hijos?

—No, por lo que sea... Julia es hija de Augusto y Escribonia, mujer noble a la que él repudió en cuanto parió a la niña, para casarse enseguida con Livia, quitándosela al marido que tenía. Y en cuanto Julia tuvo quince años, Augusto la casó con su primo Marcelo, de diecinueve. Pero Marcelo murió al poco tiempo, sin engendrar descendencia.

—Jugada fallida, lástima para Augusto.

—Transcurrido el preceptivo año de luto, Augusto obligó a Julia a casarse con Agripa. De esto hace casi ocho años. Pero como Agripa ya estaba casado con Marcela...

—¿La dejó?

—Claro, siguiendo los deseos de Augusto. Y para compensar a la pobre Marcela, la casaron con Julio Antonio.

—Ajá. ¿Y Julia ha tenido hijos de Agripa?

—¡Sí! Lucio, Cayo, Julia la Menor y Agripina, el año pasado. Y ahora dicen que podría estar embarazada de nuevo.

—Augusto estará contento...

Marcia ha escuchado con suma atención la charla entre Urgídar y Hermenio, sin dejar de escrutar el palco imperial, donde todos parecen más pendientes de conversar y servirse copas de vino que de la carrera de cuadrigas. Solo Augusto sigue la competición, quizá para halagar al público... o porque también está apostando dinero.

—Pues yo veo que Julia mira mucho a Julio Antonio... Y que a ella la miran mucho todos sus amigos...

—Marcia, no hables tan alto —la reprende Urgídar.

—Ja, ja, aquí nadie oye nada, hombre —ríe Hermenio—, ¿no te das cuenta del griterío? Te gustará saber, curiosa Marcia, que Marcela, Julia y Julio Antonio se han criado como hermanos, al cuidado de Octavia.

—¿La hermanísima de Augusto?

—¡Mujer ejemplar! ¡Gran matrona romana! Ella crio a sus tres primeros hijos, Marcelo y las dos Marcelas; a sus dos hijas con Marco Antonio, las dos Antonias; a los dos hijos de Marco Antonio con Fulvia, Antilo y Julio Antonio; y...

—¿Más todavía?

—Sí, su sobrina Julia, y también sumemos a Selene y Helio, los hijos que su marido Marco Antonio tuvo con Cleopatra cuando, adúltero, la abandonó para casarse con la puta egipcia.

—¿Putas egipcias? —pregunta Marcia.

—Así llamaba Augusto a Cleopatra, a quien culpa de haber trastornado al gran romano Marco Antonio. Augusto y Agripa tuvieron que derrotarlos en batalla, hace diecisiete años. Acorralados, Marco Antonio y Cleopatra se suicidaron.

—¿Viven todos esos niños? —pregunta Urgídar.

—Augusto ordenó ejecutar al hermano mayor de Julio Antonio, Antilo, que entonces tenía diecisiete años y era sospechoso de querer vengar la muerte de su padre. Y también ordenó matar a Cesarión, el hijo que su tío Julio César había tenido con Cleopatra.

—¿Y a Julio Antonio no le afectó la muerte de su padre y de su hermano mayor?

—Tenía solo catorce años y se mostró leal a Augusto. Y ha crecido bajo su protección. ¿Qué mejor victoria para el *princeps* que tener la lealtad del hijo de Marco Antonio? Además, a Julio Antonio no le falta de nada. ¡Acaba de ser nombrado pretor! El emperador y él están muy unidos.

—Lo he visto.

—Augusto ha sido inteligente: la memoria de Marco Antonio todavía tiene partidarios, a los que es más fácil sosegar teniendo a su lado al único descendiente del recordado Marco Antonio.

—¿Tanto teme Augusto a un fantasma?

—Tanto que hizo aprobar una ley por la que se prohíbe el nombre de Marco en la familia Antonia, y así evitar otro Marco Antonio...

La carrera de carros termina y dos de los aurigas son retirados muy malheridos: sus carros han chocado y ellos han saltado por los aires y acabado en la arena. Por suerte han sabido cortar con su cuchillo las riendas que rodean su cintura, evitando así ser arrastrados por los caballos.

Marcia prefiere mirar el palco de Augusto. Ve que unos esclavos reparten toallas húmedas para que los presentes puedan limpiarse el polvo que la carrera ha levantado. Mientras contempla a Julia y a Julio Antonio, que están enjuagándose, piensa que han crecido juntos, también junto a Marcela, la actual esposa de Julio Antonio, e imagina sus juegos infantiles, sus confidencias adolescentes, sus complicidades adultas... Y siente envidia, porque ella ha crecido sola, sin hermanos, sin primos, sola con sus abuelos, y ahora únicamente le queda su abuelo. A Marcia le deslumbra la prestancia de la familia imperial, sus peinados, sus atuendos, sus aires

de divinidades. Mira a Augusto y ve que habla con todos con aire campechano. Cuando el *princeps* sonríe a su hija Julia, Marcia siente en las entrañas la melancolía de ser hija sin padre presente, siente la añoranza de una presencia paterna.

—¡Mirad, se van! —anuncia la joven.

Julio Antonio ha abandonado el palco hace un momento, y al poco rato lo hacen el emperador y Tiberio. Augusto no ha dirigido la palabra a su hijastro Tiberio en ningún momento, como si no tuviera nada que decirle. Quedan en el palco Julia y sus amigos, que al parecer piden a Ovidio que recite, pues acto seguido él declama mientras los otros escuchan y le aplauden al tiempo que entrechocan las copas. Cuando Julia se levanta, todos la imitan y salen con ella. Marcia mira a Urgídar.

—¿Nos vamos? Me gustaría salir.

Los tres amigos salen juntos del Circo Máximo. Fuera no se ha detenido la agitación. Hay gente que entra y sale del circo, mientras que en los alrededores circulan vendedores de los artículos más variados —hierbas, amuletos y pócimas extrañas—, charlatanes incansables, prostitutas flacas, adivinos... Y entre esa multitud aciertan a ver unas literas tambaleantes cubiertas de telas de color violeta y amarillo, portadas por esclavos.

—¡Ahí van! —señala Marcia, presumiendo que alguna de esas literas traslada a Julia y sus amigos. Se asusta de sí misma al darse cuenta de que al menor gesto que le hubiesen hecho desde una de esa literas, habría subido sin vacilar.

Hermenio insiste en acompañar a Urgídar y Marcia a su casa, al otro lado del foro. El joven  bero intenta despedirse de él allí mismo, para pasear tranquilamente con Marcia, pero el otro promete contarles una anécdota algo escabrosa entre Augusto y Marco Antonio. La muchacha acepta y Urgídar se resigna, mientras camina hacia la *domus* de Numerio.

—Augusto, antes de ser Augusto, cuando era el triunviro Cayo Julio César Octaviano, sacó del templo de Vesta, el lugar sagrado donde se deposita los testamentos, el legado de Marco Antonio, ¡y lo leyó en el Senado! Quería demostrar que Marco Antonio era un romano desnaturalizado y que se comportaba como un rey oriental, como un egipcio, por sus amores adúlteros con Cleopatra y su repudio de Octavia.

—La hermana de Octavio Augusto.

—Octavio llegó a enviar a su hermana cargada de presentes para intentar convencer a Marco Antonio de que regresara a Roma con ella. Fue inútil. Y entonces Marco Antonio escribió una carta que envió a Roma para que fuera leída en público, como así se hizo, contra Octavio: «¿Por qué has cambiado conmigo?», decía la misiva. «¿Porque me acuesto con la reina Cleopatra? ¡Ella es mi mujer! ¿Has cambiado porque me acuesto con ella hoy, o porque hace ya nueve años que lo hago? Pero tú, dime, ¿te acuestas solo con Livia? ¡Te deseo todos los parabienes si te has acostado ya con Terencia, Tértula, Rufila, Titisena o cualquier otra! ¿Crees que me

preocupa saber dónde la metes?»

—Ja, ja, ja, vaya repaso —ríe Urgídar.

—No sabía que Augusto fuera tan mujeriego... ¿O es una difamación de Marco Antonio? —pregunta Marcia.

—No creo que Augusto haya sido una vestal, por mucho que intente aparentarlo y dar ejemplo...

—Hemos llegado.

Frente a la *domus* de Numerio, Urgídar se despide de su amigo. Marcia se separa de los dos muchachos y dice adiós a Hermenio bajando los párpados, antes de echar a correr al interior de la casa. El joven la sigue con la mirada, valora la rotundidad de su grupa, la flexibilidad de su talle.

—Ha sido un placer pasar la tarde contigo y con tu amiga. Tenías razón, Urgídar. Es muy bonita. Y virgen, ¿verdad? Será una buena esposa romana.

Al íbero no le hace gracia el desvergonzado comentario de su compañero de correrías acerca de Marcia. No sonrío ni pronuncia palabra; solo siente una furia sorda que se convierte en rubor. A Hermenio le divierte esta reacción, y tampoco dice nada: ha entendido que Urgídar no le mintió cuando le dijo que no había tocado sexualmente a Marcia.

—¡Ave! —se despide Hermenio, quien se aleja por las callejas, para internarse en el vecino barrio de Subura.

Hermenio llega ante el lupanar donde estuvo hace unos días con Urgídar, aparta la cortina y entra.

—¡Leno! Dime, ¿está Turenio? ¿Puedo hablar con él?

—El amo ha ido esta tarde al Circo Máximo, pero me ha dicho que pasaría por aquí en cuanto terminaran las carreras y se pagaran las apuestas.

—¿Puedo esperarlo arriba, o donde me...?

En ese momento Turenio irrumpe en el atrio del lupanar, recién llegado del circo.

Turenio es el dueño del lupanar, y algo más: es un liberto próspero que fue esclavo de Livia, y que sigue a su servicio.

—¡Hermenio! ¿Qué te trae por aquí? —saluda Turenio.

—Vengo a ofrecerte algo que te gustará. ¿Hablamos de negocios? Este negocio, Turenio, tiene la piel sonrosada y es virgen.

Termas y celos

Ovidio se recoge la toga en el brazo izquierdo y, a paso vivo, atraviesa el bullicioso foro. Busca regalarse un buen baño termal que repare una mañana de engorroso trabajo en su despacho de jurista. Es mediodía, hora en que comienzan a encenderse los hornos de las numerosas termas de Roma. Hora de darse un respiro, un baño, un masaje reparador para que la tarde se deslice relajadamente hacia la cena. Y hacia placeres que Ovidio anticipa en su ánimo y que le avivan el paso, camino de las termas públicas de Agripa. A su lado salta de gozo un joven hispano.

—Joven Urgídar, dime, ¿has leído a Propercio?

—Menos que a Tíbulo, pero sí, sí le he leído.

—Ahora que vamos a los baños, acuden a mi memoria aquellos versos suyos: «*Pereant Baiae, crimen amores, aquae*» (desaparezcan las aguas de Baiae, ¡crimen contra mi amor!).

—¿Qué aguas son esas de Baiae?

—Las de unas termas sulfurosas en el hermoso golfo de Neapolis, aguas balnearias reputadas por su azufre... y azufre en todos los sentidos, ja, ja...: aguas muy propicias a la aventura erótica, pues mujeres y hombres en ellas se mezclan.

—¿Y por qué desearía Propercio que desapareciesen esas aguas, maestro?

—Ve partir de vacaciones a su amada Cynthia hacia tan animado lugar... ¿Qué te parece? ¡Ah, la insidiosa punzada de los celos, Urgídar!

El joven escucha a Ovidio y no cabe en sí de alegría: ¡está conversando con el que en su opinión es el mejor poeta del mundo, su admirado Ovidio! Se tiene por el hombre más feliz sobre la faz de la tierra. Acaba de alcanzar uno de sus mayores sueños en Roma: conocer al gran escritor. Se lo ha presentado esta mañana su maestro de retórica, Marco Porcio Latrón, que fue también maestro de Ovidio.

Urgídar y Latrón irrumpieron en el despacho de Ovidio, que agradeció con alborozo la visita de su viejo maestro y le dedicó con afecto un volumen de su obra *Amores*, ahora de moda en Roma. Latrón abrazó a Ovidio y le presentó al joven íbero, cuyo ímpetu poético elogió. Y, a instancias de Latrón, Urgídar recitó un par de poemas propios ante ¡el mismísimo Ovidio! El joven íbero no pudo evitar un leve temblor en la voz, pese a sus clases de oratoria.

Latrón, el retórico hispano de pálida tez, se despidió para regresar a su escuela. Urgídar se quedó, y Ovidio aprovechó para conversar de poesía y evadirse un buen rato de su trabajo como *decemviri stlitibus iudicandis*, cargo funcional dedicado a discernir el estatus jurídico de las personas en caso de duda o disputa. Un trabajo que aburre a Ovidio, que resulta cargante y odioso para él, pues en su cabeza bullen siempre los versos: ¡su única vocación es la de poeta, los poemas son su devoción! El resto es obligación. No quiere hacer carrera de magistrado, no da una higa por las dignidades políticas: no aspira a senador.

A Urgídar le pasa lo mismo: él también ha contrariado a su padre, que soñaba con

una buena carrera política para su hijo en Lesera. Tras la charla, Ovidio decidió emplear a Urgídar para algunos trabajos de copista y escriba. Ve un alma gemela en el joven íbero. Y tras impartir un par de indicaciones a un secretario, Ovidio dio un revuelo a su toga, sonrió con jovialidad y propuso a Urgídar paseo y termas. Antes de salir, Ovidio recogió de su escritorio una bolsita de piel de oveja, que colocó entre los pliegues de su túnica.

Ovidio y Urgídar entran en el *apodyterium*, el amplio vestuario revestido de mármol y estuco, con mosaicos en el pavimento. Se despojan de sus vestimentas, que custodiará un esclavo, el *capsarius*, a cambio de una moneda. Otros hombres se desnudan y entregan sus sortijas al *capsarius*, ya que bañarse con joyas es motivo de burla. Uno de los hombres saluda a Ovidio.

—¡Ave, Ovidio! Te saludo: soy Marco Tulio Léntulo, y recurrí en una ocasión a tus servicios jurídicos.

—Te recuerdo, ciudadano Léntulo, próspero comerciante de las mejores telas. Me alegra verte aquí: ¡convendrás en que este lugar supera con creces mi triste despacho!

Entre risas, satisfechos de estar en unas buenas termas, las termas de Marco Agripa, el poeta Ovidio, Léntulo y Urgídar pasan al *tepidarium*, la antesala de altos techos y aguas moderadamente cálidas, donde los poros empiezan a abrirse y transpirar como preparación para pasar al baño caliente del *caldarium*.

—Ovidio, debo felicitarte: tu obra está siendo muy leída, muchos son los que me lo comentan en mi entorno. Y te diré que son las mujeres tus más entusiastas lectoras.

—Me alegra muchísimo saberlo. El amor no se concibe sin las mujeres, Léntulo, es natural que ellas tengan interés en esos poemas.

—¿Puedo hacerte una consulta, Ovidio?

—Si no es jurídica, sí.

—Es sobre un hombre y una mujer... Te considero maestro en la cuestión, es tu fama hoy en Roma.

—De acuerdo, Léntulo, pero una conversación sobre hombres y mujeres merece que pasemos al *caldarium*.

Varios hombres toman baños de vapor en la amplia estancia, iluminada por aberturas cerradas con alabastros. En un extremo, un depósito de agua caliente permite un baño por inmersión. Los tres hombres se sientan en bancos de obra junto a la piscina. Mientras Léntulo y Ovidio hablan, Urgídar permanece callado, un poco aparte, fingiendo desinterés en la conversación.

—Tengo un amigo... —arranca Léntulo.

—Un amigo... —dice Ovidio, dirigiendo una sonrisa de complicidad a Urgídar.

—Verás, mi amigo está inquieto. Sospecha que su esposa lo engaña con un amante secreto.

—¿En qué se basa tu amigo para creer eso?

—Ella se arregla más que antes el tocado y el vestido. Y sale a menudo a pasear,

con cualquier excusa. Cuchichea con sus esclavas. Y, además, mi amigo ha sorprendido a mi esposa... a su esposa, quiero decir, borrando un escrito de unas tablillas enceradas que no había visto antes en casa, con cierta precipitación.

—Y sospecha tu amigo que se trata de un mensaje de su rival.

—Sí. ¿Qué crees que debería hacer mi amigo?

—¿Qué opinas tú, Urgídar?

El joven íbero se sobresalta ante la inesperada interpelación de Ovidio, que parece divertirse con la charla. Urgídar observa que el poeta se divierte en todo momento, que su espíritu es siempre alegre, que solo parece ensombrecerse un poco con el hastío de su despacho de jurista.

—Le diría a tu amigo que espíara a su esposa, que la siguiera un día en sus paseos —opina Urgídar, esforzándose en parecer sensato y reflexivo, digno de la confianza de su maestro—. O, mejor aún, ¡que interrogara con sutileza y discreción a sus esclavas!

—Pero eso es muy fatigoso, resulta agotador, y convierte al marido en perro guardián, ¿no te parece, Léntulo?

—Mi amigo ya hace eso. Es lo que corresponde a un ciudadano romano digno: velar por la castidad de la esposa, guardarla, custodiarla... ¡Eso proclamó César Augusto en su parlamento en el Senado, hace cinco años!

—Es verdad, cuando decretó su ley contra el adulterio... —asiente Ovidio, conteniendo apenas una carcajada—. ¿Y eso le sirve de algo a tu amigo, Léntulo?

—No consigue descubrir al presunto amante.

—Y, sumido en la incertidumbre, tu amigo sufre por no saber si su mujer le engaña o no.

—Sí.

—Léntulo, yo tengo una solución mejor para tu amigo. ¡Pero hay que ser fuerte, no es fácil!

—¡Cuéntame, Ovidio, por Júpiter, y yo se la transmitiré!

—Voy a aconsejarle a tu buen amigo la conducta más elevada que un hombre debe seguir si aspira a ser el mejor marido o amante...

Léntulo mira fijamente a Ovidio, dispuesto a absorber hasta la última sílaba de su consejo. Urgídar también presta atención, para captar su voz sobre los ecos acuáticos levantados por los bañistas que chapotean y ríen en la pileta a sus espaldas...

—Escuchadme atentamente, pues este consejo es el más difícil de seguir: ¡aprende a aceptar la existencia de un rival! ¡Entonces habrás vencido! Este precepto es el más valioso que puedes aprender.

—¿Aceptar la presencia de un rival? ¿Aceptar que la mujer que amas... tenga un amante?

—¡Sí!

—Pero, pero... ¡Qué humillación, maestro!

—Al contrario, qué grandeza: el buen soldado no detiene su avance por una

herida. ¡Si quieres ganarte a una mujer, que vea tu grandeza!

—¿Y es grande dejarse burlar?

—No hay burla ni ofensa, eso es lo grande, si no te sientes burlado ni ofendido. ¿Que ella asiente con la cabeza al guiño del rival? Aguántate. ¿Que el rival le envía un escrito? ¡Ni te acerques a las tablillas!

—Pero, pero...

—¡Que tu amada vaya donde quiera! Que el marido duerma y deje a su esposa salir de noche.

—Esto me resulta del todo imposible, Ovidio, me hiere, no puedo...

—Te confieso, Léntulo, que yo mismo soy el primero incapaz de seguir mi propio consejo. Una vez me quejé a mi amada porque se había besado con un rival... ¡Ah, Léntulo, ya ves que mi manera de amar es todavía muy incivilizada...!

Léntulo se muestra consternado ante el consejo de Ovidio y niega con la cabeza, sin contestar. Urgídar asiste al discurso de su maestro en silencio expectante, muy atento. Nunca antes ha oído a nadie hablar así. El sudor le corre a chorros por los costados y le irrita los ojos, pero no se mueve ni para frotarse.

—¿Lo civilizado es compartir a tu amada con otro hombre? —pregunta Léntulo—. ¿Desde cuándo eso es civilizado? Yo diría que es barbarie, inaceptable para un buen romano, no puedo entenderte...

—Te pregunto, Léntulo: si ella quiere estar con otro, ¿es más civilizado impedirselo? ¿Qué mérito encierra eso? ¿De qué podrás sentirte orgulloso? Yo quiero que la mujer que esté conmigo quiera de verdad estar conmigo, no contra su voluntad. Y el único modo de saberlo es no coaccionar su libertad.

—¿Y qué propones, pues?

—Abre la puerta de tu casa al amante de tu mujer. Sonríe y encárgate tú mismo de elegirle los amantes. ¡Eso hará de ti el mejor de los maridos!

—Ovidio, estás desvariando.

—Si sufres, acepta este otro consejo: ignora lo que haga tu mujer. Dile eso a tu amigo: ¡mira para otro lado, que queden en secreto las infidelidades de tu esposa!

—¿Y qué ganará él?

—Que ella se quede a su lado. ¿No es eso lo que quiere? Si la deja disfrutar de su infidelidad, él gana. Díselo: si sorprende a su mujer en una infidelidad, perderá su corazón y su estima. ¡Nada une más a dos amantes que ser descubiertos! Ese sobresalto compartido acrecienta el vínculo, fortalece la relación. Y ahora, con tu permiso, me sumerjo en la piscina.

Esposas de Ovidio

Léntulo, el comerciante de telas, se sumerge junto a Ovidio en la piscina del *caldarium*. Léntulo es un hombre orondo y calvo, por lo que se ha hecho pintar los cabellos que le faltan, técnica coqueta de algunos romanos calvos y presumidos. ¡Todo vale, incluso el ridículo, antes que la calvicie! La alopecia disgusta en Roma. Nada ponía más nervioso a Julio César que su frente despejada, y por eso se peinaba hacia delante.

Tras el *caldarium*, los dos hombres toman una ducha templada y se lavan con esponjas. Urgídar, sentado en el banco de mármol caliente, no entra en el *caldarium*: sigue rumiando las palabras de Ovidio acerca de los celos como debilidad del buen amante. Le asombra el punto de vista del poeta. Por un lado le desconcierta, pues él llega de un mundo ancestral y rural, patriarcal y violento, aunque por otro lado le deslumbra, pues identifica las palabras de Ovidio con una forma nueva de heroicidad, la heroicidad de un hombre naciente, de un hombre del futuro. Urgídar se pregunta cuál habrá sido la relación de Ovidio con las mujeres y se propone preguntárselo.

Léntulo se pasa la esponja por sus tintados cabellos, en silencio. Al verlo tan pensativo, Ovidio confirma que el supuesto amigo de que habla el comerciante de telas no es sino él mismo: su esposa tiene un amante. Viéndolo tan taciturno, Ovidio entiende que su «civilizado» consejo no lo ha convencido y decide levantarle el ánimo.

—¡Pasemos al *frigidarium*, querido Léntulo! Y dejemos de pensar en tu buen amigo. Ya decidirá él qué le parece mi consejo... Hablemos de ti. Supongo que estás casado...

El *frigidarium* es una sala muy luminosa y ricamente decorada, en cuyo centro se abre la piscina de agua fría, de un metro de profundidad. Los tres se sumergen en el agua para dejar tersa y fresca la piel, después de los sudores.

—Sí, mi esposa se llama Tértula. Una mujer instruida y sensible. Y una buena lectora de tus *Amores*... La he visto cuchichear con sus amigas Porcia y Domicia acerca de tus poemas...

—Porcia... Creo que la conozco, ¿es la esposa del magistrado Vitelio?

—Sí, esa Porcia. Como te digo, ¡tus versos excitan a las buenas mujeres romanas, Ovidio! Más de un marido empezará a preocuparse...

—Tonto será. Una mujer excitada es el mejor regalo. ¡Deberían alegrarse los maridos! Nada les impide disfrutar de más mujeres que la esposa, ¿no? Todo hombre debería disfrutar de más de una amante. ¡Con discreción, por supuesto! Tú mismo, Léntulo: una alegría venérea fuera de casa te dará seguridad y reforzará tu felicidad en casa. ¡Anímate, venga!

—¿Con alguna esclava? ¿Alguna prostituta?

—¡Con una mujer libre! Sedúcela, enamórala, poséela... y hazle sentir el máximo placer. Nada te hará más hombre.

—¿Dónde encuentro a esa amante?

—¡Están por todas partes! La mujer es tan pasional como el hombre, solo está esperando la ocasión. Por eso van al circo, al teatro, a pasear, a las termas... Para ver y, sobre todo, ¡para ser vistas! Pasemos al *unctuarium*...

En el momento en que los tres hombres dejan el *frigidarium* y se dirigen al *unctuarium* para recibir un masaje con aceites, procurado por esclavos cualificados, Urgídar ve ocasión de preguntar a Ovidio sobre si ha tenido o tiene esposa. Se estiran, y mientras son untados y masajeados, el joven pregunta:

—Maestro, ¿con qué aspecto debe presentarse un hombre ante una mujer para resultarle atractivo?

—Me preguntas esto en el lugar idóneo, joven Urgídar, porque el hombre debe presentarse ante la mujer con el cuerpo limpio. Y eso será suficiente.

—Algunos se depilan...

—Aquí mismo, en estas termas, ofrecen sus servicios los depiladores de axilas, pecho, brazos y piernas —tercia Léntulo.

—Bastará con que no asomen pelos por los agujeros de la nariz, amigos míos. Al hombre le conviene una belleza algo descuidada: es suficiente estar limpio y un sano color de piel proporcionado por la gimnasia o la lucha al aire libre.

—¿Y eso es todo?

—Importa también que la toga no tenga manchas y presente una caída natural. Que no haya herrumbre en las fíbulas. Y no tener los pies sudorosos bailando en sandalias desanudadas. El cabello, cortado por mano experta. Uñas cortas y pulcras. Y que no apeste la boca ni hieda la axila. El resto es ya asunto de afeminados.

Después del masaje y de los aceites, después del uso de la *strigilis*, la pieza de metal con la que retiran la grasa de la piel, a la vez relajados y tonificados, los tres bañistas se tienden en sendos *lectus*. Ovidio prosigue su campaña para animar al comerciante a tener una amante.

—Amigo Léntulo, ahora saldrás de estas termas con tu cuerpo preparado para la conquista amorosa. ¡Sal y busca! Los banquetes con amigas y amigos son también muy propicios... Halaga la belleza de una mujer, y te mirará con afecto. No temas hacerle toda suerte de promesas. ¡A ellas les encantan las promesas! Pon a los dioses por testigos. ¡Júpiter se ríe de los perjuros de enamorados, todos los perdona! Y, en cuanto puedas, roba un beso.

—Querido Ovidio, ahora entiendo que tu fama no es infundada, pues has dedicado tu vida y tu talento a ser poeta y amante con más empeño que yo a mis telas. Mi amigo sabrá de tus consejos, y yo... ya te consultaré cómo actuar con una amante, si la conquisto —se despide Léntulo con una sonrisa divertida, como si la charla con Ovidio le hubiese aligerado el ánimo y reportado una nueva perspectiva, un desafío, un nuevo juego.

El comerciante deja a solas a Ovidio y Urgídar, que recuperan sus vestimentas y pasean a lo largo de una hermosa columnata, en la que se recrean peripatéticamente

otros bañistas después de las aguas. Ovidio invita a Urgídar en un *thermopolium* a unas olivas con pan antes de separarse, y el joven aprovecha para despejar su duda.

—Maestro, hablas en tus poemas de una amante, Corina, y al oírte comentar con Léntulo su relación con su esposa, Tértula, me he preguntado si estás casado...

—Dos veces, querido Urgídar... Ahora finjo estarlo, pero vivo soltero desde hace tres años. Y en estos momentos no añoro la vida conyugal.

—¿Y cómo eran ellas?

—Mi primera mujer no era digna ni útil. Una boda concertada por mi padre en mi Sulmo natal, con una familia amiga, por intereses recíprocos como terratenientes rurales. Yo era apenas un crío, y ella también.

—¿Qué pasó?

—El matrimonio duró poco y ni siquiera llegamos a convivir. Ella tuvo una aventura con un mozo de una villa vecina, yo lo supe y aproveché para repudiarla. Para mi padre fue un disgusto.

—Los padres siempre se hacen una idea sobre el futuro de los hijos... —apostilla Urgídar, que ha recordado al suyo.

—Para compensarle un poco, tras aquel divorcio tomé la toga viril y seguí a mi hermano en nuestra carrera jurídica. Mi hermano falleció, hace ahora ya diez años, lo que fue muy doloroso para mí. Mi padre también sufrió mucho. Para consolarlo, y sobre todo para honrar la memoria de mi amadísimo hermano, acepté cargos políticos en el foro de Roma...

—¿Y la poesía?

—Ha sido mi refugio, desde luego. ¡Pero necesitaba algo más para que no se marchitase mi alma! Abandoné la carrera política y partí de viaje a Grecia. Allí profundicé en su lengua y su poesía, que tengo por la madre de toda lírica.

—¿Y cuándo volviste a casarte?

—Al regreso de Grecia, poco antes de publicar *Amores*. Tenía ya veinticinco años, y debía cumplir la *lex iulia de maritandis ordinibus*, recién decretada por Augusto.

—¿Es una de las leyes de las que hablaste antes?

—Leyes decretadas por el propio *princeps* en persona, al año siguiente de regresar yo de Grecia.

—¿Y qué ordenan esas leyes?

—Una, que el adulterio es un delito. Y la otra, que todo ciudadano romano debe contraer matrimonio. ¡Para un ciudadano, estar soltero es un delito!

—¿Por qué?

—Augusto está preocupado: ve que los herederos de las familias senatoriales y patricias prefieren la libertad y disfrutar de los lujos con sus amigos, que solo piensan en fiestas y diversiones. Y Augusto se preocupa por quién asumirá el día de mañana los altos cargos de la administración de Roma, si las buenas familias romanas no engendran descendencia. ¿Quién regirá los destinos de Roma? Augusto teme que

Roma quede en manos de esclavos y bárbaros extranjeros...

—Y te casaste.

—Así es, me casé. La ley dice que es obligatorio casarse para toda mujer entre los veinte y los cincuenta años, y para todo hombre entre los veinticinco y los sesenta... Y yo tenía ya veinticinco años.

—¿Y qué tal fue?

—Me casé y publiqué *Amores*. Hace seis años: en este tiempo tuvimos una hija, Ovidia, y nos divorciamos.

—¿Qué pasó?

—En este caso, mi esposa no hizo nada indigno ni impropio, no fue culpable de nada. Pero no me apetecía seguir casado. Mi poesía y mi vida se convirtieron en una sola y única obra..., y abrí mi lecho a otras mujeres.

—¿Y tu esposa?

—Mi esposa y yo, discretamente, decidimos vivir en casas separadas, y así seguimos. Ella cría a la niña, a la que visito con frecuencia. Y desde hace tres años vivo solo, entregado a mi arte de versificar y mi arte de amar. Roma se ha convertido en un buen lugar para ambas cosas.

Ovidio conquista

Limpio, fresco y animoso, Ovidio se despide de Urgídar y se encamina hacia el mercado. Palpa bajo su toga la bolsa de piel de oveja recogida en su escritorio. Sonríe al tocar su contenido: una tablilla encerada. Ayer noche escribió unos versos seductores, inflamados de pasión amorosa. Halagan la belleza de una mujer, con alusiones a la mitología, a las diosas, a las musas, todo salpicado con picardías simpáticas que traslucen el fuego que siente.

No se encuentra Ovidio con la mujer de sus versos, sino con su leal esclava. El poeta las vio juntas por la calle días atrás y se prendó de la señora, vestida con espléndidas telas, delicadamente ceñida la cintura con una elegante cinta, caminando con aire de serena matrona romana.

Por la belleza plena y madura de su rostro, calculó Ovidio que tendría la mujer unos treinta y cinco años, la edad que él prefiere para una amante. «Es justamente superados los siete lustros cuando la mujer está más experimentada para las delicias del sexo. ¡Que beban vino joven los que tengan prisa! Yo me serviré un buen vino añejo», dice a menudo Ovidio a los que le escuchan.

Ovidio las siguió hasta su casa y encontró luego la manera de abordar a la esclava. Le entregó unas tablillas enceradas con un mensaje muy sencillo, un mensaje en el que solicitaba permiso a su dama para enviarle algunos versos de admirador. Firmó esas líneas como Lygdamo: el pseudónimo que empleó en sus primeros poemas de juventud.

Ovidio pactó con la esclava un punto de encuentro y una hora, al día siguiente, y de sus manos recogió la respuesta en las mismas tablillas. La dama aceptaba. Decía llamarse Vestalia, para asombro de Ovidio, pues así se llamaba una bella amiga a la que dedicó sus primeros poemas de juventud como Lygdamo. ¿Casualidad, o la dama había averiguado ya quién era él y sabía de sus obras, de sus amistades? A este excitante enigma se sumaba una astucia de su elegida: se dirigía a él en femenino. Ovidio sonrió: una hábil añagaza de mujer infiel, por si las tablillas eran interceptadas por un marido celoso.

Han pasado varias jornadas y, aunque los versos de Ovidio son ya muy atrevidos, no ha habido rechazo. El poeta regaló unas agujas para el pelo a la esclava, un día. Otro, un pañuelo. También le dedicó unas mimosas palabras. Sabe que el puente hacia su conquista depende de la sirvienta, de su disposición y de su discreción, y quiere un puente seguro.

Lo ha hecho bien. La esclava le sonrío al verlo y se acerca a él. Ovidio la saluda con un requiebro versificado y le tiende la bolsa con las tablillas para Vestalia, su ama.

—No, señor, mi ama me ha dicho que hoy no recoja tus tablillas —le dice la esclava, con un gesto de pesadumbre que tiene algo de impostado, de exagerado.

Ovidio se sorprende y apenas puede disimular su desencanto, paralizado y con la bolsa en la mano. Quizá la dama ha sido sorprendida por el marido.

—¿Ha sucedido algo? ¿Te ha dado tu ama alguna explicación? —pregunta Ovidio, mostrándose preocupado.

—No puedo decirte nada, *dominus*, no sé nada. Pero sí me ha dado una tablilla.

La esclava le entrega una tablilla encerada, con tapa y cierre. Sonríe, baja la mirada y se vuelve por donde ha llegado sin más protocolos. Ovidio la ve alejarse, abre la tablilla y lee: «No quiero hoy recibir tablillas. ¿Por qué leer a solas los hermosos versos que escribes, pudiendo recitármelos tú? En mi casa, hoy, a la caída de la noche».

El poeta se alborozaba. En los versos escritos en las tablillas enceradas, las que ahora vuelve a guardar en su túnica, anuncia a Vestalia que piensa acercarse esta noche a su casa, por si encuentran ocasión de verse al amparo de la oscuridad en un jardín cercano, al rumor de alguna fuente... ¡Y ahora la misma propuesta parte de ella!

«¿Te da una cita en cualquier otro lugar? Olvida todos los quehaceres, corre apresurado, y que la turba de transeúntes no logre embarazar tus pasos», se repite Ovidio sus propios versos, camino de su cita...

Esa noche, la puerta de un jardín privado se abre para Ovidio. La esclava lo guía con la cabeza baja a través de un patio con mosaicos y de un atrio con *impluvium*. La estancia está en penumbra, levemente iluminada por candelas. En el centro, un diván, una mesa con fruta fresca, frutos secos y licores. La dama está de pie, ataviada con una túnica confeccionada con una delicada tela de la isla de Cos, en cuya blancura se insinúan las sombras sinuosas de sus caderas, de su cintura. Tiene el pelo recogido en una gruesa trenza que reposa en el hombro derecho.

—Me gustará escuchar los versos que ibas a enviarme en tu tablilla —dice la dama, mientras ofrece una copa de licor al poeta.

—Un placer.

Ovidio no necesita abrir la bolsa de piel: recita sus versos de memoria, con voz queda, a ratos susurrante, a ratos algo ronca, pero siempre sin precipitarse, tal y como pretende poseer el cuerpo de Vestalia. Se acerca poco a poco y arranca de ella un escalofrío al recitarle en el oído. Roza con los labios el lóbulo de la dama, que entorna los párpados y ladea la cabeza para que él le bese el cuello, le muerda la nuca, le suelte la trenza.

Ella deja caer la túnica a sus pies, para que nada separe su cuerpo de las manos del poeta, que lo acaricia con delectación. Solo una prenda, el *mamillare*, oculta los senos de la mujer, último reducto de su pudor. Aunque los versos se acaban, no cesan las sugerentes palabras y los dulces murmullos, que en Vestalia se convierten en ronroneos primero y luego en jadeos y gemidos.

No sabe en qué momento, Vestalia se deja quitar también el *mamillare*. Los dedos

de Ovidio saben escribir versos sobre un cuerpo de mujer, en sus pechos, en su costado, en sus nalgas, en sus muslos, en su sexo, y son versos que la conducen hasta el goce de Venus.

Tras el éxtasis compartido, en el que los dos amantes caen abatidos al mismo tiempo, ella le susurra:

—Puedes llamarme por mi verdadero nombre: Tértula, esposa de Léntulo.

Carta de Urgidar a su padre

Padre, he conocido a un gran poeta que es diferente de los otros. Es un poeta polémico, porque muchos lo tienen por descarado e inmoral. Pero a mí me gusta mucho. Es atrevido. Y, en el trato personal, culto y divertido, alegre y encantador. Es elegante pero jovial, y tierno con sus amistades y seres queridos. En su juventud fue también discípulo de Marco Porcio Latrón, mi maestro, a quien rogué que me lo presentara. Así he conocido a Publio Ovidio Nasón, el poeta de los tiernos amores.

Ovidio quiso ser poeta desde niño, como yo. Pero su padre se oponía. ¿Te suena la situación, padre? Le decía que «todos los poetas mueren pobres, ¡y que hasta Homero era un miserable!». ¿No me has dicho tú cosas parecidas? El padre de Ovidio le exigió que se dedicara a la abogacía, y lo reprendía por perder el tiempo versificando. Un día lo castigó y le hizo prometer que no volvería a escribir más versos. El hijo se lo prometió... ¡en forma de verso! Cuando la musa sopla, no hay forma de escapar.

Ovidio acaba de publicar una obra poética que está en boca de todos en Roma. Se titula Amores. No creo que a ti te gustase, padre: es muy moderna. Trata de los lances amorosos del poeta con mujeres. Un poco descarado, sí. Pero a los jóvenes les encanta, y los mayores lo leen a escondidas. Todo el mundo lo lee.

Dice este poeta que el amante es un soldado. El buen amante debe actuar como un soldado en la conquista: no hay mujer que no puede conquistarse para el lecho, como no hay territorio que no pueda ser tomado para Roma. Ya sé que te resultará una comparación irreverente, padre. Tú, padre, pensarás que no está bien bromear con cosas tan sagradas como la grandeza de la milicia... Y es verdad que Ovidio emplea muchas metáforas militares con aire de chanza y sin respetar nada. Entiendo que eso pueda molestar, padre. Pero el propio Augusto defiende la palabra «libre».

Ovidio no tiene empacho en burlarse un poco del gran Virgilio, quien ha seguido los pasos de Homero para cantar la fundación de Roma en su Eneida, obra tan del gusto de César Augusto. En cambio, no creo que Ovidio le guste al princeps... Ovidio, con su poesía sobre conquistas amorosas, parodia la poesía épica. No le veo cantando las glorias del emperador.

No sé si se inventa sus lances amorosos, pero creo que no puede ser todo inventado. Ovidio se separó de su esposa hace cuatro años, tras nacer su hija Ovidia, y parece que abrió su lecho a otra mujer. A varias. Las mujeres de Roma, padre, no son como las de Lesera. No te contaré detalles, solo te diré que muchas van solas al teatro, al anfiteatro, al circo, y que gustan de la compañía de los hombres, en público y en privado. La gente de más edad está preocupada por las nuevas costumbres y los nuevos gustos que se han extendido en encoquetados círculos.

Ovidio versifica sobre una mujer llamada Corina, que es la noble Terencia, dama casada con un personaje muy principal. En el último viaje de César Augusto a la Galia e Hispania, hace cinco años, ¡Terencia fue vista en una de las literas del séquito del princeps! No sé si llegó a entrar con Augusto en nuestra Hispania, pero sí estuvieron juntos en Massilia y Narbo. Son amantes, dicen. Es una relación secreta.

Cena con Ovidio

—¿Secreta? Ja, ja, no me hagas reír, Urgídar.

Ovidio se parte de risa en el *triclinium* de su casa. Ha invitado a cenar al joven hispano y a una amiga a la que llama Porcia. Tres personas tendidas en los tres amplios lechos del *triclinium*, tal como aconsejan los escritos de Marco Terencio Varrón para facilitar una buena charla mientras se come: tres comensales —el número de las Gracias— garantiza que la conversación no decaiga, pero más de nueve comensales —el número de las Musas— genera desasosegantes discusiones paralelas.

—¿Me preguntas si ha habido una relación secreta entre César Augusto y Terencia? En Roma acaba por saberse todo, joven amigo, por más que Augusto sea muy discreto y un admirable actor, consumado artista del fingimiento... Pero todo acaba por saberse en Roma. O casi todo.

Reclinado en su lecho, Ovidio da indicaciones a un esclavo para que sirva el postre, unos dátiles rellenos de nueces, piñones y pimienta molida, fritos en miel y espolvoreados con sal. Ovidio no es un hombre rico, pero sí acomodado gracias a su trabajo en el foro y a la administración de las rentas de sus padres, ya muy ancianos, así que de vez en cuando se permite agasajar con una buena cena a algunos amigos. Y amigas.

Han paladeado unos entrantes de huevos escalfados ligados con *garum*, y luego un plato de anguila con *hipotrimma*, reducción de seseli, menta, pasas, queso suave y arrope. Tras el postre, el vino y el buen humor desatan la lengua del anfitrión.

—El buen amigo Horacio ha compartido cenas íntimas con el emperador. Ha sido testigo de cómo Terencia lo acompañaba, recostada a su lado, apenas separados por las telas de sus túnicas, y ha visto que él la colmaba de atenciones y cuidados. ¡Y te hablo de hace ya casi diez años!

—¿No se esconden, pues?

—Son muy discretos, lo cual no significa que sea un secreto entre los amigos del *princeps*.

—¿Lo saben? ¿Y Mecenas? ¿Lo sabe Mecenas? ¡Es el marido de Terencia!

—Mecenas y Augusto mantienen una amistad inquebrantable desde su juventud. Y Mecenas es un hombre más interesado en los hermosos muchachos y los buenos versos que en las mujeres. No le duele la relación entre su esposa y Augusto, siempre que no se haga comidilla pública. Supongo que ese es el acuerdo al que han llegado los tres.

—¿Acuerdo?

—No me extrañaría nada que Mecenas y Terencia se hubiesen casado por deseo de Augusto. Los dos aman más a Augusto de lo que se aman el uno al otro.

—¿En serio?

—Eso creo. ¿Acaso no ha organizado Augusto las bodas de cuantos le rodean?

—¿Y sabe algo Livia, la mujer de Augusto?

—Livia y Augusto constituyen una sociedad perfecta. Ella lo sabe todo de él, y él de ella. No se conocen grietas entre ambos. Livia, como Mecenas, consiente.

—Pero ¿por qué lo hace?

—Porque Livia ya tiene lo que quiere: a Augusto en la palma de su mano, un marido que le proporciona poder.

—Pero el emperador podría librarse de ella...

—No lo hará, es una Claudia y le apoya... Ese apoyo incondicional es importante para él. La cama representa un tema aparte.

—Quizá no deberíamos estar hablando de todo esto.

—¿Por qué? ¿Tengo algo que temer de ti, pequeño íbero?

—No. Soy yo el que temo, pues ya sé que tú no temes a nada.

—Según Epicuro, es tan ridículo temer a los dioses como a la muerte.

—¿Por eso te arriesgas a desairar al emperador? Corina es Terencia, ¿no?

—Ni Terencia ha sido la única amante de Augusto, ni yo he sido el único amante de Terencia. Ya irás viendo que Roma es un lugar muy entretenido.

Livia en su palacio

El palacete de Livia se alza junto a la casa de Augusto, en el monte Palatino. Ahí viven ambos, juntos pero no revueltos. Cada uno en su hogar, casas separadas aunque intercomunicadas. Los muros de las estancias de Livia se iluminan con elegantes y coloridos frescos en los que predominan motivos vegetales, florales y frutales, jardines y pájaros, serenas escenas mitológicas y sosegadas estampas de vida doméstica romana. Y entre estas imágenes vive la noble Livia, desde hace veinticinco años esposa de Cayo Julio César Octaviano, luego Augusto por decisión del Senado y del pueblo de Roma.

Para muchos, Livia es el modelo de esposa romana ideal, de matrona recatada, entregada a la única tarea de tejer, cuidar la casa y facilitar la vida de su marido. Otros, no obstante, susurran que (en la sombra) esta discreta dama influye sobremanera en el hombre más poderoso del mundo. Y esta mujer ahora recibe una visita.

—¿Qué novedades me traes, Turenio?

—Un poco de todo, *domina*. Bastantes cosas de Julia... Ah, y un posible hallazgo para tu marido...

—Ponme al día de todo. Lo primero, mi hijo Tiberio. Que, por cierto, ¡en pocos meses cumple treinta años! Recuérdame, Turenio, para prepararle algo.

El hombre toma nota con punzón en una tablilla de madera encerada. Turenio redacta cartas al dictado de Livia y las hace llegar a sus destinatarios, gestiona la intensa correspondencia de su señora y coordina una secreta red de personas de confianza en diversos puntos de Roma —casas particulares y foro, templos y prostíbulos, Senado y mercados...— de las que recaba todo tipo de informaciones para la esposa de Augusto. Es un eficaz sistema de espías, algunos incluso en las provincias consulares y proconsulares, en los límites del imperio. Livia, desde su casa, se entera de todo.

—A Tiberio parece que le ha sentado muy bien la paternidad —informa Turenio—, está contento con su primogénito recién nacido, que aún no ha cumplido el año de vida. Y se le ve la mar de feliz con su esposa, Vipsania Agripa.

—Sí, bueno, muy bien.

—¿No te alegras?

Turenio, el hombre de confianza de Livia, habla a la dama sin protocolos, pues se conocen desde que nacieron. El padre de Turenio fue esclavo fiel del padre de Livia, Livio Druso Claudiano, de la distinguida familia Claudia, quien veinte años atrás se suicidó tras ser derrotado en batalla por el joven Octavio —todavía no Augusto—, hoy esposo de Livia por las revueltas de la vida, de la política y de los acuerdos dinásticos. El padre de Turenio asistió a su noble amo en el suicidio, y acto seguido también se quitó la vida.

El hijo pasó a servir como esclavo a Livia, quien desde que se divorció de su

primer marido (para casarse con su exenemigo Augusto) administra su propio patrimonio —lo que resulta excepcional para una mujer en Roma— con el beneplácito de Augusto, que nada parece negarle a su esposa. Turenio, hombre de mediana estatura, fibrado, sobrio y sagaz, sabe leer y escribir, y entiende como nadie a Livia. Ambos tienen aproximadamente la misma edad, cuarenta y siete años. Crecieron juntos en la misma casa, y siguen juntos. Livia lo manumitió hace ya veinticinco años, con motivo de su boda con Augusto, y Turenio pasó a ser el más fiel empleado de su *domina*, que además le prestó dinero para fundar su pequeño negocio: un lupanar en el barrio de Subura. El enriquecido Turenio, además, compra y vende esclavos para familias de la alta sociedad romana, que lo conocen desde siempre y confían en él.

—¿No te alegras, Livia?

—Vipsania... Un bebé... ¿Mi hijo se complace ahora en la plácida vida marital con su mujercita, como un simple mercader de ánforas? ¿Esa es toda su ambición?

—Pero, Livia, ¡Vipsania Agripa es la hija de Marco Agripa, la mano derecha de Augusto en los ejércitos...!

—¿Y eso de qué le sirve a Tiberio?

—Bueno, parece feliz.

—¡Turenio! —Livia tuerce el gesto, como si quisiera reñirlo—. ¡Un poco de seriedad, hombre! Ese enlace de mi hijo con Vipsania era interesante antes, pero ahora que Agripa está casado con Julia... no va a ningún lado: ese bebé no pintará nada.

—¿Aún te mortifica la ocasión perdida cuando Julia enviudó?

—¡Sí, ese fue el momento ideal! Tras la muerte de Marcelo, el primer marido de Julia, hace ahora diez años. Y créeme que, lo intenté. Pero Augusto prefirió a Agripa.

—Me consta por mis contactos, como ya te informé, que se lo aconsejó Mecenas: «Augusto, has hecho tan poderoso a Agripa que solo te queda convertirlo en tu yerno o asesinarlo». Y así cerraron el acuerdo: Agripa se divorció de Marcela, la hermana de Marcelo, y se casó con Julia en cuanto pasó el año de duelo.

—Mecenas, Agripa y Augusto, por muchas cosas que pasen entre ellos, son amigos desde la niñez y permanecerán siempre juntos. Pero yo lo intenté, lo intenté cuando Julia quedó viuda de Marcelo...

Diez años atrás Marco Claudio Marcelo falleció a los diecinueve años, y Julia quedó viuda con dieciséis. Marcelo era el sobrino predilecto de Augusto, y por eso lo había casado muy joven con su única hija Julia: tenían diecisiete y catorce años. Ese enlace ensombreció el ánimo de Livia: si Julia y Marcelo tenían descendencia... ¡se alejaban las posibilidades sucesorias de Tiberio! Porque Marcelo era sobrino de Augusto, primogénito de su bien amada hermana Octavia: el *princeps* favorecía a su estirpe, a la sangre de los Julios. Por eso Augusto lo dispuso todo para que Marcelo se hiciera muy popular rápidamente: le ayudó a organizar unos juegos fenomenales, y

el pueblo aclamó al joven.

Pocas semanas después de esos juegos, repentinamente, Marcelo enfermó y murió.

—Cuando hace diez años los dioses se llevaron a Marcelo, sugerí discretamente y por separado a Julia y Augusto la opción de una boda con Tiberio...

—¿Los dioses se lo llevaron, Livia? —deslizó Turenio con una sonrisa.

—La maldita epidemia que asoló a Roma por entonces, Turenio; déjate de tonterías y no me pongas de mal humor...

A Livia no se le escapa la insinuación de Turenio, que recoge el rumor popular del envenenamiento de Marcelo. La habladoría se funda en que el médico de confianza de Livia, Antonio Musa, que trató y sanó a Augusto de similar enfermedad, en cambio no fue capaz de salvar a Marcelo. Y, por otra parte, se sabe que la esposa del *princeps* es diestra en la preparación de tisanas, pócimas, ungüentos, emplastes, bálsamos... Venenos. Ha tenido por maestras a viejas brujas etruscas y tracias.

—En fin, Turenio... ¿Y cómo lo lleva la parejita?

—¿Julia y Agripa? Por un lado les va bien, y por otro mal. Bien porque no paran de tener hijos: Cayo, Julia la Menor, Lucio, y ahora acaban de tener otra niña, a la que llaman Agripina...

—Ya van cuatro, sí. Cada vez que Agripa vuelve de una campaña, le hace un hijo a su mujer. ¡Augusto no tendrá motivo de queja! Su querida hija Julia no para de proporcionarle posibles sucesores. Y la verdad es que lo veo encandilado con los pequeños Cayo y Lucio.

—¿Qué edades tienen ahora los nietos de Augusto, Livia?

—Siete y cuatro años, y en medio está Julia la Menor, idéntica a su madre. ¿Y qué me dices de Julia, Turenio? Me has anunciado que tenías muchas cosas de ella, que algo iba mal, y aún no me has contado nada...

—*Domina*, Julio Antonio acaba de publicar una obra, *Diomedea*, que es un elogio velado a Marco Antonio. ¿Qué te parece? Y, durante las ausencias de Agripa, Julio Antonio está cada vez más cerca de Julia...

—Interesante, interesante... y peligroso.

—Ah, y que no me olvide de comentarte lo del regalito para el emperador, cuando tú me digas.

—¿Qué es?

—Tengo a punto otra doncella virgen para tu querido Augusto.

Cita en la Domus Augustea

Nabo silvestre, yero, cebada, trigo y altramuz molidos: Marcia mezcla con leche estas harinas para su mascarilla de belleza. Encerrada en su dormitorio, antes de acostarse, la joven romana se aplica la mezcla en el pecoso rostro. Quiere tener la piel limpia y tersa a la mañana siguiente, quiere estar hermosa para su cita.

Una cita propuesta por Hermenio, esa misma tarde: regresaba la joven del lavadero del barrio con algunas prendas de ropa limpias cuando él la ha abordado. Es el amigo de Urgídar y días atrás los acompañó al Circo Máximo. A Marcia le gustaron su desenvoltura y sus piropos. Despierto y parlanchín, el *subrostani* Hermenio parece saberlo todo de los personajes principales de Roma, y a Marcia le halaga que alguien tan bien informado sepa escucharla y atienda a sus preguntas y curiosidades. Además, es seis años mayor que ella, y sabe halagarla con gracia.

Los iniciales rubores de Marcia dejan paso a la satisfacción de sentirse escuchada. Huérfana de madre, con su padre en las legiones y su abuela recién fallecida, Marcia agradece la atención y elogios de Hermenio. La confortan y cosquillean, la hacen sentirse merecedora de un mundo más colorido que el de la modesta casa de su abuelo. También Urgídar le ha dedicado algún piropo, y le ha agradado, pero... no es lo mismo: la presencia del abuelo Numerio convierte a Urgídar más en un hermano protector que en un excitante pretendiente. O eso le parece a Marcia.

—Tengo una amiga que trabaja en el Palatino —le ha dicho Hermenio, tras regalarle un astrágalo.

—¿Me das un hueso? ¿Para qué lo quiero?

—Es un hueso del pie de una ternera blanca. Un hueso como este usa mi amiga para estar guapa, y por eso la aceptan en algunas ceremonias y desfiles de miembros de la familia imperial: lanza pétalos, lleva ramas de laurel, repica címbalos...

—Oh, qué suerte...

—¿Te gustaría ser como ella? Siempre obtiene algún regalo a cambio. Y no es la única, hay otras muchachas que hacen lo mismo. Tú también podrías... Y a veces el regalo es dinero, bastantes monedas. La familia del *princeps* es generosa...

¿Trabajar en el Palatino? ¿Desfiles imperiales? ¿Regalos? Con la cesta de la ropa apoyada en la cadera, Marcia ha ido demorando el paso, con la boca abierta. ¡El Palatino! Elevada sobre el Circo Máximo, en esa colina romana viven Augusto y Livia, ahí están los palacios imperiales, entre el templo de Apolo Palatino y la biblioteca augusta. A Marcia la fascinación le puede más que la incredulidad. ¡Cuánto le gustaría participar en fastos tan deslumbrantes!

—¿Y qué tiene que ver este hueso que me regalas?

—Hervido durante cuarenta días y cuarenta noches, el astrágalo se convierte en gelatina. Si se aplica con un paño en la piel, la embellece. ¿Y quieres otro truco?

—¡Sí!

—Veo que tienes pecas en el rostro, Marcia: cenizas de caracoles, ¡las cenizas de

caracoles te las quitarán! Y cuando hayas ganado tus monedas, podrás hacerte una mascarilla con estos ingredientes, recuérdalos: hinojo, mirra perfumada, pétalos de rosa, incienso, sal gema y jugo de cebada. Y tu belleza cegará a todos los hombres.

Mientras se aplica su mascarilla, mucho más humilde que la descrita por Hermenio, Marcia mira de reojo el astrágalo y piensa que otro día lo hervirá, y fabula con las palabras del joven en un vislumbre de túnicas de lujosas telas, laureles, pétalos y címbalos. ¡Él la acompañará mañana por la mañana al Palatino!

Le ha dicho que la presentará a una persona que trabaja en sus palacios, alguien que puede abrirle la puerta a esos fastos y maravillas. Y así, mientras concilia el sueño, Marcia se imagina en el mismísimo palco imperial, ya se ve entre Julia y sus distinguidos amigos y elegantes amigas...

No le dice nada a su abuelo. Ni a Urgídar. Marcia se encuentra con Hermenio junto al mismo lavadero de la tarde anterior, y juntos atraviesan Roma a buen paso. Él entretiene a la muchacha con chismes y anécdotas sobre personajes populares de Roma y sobre la familia imperial, Augusto incluido.

—Marcia, ¿sabías que tienes la edad de la primera novia que tuvo Augusto?

—¿Quién fue?

—La joven Servilia, hija de Servilio Isáurico, que fue cónsul junto a Octavio hace ya treinta y cinco años...

—¿Y no se casaron?

—Ja, ja, ¡no! Octavio cambió de novia.

—¿Acaso le ofendió esta Servilia con alguna conducta impropia?

—No.

—¿Qué pasó, pues?

—Servilia era hija de uno de los líderes del partido cesariano, y ese enlace fortalecía a Octavio frente a Marco Antonio, su rival...

—¿Augusto no la amaba, pues?

—Dulce Marcia, Augusto solo puede y debe amar a Roma, ¡no a una chica!, por noble que sea. Por eso, pasados unos meses, repudió a Servilia y se casó con Clodia Pulcra.

—¿Y qué tenía esta Clodia que no tuviera Servilia?

—Era hija de Fulvia y Publio Clodio, fallecido años antes. Y Fulvia estaba entonces casada con... ¿con quién, Marcia?

—No sé.

—¡Con Marco Antonio! Clodia era hijastra de Marco Antonio y estaba bajo su tutela, pues ella tenía once años.

—¿Y cuántos años tenía Octavio Augusto?

—Aún no era Augusto, y tenía veintidós años: esa boda cerró un pacto entre Octavio y Marco Antonio para repartirse el poder sobre Roma. No me mires con esa cara de susto...

—¿Se... se acostaron Octavio y la pequeña Clodia?

—No lo sé. Meses después, Octavio también la repudió. La cambió por otra...

Marcia se asombra con el relato de Hermenio sobre el *princeps* de Roma. ¡Su abuelo, el retirado y veterano legionario Numerio, nunca le ha contado estas cosas! Solo le habla del valor de Julio César, tío abuelo de Octavio, en las guerras de Hispania y las Galias. Hermenio, en cambio, le cuenta detalles más jugosos, como que Fulvia montó en cólera contra Octavio al ver rechazada a su hija Clodia, y se unió a una rebelión armada contra Octavio, remitiéndole una nota: «Hazme el amor o hazme la guerra». «Habrás que guerrear», respondió Octavio. Y derrotó a Fulvia y a los antonianos en Perusa.

Marcia y Hermenio ya ascienden el monte Palatino. Él nota algún nerviosismo en la chica y decide distraerla completando su relato acerca de las esposas de Octavio antes de que se casara con Livia y fuese Augusto.

—¿Y quieres saber, Marcia, por qué Octavio había repudiado a Clodia?

—Algo malo haría ella...

—No. A Octavio Augusto le pareció que Sexto Pompeyo era un enemigo más peligroso que Marco Antonio, y se alió con el primero para anular al segundo. ¿Y cómo selló el acuerdo? Se casó con la hermana del suegro de Sexto.

—¿Y quién era ella?

—Escribonia..., que a su vez estaba casada. Tuvo que divorciarse de su marido para casarse con Augusto.

Marcia fija la vista en sus propios pies mientras la conducen por el camino que desemboca en la Domus Augustea, el lugar desde el que Augusto gobierna Roma y el imperio, junto al palacio de Livia. Marcia siente que la cabeza le da vueltas con tantos divorcios y bodas.

—¿Y qué pasó con esa Escribonia? La esposa de Augusto es hoy la gran Livia... ¿Hubo otras esposas entre ellas dos?

—No. Augusto enseguida dejó embarazada a Escribonia. De ese embarazo nació su única hija, Julia.

—Julia... Qué maravillosa mujer... De eso hace veintisiete años, pues... — murmura Marcia, fascinada por la figura de Julia, diez años mayor que ella. Para la muchacha, la hija del *princeps* es el ideal de mujer dueña de sí misma que admira en secreto, pero que no se atreve a ser por su formación y miedos.

—Sí. Y el mismo día en que nació Julia, Augusto repudió también a Escribonia.

—¿Por qué?

—Ella era diez años mayor y tenía carácter, era severa, respondona... y eso disgustaba al *princeps*. Augusto tenía veintitrés años y, además, acababa de conocer a Livia, que tenía dieciocho y era bellísima..., aunque también estaba casada. Se conocieron en una fiesta después de la guerra... Pero ya te lo cuento después, Marcia: hemos llegado.

Al final del camino les espera un hombre de mediana estatura, fibrado, de mirada

sagaz, un hombre que comparte su tiempo entre los servicios a Livia y sus negocios en el lupanar de la Subura. Hermenio le conoce bien, y lo saluda con confianza.

—¡Turenio! Te presento a Marcia, de la que te hablé.

—Y no me mentiste. Tu belleza y juventud son dignas de los dioses, Marcia. Yo me encargo ahora de tutelarla, Hermenio, contigo ya volveremos a vernos más tarde. Hermosa Marcia, acompáñame...

Marcia ante la santísima Livia

Turenio conduce a Marcia a través de dos atrios con *impluvium*. En uno de ellos, el rumor del agua de un surtidor ameniza y pacifica la atmósfera. El hombre invita a Marcia a pasar a una estancia cuyas paredes se adornan de frescos de suaves colores, con figuras de pájaros y frutas. La trata como a una princesa, y la muchacha cree estar en el mejor de sus sueños. Antes de dejarla sola en la habitación, Turenio le dice algo que la paraliza.

—Y ahora, joven Marcia, vas a conocer a la santísima Livia.

¡Livia! Eso sí lo sabe Marcia, como lo saben todos los romanos: ella es la única mujer de Roma —junto a Octavia, la hermana de Augusto— declarada *tribuniciae sanctissimae*, es decir, intocable, inatacable, inviolable, igual que las vestales, las sacerdotisas vírgenes del templo de Vesta. Es un título otorgado hace unos años para subrayar la diferencia de la buena matrona romana con la furcia Cleopatra, la reina egipcia que embrujó a Marco Antonio. Por voluntad de Augusto y del Senado, cualquier persona que ataque o desaire a Livia incurre en un delito político de la máxima magnitud: es acusada de afrenta al Estado.

Livia recibe a Turenio, su asistente y confidente. Él tiene informantes en todos los rincones de Roma y se ocupa de mantenerla al día de cualquier suceso, por nimio que pueda parecer, además de ejercer de escribiente y secretario. Y de algo más... Como en esta ocasión.

—Livia, la doncella está aquí.

—¿Qué sabemos de ella, Turenio?

—Se llama Marcia. Huérfana. Nieta de un legionario retirado. Romana. De buenas costumbres. Buen talle, esbelta. Piel clara, cabello castaño claro. Diecisiete años. Y virgen, claro.

—Tráemela.

Livia Drusila, la esposa del hombre más poderoso del mundo, cuida de su marido en todo momento. Sabe cómo tratarlo para sosegarlo. Sabe qué debe darle. Sabe cómo hablarle para hacer que se sienta bien, qué decirle para estimularlo, y también qué pedirle y cómo. Siempre ha permanecido al lado de Julio César Octaviano, quien con su ayuda ha llegado a convertirse en César Augusto, *imperator* de Roma. Se han entendido bien desde el primer día en que se vieron, veinticinco años atrás... Fue en una fiesta después de una guerra... La guerra en la que Octavio derrotó a Fulvia, la esposa de Marco Antonio. Tras su victoria, magnánimo (y calculador), Octavio ofreció a los vencidos una honrosa capitulación y una fiesta de conciliación. A esa fiesta acudió Livia junto a su marido, Tiberio Claudio Nerón, uno de los rebeldes antonianos derrotados en Perusa, miembro de la linajuda familia Claudia.

—*Domina*, Livia santísima... —saluda Marcia, con una reverencia al entrar en la estancia de la gran dama acompañada por Turenio.

Al ver a la muchacha, Livia no puede evitar pensar en sí misma, en cómo se

parece la joven Marcia a ella misma casi tres decenios atrás, cuando Octavio la vio por primera vez. Así de hermosa era cuando prendó al joven Octavio en aquella fiesta... En cuanto Livia vio la determinación con que la miraba ese hombre, supo que con él podría dominar el mundo.

Al final de la celebración, Octavio tomó de la mano a Livia y ambos se ausentaron durante una hora. Al regresar con el resto de comensales, todos los presentes supieron que ya nada separaría a esa pareja... Octavio esperó al parto de Escribonia y la repudió. Por su parte, Livia y Tiberio Claudio Nerón se divorciaron de mutuo acuerdo; él mismo la acompañó al altar de la boda y entregó la mano de su exmujer a Octavio.

—Marcia, eres bella —dice Livia mientras escruta las facciones y el cuerpo de la doncella—. Date la vuelta... Muy bien. Otra vez. Ajá. Turenio, puedes retirarte.

Livia y Marcia se quedan a solas. Marcia repara en las manos de Livia, se fija en sus ágiles dedos de piel casi transparente, y también en el telar que tiene a su lado.

—Yo misma me ocupo de tejer todas las túnicas que viste mi marido —comenta Livia, al seguir la mirada de Marcia—. Esto es lo que debería hacer toda buena matrona romana en vez de perder el tiempo con frivolidades, ¿no te parece?

La joven asiente. Detrás del telar, al fondo de la estancia, junto a la pared estucada, también ve una consola abigarrada de frascos de cristal que contienen líquidos, ampollitas translúcidas de todos los tamaños, verdes unas, azules otras, algunas transparentes y de irisados brillos, y también frascos de cerámica *sigillata* negra y roja. Marcia piensa que son perfumes..., o pócimas. Como todo el mundo en Roma, la muchacha conoce la historia de las ciento sesenta mujeres que fueron condenadas hace setenta años por haber envenenado a muchísimos hombres principales de la ciudad. A Marcia le han contado por qué lo hicieron: esos hombres aprobaban leyes que impedían a las mujeres salir a pasear solas, acudir a cenas, beber vino, visitar los templos y, sobre todo, vestirse de colores, adornarse el peinado, maquillarse...

Eso ya pasó, es historia. Pero Marcia lo recuerda al ver los frascos, y también recuerda lo que se rumorea acerca de la súbita muerte de Marcelo, el primer marido de Julia, acaecida diez años atrás, y de la habilidad de Livia y de su médico, Musa, con los bebedizos...

—Joven Marcia, tienes edad de convertirte en una digna matrona romana. Dime, ¿tienes novio?

—No, *domina*.

—Eres afortunada, Marcia, pues tu primer novio va a ser un dios.

Livia contempla ahora en su recuerdo a Febo, el dios Apolo: así se caracterizaba Octavio, cuando los dos eran veinteañeros, en alguna de las fiestas que compartieron con una docena de amigos, disfrazados todos de dioses, ella de la diosa Diana. Eso fue años antes de que el *princeps* Octavio se convirtiese en Augusto, y ambos entendiesen que convenía encauzar las pasiones de los jóvenes de las familias

senatoriales con una nueva moral estatal rescatada de las viejas costumbres republicanas: la moral de las leyes julias contra el adulterio y en favor del matrimonio, que ella misma ayudó a redactar a Augusto. «¡César, nada más ingobernable que una nación de jóvenes dionisiacos! Seamos ejemplo para los jóvenes, ponme a mí como modelo de matrona, empujémoslos al casto matrimonio romano», aconsejó ella.

—¿Un dios?

—Escúchame bien, joven Marcia. Eres una doncella romana, muy bella y virginal. —Livia se levanta, va a la consola de los frascos y vuelve con una copa metálica en la mano—. Habrías merecido de niña convertirte en una de las siete sacerdotisas vestales y preservar para Roma tu virginidad. Pero pocas son las elegidas, y en tu caso no ha sido así. Sin embargo, tu virginidad podrá rendir ahora su servicio a Roma.

—¿Cómo?

Marcia se siente atravesada por la mirada de Livia, una mirada violeta, fija y cristalina, que la mantiene inmóvil, como si fuese una mariposa clavada por dos alfileres en una tablilla.

—Entregarás al emperador, a Julio César Augusto, el don precioso de tu virginidad. Tu regalo ayudará a Roma, serás merecedora de la complacencia eterna de los dioses. ¡Y de la mía! Ahora tómate esto.

Hipnotizada por las pupilas de Livia, Marcia se lleva a los labios una copa dorada que la *domina* del mundo ha puesto en su mano y bebe un filtro acaramelado y ardiente, a la vez dulzón y amargo. Marcia solo siente el calor de la palma de la mano de Livia, que le acaricia la mejilla izquierda, la oreja, la nuca. Y, por primera vez, la santa Livia le sonrío.

—Ven, sígueme.

La virgen desflorada

El cuerpo de César Augusto es muy blanco. Sobre la palidez de su piel, que tiende a researse y a veces a descamarse, resaltan siete pecas que, en su pecho y abdomen, como siete estrellas oscuras, reproducen la figura celeste de la Osa Mayor.

Augusto siente que esta coincidencia entre su piel y el firmamento es una poderosa señal, un benéfico augurio, un soberbio signo de distinción divina.

—Acércate, jovencita.

Augusto, sentado en la suntuosa litera, da la orden a Marcia sin que su voz trasluzca ninguna pasión, ni imperativa ni de otro tipo. Marcia se le acerca a pasos cortos. Se siente extraña, nunca antes le había parecido que sus pies fuesen como paños de algodón, sus rodillas temblorosas como trigales ondulados por el viento, su cuerpo como una hoja en el agua. Nunca había sentido sus mejillas tan ardientes, ese regusto amargo en la boca y ese dulzor en los labios. El bebedizo de Livia le provoca un plácido sopor...

Livia la ha acompañado hasta esta habitación y al instante ha entrado una anciana etrusca, cargada de collares y pulseras tintineantes en ambas muñecas. Marcia casi no ha sentido molestia alguna cuando la vieja la ha tendido en la litera y ha comprobado su virginidad antes de mirar a Livia y asentir. Livia ha despedido a la vieja y luego ha recompuesto los pliegues de la túnica de Marcia, la ha besado en la frente y la ha dejado sola, de pie, en medio de la estancia presidida por la amplia litera guarnecida con rutilantes telas y cojines. En la habitación también hay banquetas bajas, alguna silla, dos mesillas con bebidas y copas, y un hogar ahora sin fuego.

Una luz tamizada se filtra por ventanales cubiertos de varias capas de cortinajes translúcidos. Marcia se queda a solas hasta que entra Augusto y se sienta en la litera, silencioso, mirándola. Ella, en pie, no se mueve hasta que él lo indica.

—Acércate, jovencita.

De pie frente a Augusto, el emperador le desprende la fíbula del hombro. Cae la túnica y queda desnuda ante él. Augusto le acaricia los brazos, los pechos, la cintura. Le da la vuelta para verle la espalda, las caderas, los glúteos. La mira. No la toca. Solo desliza los nudillos de su mano derecha por una nalga, muy despacio...

Augusto se enardece ante el dorso de Marcia y decide volver a ponerla de frente. Entonces la joven ve el torso desnudo del emperador, la salpicadura de sus pecas: él también se ha despojado de su toga. Marcia se concentra en esas pecas cuando él la aferra por la cintura, la aproxima a su cuerpo, la sube a la cama doblegándole las corvas, abriéndole las piernas y arrodillándola sobre sus muslos.

Augusto inmoviliza con una mano la cadera de Marcia, se deja caer hacia atrás y con la otra mano guía su miembro erecto dentro de ella, poco a poco... A Augusto le complace contemplar la tersa piel de Marcia, su escalofrío, ver cómo cierra los ojos para ausentarse. Le excita notar la resistencia que su dardo encuentra dentro de ella y siente que se endurece a cada embate; nada le gratifica más que vencer esa resistencia

y advertir el relámpago de dolor de ella, y regalarse entonces sucesivos viajes a su tierna profundidad, una y otra vez.

Marcia solo ha visto las pecas de Augusto antes de cerrar los ojos y sumirse en un vacío protector.

El *princeps* mira a Marcia sentada y sujeta sobre él, y recuerda que así poseyó a Livia en aquella fiesta, la primera vez, cuando la arrastró del triclinio al dormitorio, embriagados ambos por el vino y una mutua atracción. Allí sellaron un pacto que continúa renovándose, que sigue vivo casi tres decenios después. Y el peso de Marcia sobre sus muslos así se lo certifica ahora... Su propia esposa se encarga de servirle a esta virginal doncella para su placer.

Hace veinticinco años, en ese mismo dormitorio, tras las mieles del éxtasis sexual, una dulcísima Livia hizo notar a Augusto la conveniencia de ganarse a las viejas estirpes romanas, de ganar respetabilidad ante los más rancios linajes aristocráticos, nostálgicos de la República, como las familias Claudia y Livia, que ella representa y en ella se funden. Augusto entendió que Livia, como esposa, lo coronaría a él y a sus descendientes de ese aura, le otorgaría esa legitimidad antigua que sus propios orígenes no pueden proporcionarle. Al cabo, Octavio no es sino el espabilado nieto de un herrero, por más que su tío abuelo Julio César lo hubiese tomado como hijo adoptivo...

Livia intuyó la voluntad de poder de Octavio con solo verle actuar con los vencidos, ganándoselos para su causa con una fiesta, porque esa misma pasión de dominio la movía a ella.

Ya casado con Livia, Octavio Augusto, deslumbrado por la inteligencia preclara de su esposa, descubre que no puede prescindir de ella. Cada consejo de Livia es un acierto. Ella sabe cómo encarar todos los trances: le aconseja a veces actuar teatralmente, con aspavientos en el Senado o en el foro, proyectando la imagen pública de ciudadano que solo vive por y para Roma. Otras veces, en cambio, le recomienda actuar discretamente, o secretamente, clandestina y anónimamente, borrando huellas, como en varias conspiraciones que entre los dos ya han desbaratado: los implicados han muerto sin que nadie se entere de lo sucedido, algunos de ellos desaparecidos en las aguas del Tiberis...

Augusto tiene en Livia a su principal consejera, y después cuenta con sus astrólogos secretos, sus arúspices y augures, a los que consulta con unción. Pero con los años, el respeto de Augusto hacia Livia no ha hecho más que incrementarse... Alguna vez ella se ha enfadado porque él no le ha hecho caso en algo... y el emperador ha descubierto que ese disgusto de Livia lo altera y turba, le pesa más que un mal augurio, como si un ave atravesara la parte baja del cielo y desde la derecha. Por eso el emperador procura no disgustar a Livia, no incomodarla jamás.

Con los años, Augusto acaba por ver a Livia más como sacerdotisa que como mujer. ¿Será por eso que cada vez le cuesta más disfrutar de ella en la cama? Para Augusto, Livia deja de ser un cuerpo con atractivo sexual, pese a su belleza, para

erigirse en todo lo demás, y con creces: es la asesora, la consejera, la inspiradora, la musa.

Augusto necesita no decepcionar a Livia en nada, y este anhelo hace que se sienta inseguro en el lecho venéreo..., hasta el punto de llegar a un bloqueo carnal con ella, a una impotencia sexual en el lecho marital. Pero jamás la repudiará por ello, pues él la estima y necesita. Al contrario: esa impotencia, en vez de separarlos, los une más. Lejos de ser inconveniente, se convierte en una ventaja, gracias a la inteligencia de Livia.

Porque Livia conoce el alma masculina: sabe que esa impotencia lleva a Augusto a sentirse en deuda con ella. Y ella disfruta dándole ocasiones de saldarla. Livia satisface a su marido permitiendo que la complazca en todo, y el emperador, agradecido por ello, siempre la satisface: bendice todo lo que Livia dispone acerca del gobierno de la casa y de la familia. Y del gobierno de Roma.

—Bien, bien, hermosa... —murmura Augusto mientras sigue poseyendo a Marcia, que se le antoja una encarnación de Livia en su juventud.

Mientras fornicaba, Augusto siente gratitud ante su propio cuerpo de cincuenta años por haber sobrevivido a agotadores viajes, batallas innumerables, cabalgadas, navegaciones, rituales insomnes, orgías báquicas, banquetes y fiestas, intoxicaciones por algún veneno, fiebres, enfermedades, tormentas, conspiraciones y conjuras que él mismo ha desenmascarado a latigazos. Un cuerpo que también ha sobrevivido a sus propios humores, a su propia ira, a su propia contención, a su propia crueldad. Un par de veces ha estado a punto de fallecer por raras afecciones renales o hepáticas. Pero siempre ha resistido. Una vez gracias al médico Musa, que lo sumergió alternativamente en bañeras de agua caliente y fría y revolvió sobre la nieve su cuerpo consumido por la enfermedad, mero pellejo sobre huesos.

La muchacha siente los embates de Augusto sin saber muy bien si eso le sucede a ella o a una Marcia que está soñando. Augusto, por su parte, tampoco sabe quién es ni de dónde sale esta doncella, solo le importa que es una virgen y que todavía puede disfrutar del poder de desflorarla, de ser el primero en abrir sus entrañas. Es un placer que hace temblar todos los átomos de su cuerpo, que le infunde sosiego para muchos días y que además tiene algo de ritual sagrado, mágico. ¡De una virgen no puede venir ningún mal influjo!

Augusto no sabe ni cómo se llama esta doncella, es solo una más de las docenas de vírgenes que, desde hace catorce años, han desfilado por esta estancia para satisfacer su pulsión sexual. Un desfile que empezó poco después de ser distinguido con el sobrenombre de «Augusto», el nuevo título acuñado expresamente para el *princeps* tras haber acumulado todo tipo de poderes, privilegios y magistraturas. Aspiró a un sobrenombre más ilustre que todos los conocidos y que los resumiese. Y cuajó una propuesta de Lucio Munacio Planco: Augusto, el reverenciado, el venerado. ¡*Imperator Caesar Augustus!* Es decir, general de generales, señor de Roma, el de buen augurio, como si su propio cuerpo fuese un lugar sagrado.

Desde que Octavio se convirtió en Augusto empezó a verse a sí mismo y a Livia como estatuas sagradas, y el vínculo que los unía dejó de recaer en el sexo para pasar por la política, por el engrandecimiento de Roma, por la consolidación de su poder personal y familiar.

Algún tiempo después de que sus cuerpos hubiesen dejado de fundirse en el lecho, Livia sorprendió durante un banquete una mirada concupiscente de su marido, dirigida a una joven virgen de una familia senatorial... Livia preguntó a Augusto sobre sus deseos... y él le confesó lo mucho que le apetecía desflorar a una virgen. Cuando le confió asimismo que Mecenas y Agripa ya le habían facilitado alguna muchacha de buena familia, Livia decidió que ese vínculo con el emperador le correspondía a ella.

La santísima Livia convenció a esa familia de que entregase a la muchacha al deseo del *princeps*. Y después de esa virgen, llegaron otras. «Me gusta desflorar doncellas», confesó Augusto a Livia. Ella sonrió..., y fortaleció su relación con su imperial marido: le seleccionó personalmente a bellas vírgenes acordes a sus gustos, para su deleite momentáneo, mientras Livia gozaba de otro placer, el placer continuado del poder.

En una Roma resabiada y añosa, el emperador anhela frescura y pureza en su intimidad, y también en esto quiere ser *princeps*, el primero.

—Ohhhh... —Augusto exhala un gemido de satisfacción, cumplido su placer—. Ohhhh...

Acto seguido, tiende a Marcia a su lado.

La muchacha, mareada por el bebedizo y los embates del que ha sido su primer amante, se desentiende de sí misma, se abandona a una rara lasitud, como si ya nunca más tuviese que decidir nada sobre su propio destino. Ni siquiera entorna ya los párpados, como hasta ahora: los abre para ver qué será lo próximo que venga a su encuentro, y lo único que ve es el rostro de Augusto que suspira y se hunde en el sopor, los ojos gélidos del emperador a punto de cerrarse, de un color azul que parece de metal, con brillo de hoja de daga.

La boda

Las jambas de la puerta están untadas de aceite, y de ellas penden cintas de lana coloreadas.

Diez jóvenes llevan en volandas a Marcia, atraviesan con ella el umbral y entran en la casa. Dentro de la *domus*, en el minúsculo atrio, espera Urgídar, que recibe a la joven con una escudilla de agua y un pequeño fuego albergado en una vasija sobre un trébede.

—*Ubi tu Gaius, ego Gaia.*

Marcia pronuncia la tradicional fórmula romana («Así como tú eres Gayo, yo soy Gaya»), el pórtico a una nueva vida: el matrimonio. Marcia y Urgídar se casan. La *pronuba*, una mujer amiga de la novia, junta las manos derechas de los novios. Es el signo de la unión, de que están casados, de que los novios ya forman una sociedad.

Marcia entrega una moneda al que ya es su marido, otra a los dioses del hogar, los manes, para que dispensen protección doméstica a los habitantes de la casa, y reserva una tercera moneda que ofrecerá a los dioses lares en la encrucijada de calles más cercana, a fin de que propicien prosperidad a la nueva unión.

Como dicta la tradición, Marcia viste una túnica blanca, recta y larga hasta los pies, y sobre el cabello luce un velo anaranjado, el color del amanecer, portador de buenos augurios para el nuevo matrimonio. Cualquier gesto propiciatorio de fortuna será bien recibido, piensa Urgídar, después de una temporada de infortunios encadenados... Aprieta la mano derecha de Marcia y se agolpan en su mente los sucesos de las últimas semanas... No olvida, ¡no olvidará nunca!, la figura de Numerio tendido en el mismo *impluvium* donde ahora se celebran los esponsales, empapado su cuerpo por su propia sangre, con una daga clavada en el pecho, entre dos costillas, a la altura del corazón.

El cadáver de Numerio, en un charco de sangre... Regresaba aquel día Urgídar de la oficina de Ovidio en el foro, después de una intensa jornada de trabajo entre legajos, y ya cerca de la *domus* de Numerio oyó los desgarrados chillidos de Marcia. Corrió hacia la casa, alarmado y preocupado, pues los gritos se sumaban al estado de la muchacha en las últimas semanas: la había visto sumida en una tristeza hasta entonces desconocida, empantanada en un estado de ánimo absorto, apesadumbrada y ausente. Urgídar no se había decidido todavía a preguntarle qué le pasaba..., y justamente aquel día regresaba a casa con intención de hacerlo.

Marcia gritaba y se arañaba el rostro descompuesto y empapado en lágrimas, manchadas las manos con la sangre de su abuelo.

—¡Por mi culpa, por mi culpa! —chillaba Marcia.

Urgídar, conmocionado ante la estampa, arrastró a Marcia a su dormitorio. No entendía qué había pasado ni preguntó nada: solo quería evitar que la nieta de Numerio fuese inculpada de la muerte de su propio abuelo. Fuese lo que fuere lo

sucedido, Urgídar no podía creer que la muchacha hubiese matado a su amadísimo abuelo. Tras calmarla con abrazos, Urgídar regresó junto al cuerpo de Numerio: muerto, sin duda alguna. Un rastro de sangre sugería lo sucedido, pues conducía a la cámara aneja, en la que el viejo Numerio archivaba sus objetos y documentos personales. Sobre una mesa, unos papiros escritos. A los pies del mueble, un tintero caído y derramado en el suelo, y una primera mancha de sangre. Y luego un rastro sanguinolento que conducía hacia el *atrium*. Urgídar tomó el primer papiro, lo leyó y entendió.

Yo, Numerio Asinio Balba, veterano legionario licenciado, por este testamento adopto como hijo a Urgídar, hispano, ciudadano, hijo de mi viejo colega Cneo Frontis Galeria. Mi casa y mis bienes pasan a su propiedad tras mi muerte, que yo mismo dispongo. Y es también mi deseo que mi amadísima nieta Marcia quede bajo la tutela de mi hijo Urgídar.

El segundo papiro contenía un mensaje algo más escueto que el anterior, dirigido directamente a él, a Urgídar:

Amado hijo: me quito la vida, me resulta insoportable. Sin la felicidad de Marcia, ¿qué me importa? Ella te contará su desgracia, si quiere. Mi alegría en el Otro Mundo sería que la protegieras y desposaras. Que tengas una buena vida.

Tras la ceremonia, Marcia y Urgídar invitan a algunos vecinos y amigos a su casa. Les ofrecen una frugal comida a base de cardos rebozados, una crema de pollo con remolachas rojas y rosquillas de pan fritas en miel. Es el banquete de boda, broche de los esponsales a los que han asistido como testigos y comensales algunos vecinos que estimaban a Numerio y algunas amigas de Marcia y sus familiares, mujeres que suelen coincidir con ella en el lavadero del barrio.

Urgídar sirve *mulsum*, un vino dulce, un mosto endulzado con miel. Finalizada la cena, Marcia mira a Urgídar y le hace entender que está fatigada, que desea quedarse a solas, y Urgídar despide educadamente a los invitados. El joven cierra la puerta de la casa y se sirve una copa de *mulsum* al tiempo que ofrece otra a Marcia.

—Esposa, toma. Me cuesta decirlo: esposa...

—Esposo...

—Dediquemos este brindis a Numerio, tu abuelo, mi padre por su deseo póstumo. Para que la tierra le sea leve y que los dioses le sean benéficos en el Otro Mundo.

—Por el abuelo. Y por ti, mi esposo. ¿Cómo te sientes tú, Urgídar?

—Satisfecho de velar por ti y responsabilizarme de esta casa.

—Los dos sabemos que no querías casarte...

—Ahora eso es lo de menos. Soy tu marido. Así lo he decidido, y es lo que importa.

—¿Lo has hecho por lástima? ¿Por lealtad a mi abuelo?

—Porque yo lo he decidido.

Marcia no puede reprimir un sollozo y baja la mirada. Tras la sorpresa que le causó el súbito deseo de Urgídar de casarse con ella, la muchacha siente una íntima gratitud hacia él, que con su decisión la ha salvado de la deshonra y el abandono. Y no solo eso, también siente admiración, respeto y cariño por el joven hispano, y un incipiente amor...

Urgídar prefirió no revelar a Marcia la última voluntad expresada por Numerio en el papiro, su deseo de verle casado con su nieta. Un deseo que para Urgídar se convirtió en una orden sagrada, en un designio del Más Allá. De hecho, solo le comentó la verdad a Ovidio, cuando días atrás le anunció su boda. «¡Ojalá tu mujer te iguale en bondad!», le dijo el poeta, que acto seguido citó a otro poeta amigo, Horacio, hombre inteligente, sutil y buen vividor, que se deja querer por Augusto más que Ovidio: «El romano virtuoso es el que intenta ser buen vecino, anfitrión amable, cariñoso con la esposa y clemente con el esclavo».

El romano no tiene obligación de mostrarse tierno con la esposa. Urgídar lo sabe, y por eso el hecho de expresar el afecto dentro del matrimonio es una conducta tan elevada, con categoría de voluntarismo meritorio.

Pocos días después del funeral por Numerio, Urgídar se casa con Marcia. El aprendiz de amante con Ovidio, el discípulo del maestro de seducción, está casado. Marcia no sabe de las andanzas de Urgídar. Solo que es su marido.

—Y yo seré la mejor esposa, Urgídar.

—Bebamos otro sorbo de *mulsum*, pues —conmina el nuevo señor de la casa de Numerio, en quien no puede dejar de pensar. Lo recuerda desangrado sobre el pavimento del *impluvium*.

Después de leer el papiro en su cámara, Urgídar se inclinó sobre su cuerpo para corroborar su muerte, cubrió su cadáver con una manta y subió al dormitorio de Marcia, donde la había dejado momentos antes. El joven aún recuerda su llanto desconsolado...

—¿Cómo te encuentras? No estarás herida, ¿verdad? No... ¿Qué ha sucedido? ¿Te dijo algo tu abuelo?

—Oí un gemido, bajé y le vi salir de su cámara, tropezándose, con las manos en el pecho y el puñal clavado, sangrando, y se derrumbó...

—Pero ¿por qué? ¿Por qué...?

—Por mi culpa, por mi culpa...

—¿Por qué dices eso, Marcia? No lo entiendo... Tú no has hecho nada, él ha decidido quitarse la vida... por lo que sea. ¿Por qué? No lo entiendo. ¿Qué puedes explicarme tú?

—¡Urgídar, Urgídar...! Ya no puedo callar más. No puedo. Sucedió hace una semana. Me violaron.

—¿Qué?

—Me han deshonrado, me han robado la virginidad, ¿quién me querrá ahora? No he tenido valor para quitarme la vida. ¡Debería haberlo hecho! Si lo hubiera hecho

yo, quizá mi abuelo viviría.

—¿Qué dices? Tu abuelo no amaba a nadie tanto como a ti. Pero ¿violada...? ¿Quién...?

—No quise decirle nada a nadie, absolutamente a nadie, pero mi abuelo me conocía demasiado... Él lo notó, él me preguntó por qué estaba triste, me veía mal... Yo creo que ya lo sabía todo antes de que se lo dijera...

—Yo también te he visto rara...

—Mi abuelo insistió, tanto que al final me confié a él, no pude contenerme más, me apoyé en él y le conté mi deshonra...

—Pero... ¿quién? ¿Cómo?

—No puedo, no puedo.

Marcia, rota por el llanto, un llanto en el que la vergüenza se mezclaba con el dolor por la muerte de su abuelo, no se atrevió a relatarle su infortunio, un infortunio del que se sentía responsable por su candidez, por haber aceptado la cita con Hermenio, deslumbrada por un empleo en el Palatino. Tenía miedo. No quiso hablar tampoco de su trato con el liberto Turenio, ni su asombro al conocer a la santísima Livia, ni el sabor y efectos del filtro que le había dado a beber, ni que su cuerpo había sido un pasatiempo para... ¡César Augusto!

No quiso recordar que el mismísimo emperador de Roma la había desflorado una semana antes, sin apenas dirigirle la palabra. Tampoco quiso contar cómo la habían conducido luego a otra sala en la que dos esclavas le limpiaron el sexo con agua helada. Estas esclavas, además, le habían dado a beber un brebaje que, según dijeron, había preparado su anfitriona, Livia. Y Marcia, en aquel momento, había tenido la astucia de no rechazarlo y fingir beberlo, pero en un despiste de las sirvientas había vertido el contenido de la copa en un tiesto en el que lucía una planta ornamental... Marcia temió que esa pócima fuese un veneno, una ponzoña que la matase lentamente.

Turenio había acompañado luego a Marcia hasta la salida de la casa de Livia y de la Domus Augustea.

—¿Has bebido la pócima? —le había preguntado Turenio.

—Sí —mintió Marcia.

—Bien. Es un preparado infalible, obra de Livia. Puedes estar muy tranquila, Marcia. ¿Marcia, verdad? La bebida y el agua fría son anticonceptivos, evitarán que quedes preñada. Así podrás seguir tu vida con toda normalidad. ¡No te quejarás! Ha inaugurado tu cuerpo César Augusto, y encima te llevas este dinero... Toma esta bolsa, ya contarás las monedas. Eres una chica con suerte. Y muy guapa... Escucha, si quisieras más, puedes conseguirlo: ven a verme a esta dirección. ¡Si tú quieres, puedo hacer que ganes mucho dinero!

Turenio había colocado en la mano de Marcia un fragmento de papiro en el que había anotado la dirección de su lupanar en el peligroso barrio de la Subura.

Marcia arrojó al suelo el papiro en cuanto estuvo en el camino de descenso del Palatino. Primero avanzó a paso rápido, luego corrió, corrió con lágrimas en los ojos. Le pareció ver tras unos setos, a un lado del camino, al *subrostani* Hermenio, pero no quiso detenerse para asegurarse, no quiso verlo, no quiso hablar con nadie. Solo corrió, corrió hacia su casa, sintiéndose profundamente ultrajada, como si de un papirotazo se hubiesen convertido todos sus sueños en cuatro monedas.

—No puedo, no puedo...

Marcia no se atrevió a confesar a Urgídar la identidad de su violador, su peripecia en la Domus Augustea. Tuvo miedo. Sí se lo había explicado todo a su abuelo... y ahora estaba muerto, ¡se había suicidado!

Para su abuelo, un hombre de la vieja Roma, había resultado insoportable aquella revelación infamante, aquella ignominiosa miseria moral, aquella situación aberrante en la que se veían implicados su amada nieta y su venerado emperador. No, Numerio no pudo soportarlo, y en ese momento Marcia se arrepentía de habérselo confesado todo, pero ya era tarde... ¡Y no pensaba repetir el mismo error con Urgídar! No se sentía con ánimos para contarle la verdad de su violación.

Urgídar advirtió el dolor profundo de Marcia, su desconsuelo, su desesperanza, y sintió una oleada de ternura protectora hacia ella. Respetó sus confidencias y su silencio, le preparó una tisana calmante y se ocupó de todo, de velar su sueño y de preparar el funeral de Numerio. Al día siguiente, Marcia y Urgídar sepultaron el cuerpo del abuelo Numerio en las afueras de Roma. Marcia lloró largamente en el hombro del joven, y él decidió gastar parte de los ahorros conseguidos como empleado de Ovidio: alquiló el servicio de una litera que les devolviese a casa desde el humilde cenotafio: «Aquí yace Numerio Asinio Balba, legionario de Roma. Que la tierra te sea leve».

En aquella litera, las lágrimas y caricias pronto se convirtieron en suspiros y besos, y una desmadejada Marcia devino brasa bajo las caricias de Urgídar. La excitante oscilación de la litera hizo el resto: Urgídar poseyó a Marcia como había querido hacerlo el día en que la conoció y como había descartado hacer por respeto a su abuelo Numerio.

Desde esa litera y hasta el día de la boda, Urgídar y Marcia han conocido sus cuerpos cada noche. Para Marcia ha supuesto una sustitución de recuerdos, borrar la conmoción de su desfloramiento. Para Urgídar, una intimidad muy placentera. Ya no se contenía, disfrutaba del cuerpo de Marcia, afinaba con la muchacha sus artes amatorias. ¿Acaso no iba a casarse con ella? Urgídar no sabía si la amaba, pero sí que le gustaba su cuerpo, y que iba a tenerla cada noche en su lecho conyugal.

Hoy Urgídar es ya un romano casado.

Ocho semanas después de la boda, apenas transcurridos dos meses desde que

alguien la forzara —no sabe quién, no ha querido saberlo—, Urgídar llega a casa después de su trabajo en el foro y recibe una noticia de su dócil esposa: está embarazada.

De fiesta con Julia

—¿De quién es la villa a la que vamos, Ovidio?

—De Sempronio Graco.

—Me suena...

Una litera con dosel de telas translúcidas, transportada por esclavos, recoge a Ovidio y Urgídar en el foro, frente a la oficina del poeta. Mientras avanzan por Roma, el joven hispano asaetea a preguntas a su amigo, jefe, maestro y mentor.

—Sempronio Graco es el heredero de una de las familias más nobles de Roma, que aportó varios preeminentes cónsules y tribunos de la plebe a la República. ¡Y quien tuvo, retuvo! Como todos estos grandes linajes, los Gracos respetan a Augusto, pero no dejan de considerar más glorioso su pasado republicano. Atesoran una gran fortuna, de la que nuestro Sempronio Graco es heredero.

—¿Y qué tal es él?

—Uno de los mejores amigos de Julia y, como todos ellos, más dado a los placeres de triclinios y jardines que a las ambiciones del Senado y la vida pública, cosa que le aplaudo. Y es buen amigo de filósofos griegos y de poetas latinos como yo, ja, ja... También hace sus pinitos como dramaturgo.

—Ah, sí... En el Circo Máximo este Sempronio Graco estaba en el palco imperial, ¿verdad? Allí te vi con César Augusto y Julia, la tarde de los juegos que organizó Julio Antonio.

—Cierto. Allí lo conocí. La villa de Sempronio Graco cuenta con jardines espléndidos, ya lo verás.

—¿Y es solo amigo de Julia..., o algo más?

—En esta Roma joven la amistad no conoce los límites de la piel, joven Urgídar: son relaciones medidas por la poesía y el vino, la música, la noche y la luna, amistades que se cantan también con los cuerpos.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo irás viendo, Urgídar.

Atardece en las afueras de Roma, donde se alza la villa y los jardines de Sempronio Graco, una cornucopia de fuentes y estanques, setos bien recortados, arbustos aromáticos, praderías erizadas de estatuas que representan faunos y ninfas que parecen ocultarse entre las plantas, espiados por Diana cazadora y por Baco, dios tocado de pámpanos y racimos de uva.

Hay pérgolas y templetos enramados, patios con peristilos y dispersas antorchas que los esclavos empiezan a encender, pese a que el sol crepuscular todavía tiñe de malva y oro los perfiles de los invitados. Todo en los jardines convida al paseo, a la contemplación y a la charla peripatética.

Un centenar de personas conversan y ríen en grupos que animan los jardines. Los esclavos trasiegan bandejas de comida y bebida. Suenan tambores, arpas y oboes de

músicos contratados por el anfitrión, Sempronio Graco. Urgídar, el joven íbero, siente que accede a un mundo que no le corresponde, una desconocida y cautivadora dimensión de lujo, bienestar y refinamiento. Respira hondo y abre los brazos, como queriendo abrazar todo lo que ve. Ovidio, a su lado, sonríe al presenciar su arrobamiento. Es una sonrisa casi paternal, pese a que Ovidio es solo doce años mayor que su amigo.

—Esto da gusto, Ovidio... ¡Gracias!

A Urgídar le viene bien esta expansión, después de los últimos sucesos de su vida... Piensa en Marcia, su esposa, a quien ha dejado en casa. Su esposa desde hace dos meses. ¡Se ha casado, es un hombre casado! Y ahora Marcia acaba de decirle que cree estar embarazada, que seguramente van a tener un hijo. Se ha acostado con ella casi cada día desde el entierro del abuelo Numerio... Si los dioses no disponen otra cosa... ¡va a ser padre! Urgídar no contaba con eso cuando llegó a Roma hace un año para cultivarse como orador y poeta...

Pero así lo ha querido el *fatum*, que ha precipitado los sucesos: el infortunio de Marcia, del que ella no quiere hablar; el final voluntario de Numerio, del que la joven se siente culpable; el testamento del abuelo... Pese a su juventud, el íbero ha sabido dominar su vértigo mediante su sentido del deber. Cuida de la casa y de su esposa, y protegerá al bebé que va a nacer.

Pero no es solo su sentido del compromiso lo que le sostiene: la amistad con sus admirados Latrón y Ovidio le insufla seguridad y fuerza. Ahora, en los jardines más deliciosos de Roma, Urgídar cierra los ojos, alza la cabeza para aspirar las fragancias vegetales y deja que la brisa cálida le acaricie las mejillas.

—Te agradezco que me hayas invitado a acompañarte a esta fiesta, Ovidio. ¿Qué se celebra?

—Cualquier excusa es válida para una buena fiesta en estos tiempos de paz romana, querido Urgídar —musita el poeta, a la vez que saluda con una gentil inclinación de cabeza a una dama de cabellera dorada—. Pero la verdad es que en este caso está muy bien hallada: no sé si sabes que ha muerto Marco Emilio Lépido, *pontifex maximus* de Roma...

—No.

—Es la máxima autoridad del Consejo de Pontífices, órgano que vela por la religión romana. Lépido era el *pontifex maximus* desde hacía muchos años, una magistratura vitalicia. Fallecido él, Augusto asume esta dignidad vacante. ¡César Augusto es ahora la máxima autoridad de la religión romana! No hay ningún poder que no acumule en su persona.

—¿Y los amigos de Julia quieren celebrar con ella que su padre es ahora el máximo pontífice?

—Ja, ja, ja... No exactamente, querido amigo. Se trata más bien de una broma filosófica y política propuesta por Sempronio Graco y sus amigos: «Augusto será la máxima autoridad religiosa de Roma, de acuerdo..., ¡pero su hija Julia es nuestra diosa!», se dicen.

—¿Diosa?

—Diosa de este jovial grupo, sí. Estos jóvenes patricios no veneran a los dioses tonantes del rayo y de la guerra, como hicieron sus padres y abuelos, sino a la poesía, la música, el vino, la pasión de los sentidos y el éxtasis del amor. ¡Julia representa esta alegre religión de los placeres!

—¿Y qué dice ella?

—Está encantada de sentir el calor de estas amistades. Un día Augusto amonestó suavemente a su hija por el fervor que mostraba hacia esas relaciones, y ella lo contuvo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—«Un día mis amigos y yo seremos tan mayores como jóvenes fuisteis un día tus amigos y tú», le soltó Julia. Y Augusto calló y concedió: ¡él tenía diecinueve años cuando se abrió el testamento de Julio César y se enfrentó a Marco Antonio! Su fiel amigo Marco Agripa tenía la misma edad, y Mecenas tenía veintiséis años, la edad actual de Julia...

—¿Se pelean Julia y César Augusto a causa de las amistades de ella?

—Se aprecian... pero él también la utiliza para consolidar la sucesión de la familia. Por eso la casó con Marco Agripa. Ella calló y aceptó, dándole sucesores... Pero la docilidad de Julia tiene un límite. ¡Necesita algo más para sentirse viva!

—¿Fiestas como esta?

—Sí, respirar, sentirse una mujer completa, disfrutar de libertad, de los placeres de los sentidos, vivir.

—Pero la burla de esta fiesta, ¿no es una provocación peligrosa?

—¿Tienes miedo de que Júpiter te parta con su rayo, ja, ja...?

Ovidio ríe, mofándose cariñosamente de Urgídar. El poeta considera a los dioses figuras míticas, categorías poéticas, valores estéticos, pero no teme que intervengan en las vidas de los hombres. El joven íbero, en cambio, sigue apegado a las viejas creencias religiosas romanas: ¡los dioses permanecen atentos a las conductas humanas y les hacen notar su ira! Urgídar se siente un poco incómodo y avergonzado ante la risa de su amigo y le contesta:

—Me refería a que quizás Augusto se moleste... ¡y actúe antes que Júpiter!

—No temas, Urgídar. ¡Bastante tiene el emperador con acrecentar su poder y organizar Roma! Es complaciente con Julia, no interfiere en sus inofensivos recreos. Supongo que es su modo de pagar a su hija los servicios que su útero presta a Roma... ¡Ahora mismo Julia está embarazada por quinta vez de Marco Agripa!

—¿Y qué dice Marco Agripa?

—Le interesa ser uña y carne con Augusto, y padre de sus futuros sucesores. Agripa acaba de partir hacia Pannonia, para ponerse al frente de las legiones de la frontera, por designio de Augusto. ¡Y con su marido lejos, Julia se siente más libre que nunca!

Ovidio y Urgídar interrumpen su conversación al ver que una mujer se acerca a

ellos con paso voluptuoso y una amplia sonrisa, radiante: ¡Julia! La calidad delicadísima de la tela de su toga, ayudada por la brisa, dibuja las formas de una mujer de veintisiete años, en la plenitud de sus formas.

—¡Ovidio! Qué alegría verte aquí. Me dice Sempronio Graco que hoy nos leerás un poema nuevo...

—Julia, será un canto a las cosas bellas de la vida, de las que tú eres la máxima expresión. ¡Eres la luz más hermosa e inspiradora de esta Roma nueva!

Ovidio presenta a Urgídar y Julia, que mira al joven hispano con curiosidad y simpatía. Acompaña a Julia una joven amiga que Urgídar ya ha conocido en una cena en casa de Ovidio, Porcia, quien los saluda con coqueta familiaridad. Se acerca al grupo Sempronio Graco, que se dirige a Julia con una sonrisa y un fingido aire solemne impregnado de festiva ironía.

—Julia, ahora que Apolo ya se ha llevado al sol tras la última colina de Roma, ya es hora de que seas honrada por todos los que te adoramos. ¡He preparado para ti, oh diosa, un trono de marfil!

Un grupo de músicos, bailarines y bailarinas orientales rodean a Julia y a sus amigos, al son de una melopea sincopada y alegre. Julia, atrevida y achispada, empieza a emular los sinuosos movimientos de las bailarinas, y Porcia la imita a ella. Desfilan todos, danzan y ríen por los jardines, y sus propias sombras vacilantes a la luz de las antorchas los conducen al trono preparado por Sempronio.

Allí sentada, Julia, la hija del emperador de Roma, la amiga de sus divertidos amigos, semeja una divinidad, elevada en un suave promontorio del jardín. En las leves pendientes y ondulaciones del terreno se recuestan muchos de los invitados, hombres y mujeres jóvenes, con los rostros radiantes, caldeados por el vino y la música, en cuya mirada se advierte que no querrían estar en ningún otro lugar del mundo.

Alguna pareja se arrulla, otras cruzan huidizas miradas de aproximación previas a la complicidad. Los bailarines brindan sus contorsiones a los presentes, y a Julia en particular, que se extasía con la visión de esos cuerpos semidesnudos y oleosos que brillan a la luz de las llamas, y finalmente acaba por sentirse una auténtica diosa.

Urgídar pierde de vista a Ovidio, pero procura no separarse de Porcia, que tampoco parece muy interesada en alejarse de él. Se tienden juntos sobre una de las telas que motean la superficie de la mullida hierba, desde donde disfrutaban de la visión del trono de la hija del emperador y de los danzarines.

—¡Qué guapa está Julia! —pondera Porcia.

—Tu hermosura es también digna de una diosa, Porcia, y me congratulo de volver a presenciarla —la piropea Urgídar.

—¡Ja, ja, ja..., gracias! Se nota que frecuentas a Ovidio y que bebes de su arte.

—Hablando de Ovidio... ¡Mira! Ahí está. Creo que va a leer su poema, dedicado a Julia.

Publio Ovidio Nasón, nacido en Sulmo treinta años atrás, para unos el más

inspirado de los poetas romanos del momento, portador de un arte nuevo que canta a un amor nuevo, es para otros el más liviano y frívolo de los poetas, el más provocador e indecoroso. Fiestas como esta acrecientan el prestigio de Ovidio entre los jóvenes de la buena sociedad y aumentan su fama de maestro en el arte de amar. Ovidio se sitúa cerca del trono de Julia, en una elevación que le hace parecer más alto. Extiende un brazo y se dirige alternativamente a la mujer y a los invitados, indolentemente recostados algunos, otros en pie con una copa en la mano.

Ovidio declama de memoria un poema inédito, recién compuesto, versos que son una elegía a Julia como diosa de una impostada nueva religión, una religión que relega los viejos dioses de la política y de la guerra, que desdeña el poder de los ejércitos y las leyes para enaltecer la supremacía del amor, de la belleza femenina y la dulzura del sexo. En boca de Ovidio, las palabras del poema cobran una sonora jugosidad, son casi carnales como besos en el cuello y mordiscos en la nuca.

Tras la lectura del poema, entre muchos aplausos, vítores y reverencias jocosas, un grupo de actores representa una obra procaz que trata de una esposa adúltera.

—Si Augusto estuviese aquí, ja, ja... ¡Esto no le gustaría nada! —ríe Porcia.

—¿A qué te refieres concretamente? —pregunta Urgídar.

—Estas bromas sobre el adulterio. Para Augusto, el adulterio no es una anécdota casquivana y liviana, ¡sino un delito! ¡Qué hombre más rancio y severo, ja, ja...!

—Él mismo redactó y leyó esas leyes en el foro, ¿no?

—Sí, convirtiendo a una romana adúltera en una delincuente proscrita, repudiada y condenada a no poder casarse nunca más. ¿No te parece una barbaridad?

—Desde luego. Aunque también me doy cuenta de que las mujeres de Roma tenéis más hambre de varón que las de mi tierra...

—¡Seguro que igual que las de tu tierra! La diferencia es que aquí tenemos menos empacho en admitirlo. ¡Los hombres de Roma han aprendido que merecemos todo el placer y que no vamos a callar! Nuestro amigo Ovidio está ayudándonos a entenderlo, ja, ja...

—Las mujeres romanas sois especiales, eso sí lo veo.

—Hace un par de siglos nuestros patricios dictaron leyes para recluarnos en la *domus*, prohibirnos pasear, lucir telas de colores, maquillajes... ¿Sabes qué pasó? Muchas mujeres romanas de las mejores familias se conjuraron para envenenar a los hombres que legislaban así: ¡maridos, tíos, padres, abuelos!

Tras finalizar la representación de la obra sobre la mujer adúltera, los actores y actrices se mezclan entre los invitados. Algunas mujeres se acercan a dos de los actores, jóvenes atléticos y muy bien parecidos cuya anatomía recuerda la de los héroes homéricos. Las actrices son también halagadas y requeridas por varios hombres, animados por las libaciones de sucesivas copas de vino. Porcia los sigue con la mirada.

—¿Te gusta alguno de esos actores? —pregunta Urgídar a Porcia.

—¡Son muy guapos! Mira a aquellas, mira cómo se encelan: Lépidas, Cornelias,

Domicias... ¡Chicas de las mejores familias, ja, ja...! Eso también inquietaría a Augusto.

—¿El qué?

—Sus leyes obligan al matrimonio a hombres y mujeres de las clases senatoriales, para que no decaigan las mejores estirpes de Roma. ¡Pero el mismo edicto prohíbe a hijas y nietas de senadores casarse con libertos, actores e hijos de actores! Y, similarmente, a los hijos y nietos de senadores se les prohíbe casarse con libertas, actrices e hijas de actrices.

—Augusto tiene una auténtica fijación por los emparejamientos matrimoniales, ya estoy viéndolo... ¿Y por qué esa interdicción?

—Porque los actores y actrices tienen fama de ser personas fogosas e inconstantes, lúbricas y salaces, promiscuas e infieles.

—Ah, entiendo: para Augusto, representan a las personas menos aconsejables para fundar una familia romana viable, estable y fértil.

—Eso es. Además, se cuenta que Augusto tuvo en el pasado un romance con cierta actriz que lo engañó con otro amante o que participó de una conspiración... Ordenó encarcelarla y torturarla.

Urgídar y Porcia detienen su conversación porque vuelve a sonar la música y se reanudan las danzas. Al íbero le agrada la charla con la bella romana, la amiga de Ovidio y de Julia, tan diferente de la cándida Marcia. Porcia es algo mayor que él, tiene veinticuatro años y es una refinada mujer romana de la buena sociedad, procede de una familia de alcurnia, es inteligente y culta, tiene criterio propio acerca de todo lo que pasa en Roma y nada se le escapa. Porcia está casada, como mandan las leyes de Augusto, y su marido suele estar ausente. Ella no lo añora demasiado...

Varios invitados ríen y bailan alrededor de un estanque, una pareja se arroja al agua y otros la imitan, dejando las túnicas en las orillas, tanto hombres como mujeres. El resplandor de las antorchas arranca brillos de los cuerpos desnudos y mojados. Urgídar y Porcia se incorporan y observan la escena, y la juvenil sangre del hispano se enardece por la proximidad de la bella romana y de los cuerpos del estanque. El hispano pide a un esclavo dos copas de *mulsum*, ofrece una a su compañera y las paladean juntos, cerca del agua, dónde aumentan los chapoteos y las risas.

Cerca, ven conversar a Ovidio y Julia, y se aproximan. El poeta habla.

—El hierro se consume con el uso, se desgasta el pedernal. Pero esa parte...

—Esa parte... —Julia sonríe con picardía, baja los ojos, vuelve a mirar a Ovidio y después a Porcia, con complicidad.

—Esa parte vuestra resiste y jamás se desgasta, ni aunque mil amantes la tomen: ¡nada perdéis las mujeres por concederla! No padece mengua.

Julia y Porcia estallan en risas alborozadas, unen sus manos en espontáneo gesto de intimidad, se apartan unos pasos entre bisbiseos, juntan las cabezas, comentan sin palabras la prédica libidinosa de Ovidio sobre los genitales femeninos. Urgídar se hace con otras dos copas de *mulsum* y le ofrece una a Ovidio.

—No olvides el límite de la bebida, Urgídar: que las piernas y la cabeza puedan hacer su trabajo. Si es así, podrás hacer el resto. Y me parece que esta noche..., ¡algo harás!

Ovidio esboza un guiño travieso y señala con el mentón hacia Julia y Porcia, a unos pasos de distancia: están mirándolos de soslayo, entre cuchicheos y risas, y ahora vuelven a acercarse a ellos.

—Solo acepto pasajeros a bordo cuando la bodega está llena. ¡Y ahora lo está! —dice Julia, y tras la elíptica frase ladea la cabeza, da la espalda a Ovidio. Sin dejar de mirarlo por encima del hombro, sonrío y se aleja hacia un atrio que conduce a un ala de las estancias de la villa.

Ovidio ríe, deja precipitadamente su copa entre las manos de Urgídar y sigue los pasos de la mujer.

—¿Qué ha querido decir? —pregunta Urgídar a Porcia.

—Que ahora puede acostarse con un hombre sin temor a quedar embarazada, puesto que ya ocupa su vientre el que será quinto hijo de Marco Agripa.

—Vaya, toda una invitación... Ovidio y Julia, entonces... —balbucea Urgídar—. Ellos van a... ¿Sí?

—¿Y nosotros dos? —coquetea Porcia, quien también se encamina hacia la *domus*. Vuelve la cabeza para mirar a Urgídar con una sonrisa pícaro y la mirada achispada por el vino.

El joven queda paralizado por un instante, pero enseguida deja las dos copas sobre la hierba del jardín y sigue a Porcia a una estancia ornada de frescos y telas, mullida de lechos y almohadones, suavemente iluminada por candiles, con zonas de penumbra. En la mente de Urgídar martillean unos versos nuevos que Ovidio le leyó pocos días atrás y que piensa incluir en la obra que anda escribiendo, para la que dice entre risas que ya tiene título: *Ars amatoria*, ¡el arte de enamorar!

El placer de Venus no pide precipitación, sino estímulo gradual, sin prisas. Localiza los rincones en que a ella más le placen las caricias, y que el pudor no interfiera. Verás brillos en sus ojos, seguirán protestas, adorables murmullos, dulces gemidos, palabras ambivalentes... Y ahora, ¡cuidado!: ni te adelantes a tu amante, ni permitas que ella te adelante. ¡Llegad juntos a la meta! Es entonces cuando el placer es completo: «Cum pariter victi femina virque iacent».

«Cum pariter victi femina virque iacent». ¡Cuando a la vez mujer y hombre caen vencidos! Abatidos por el placer mutuo, ambos a la vez. Ambos satisfechos.

Localizar, perseguir, buscar y atender el placer de la compañera... Urgídar sabe que en la historia de la humanidad nunca antes se atrevió nadie a proponer una tarea tan sorprendente y sofisticada, algo tan sutil y retorcido.

Pero el joven está enamorado del arte de enamorar de Ovidio, y se aplica ahora en practicarlo con el cuerpo de Porcia, en el que busca el placer de proporcionarle placer. En la litera de Porcia está Roma entera, una Roma hedonista y lujuriosa, y también está la vanidad masculina de Urgídar, la excitación del sátiro que busca que

los balidos de la cordera paralicen al rebaño entero.

Urgídar guía con su arte los dulces gemidos de ella hasta la misma meta de placer, o aún superior, que anhela para sí mismo.

Julia pare a Póstumo

Sacudida por las contracciones de su bajo vientre, Julia obedece las indicaciones de la anciana partera y trae al mundo a su quinto hijo, el último engendrado por su segundo marido, el gran Marco Agripa, el invencible general de las legiones. Marco Agripa, el infalible almirante de la flota romana. Marco Agripa, el urbanista, arquitecto de acueductos y termas, cartógrafo, constructor del Panteón. ¡Marco Agripa, mano derecha de Augusto!

El nombre de este recién nacido está decidido: Agripa Póstumo.

Lo ha decidido el mismísimo Augusto, porque el niño es póstumo, el postrer hijo del gran Agripa. No tendrá más hijos ni este niño conocerá a su magnífico padre..., porque hace ya cuatro meses que Agripa murió. El imperio ha temblado con la muerte de Agripa.

Julia castañetea los dientes y siente un repentino frío. Su tía Octavia, siempre amorosa, toma al bebé entre sus brazos, se lo muestra y ordena a una sirvienta que cubra el tembloroso y dolorido cuerpo de Julia con una tela de paño grueso. Julia, cansada, la mira con gratitud. ¡Tía Octavia, hermana de Augusto, su imperial padre! Hace veinte años, siendo ella una niña, el maternal regazo de tía Octavia la acogió: durante largos periodos fue criada por Octavia junto a la primita Marcela —hija de Octavia— y junto a Julio Antonio —huérfano de Fulvia y Marco Antonio, que fue esposo de Octavia—. ¡Y hoy Marcela y Julio Antonio están casados! Marcela, la que antes fuera esposa de Marco Agripa, quien la repudió para poder casarse con la hija del emperador. Y ahora Julia es la viuda de Marco Agripa...

Julia se deja cuidar por su tía Octavia, arrastrada por el sopor tras la fatiga del parto. Agotada, entorna los párpados y recuerda la noche en que supo que su marido regresaba de Pannonia... Ella estaba divirtiéndose en una celebración en su honor en la villa de Sempronio Graco, la fiesta en la que fue diosa entre filósofos, poetas, actores, bailarines y músicos que tocaban flautas de Pan, címbalos, arpas y tamboriles.

Han pasado ya cuatro meses, pero las impresiones de aquella noche siguen muy vivas. Julia y Ovidio salían de la estancia en la que habían compartido el mejor vino de Falerno endulzado con la más delicada miel del monte Himeto del Ática y donde el poeta le había musitado al oído unos versos improvisados: «Quiero que la mujer sepa danzar, de modo que retirado el vino, si se lo ruegan, mueva bien los brazos. ¡Amadas son las artistas que arquean su costado...!»

En esa habitación había olvidado su condición de hija del emperador para bailar con suma voluptuosidad ante el poeta de la elegía, para arquearse y mostrarle la desnudez de un hombro, hasta que los versos, el vino y la danza entrelazaron sus cuerpos sobre el mullido lecho. La tranquilidad de saberse grávida, preñada de su marido, le había permitido alcanzar el placer definitivo, el éxtasis, porque se sentía segura de no comprometer la *castitas*, la castidad, el linaje del marido. Eso la hacía

sentirse muy libre y lasciva, inclinada a gozar sin riesgos ni frenos de las delicias del sexo que le propusiera el maestro Ovidio, cuyo secreto descubrió esa noche: que su celebrado arte de amar no era solo cosa de sus versos.

Al salir de esa estancia con paso lánguido y un brillo venéreo en las mejillas, Julia se sentía liviana, casi etérea. Fue entonces cuando un esclavo enviado por Augusto y al que ella conocía la saludó con discreta reverencia y le comunicó que el emperador ordenaba acompañarla con urgencia junto a su marido a su villa de Puteoli, cerca de Cumae, en el golfo de Neapolis... Y así fue como Julia supo que su esposo, el gran Marco Agripa, había regresado de improviso de las fronteras de Pannonia, ya pacificadas por sus legiones, que había entrado ese día en la península por Brundisium, que se desplazaba hacia su villa de Puteoli... y que se sentía gravemente enfermo.

Pero Julia no abandonó su fiesta. Se quedó haciendo de diosa. Desde su arrobo casi olímpico, le pareció impropio correr al lado del marido en plena noche. No le apetecía. Vivía su vida, una vida que quería nueva y excitante. Y, al cabo, esa enfermedad no sería tan grave, pensó... ¡Ya vería a su marido al día siguiente! Cuando amaneció, Marco Agripa había muerto.

Ya han pasado cuatro meses y Julia recuerda ahora las exequias, el luto... Tendida en la litera del parto, ahora que ha vuelto a ser madre, piensa en su propio padre. Sabe que Augusto no ha vuelto a ser el mismo desde la muerte de su amigo Agripa, su camarada de la infancia, su compañero de estudios en Apolonia a los dieciocho años. Conmocionado por la repentina muerte de su amigo y hombre de confianza, sin permitirse descansar, el *princeps* organizó y encabezó el solemne traslado procesional del cadáver de Marco Agripa desde Puteoli a Roma.

Y ya en el foro, durante las exequias, Augusto pronunció la oración fúnebre. Julia lo observó y entendió que su padre representaba con rostro pétreo su impecable y pomposo papel de estadista, que relegaba a algún rincón oscuro de su corazón el dolor por la pérdida del amigo...

Julia revisa esas imágenes en su memoria y recuerda que durante los tres días siguientes el emperador se encerró en sus cámaras privadas del Palatino y no se dejó ver por nadie, ni siquiera a la hora de comer. Y cae en la cuenta de que desde la muerte de Agripa su padre no ha vuelto a ser el mismo, deshecho uno de sus lazos de conexión con el mundo.

«No fue mal marido, Marco Agripa», piensa Julia. Aquel hombre, veinticinco años mayor que ella, la trató con delicadeza, de nada puede quejarse, nada hizo mal. No se amaban, cierto, pero entre los dos lo hicieron bien, trabajaron conjuntamente para Roma y cumplieron con los designios de Augusto: engendraron como sucesores a los niños Cayo César y Lucio César, y también a Julia la Menor y Agripina. Y, ahora, a Póstumo... De eso ha hablado Julia estas semanas de luto con su querido Julio Antonio, su compañero de juegos infantiles, el hombre que se casó con su prima Marcela cuando Agripa abandonó a esta última para casarse con la hija del

emperador, con ella.

Amigo... y algo más. La intimidad y confianza entre ellos la conducen a abandonarse en sus brazos como con ninguna otra pareja. Julio Antonio le ha dado más placer que ningún otro hombre, desde aquella noche hace nueve meses... cuando aún no había ningún pasajero a bordo.

¿Por qué le gusta tanto Julio Antonio? Quizá porque se parece a Augusto... Julio Antonio valora la poesía y la filosofía, como sus restantes amigos, pero es el único que no se limita a los jardines y los huertos, los versos y la música, las cenas y las mansiones, pues no ha dado la espalda a la carrera pública, a la política: es procónsul, Augusto le aprecia...

Julia sabe bien que Julio Antonio tiene opiniones y ambiciones propias, y quiere pensar que eso es lo que más le gusta, más que la similitud con Augusto... Empieza a dudar de que los sentimientos que le inspira ese hombre sean solo atracción física, gratitud y admiración, y se pregunta si no será que todo eso está convirtiéndose en algo más...

En cambio, lo que tiene muy claro es que el futuro de la familia pasará por su descendencia, los hijos habidos con Agripa, lo que equivale casi a haberlos tenido con su propio padre, que cinco años atrás adoptó a Cayo y Lucio como hijos y sucesores suyos. Y ahora Augusto tendrá otro nieto para adoptar como hijo: ¡Agripa Póstumo! Entumecida y adormecida, Julia piensa en la humorada del destino: quizás Augusto adopte sin saberlo a un nieto de su mortal enemigo Marco Antonio...

Julia quiere ver al recién nacido. Quiere escrutar su rostro, buscar en él alguna señal. ¿Es Póstumo hijo de Agripa o de Julio Antonio? Llama a los sirvientes. Acuden. Salen. Vuelven sin el bebé. Dicen que el emperador ha reclamado también al pequeño.

Julia suspira, sin incorporarse, y vuelve a cerrar los ojos. Augusto ha decidido el nombre de este niño y ha prometido adoptarlo como hijo, llegado el día... Julia entiende: su padre ve en este nuevo nieto el retorno de Agripa, su amigo muerto. Sabe que el nacimiento de cada nieto ha sido una alegría para el *princeps*, pero el nacimiento de Póstumo, además, palía la tristeza que lo embarga desde la inesperada muerte de Marco Agripa...

Imagina lo que debe de estar haciendo ahora con el recién nacido... Algún ritual adivinatorio... Como el del nacimiento del propio Augusto. Se cuenta que el sabio pitagórico Publio Nigidio Fígulo, virtuoso de la astrología y la brantomancia —la adivinación por el sonido de los truenos—, le hizo a Julio César una predicción aquel *aequinoctium* de otoño en que su sobrina Atia alumbraba al niño Cayo Octavio: «Este niño diminuto dominará el mundo». Y ese niño diminuto fue luego César Augusto, y domina el mundo.

Es cierto que el *princeps* ha desterrado de Roma a sabios y magos como el seguidor del pensamiento de Pitágoras Anaxilao de Larisa, y no tanto por su extraña e inquietante sabiduría acerca de la naturaleza de animales, vegetales, minerales,

drogas y tinturas, sino por haberla compartido con otros o puesto al servicio de otros: Augusto no quiere que magos y astrólogos sirvan a nadie más que a él.

Julia, recostada tras el parto, vacías las entrañas, puede imaginar al emperador con su nieto recién nacido depositado en el suelo, sobre alguna figura geométrica, un pentáculo o la *tetraktys*, sujeto a algún ritual mágico, y lo visualiza leyendo con sus ojos claros el horóscopo del bebé encargado en secreto a algún astrólogo caldeo de su confianza. Sabe que Augusto solicitará augurios a los augures, auspicios a los arúspices, hepatomancias a los hepatomantes, y que encargará talismanes secretos a algún mago pitagórico o egipcio.

Y ahora, de repente, recostada e imaginando a su padre, recupera el calor del cuerpo y siente que le importa poco o nada todo esto, las cosas de Augusto, las obsesiones y miedos de Augusto, el poder de Augusto, los ardides y tejemanejes de Augusto... De pronto Julia prefiere que no le traigan ya al bebé. Ni ahora ni más tarde. No. Que sea para Augusto. Póstumo es para Augusto. No para ella, no es cosa de ella. Es cosa de Roma. Julia piensa que habrá en la Domus Augustea buenísimas nodrizas, todas las nodrizas de Roma, la mejor leche romana, leche tan nutricia como la de la loba capitolina, la loba maternal y dadivosa que amamantó a los gemelos Rómulo y Remo. ¡Que las muníficas nodrizas del Palatino amamanten a Póstumo, al último nieto del emperador! Que ellas lo críen y cuiden para el Estado. Póstumo, como todos sus hermanos, es un bien político, una propiedad de Roma, una pieza del futuro de Roma, un juguete de Augusto. Como ella misma, como su útero.

Pero ya no, ya basta de eso. Julia quiere ahora dejar de ser de Roma... y que Roma sea para ella. Con estos pensamientos, deja que su cuerpo se desmadeje del todo, del todo. Liberadas sus entrañas del *nasciturus*, emergido al mundo este niño, Julia siente que ya no quiere engendrar más hijos, y una confortadora ligereza la invade. Ya está. No tiene marido. No quiere parir más. Ya ha cumplido con Roma y con Augusto. No puede tener un padre, tiene un emperador. No puede tener hijos, tiene sucesores de emperador. No puede tener marido, tiene fecundadores para la casa Julia.

Ya no quiere fingir ser esposa, matrona, madre, modelo para Roma.

Ahora se siente íntimamente ligera, liberada de todo. Solo quiere ser ella misma, su propia diosa interior.

Una mujer. Ser Julia.

Y Julia se duerme, reconciliada consigo misma.

Sin embargo, no sabe que Augusto acaba de tomar una resolución sobre su futuro conyugal. Y esta vez de la mano de Livia.

De padre a padre

Querido padre:

Espero que la vida sea propicia en nuestra amada Lesera y que estéis todos bien. Escribo poco, porque es caro, pero ahora envío esta carta para darte dos noticias importantes a la vez. Una te desagradará, otra te agradará. La primera noticia es que tu entrañable amigo Numerio Asinio Balba ha muerto. La segunda es que estoy casado con su nieta, Marcia, y que me ha dado un hijo. Soy padre. Y tú eres abuelo.

El niño se llama Publio. Le he puesto ese nombre en reconocimiento de mi mentor, el poeta Publio Ovidio Nasón, para quien ahora trabajo y que me ayuda en todo. Marcia y yo vivimos en casa de Numerio sin sobresaltos. Nos casamos hace nueve meses, y parece que todos los dioses trabajan para la fertilidad de Roma, visto el rápido y fácil embarazo y parto de Marcia.

El 15 de februius pude presenciar una festividad que tiene relación con la fertilidad romana. Paseaba con Ovidio por la orilla del Tiberis, entre el Campo de Marte y el Circo Máximo, y presenciamos un ritual que parte de la cueva Lupercal, donde Rómulo y Remo fueron amamantados por la loba. Lo celebran los pastores lupercos: sacrifican un macho cabrío y ungen con su sangre las frentes de dos adolescentes desnudos, solo cubiertos con la piel del cabrío. Los adolescentes empuñan la verga del macho cabrío y tiras de su piel, y así corren por toda Roma. Y mientras corren, azotan a las mujeres que quieren ser fértiles en la espalda y en las manos. Así las hacen fecundas. A veces la fiesta termina con actos más libidinosos. Es una idea para Lesera, padre. Si os vinieran malos años para la fecundidad de campos, ganados y mujeres, no olvidéis esta celebración invernal de correrías y azotes...

Urgídar entrega la carta a Ovidio, por si hay ocasión de sumarla a algún envío comercial o jurídico a Hispania, a Tarraco, aprovechando sus contactos en el foro. El poeta se la queda, ufano al saber que el hijo recién nacido del joven matrimonio se llama Publio por decisión del hispano, ¡en su honor! Han pasado dos semanas desde el nacimiento del niño: el padre ha esperado ese tiempo para redactar la carta, porque es normal que muchos recién nacidos mueran en las primeras horas o días tras el parto... Además Urgídar sorprende esta mañana a su amigo y mentor de otro modo: le presenta a Marcia y a su hijo, que esta mañana lo acompañan a la oficina del foro.

—Publio tiene dos semanas de vida.

—¡No se quejará Augusto de que su Roma no crece! —clama Ovidio al ver al niño en brazos de su madre, y dirigiéndose a Urgídar añade—: Julia acaba de dar a luz también a su hijo...

Al oír el nombre de Augusto, Marcia baja la cabeza y pide sentarse. Urgídar la ayuda, ella dice sentirse mareada, y él toma al niño en brazos. La joven se cubre los ojos con la palma de la mano y se queda inmóvil, acodada en su propio regazo. Ovidio, por su parte, encarga a un ayudante de la oficina que prepare una infusión de romero para Marcia.

—Recuerdo que Julia estaba embarazada en la fiesta que le dedicó Sempronio Graco, el pasado marzo... —apunta Urgídar a Ovidio, mirándole con media sonrisa de complicidad, a espaldas de Marcia.

—¡Desde luego! Embarazada de cinco meses. Con pasajero a bordo, como ella decía...

—El quinto y último hijo de Julia y Marco Agripa..., ¡que falleció esa misma noche! ¡Los dioses son sorprendentes, Ovidio!

—Por eso Augusto ha llamado al niño Póstumo Agripa.

Mientras conversan, Urgídar muestra su recién nacido hijo a Ovidio. El pequeño Publio ha salido más parecido a la madre que al padre: piel clara, ojos claros...

—Será un niño pecoso —comenta el íbero—, ya le he visto algunas diminutas pecas en el torso...

—Todos los bebés se parecen.

—¿Has podido ver al hijo de Julia?

—Ayer mismo, sí. Me citó en su casa a media tarde, porque había aparecido Horacio, y sabe que le aprecio.

—¿Al poeta Quinto Horacio Flaco?

—Sí, acaba de publicar la cuarta parte de sus *Odas*, y por una vez ha salido unos días de la casa de campo que le regaló Mecenas, donde escribió *Beatus ille*...

—¿Y de qué hablasteis?

—Me contó que Augusto le ha pedido que sea su secretario personal. ¡Y ha declinado la oferta! Horacio vive de acuerdo con su filosofía, desde luego.

—¡Pocos rechazarían tal honor!

—Esa es la sabiduría de Horacio: indiferente de las pompas del mundo, prefiere un modesto *carpe diem*, vivir el día.

—Pero también ha dedicado versos laudatorios a Augusto.

—Menos de los que querría el emperador, que por eso le halaga... ¡Augusto sabe que la inmortalidad solo pueden dispensarla los poetas!

—Eso mismo me dijo Marco Porcio Latrón.

—Horacio, a diferencia de Virgilio, es cicatero con Augusto, y creo que el *princeps* lo tolera porque, a cambio, sabe que nada tiene que temer de Horacio. Augusto lo llama cariñosamente «mi pequeño glande».

—Pero ¿teme Augusto a otros poetas?

—Ja, ja, ja... El emperador permanece atento a lo que publicamos, y no todo le gusta. No interfiere, ¡aparentemente...! Porque la libertad de opinión en Roma es motivo de orgullo para el *princeps*.

—¿Crees que Augusto te teme?

—Bah, no creo... Ya sabes que estoy escribiendo *Ars amatoria*, te he leído algunos fragmentos... Tiño mis consejos de aire humorístico y burlón..., pero a la postre contravienen la rígida moral de los edictos de Augusto y Livia.

—¿Livia?

—Ella favorece a las más rancias familias de Roma, no le gusta la Roma moderna, y desde luego influye en su marido.

A Marcia se le cae al suelo el vaso de cerámica con la infusión de romero, justo después de oír el nombre de Livia en boca de Ovidio.

—Lo siento, Ovidio, señor, perdóname... Urgídar, no me siento muy bien... ¿Podrías acompañarme a casa, por favor? Además, me toca darle de mamar al niño, y me apetece hacerlo en nuestra cama.

El joven se queda con ganas de preguntarle a Ovidio qué es lo último que ha escrito para su *Ars amatoria*, en qué consiste la última lección... pero entiende que es mejor no hablar de eso en presencia de Marcia... Se promete que ya le preguntará luego a Ovidio lo más relevante de su arte de enamorar...

—¿Quién más había en casa de Julia?

—Julio Antonio, el procónsul, hijo de Marco Antonio. Desde que Julia enviudó hace cuatro meses, Julio Antonio la visita más que nunca. No se separan.

Urgídar mira a su mujer. Recuerda que fue ella la que señaló que entre Julia y Julio Antonio parecía haber algo más que una amistad, cuando fueron juntos al Circo Máximo con Hermenio y observaban —¡sobre todo Marcia!— los movimientos del palco imperial.

—Ver a Julia y Julio Antonio juntos, con el pequeño Póstumo de dos semanas al lado... Parecen una familia. ¡Hasta diría que el bebé se parece más a Julio Antonio que a Marco Vipsanio Agripa...!

—¿No insinuarás que...?

—Bah, déjalo, ¿no te digo que todos los bebés se parecen?

Ladrón de niños

Marcia y Urgídar cruzan el bullicioso foro de camino a casa. Roma se frota consigo misma en el foro, el lugar público de encuentro para ciudadanos, esclavos o libertos, hombres y mujeres. La pareja sorte a los paseantes sin advertir la presencia de Hermenio, el *subrostani*, el traficante de noticias que, como todos los días, trabaja bajo la columnata del foro, busca noticias con las que comerciar, divulga unas y vende otras, ornándolas, exagerándolas, maquillándolas.

Hermenio ve pasar a Marcia a unos treinta pasos de distancia. Reconoce al instante la figura de su amiga y la de Urgídar, a su lado... Pero algo le desconcierta... ¿Qué lleva Marcia en los brazos, pegado a su pecho? ¿Un paquete? No, es algo que se mueve... Le parece vislumbrar una carita de bebé... ¿Un bebé? ¿Un bebé? ¿Es posible? Marcia lo besa... ¡Sí, es un niño! ¿Qué hace la joven Marcia con un bebé? Ah, quizá sea de alguna vecina, de alguna hermana... O quizás... Hermenio quiere apartar de sus pensamientos la ocurrencia de que el bebé sea de Marcia... Pero por más que procura arrinconar esa idea, vuelve a su cabeza una y otra vez. A ver, ¿cuánto hace que la acompañó al Palatino, con la añagaza de que obtendría un buen empleo en la Domus Augustea? ¿Cuánto hace de aquella mañana...? Hace... nueve meses. ¡Nueve meses! O algo más, pero poco más. ¿Y sí...? No, imposible... Sería un problema, desde luego...

Hermenio recuerda que después de dejar a Marcia en manos de Turenio, aquella mañana, decidió esperarla en la pendiente del Palatino para enterarse de cómo le había ido en la Domus Augustea, de si le habían pagado bien. Pero, algo más de dos horas después, Marcia descendió veloz y llorosa, con la cabeza gacha, mirándose solo los pies, y no se atrevió a detenerla.

Cuando la muchacha se hubo perdido camino abajo, Hermenio ascendió hasta la Domus Augustea y pidió ver a su amigo Turenio, el secretario liberto de Livia, comerciante de esclavos de la clase alta y dueño del prostíbulo de la Subura.

—A Livia le ha gustado tu doncella para Augusto, Hermenio, y parece que todo ha sido satisfactorio, así que... toma —le dijo Turenio, y depositó en su mano una bolsa con algunos ases y denarios de plata.

Antes de alejarse de allí, Turenio le informó también de que dos esclavas de Livia habían obligado a Marcia a beber el filtro abortivo habitual. Por eso ahora el *subrostani* Hermenio descarta que el bebé sea fruto del vientre de Marcia... No, no... Se trata de otra cosa, seguro. ¿Y si es hijo de Urgídar y la prostituta Herenia, o una amante? El hispano está ganándose cierta fama en Roma como discípulo avanzado de Ovidio...

Justo cuando acaba de serenarse a sí mismo con estas razonables conclusiones, aparece Urgídar. El íbero llega por donde se ha ido hace media hora larga, camino de su casa, y cruza el foro a buen paso, en dirección a la oficina de Ovidio. Hermenio desciende la columnata y le salta al paso.

—¡Urgídar, amigo!

—¡Hermenio!

—Te he visto pasar hace un rato con Marcia... y un bebé. ¿De quién es el niño?

—¡Nuestro! Te regalo una noticia, *subrostani*, aunque no creo que por ella obtengas mucho beneficio: Marcia y yo nos casamos y acabamos de ser padres de un hermoso bebé, que está sano y que se llama Publio.

—¿En serio? ¿Marcia ha parido a ese bebé?

—Vaya, ya veo que quieres más detalles... Pues puedo añadir que yo sujeté por detrás a Marcia para ayudar a las parteras a hacer mejor su trabajo. Y el niño se parece más a la madre que al padre. ¿Algo más?

—¿Y el padre eres tú?

—¿Y tú tienes madre conocida, perro mil leches?

—¡Mátalo!

—Tal vez no sea necesario, Livia: quizás el bebé sea realmente hijo de ese hispano que se ha casado con la chica...

—¿Y cómo saberlo? ¡No me arriesgaré, Turenio! No, ya lo hiciste mal nueve meses atrás, ¡no repitas errores!

—Sí, Livia.

—Debiste comprobar que la doncella bebía mi filtro abortivo. Me confiesas ahora que no lo hiciste. Ahora entiendo por qué enfermó cierta planta de mis habitaciones...

—Sí...

—Mata a ese bebé. No quiero un hijo de César Augusto creciendo en Roma. Si no cortas rápido esos esquejes, el día de mañana pueden provocar una guerra civil. ¡Ya nos han desangrado bastante las guerras entre romanos!

—Hoy mismo, Livia. Mañana, a más tardar.

—¡Que así sea! Recuerda: ¿qué ordenó hacer Augusto con Cesarión, el hijo de Julio César y Cleopatra?

—Ejecutarlo. Tenía diecisiete años.

—¿Qué ordenó hacer Augusto con Antilo, el hijo mayor de Marco Antonio y Fulvia?

—Ejecutarlo. Tenía diecisiete años.

—¿Y qué hicimos con Alejandro Helios, Cleopatra Selene y Ptolomeo Filadelfo, los hijos de Cleopatra y Marco Antonio?

—Aún recuerdo el triunfo de Augusto tras la batalla de Actium, tras la derrota y la muerte del loco y la puta, con el botín obtenido en la victoria de Actium y la conquista de Aegyptus, ¡y los tres niños encadenados en los carros como trofeos de tu marido!

—A la niña Cleopatra Selene la casamos con el rey nómada Juba, del reino vasallo de Mauritania. Alejandro Helios y Ptolomeo Filadelfo... ¡pobrecitos! Octavia quiso protegerlos, siempre tan sentimental, pero mis pócimas solventaron la cuestión. En

este caso no llegaron a los diecisiete años. ¿Sigo?

—No es necesario, Livia. Yo me encargo.

Turenio abandona las estancias de Livia, en las que había entrado una hora antes con un escalofrío, pues debía contar a su señora lo que Hermenio, su sinuoso y hábil informador, acababa de desvelarle: Marcia, la doncella que nueve meses atrás había sido desflorada por César Augusto en sus habitaciones... ¡había parido un niño!

Un niño que podía ser hijo del emperador de Roma.

Antes de que Livia pudiese enterarse por cualquier otra fuente —Hermenio no es garantía de discreción—, Turenio prefirió contárselo personalmente... y ofrecerse para resolver el desaguisado. Y así acaba de hacerlo.

Turenio abandona la casa de Livia.

Ahora ya sabe qué debe hacer.

Urgídar se levanta al alba con cuidado, sin hacer ruido, para no despertar a Marcia y al bebé, que esa noche ha llorado y ahora descansa en una cuna junto a la madre, en el dormitorio conyugal. Mientras sale de la estancia, Urgídar los contempla y se alegra por su esposa de la llegada al mundo de este niño. El nacimiento del pequeño Publio parece haber transformado a la joven Marcia, parece haber diluido su tristeza por una violación enigmática y por la muerte del abuelo Numerio.

Ahora la muchacha está más ocupada en el bienestar del niño que en ella misma, pendiente del cuidado de la *domus* y de ser buena matrona romana. Se siente a gusto. Urgídar, por su parte, les procura protección y seguridad, administra el legado de Numerio, sigue sus estudios con Latrón, trabaja con Ovidio... y no renuncia a sus aventuras y aprendizajes sensuales.

El hispano intercambia con Ovidio sus experiencias como amante, a veces le pide consejo, y otras es el poeta quien le pregunta detalles de sus escarceos. Y los anota. Ovidio acumula lances para la obra que está escribiendo, su *Ars amatoria*, consejos para conquistar mujeres, y a menudo se inspira en las conversaciones con su joven aprendiz. Y hay algo más sorprendente todavía: Ovidio anticipa al joven íbero que versificará también consejos para mujeres con los que darles armas de seducción de hombres...

Urgídar besa al bebé dormido en una mejilla. Mientras entorna la puerta del dormitorio al salir, reconoce íntimamente que si alguien le preguntase sobre la concepción de Publio, confesaría que a veces le tortura la incertidumbre acerca de su paternidad. Solo él y Marcia saben que su hijo puede haber sido engendrado por otro hombre..., el que desfloró a Marcia.

Alguien cuya identidad solo ella conoce.

Urgídar guarda distancia emocional con ese enigma y respeta el silencio de su esposa.

A través de Hermenio, Turenio se ha informado de dónde vive Marcia, la chica que hace nueve meses le presentó el *subrostani* y que él mismo condujo hasta Livia. ¡Uno de los tiernos y sonrosados regalos de Livia a su marido! Marcia, la chica que

ha engendrado un hijo de César Augusto y lo ha traído al mundo. Turenio quiere ver la casa con sus propios ojos antes de actuar. No ha de cometer más fallos, o Livia lo arrojará a un pozo. Por eso se apresura a esconderse tras una esquina al ver salir de la casa a un hombre joven, un mozo de cabello castaño y ojos almendrados de color verde oliva. Hermenio le ha contado que el íbero que se ha casado con la chica... Turenio no puede evitar que Urgídar lo vea y, azorado, finge estar perdido en el barrio.

—Busco el foro, y no sé por dónde se llega antes...

—Yo voy hacia allí. Sígueme.

—Ah, muy bien, gracias...

Al llegar al foro, Turenio agradece a Urgídar que le haya acompañado y, tras separarse del joven, vuelve a toda prisa a la Subura, a su lupanar, donde ordena al malcarado *leno* que cumpla con una misión en el barrio vecino, la zona donde vive Marcia. Le da indicaciones precisas acerca de las calles y la casa. El *leno* asiente y entiende las órdenes... Nada es extraño para este hombre rudo y curtido en todas las miserias humanas, nada le asquea. Ayer mismo echó a los perros al bebé de una de las chicas del lupanar, la pelirroja Herenia. La chica, una latina, había quedado embarazada de algún cliente, y la gestación estaba ya muy avanzada cuando quisieron darse cuenta. Eso no importó, porque siempre hay alguien que paga por acostarse con una chica preñada... Y la embarazada ha dado buenos beneficios hasta el parto. El bebé nació muerto. De haber nacido vivo, el *leno* hubiese intentado comerciar con él, pero tuvo que arrojarlo a los perros callejeros.

Esta mañana, Marcia amamanta al pequeño Publio en el atrio de su hogar. Urgídar ha salido al alba de camino a su trabajo en el foro. El *leno* del lupanar de Turenio identifica la casa que le ha indicado Turenio. Ya está ante la puerta. Tiene una orden de su jefe: matar al bebé.

Un trabajo sencillo...

Turenio está desconcertado. ¡Qué bromistas son los dioses! Muy bromistas. Eso piensa ante lo que ve ahora, esta noche, recién llegado a su lupanar en la Subura, donde recalca todas las noches... Lo que Turenio ve le hace sonreír y pensar en los enredos, jugueteos y travesuras de los dioses...

Esa misma mañana, Turenio ha dado una orden clara y tajante a su fiel *leno*: que matara a cierto bebé de dos semanas en una casa sencilla de Roma, sin más protección que la de una madre sola y muy joven, casi una niña.

Y esa misma tarde, ha sido Livia la que ha dado otra orden tajante a Turenio: entregar una carta a su hijastra, la única hija del emperador. Turenio sabe de qué trata: una sugerencia matrimonial. Julia está viuda de Agripa desde hace cuatro meses y pico... ¡Y Livia contempla esta circunstancia como una oportunidad!

Una oportunidad para cristalizar un largo sueño: mejorar la posición de su hijo Tiberio de cara a la sucesión de Augusto. ¿Y qué mejor posición que ser marido de Julia? De este modo podría ejercer como tutor de los hijos de ella, en particular de los

dos mayores, Cayo y Lucio —ahora con ocho y nueve años—, a quienes Augusto adoptó como sucesores siendo ellos muy niños. Por eso la carta es meliflua y cordial, y apunta las ventajas de desposar a Tiberio, hombre recto, brillante general, disciplinado...

Con la carta en la mano, Turenio se presentó en casa de Julia. Conducido ante ella, descubrió que no estaba sola. La acompaña un hombre: Julio Antonio. Al entrar Turenio en la sala, advierte que la pareja interrumpe la animada conversación que mantenía, ahoga unas risas, ambos se fingen compuestos y circunspectos. Cualquiera diría que el luto de Julia no está siendo muy triste...

Turenio disimula su contrariedad: sabe que esta compañía masculina desagradará a Livia. Y más viendo la intimidad que parece tener el apuesto Julio Antonio, de treinta y tres años, con la viuda Julia, de veintisiete... Por fortuna, piensa Turenio, Julio Antonio es un hombre casado, esposo de Marcela, prima de Julia y anterior esposa del fallecido Marco Agripa. Así pues, tras saludar a Julia, habla como si fuese Livia la que hablase:

—¡Salve, Julio Antonio! ¿Cómo está Marcela, tu digna esposa? Te ruego que le hagas llegar mis mejores deseos y los de mi noble señora.

—¡Salve, Turenio! Así lo haré —responde Julio Antonio, sosegado, sin darse por aludido—. Y transmítele todos mis respetos a Livia.

—Turenio, dile a Livia que leeré su carta en cuanto pueda y que mandaré enviarle respuesta —tercia Julia con cierta impaciencia, disimulando apenas su desagrado ante el saludo del recién llegado—. Supongo que la misiva es para interesarse por mi duelo...

—Sin duda, sin duda. Livia siempre quiere lo mejor para ti. Cualquier cosa que necesites de ella... o de mí..., no dudes en pedirla. ¡Lo que sea, ilustre Julia!

Justo en ese momento, una sirvienta de la casa irrumpe, nerviosa, y tras pedir licencia para hablar explica a la señora que la nodriza que amamantaba a Póstumo se ha quedado sin leche, tras el disgusto por la muerte de un hijo propio... Casi sin resuello, la sirvienta habla de corrido y concluye que convendría localizar a otra nodriza, o a más de una, para seguir amamantando al pequeño Póstumo. Y antes de que Julia o Julio Antonio puedan reaccionar y decir nada, Turenio interviene:

—¡Yo puedo proporcionaros una nodriza! —dice, pensando en la prostituta a la que se le ha muerto el bebé.

—¿Y un esclavito, Turenio? De paso, estaría bien que Póstumo se criara con la compañía de su propio esclavo —interviene Julio Antonio—. Si consigues uno, yo te lo pagaré. ¡Será mi regalo a tu hijo, Julia!

¡Qué bromistas son los dioses! Es lo que piensa Turenio esa noche, cuando llega a su lupanar en la Subura, con una idea en la cabeza: llevarse a Herenia, que ha perdido a su bebé y que tiene los pechos rebosantes de leche, y ofrecérsela a Julia como nodriza de Póstumo, a cambio de dinero. Y se ha topado con una imagen imprevista:

la loba Herenia, la loba latina y pelirroja..., ¡amamanta a un bebé! Y no es el suyo, claro, porque ese falleció ayer y fue arrojado a los perros. ¡Es otro!

Es una criatura de dos semanas, con la piel muy blanca, ojos claros y algunas diminutas pecas en el pecho.

De haberlas examinado con detenimiento, Turenio habría advertido que las pequeñas manchas dibujaban una forma: la constelación de la Osa Mayor.

A la mañana siguiente, Turenio ofrece a la hija del emperador una nodriza para su pequeño Póstumo a buen precio, si a Julia le agrada y amamanta bien a su hijo pequeño: la latina Herenia. Y, además, hace un regalo a Julia: un bebé, un esclavo para Póstumo. Para que el pequeño tenga un compañero de juegos, un confidente. Para que crezca con su propio esclavo al lado, como dijo Julio Antonio.

—Dile a Julio Antonio que ya me pagará lo que quiera cuando le convenga —le dice Turenio a Julia. Y ella no pregunta de dónde ha salido ese bebé...

«¡Qué traviosos son los dioses!», piensa Turenio. ¡Qué excelente ocasión de quedar bien con Julia le han proporcionado! Nunca se sabe... Si Julia se casa con Tiberio, como quiere Livia, y un día sucede a Augusto... ¡Así son los dioses! Ellos inspiraron al bruto de su *leno*: en vez de matar al hijo de Marcia, como tenía ordenado, decidió secuestrarlo a fin de obtener el dinero que no les rindió el fallecido bebé de Herenia.

Al oír los llantos del bebé de Marcia en brazos del *leno*, recién llegado al lupanar, Herenia lo tomó rápidamente y se lo llevó al pecho para amamantarlo, como la loba Luperca hizo con Rómulo y Remo en la cueva capitolina junto al río Tiberis. Y así los encontró Turenio al llegar al lupanar.

Turenio, que se crio como esclavo de Livia desde que ambos eran muy niños, sabe lo mucho que gusta a las buenas familias criar a sus hijos con sus propios esclavos.

Ahora, en casa de Julia, una joven nodriza que ha perdido un hijo amamanta a dos criaturas.

Dos bebés que, sin saberlo nadie más (¡nadie más!) que Turenio..., son tío y sobrino.

Pareja dionisiaca

—Tranquilízate, chico, sosiégate... No entiendo qué estás contándome... ¿Marcia muerta? ¿Publio desaparecido? A ver... Cálmate, cálmate...

Ovidio intenta tranquilizar a Urgídar, que ha irrumpido en su casa descompuesto, balbuceando una historia incomprensible que, poco a poco, va aclarándose.

Relata Urgídar que al regresar a su casa después de la jornada laboral, encontró a Marcia tendida en el *atrium*. Intentó reanimarla, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Una costra de sangre seca en sus cabellos, en la sien, delataba el golpe que había recibido. Un golpe terrible, un golpe que acabó con su vida. ¡Marcia yacía exangüe! La frialdad de su cuerpo indicaba que llevaba varias horas muerta.

Urgídar gritó, recorrió los dos pisos de la casa, rebuscó en todos los rincones y llamó a voces a su hijo, esperando oír su llanto en cualquier momento. Nada. El bebé no estaba en la casa. Urgídar corrió a la calle, preguntó a transeúntes y vecinos si habían visto a alguien con un bebé en brazos... ¡Nada! Urgídar hizo lo único que se le ocurrió: acudir a su amigo Ovidio...

—Ahora tranquilízate, Urgídar. Hablaré con mis contactos e intentaremos localizar al bebé. Quédate unos días en mi casa. Ya sabes que vivo solo, no hay inconveniente alguno, ¿de acuerdo?

Urgídar regresa junto al cuerpo de Marcia, que los vecinos han amortajado y preparado para el funeral. Ya no piensa en sí mismo. Se casó con ella por agradecimiento al viejo legionario Numerio, que lo acogió y amparó, y se prometió protegerla y cuidarla. Se lo prometió a sí mismo sobre el cadáver aún caliente de Numerio. ¡Y ahora Marcia está muerta! Transido de dolor, el íbero se conjura consigo mismo para recuperar a su hijo, en nombre de ella y de su abuelo.

«¡Homero murió pobre!», le repetía su padre siempre que afloraba su anhelo de consagrarse a la poesía en vez de volcarse en una carrera jurídica y política. Ovidio recuerda a menudo esta admonición paterna y piensa que seguramente tenía razón y moriría pobre..., pero no se arrepiente de versificar, no se arrepiente de dedicarse a la creación poética, no se arrepiente de recoger en poemas su visión del mundo.

Su afición no rendirá grandes beneficios económicos, pero le proporciona placer, el goce de la creación y la estética, y además le procura un sinfín de satisfacciones, experiencias y amistades, muy buenas amistades. Amigos y amigas como la hermosa, divertida, locuaz e inteligente Julia, como el brillante Julio Antonio —autor a su vez de la obra *Diomedea*—, como el culto Valerio Mesala Corvino —el protector de poetas como Tibulo, Propercio o él mismo—, como los inspiradísimos Virgilio y Horacio y otros poetas del círculo del gran consejero Cayo Cilnio Mecenas, cocineros y gastrónomos como Apicio, urbanistas y jardineros, arquitectos e ingenieros como Marco Vitrubio, escultores y pintores, grandes fortunas de Roma y los jóvenes herederos de las mejores familias romanas, los Graco, Sulpicianos, Escipiones,

Cornelios, Claudios... Piensa que quizá su padre estaría orgulloso de las relaciones de su hijo «muerto de hambre» con los mayores talentos de la Roma inmortal...

Por eso Ovidio puede pedirle esta tarde a su amiga Julia, ¡la hija del emperador!, que lo reciba. Quiere saludarla tras su reciente parto..., además de pedirle consejo y ayuda para localizar a un bebé secuestrado, al hijo del hispano Urgídar. Julia está encantada de recibir a su admirado poeta Ovidio en casa. Y lo acoge... acompañada por Julio Antonio.

Al encontrarse con este último, el poeta está a punto de sentir una punzada de celos, pero sabe refrenarse: él enseña a los que le escuchan —y así quiere recogerlo en su futura *Ars amatoria*— que el mejor amante es el que da facilidades a la amada y al rival..., aunque en este caso entiende que lo suyo ha sido solo un entretenimiento fugaz.

Ovidio se da cuenta de que entre Julia y Julio Antonio existe una comunicación honda, una complicidad profunda. Que no hay secretos entre ambos, ni en su pasado ni en su presente. Que el escarceo con Julia ha sido una vivencia agradable que no se repetirá. Capta que el vínculo que une a ese hombre y esa mujer está más allá de lo sucedido entre Julia y sus amantes.

Porque Ovidio tiene una alta sensibilidad para dos planos de la realidad inmaterial, algo que sabe plasmar en sus obras con brillo insuperable. Un plano es el de la dimensión mitológica. El otro, el de las relaciones amorosas. Y en compañía de Julia y Julio Antonio, Ovidio percibe la fuerza de ambos planos de un modo inusualmente poderoso: aquí operan al unísono la fuerza mítica y la venérea.

Ovidio siente que de esta pareja emana el relámpago de la Roma del momento, una luz nueva que despunta en la capital del mundo. Ovidio capta los lazos profundos que estrechan a Julia, de veintisiete años, y a Julio Antonio, de treinta y tres. Ambos son hermosos y fogosos, ambos son de ilustre estirpe —Julio César y Augusto por el lado de Julia, Marco Antonio por el de Julio Antonio—, y los dos gozan de gran proyección pública: ella es ya un icono para las mujeres jóvenes de Roma, las mujeres inquietas y defensoras de una creciente autonomía personal femenina; y él se ha convertido en un referente para los jóvenes reformistas, los que anhelan desbordar la obra de Augusto; es un modelo juvenil, vital y actualizado del tradicional *vir romano*.

En tanto que poeta, a Ovidio le cautiva la categoría lírica de las estirpes de Julia y Julio Antonio, esos dos jóvenes que de niños convivieron bajo el mismo techo, el de tía Octavia, hermana del emperador Augusto. Son estirpes que los avalan a los dos, pero no para perpetuarlas rutinariamente, sino para renovarlas y proyectarlas al futuro: ¡Julia, hija de César Augusto! ¡Julio Antonio, hijo de Marco Antonio! César Augusto y Marco Antonio, los dos hombres que compartieron el poder del mundo, dos titanes, casi dos dioses. Dos hombres que se aliaron y que se enfrentaron, que intentaron destruirse mutuamente, llevándose todo por delante: no cabían los dos en el orbe.

¡Grandiosos ambos, y tan diferentes! César Augusto, acogido a la tradición romana de la República cesariana, al Senado, al orden, al dios Apolo, el de la lucidez del día. Marco Antonio, partidario de la tradición oriental del Aegyptus de Cleopatra, de la monarquía dinástica, del dios Dionisos, el del éxtasis de la noche. Dos polaridades, dos modelos para los romanos. Julia sabe que su familia se considera descendiente de Venus; Julio Antonio es consciente de que su padre se consideraba encarnación de Dionisos. Son cuestiones que tienen un gran peso.

Y ahora César Augusto manda en el mundo. Tras derrotar la flota de Marco Antonio y Cleopatra en la batalla de Actium, Augusto los persiguió hasta Alexandria, su refugio en Aegyptus. Allí, sintiéndose sitiado y a punto de ser capturado, Marco Antonio se dejó caer sobre su propia espada, por dignidad. Luego, Cleopatra se suicidó con un venenoso áspid.

Ovidio entiende que Julia y Julio Antonio son conscientes de ser emblemas, de atesorar una potente categoría simbólica. Son conscientes de esa fuerza inmaterial, pero no la utilizan más allá de fiestas, juergas y simulaciones. Por ahora se limitan a acumular popularidad y simpatizantes, partidarios y amigos. El poeta sabe que las rígidas leyes de Augusto están suscitando actitudes de descontento entre los jóvenes, y que muchos miran al resuelto Julio Antonio con simpatía, puesto que es el único superviviente de la saga que osó plantar cara al emperador. ¿Por que no podría volver a hacerlo? En cierto modo, lo hace con esta obra, *Diomedea*, sobre un héroe dionisiaco...

Los antonianos no han desaparecido. Al contrario, con los años hay cada vez más romanos nostálgicos de la actitud resuelta y valiente de Marco Antonio, el mítico padre de Julio Antonio, y ven en este joven una alternativa de futuro a Augusto, la posibilidad de una política menos confusa, insidiosa y contemporalizadora, de una política más decidida, luminosa y franca. Y, sobre todo, más vitalista, más efervescente, más desenvuelta, prometedora y divertida.

—¡Mis respetos a ambos, dionisiaca pareja! —los saluda Ovidio teatralmente, y Julia y Julio Antonio se parten de risa. El poeta sabe divertirlos con sus travesuras e ironías que tienen siempre algo de jovial, cordial y halagador.

—También para ti, maestro —responde ella.

—Para ti, maestro —dice Julio Antonio.

—Julio Antonio, en la próxima ocasión que nos veamos, habré compuesto un poema para ti.

—Gracias, maestro, a cambio te regalaré mi *Diomedea*. Pero... ¿no deberías primero componer algún poema para Augusto?

—¡En esto yo tengo más ganado que mi padre! —ríe Julia, refiriéndose veladamente al poema que Ovidio le dedicó en la fiesta de marzo.

—El emperador aprecia más la musa de Virgilio que la mía, tan frívola.

—Según me ha contado nuestra querida Porcia, tu amigo Urgídar le dijo...

—Recordadme, por cierto, que os comente algo importante acerca de mi amigo

íbero...

—De acuerdo... Él le dijo a Porcia que andas escribiendo un manual de consejos para enamorar y conquistar a las damas con objeto de llevarlas a la cama... Ovidio, ¿es eso verdad?

—Ja, ja, lo es, y deja de dar rodeos: ¿qué quieres saber?

—Si hay posturas más recomendables que otras —pregunta Julia con procacidad, mientras acaricia la punta del dedo índice de Julio Antonio, recostado en el *lectus* vecino.

—Tengo un catálogo de posturas para mujeres: la que tenga el rostro agraciado, que lo haga de cara. Si tienes la espalda bonita, ofrécete mostrándola. La pequeña, que cabalgue. Si no te gusta tu vientre, entrégate dando la espalda, como los jinetes partos. La de culo abundante, que se arrodille sobre cojines y lo muestre, volviendo la cabeza... Y no te avergüence desparramar tus cabellos.

—¡Cuánto me gustará leer tus cantos de arte amatoria, Ovidio! ¡Harán furor, seguro! Y, dime, ¿qué pasaba con tu amigo Urgídar?

El poeta les explica la tragedia del joven hispano, la violenta muerte de la esposa de este y la desaparición de su hijo de dos semanas. Comenta también el aprecio que siente por Urgídar y les ruega que le comuniquen cualquier sistema que se les ocurra para averiguar algo sobre el extraño secuestro. Ellos le prometen hacerlo.

De la habitación contigua llegan, apagados, los gorjeos de dos bebés que están a punto de mamar de su nodriza.

Uno, hijo de Julia, es Marco Vipsanio Agripa Póstumo, al que todos llaman Póstumo... El otro todavía no tiene nombre en esta casa.

Tiberio, hijo de Medea

Ovidio escribe en su despacho del foro. No hay clientes a la vista y eso lo conforta, pues un argumento le arde en la punta del cálamo y necesita entintarlo ya. Medea, Medea... La fértil erudición poética y mitológica de Ovidio le invita a proyectar sobre hechos presentes los mitos más terribles de los antepasados etruscos, romanos y griegos. Es un artificio que derrama luz nueva en esos acontecimientos y los carga de advertencias vibrantes... y hasta incómodas... Piensa en el mito que pugna por brotar de su pluma.

Medea, la envenenadora. Medea, la parricida... Últimamente Ovidio piensa mucho en ella. Y en Livia, la sinuosa esposa de Augusto... A Ovidio, la (inesperada) muerte de Marco Agripa, acaecida veinte meses atrás, le evocó la (súbita) muerte de Marcelo, ocurrida tres lustros antes, y la (inexplicable) desaparición del bebé de Urgídar... Siente un escalofrío. No existe ninguna conexión racional entre estos acontecimientos tan dispares y distantes, pero... Y ahora Livia ha conseguido casar a su sombrío hijo Tiberio con Julia... Hace solo cuatro meses, a principios de este año... Pobre Julia...

Ovidio lamenta la triste suerte de esta mujer, obligada a casarse con Tiberio por orden de Augusto... y por deseo de Livia, está seguro. Todo esto le inspira, necesita escribir algo: una obra de teatro. ¡Sí, una obra de teatro! Podría resultar escandalosa... Pero le apetece la causticidad versificada, bien ornada y servida. La gente... ¿lo entenderá? ¿Y si Livia decide darse por aludida...? Ya se verá... Livia... Medea... Inspirado por su atrevida musa, Ovidio sonrío. Su poesía no es áulica, pero gusta en círculos sociales refinados... Esboza un gesto travieso y se inclina con decisión sobre el papiro...

—¡Ovidio! ¡Ovidio! ¡Acabo de ver algo... —irrumpe Urgídar en el despacho, sofocado, jadeante por la carrera y la impaciencia—... en el mercado... que te gustará saber! ¡No se habla... de otra cosa!

—¿Qué pasa, amigo? ¡Menudo susto me has dado!

Ha transcurrido un año y cuatro meses desde la muerte de Marcia y la desaparición del pequeño Publio. En ese tiempo, Ovidio ha desarrollado un afecto más entrañable y tierno por su amigo y discípulo Urgídar, que pasa temporadas en su casa y al que ayuda a superar la tristeza, además de intentar buscar pistas con él. Infructuosamente, por ahora...

—Tiberio...

—¿Tiberio? ¿Qué...?

—Vipsania... Ohhh... En el mercado...

—Respira, joven amigo. ¡Respira! Cálmate.

—Atravesaba yo el mercado, venía hacia aquí... y me ha sorprendido un tumulto, un revuelo... ¡Tiberio!

—¿Qué Tiberio? ¿El hijo de Livia, el triste marido de Julia, el hijastro y ahora

yerno de Augusto?

—Sí. Por azar se ha cruzado en el mercado con Agripina Vipsania...

—¿Vipsania? ¿La que fue su esposa? Tiberio la repudió para casarse con Julia.

—Sí. Iba acompañada por su actual marido, Asinio Galo. Tiberio se ha quedado petrificado ante ellos... Ella también se ha detenido, ha bajado la cabeza... Y entonces Tiberio ha roto a llorar.

—¿A llorar?

—Sí. Su gemido se ha elevado sobre la algarabía del mercado. Ha estado a punto de doblegar las rodillas ante ella, vencido por la pesadumbre. Sus hombres lo han sujetado y sostenido, y se lo han llevado en volandas, arrollando a quienes se cruzaban en su camino. ¡Qué revuelo!

—¡Y qué papelón el de Tiberio! Amaba entrañablemente a su joven esposa Vipsania, dulce y dócil como la niña que es, que le había dado ya un hijo y estaba embarazada de otro..., y Augusto le obligó a repudiarla. ¿Y quién crees que animó al emperador a pedirle este sacrificio?

—¿Quién?

—¡Livia!

—¿Su madre?

—Ambiciosa... Él obedeció... y ahora será un desgraciado. ¡Otra vida sacrificada a Roma! Qué lástima, esta guerra de Roma contra el amor...

—¿Y Julia?

—¡Su padre dice que la ama! Pero... ¿eso es amar? Muerto Agripa, pasado el año de luto, la ha obligado a casarse con Tiberio. Augusto no puede permitirse que su hija viva soltera: ¡sería un descrédito para sus propias leyes absurdas sobre el matrimonio obligatorio! Y sacrifica a su hija a su idea de Roma...

Ovidio se sienta ante el papiro en el que pergeña su tragedia sobre Medea. Explica a su discípulo que Livia preparó la boda entre Tiberio y Vipsania, hija de Agripa, para acercar a su hijo al emperador, ya que Julia estaba casada con Marcelo... Al morir este, Augusto enlazó a Julia con Agripa y empezaron a engendrar hijos: Livia entendió que cada uno de ellos apartaba a su hijo Tiberio de la sucesión.

—¿No crees que Livia deseó la muerte de... —Ovidio baja la voz—... de los dos maridos de Julia: Marcelo primero, Agripa después...? El caso es que ahora tiene lo que buscaba: ¡Tiberio ya es el marido de Julia!

—En efecto.

—Livia no se deja ver, pero veo su mano en las leyes de Augusto, que secarán lo mejor de Roma, su *daimon* alegre y desenfadado.

—Nunca te había visto tan solemne, Ovidio.

—Julia representa a la mujer que haría de Roma un lugar civilizado. Y mira lo que está haciéndole Livia...

El poeta se incorpora súbitamente y se acerca a la ventana que da al foro. Quiere

captar la luz de Roma, alguna chispa de su vitalidad más allá de los monumentos. Durante un instante contempla el exterior antes de volverse hacia Urgídar.

—¿Y cómo te encuentras tú, querido amigo? Sabes que Julia, con la ayuda de Julio Antonio y otros amigos, revuelven Roma por lo de tu hijo...

—Han pasado ya dieciséis meses, Ovidio... Pero no desespero, tengo que encontrar ese niño no solo por mí, sino en memoria de Marcia y Numerio... ¿Qué escribes ahí, Ovidio?

El joven no quiere entristecerse pensando en el desconocido destino de su hijo, quiere cambiar de conversación... sin saber que la respuesta de Ovidio lo devolverá de nuevo a la tragedia de su vida.

—Voy a escribir una Medea... pensando en Livia. Que ahora busca un nieto de Tiberio y Julia, claro. ¡Quiere ser madre o abuela de emperador! Y lo será. A esto nos lleva la postergación de la mujer: a que algunas sean más astutas que un Ulises con faldas.

—¿Medea? ¿La de Eurípides? ¿Qué tiene que ver con Livia?

—Medea es hechicera, conoce todos los filtros de amor y muerte, todos los encantamientos. Con ellos hace invulnerable a Jasón, que roba el vellocino de oro al rey Eetes, padre de Medea. Ella se une a Jasón, con quien huye por mar a toda vela, llevándose en el barco a su propio hermano menor. Cuando su padre está a punto de alcanzarlos, Medea mata y despedaza al niño y arroja sus restos al mar. Eetes se entretiene en recogerlos y así Jasón y Medea pueden escapar. El rey se detiene a enterrar los pedazos a orillas del Ponto Euxino, y allí funda Tomis (que significa «cortes», precisamente)...

—¿Tomis? No lo había oído...

—Es una ciudad portuaria de la Moesia inferior, en los límites del imperio, un lugar que debe de ser espantoso... ¡El último rincón del mundo al que desearía ir!

—¿Y cómo acabó Medea?

—Tuvo dos hijos de Jasón, que luego se relacionará con Glauce, la hija de un rey. Medea, celosa de la que considera su rival, la mata a distancia mediante un sortilegio, una capa de fuego. ¡Tramposa, cobarde! ¡Y luego mata con sus propias manos a los dos niños que ha parido de su marido Jasón!

Ovidio calla. Urgídar siente un escalofrío. No puede evitar pensar en su hijito, Publio, pero no dice nada. Tras unos segundos de silencio pensativo, Ovidio masculla algo...

—Que no les pase nada.

—¿A quiénes?

—A los hijos varones de Julia: Cayo y Lucio, de nueve y ocho años..., y al pequeño Póstumo, que tiene ahora casi un añito y medio...

—La misma edad que Publio...

Alguien llama a la puerta de la oficina de Ovidio: es un sirviente de Julio Antonio. Entrega una tablilla a Ovidio y pide confirmación al mensaje que su amo

remite. Da un paso atrás y espera fuera de la oficina la devolución de la tablilla con una respuesta. Ovidio cierra la puerta, lee el mensaje de la tablilla encerada y mira a su amigo.

—Urgídar, estamos invitados a cenar en casa de Julio Antonio. ¡Tú y yo! Esta noche. Y añade que tiene alguna pista sobre la desaparición de tu hijo...

LIBRO II (año 2 a. C.)

El placer solo es completo cuando a la vez mujer y hombre caen vencidos.
(Tum plena voluptas, cum pariter victi femina virque iacent).

OVIDIO, *Ars amatoria*

En la isla de Rhodus

Olas mansas de color esmeralda palmorean las cuadernas del casco. El barco cabecea rítmicamente a su paso frente a las costas de Actium. La vela cuadra, arbolada al único mástil y henchida por un viento constante del noroeste, empuja la nave con celeridad sobre las aguas del Mare Nostrum. Unos ojos pintados de blanco, negro y rojo en la proa avizoran el rumbo del navío. A babor se distinguen las costas de Grecia.

El barco mercante se llama *Olivus* y ha zarpado el día anterior desde el activo puerto comercial de Brundisium, al que llegó Urgídar por la Via Apia desde Roma, atravesando Capua y Tarentum. En el agitado puerto de Brundisium, siguiendo las indicaciones que Julio Antonio le ha dado en Roma, Urgídar ha contactado con el capitán del barco mercante, un hombre llamado Sica... El barco navegará durante cinco días hacia la lejana isla de Rhodus. Es el destino de Urgídar.

Acodado en la borda, Urgídar ve pasar las olas junto al casco y, extasiado, se le antoja que las espumas desfilan tan rápidas como los días... ¡Diez años! Diez años han transcurrido desde el secuestro de su hijo y la muerte de Marcia, diez años desde que Ovidio contactó con Julio Antonio y Julia para rogarles ayuda en la búsqueda del bebé desaparecido...

Un año y cuatro meses después, él y Ovidio fueron invitados a una cena en casa de Julio Antonio, al que parecía haberle llegado una pista sobre el caso. Urgídar lo recuerda bien, porque fue el mismo día en que, por la mañana, había visto a Tiberio casi sollozando en el mercado al cruzarse con Vipsania, su exmujer... Tiberio acababa de casarse pocos meses antes con Julia por orden de Augusto, una orden que hizo desgraciadas al menos a tres personas: Julia, Tiberio y Vipsania. Y feliz a una: Livia. Aquella noche de hace ocho años y medio, en casa de Julio Antonio, Julia no estaba presente. Acabada la cena, el anfitrión se llevó a Ovidio y Urgídar aparte y demostró no haber olvidado su promesa de ayudarlos.

—Amigos míos, tengo alguna pista de informadores míos sobre el secuestro del bebé —les dijo, y el íbero aún recuerda cómo se le aceleró el corazón—. Tu hijo, hispano, podría haber sido secuestrado y vendido a alguna familia sin hijos de las clases patricias. No sería un caso excepcional: en Roma cada vez se dan más secuestros de recién nacidos en barrios humildes. Tráfico de bebés, quizás... ¡Un efecto de las leyes de Augusto...!

Urgídar recuerda que Ovidio frunció el ceño al oír hablar de Augusto y sus leyes. Julio Antonio les facilitó más detalles sobre el asunto.

—Los edictos de Augusto no solo imponen el matrimonio obligatorio y condenan el adulterio: ahora se penaliza a los matrimonios romanos sin hijos. ¡Se les condena a entregar todas sus propiedades al Estado! ¿Comprendéis por qué hay más secuestros de niños?

Urgídar entendió. Entendió lo que buscaba Augusto: niños romanos de buena

familia. Romanos libres que heredaran su imperio. Romanos que lideraran según los dioses y tradiciones propias. Nada de libertos y extranjeros, nada de hijos de libertos ni hijos de extranjeros en las instituciones de Roma. Si las familias ilustres no engendraban hijos..., ¡Roma corría peligro! Y Augusto, apoyado por Livia, presionaba. Livia, de la rancia y encopetada familia Claudia... Algunos matrimonios de clase alta, unidos por la coerción de Augusto y compelidos ahora a tener hijos... podrían haber visto un modo rápido de obtenerlos: robarlos. Bebés de libertas o esclavas, de extranjeras... ¡Poética paradoja! Todo lo entendió Urgídar en un momento.

Uno de los marineros, con la cabeza rapada, le pide a Urgídar una moneda a cambio de un cuenco de pescado hervido y una ración de *pollentum*, gachas de centeno que engulle con ganas. No es un plato tan exquisito como los de las cenas con los amigos de Julia, ¡algunas de ellas servidas por el refinado Marco Cayo Apicio!, pero la brisa marina le ha despertado el apetito. El hispano contempla la cabeza rapada del marinero, señal de gratitud por haber sobrevivido a un naufragio, y se toca el pene para desbaratar el mal augurio. Los marineros muestran a veces el dedo corazón enhiesto para propiciar la buena suerte en la travesía. Además, para proteger el barco contra tifones, los prevenidos marineros han salpicado con vinagre el navío antes de zarpar.

Después de comer, Urgídar se recuesta en cubierta, cierra los ojos y, mecido por el mar, repasa mentalmente los sucesos de los últimos tiempos, los que lo han llevado a este barco, los que le dirigen hacia la lejana isla de Rhodus, más allá de Athenae, más allá de Creta, frente a las costas de Licia...

Recuerda primero que aquella noche en casa de Julio Antonio le pareció advertir un aire sombrío en el anfitrión, y así se lo comentó a Ovidio...

—Julio Antonio no está tan festivo como otras veces—le confirmó Ovidio al salir de la cena—, y lo atribuyo a la boda de nuestra querida Julia con Tiberio. Supongo que a Julio Antonio le ha afectado... ¡Y también a mí me afecta! Julia debe de estar sufriendo, apartada de su círculo de amistades, ¡y eso es algo que también a mí me resulta inadmisible...!

Y así fue durante varios meses, el año que siguió a la sonada boda, la boda del siglo, ¡los esponsales de la hija de Augusto y el hijo de Livia! Todo quedaba en casa: hermanastros y esposos que, con su enlace, reforzaban la unión de las casas Julia y Claudia. La aristocracia romana más tradicionalista veía con buenos ojos que una de sus mejores familias, la Claudia, acabase un día rigiendo los destinos de Roma después de Augusto, aunque fuera tutelando a Cayo o Lucio. La Roma más inquieta y reformista, en cambio, la de los jóvenes de las buenas familias, se ensombrecía: para pesadumbre de sus componentes, Julia desaparecía de ese ámbito vivaz y moderno, abducida por el taciturno Tiberio...

¡Julia, una mujer en la flor de su vida, entonces con veintiocho años, locuaz, chispeante y mundana, ahora a la sombra de Tiberio, hombre entonces de treinta y

uno, corpulento, aburrido, lento y reservado. Todo Roma contenía la respiración...!

Durante un año después de la boda.

Al cabo de ese tiempo, la situación cambió.

Roma supo que Julia había parido un hijo de Tiberio en Aquileia, en las costas del Véneto..., una criatura que solo sobrevivió un par de semanas. ¿De qué murió el niño? ¿Qué pacto privado había entre los esposos? Después de la muerte del bebé, Tiberio y Julia se distanciaron.

Él había sido reprendido severamente por Augusto tras el espectáculo público que dio al cruzarse por la calle con Vipsania, su exmujer, jovencísima y bella, que acababa de tener un segundo hijo suyo, y Augusto lo dispuso todo para que ni Vipsania ni sus vástagos volviesen jamás a cruzarse con Tiberio... ¿Ensombreció eso todavía más el ánimo de ese hombre? ¿La muerte de su hijo con Julia lo decepcionó irreversiblemente? Silencio. ¿Se repudiaron mutuamente en la intimidad del dormitorio? El caso es que no volvieron a compartir lecho ni vivencias. Nadie supo en Roma lo sucedido entre la insigne pareja, qué agravios y rencores los enconaron... Lo único que vieron fue que Tiberio partió al frente de las legiones en Germania.

Y Julia volvió a Roma. Sola.

Julia con sus amigos. Dolida con su padre, por utilizarla siempre. Con ganas de recuperar su vida, sus amigos, sus poetas, sus fiestas... ¡Y qué fiestas! Se han contado por escándalos, en estos últimos ocho años... Y bien lo sabe Urgídar, presente en varias de ellas, muy sonadas. En particular en una que no olvidará, en el foro, en los *rostra*...

—¡Actium, allí, a babor! ¡Ahí combatí yo en las naves de Marco Antonio y Cleopatra! Estábamos malditos, condenados a perecer... Caí prisionero del grandioso Agripa, ¡felizmente!

Es la voz de un marinero que ya peina canas, de algo más de cincuenta años de edad. Urgídar emerge de su sopor, se incorpora y atisba al horizonte. Entiende que ahí enfrente, en esas aguas griegas, el viejo marino combatió en la armada de Marco Antonio y Cleopatra contra las naves de Marco Vipsanio Agripa y Cayo Julio César Octaviano, luego conocido como Augusto, hace ahora veintiocho años. ¡Oriente contra Occidente! Roma contra Aegyptus... Urgídar escucha el relato del viejo marino, quien le cuenta que muchos remeros de la flota egipcia, buenos romanos, aunque partidarios de Marco Antonio, desertaron desmoralizados: ¡iban a enfrentarse a Roma, la patria de sus padres, iban a luchar contra su hogar natal por culpa de una reina egipcia, una bruja oriental! Por eso perdieron, claro. Marco Antonio y Cleopatra lograron escapar a Aegyptus. Al saber que Octavio se acercaba, implacable, se suicidaron después de una juerga en la que él, enloquecido, se disfrazó de dios Dionisos y ella de diosa Isis.

—¡Yo los vi! Tras la batalla de Actium, Octavio nos dejó unírnos a sus tropas y entramos con él en Alexandria... —rememora el viejo marino—. Vi los cuerpos de mi general Marco Antonio, ¡los dioses lo hayan perdonado!, y de la reina Cleopatra.

Él, ensangrentado... Octavio quería llevarse a la reina egipcia viva a Roma para exhibirla en un desfile triunfal como su esclava..., pero Cleopatra se envenenó, se hizo morder por una serpiente... Lo que sí exhibió Octavio fueron los espolones de las naves egipcias, los *rostra*: ¡admiradlos en el foro de Roma! ¡Ahí arranca la grandeza y paz de nuestra ciudad inmortal!

Urgídar se recuesta de nuevo sobre la cubierta. ¡Los *rostra*! Urgídar evoca lo sucedido con Julia en ese lugar, en una de esas fiestas escandalosas, hace un par de años... ¡Los *rostra divi Iuli*, en el foro, el lugar más sagrado de Roma para Augusto! Cerca del *miliarium aureum*, erigida por el propio Augusto, la piedra miliar desde la que parten todas las vías del imperio...

Los sagrados *rostra*, enclave de los espolones de Actium, fue el escenario elegido por Augusto hace catorce años para decretar personalmente las leyes julias, sus severos edictos contra la soltería y el adulterio entre ciudadanos romanos. Más de una vez Ovidio le ha comentado este episodio, que el propio poeta presencié, atónito y contrariado:

—Mira, íbero, qué despropósito: Augusto logra para Roma la paz y la prosperidad, y cuando queremos disfrutarlas ¡nos castiga! ¿Para qué tanta paz? ¿Para matarnos de tedio?

Urgídar sonríe al recordar los discursos del bueno de Ovidio. Con él compartió aquella fiesta en los *rostra*, una de las veladas más enloquecidas de Julia, hace un par de años...

Aquella noche habían cenado en casa de la hija de Augusto, donde se habían congregado Julio Antonio, Tito Sempronio Graco, Quinto Crispino Sulpiciano, Apio Claudio Pulcro, Cornelio Escipión, Ovidio y él mismo, así como el griego Demóstenes, hijo de un actor romanizado... De madrugada, excitados por la fiesta y el vino, salieron a las calles de Roma en sus literas y desembocaron en el foro, desierto a aquellas horas. Allí continuaron la juerga, sirviéndose más vino y cantando. Y Julia, sonriendo a Julio Antonio, colocó una corona sobre la estatua de Marsias, el sátiro acompañante del dios Dionisos. Marsias carga un odre de vino a la espalda y simboliza la libertad: luce *pileus*, el gorro frigio que se entrega a los esclavos al manumitirlos. Simboliza las libertades frente a las restricciones, simboliza a Dionisos (Marco Antonio) frente a Apolo (Augusto)...

Luego Julia se subió con Demóstenes a la tribuna de los *rostra*, ¡los sagrados *rostra*!, y juntos entonaron con aires de burla un discurso que satirizaba los edictos de Augusto, leídos allí mismo por el propio *princeps* trece años atrás... Acabaron todos riendo y revolcándose en la tribuna de los sagrados *rostra*, y Julia y Julio Antonio culminaron la celebración con lo que ellos calificaron de hierofanía, una cópula sacra, un ayuntamiento carnal... Como si la sangre de su dionisiaco padre hubiese vuelto a latir en Roma, le comentó luego Ovidio...

¡Ovidio! ¿Por qué se habrá casado de nuevo? Ovidio, hombre dos veces divorciado, ha vuelto a contraer matrimonio hace poco. Urgídar no tiene claro si se ha

enamorado o no, pero intuye que con esta boda Ovidio se protege de algo. ¿Quizá teme las consecuencias de la inminente aparición de su *Ars amatoria*? ¿O de la publicación de la tragedia *Medea*, que ya se representa?

—Urgídar, este matrimonio es mi máscara de decoro. Interpretaré una vida que no será tan alocada como mis poemas —le comentó Ovidio a modo de explicación.

Su nueva esposa procede de buena familia, la familia Fabia. Se llama Fabia y tiene una hija, Nerula, ahora de catorce años, habida de un matrimonio anterior...

Urgídar mira al cielo, terso y azul, solo moteado por un par de nubes que parecen corretear hacia Roma, como borreguitos. Se pregunta si cuando lleguen a Roma estas nubes verán desde lo alto más o menos de lo que ve Augusto. Se pregunta por qué el emperador parece no ver nada de lo que hace su hija Julia. O quizá sí lo ve y prefiere mirar hacia otro lado, fingir que no sabe nada para evitarse el disgusto de enfrentarse públicamente a ella...

También es cierto que a César Augusto se le han muerto hace tres años sus queridísimos Mecenas y Horacio, y se siente muy solo y frágil, piensa Urgídar. ¡Mecenas, su íntimo amigo junto con Agripa!: entre los tres alzaron el edificio de la Roma imperial. ¡El coraje de Agripa, la diplomacia de Mecenas, la astucia de Octavio! Los tres juntos vencieron a todos los adversarios. Y ahora...

Ahora Urgídar sabe que en Roma muchos contemplan los sesenta años de edad del *princeps*, sus achaques físicos y su abatimiento como una ocasión para preparar un asalto al poder... ¿Quién pilotará la nave del Imperio romano después de Augusto? Urgídar ya no se siente el mozo provinciano e ingenuo salido de Lesera diez años atrás con ansias de ser poeta: ha cumplido ya los veintiocho y ha sido testigo —discreto— de muchos movimientos en círculos poderosos de Roma, de la mano de su maestro Ovidio. Como el poeta, él solo pretendía componer versos en Roma... Pero las circunstancias...

Tendido en la cubierta del *Olivus*, este pequeño barco mercante cargado de ánforas de buen vino rumbo a la isla de Rhodus, Urgídar traza su propio mapa mental de las facciones en sorda liza para suceder a Augusto.

Por un lado, los leales al emperador y a su nieto mayor —hijo de Julia y Marco Agripa—, Cayo César, de dieciocho años, adoptado por el *princeps* para sucederle, distinguido cuatro años antes con el título de *princeps iuventutis*, mimado por el pueblo, algo malcriado...

Por otro lado, los antonianos, secretamente partidarios de Julio Antonio, hijo y heredero de la memoria de Marco Antonio, popular entre la plebe, amante secreto de Julia, y que cuenta con la simpatía de miembros jóvenes y cultos de familias ricas...

Y por fin, los tiberianos, entre los que se encuentran las más ilustres familias de la vieja República, leales a Tiberio, competente general, hijo de la ambiciosa Livia y actual esposo de Julia, hija del emperador.

Con este mapa mental, Urgídar se incorpora y recorre la nave, desde los dos

enormes remos que en la popa son su timón hasta la desafiante proa, que apunta a Oriente, ¡hacia Rhodus! La isla de Rhodus... Hace cuatro años, cuando Tiberio sumaba victorias en las fronteras de Germania y Pannonia, cuando se le agasajaba con triunfos en Roma, cuando todos sus méritos parecían servirle las mejores opciones para ganarse el favor general como sucesor de Augusto..., tomó una decisión inesperada y teatral: ¡retirarse a la isla de Rhodus!

Rhodus... Tiberio... Urgídar piensa en él y lo recuerda en el palco imperial del Circo Máximo, hace casi diez años, alto y silencioso como una sombra, junto a Augusto..., y también hace ocho años, en aquel encuentro en el mercado junto al foro, gimiendo por Vipsania... Un hombre extraño, circunspecto, triste, taciturno, un militar muy bregado, ahora con treinta y ocho años, que lleva ya tres viviendo en una isla griega, con la sola compañía de las cabras y los pastores, comiendo queso y olivas.

¿Por qué se largaría Tiberio a Rhodus? ¿Por la vergüenza que como marido le causaban los escándalos sexuales de su esposa Julia? No sería poco motivo... ¿Por no poder repudiarla sin ofender a Augusto? ¿Por sentirse postergado por el emperador, demasiado atento a su consentido nieto Cayo? ¿Por miedo a que, siendo yerno de Augusto, los antonianos lo envenenaran para eliminarlo como opción sucesoria...? ¿Por hartazgo de las presiones y maniobras de su madre? ¿O es solo un sibilino truco para ganarse fama de humilde y desprendido, para hacerse añorar por el pueblo? Urgídar no lo sabe..., y tampoco le importa.

A Urgídar no le importa quién suceda a Augusto. Él solo quiere averiguar si el hijo de Marcia sigue vivo, dónde está, e intentar recuperarlo, y que ese niño sepa que tuvo una buena madre y que él quiere ser su padre.

No sabe si Publio es hijo suyo o no, pero en todo caso le juró a Marcia que lo encontraría. Ignora si vive con alguna familia de Roma o del campo, pero se aferra a lo que Julio Antonio le dice: que se halla sobre una buena pista. El noble romano trabaja para él... y él hace lo propio en retribución. Por supuesto, ¡hará todo lo que Julio Antonio le pida! Sea lo que sea.

A Urgídar no le importa quién suceda a Augusto. Pero Julio Antonio le pidió que entablara amistad con tiberianos sin citar su relación con él, y así lo hizo. Los espías de Julio Antonio le facilitaron contactos, y Urgídar se hizo amigo de simpatizantes del rival de su amigo. Con el dinero de Julio Antonio compraron ánforas llenas de buen vino para halagar el paladar del autoexiliado de Rhodus. ¡A Tiberio le encanta el vino! Empezó a beber a raíz de su fracaso como marido de Julia, desde la pública humillación que supusieron las correrías sexuales de su esposa en Roma... Tanto es así que algunos, en son de mofa, lo llaman *Biberius*. Los marineros han estibado con cuidado las ánforas en este mercante de tiberianos, como el propio capitán Sica o el viejo marino de Actium, que en sus últimos años como militar sirvió a las órdenes de Tiberio en la flota del Adriático.

A Urgídar no le importa quién suceda a Augusto. Solo le importa lo que Julio

Antonio le ha pedido: que navegue hasta la isla de Rhodus y mate a Tiberio.
Y Urgídar navega hacia Rhodus, efectivamente, para matar a ese hombre.

Atentado fallido

El marido de Julia viste una sencilla túnica griega de campesino. Reside en una casa modesta con tres fieles amigos que lo han acompañado desde Roma: Ático, Lucilio y Julio Marino. El romano goza del clima y la calma de la isla de Rhodus, de su belleza agreste y de la fertilidad de sus laderas sobre el mar, en las que crecen higueras, perales, almendros, pistachos y olivos. Se deleita también con la compañía de los joviales isleños, con los que conversa en griego, su lengua nativa, y con los que también comparte Gimnasio. Los isleños admiran a Tiberio por estar en su isla ¡pudiendo aspirar al máximo poder de la Tierra!

El *Olivus* ha atracado en el puerto de Rhodus tras una plácida travesía de cinco días desde las costas latinas del Adriático. Urgídar y Sica contratan a unos porteadores que, en compañía de los marinos del *Olivus*, desembarcan las ánforas de vino para Tiberio. Mientras, ellos dos van a saludar a Tiberio.

A Urgídar le sorprende encontrar a un hombre sereno y contento en vez del tipo amargado que recordaba de Roma... ¿Está satisfecho porque ha renunciado al poder, o porque lo acrecienta fingiendo que ha renunciado? ¡Imposible saberlo!

El íbero saluda al romano mientras sopesa, algo nervioso, si verterá un veneno en su copa de vino durante la cena o si lo apuñalará en su cama de madrugada... Durante el intercambio de saludos con sus simpatizantes, tripulantes del *Olivus*, Urgídar es testigo de cómo uno de ellos, el viejo marino que combatió en la batalla de Actium y que luego fue oficial a las órdenes de Tiberio, se presenta con un *fasces* — un haz de treinta varas de abedul y un hacha—, símbolo del poder romano, y lo postra a los pies de Tiberio: «¡Tu retirada es más digna de respeto que todos tus cargos oficiales!», proclama.

Urgídar entiende que, aunque apartada de Roma, esta isla es un lugar de paso para magistrados, autoridades, comerciantes, generales y oficiales que transitan entre Roma y Asia, en ambos sentidos, y que ninguno de esos viajeros se priva de visitar al ilustre autoexiliado y de presentarle sus respetos. No se sabe si lo visitan por aprecio sincero, por curiosidad o por cálculo interesado, pero al hispano le queda muy claro que nadie parece creerse del todo que Tiberio se haya retirado definitivamente de la vida pública... Precisamente por eso lo halagan: por si acaso...

Durante la cena compartida con el marido de Julia y sus simpatizantes, a base de carne de cordero asada al aire libre, en el jardín junto a la casa, Urgídar se entera de cosas que no sabía sobre Julia y Julio Antonio... Tras un par de copas del vino de las nuevas ánforas, su caldo favorito, Tiberio se siente amparado y seguro entre los suyos, y suelta la lengua sin disimulos. ¡Está perfectamente informado de los movimientos de su esposa en Roma! Las noticias de los más vergonzantes episodios protagonizados por Julia le llegan hasta aquí: Tiberio comenta a los presentes, con escándalo, la juerga dionisiaca en los *rostra*... Urgídar se inquieta, pues teme que

alguien pueda identificarlo ante Tiberio como uno de los acompañantes de su esposa...

El hijo de Livia comenta algo más: ha sabido de ciertas incursiones nocturnas de Julia a uno de los prostíbulos más frecuentados de la Subura —¿quizás el mismo lupanar que él mismo visitó a su llegada a Roma en compañía de Hermenio? Aún recuerda a Herenia, la joven latina de rojo cabello—, donde Julia ha competido con las profesionales más curtidas del lugar... sin desmerecer. Eso es algo que desconocía Urgídar, aunque... ¿cómo discernir entre la exageración y la realidad?

El hispano se desvanece de dolor tras recibir otro golpe en la espalda. Ya ha perdido la cuenta de los azotes que le han propinado dos de los más fornidos marinos de Sica, armados con correas de cuero y cadenas. Le arrojan un cubo de agua de mar sobre las heridas abiertas de la espalda, que le arden, y así recupera el sentido. Vuelven a preguntarle, otra vez.

—¿Quién te paga? ¡Habla! ¿De dónde eres? ¿Quién te envía? ¿Cumples órdenes? ¡Habla! ¿Por qué querías asesinar a Tiberio? ¿Para quién trabajas? ¡Habla!

Urgídar no dice nada. Piensa en su hijo desaparecido, en la triste suerte de Marcia, en la de Numerio... No quiere morir, necesita recuperar a Publio, que debe de tener ya diez años, y si no pudo cumplir su promesa de cuidar de Marcia, la promesa póstuma hecha al viejo Numerio, abuelo de la joven, al menos debe intentarlo con su hijo, esté donde esté... Pero sabe que si habla, morirá con toda seguridad. ¡Debe resistir! Y calla. Piensa que merece cuanto le ocurra por su torpeza, pues hizo ruido cuando entraba en el dormitorio de Tiberio, daga en mano: tropezó con un taburete en la penumbra... y Tiberio se despertó. Y es un hombre muy fuerte, militar curtido. El romano rodeó el pescuezo de Urgídar con su poderoso brazo y podría haberle roto el cuello allí mismo, pero se frenó... En lugar de eso, Tiberio ordenó que interrogaran al magnicida frustrado bajo tortura.

Después de la primera paliza, sus verdugos se disponen a arrancarle primero los párpados, para mutilarle luego los dedos, las manos, los pies... Cuando ya le estiran un párpado para cortárselo, Urgídar repara en la presencia de Tiberio. Ha estado ahí todo este tiempo, sentado en un taburete en un rincón, expectante, contemplando la tortura mientras amanece sobre el jardín... El noble romano levanta entonces la mano izquierda, que según se dice tiene fuerza descomunal, hasta el punto de que es capaz de atravesar de lado a lado una manzana con el dedo índice. Alza, pues, la mano y ordena:

—Alto. Deteneos. Salid, dejadnos solos.

Los dos hombres dejan a Urgídar atado a una columna del jardín, en el mismo lugar donde anoche cenaron en buena armonía. El romano se acerca a su cautivo, que casi no puede levantar la mirada, derrotado por los golpes y el dolor. Tiberio le habla muy cerca de la cara.

—No vas a hablar, lo sé. He torturado en mi vida a muchos, a muchos. Y sé quién

hablará y quién no. Ahorremos tiempo. Mis amigos te acompañarán a un altísimo acantilado desde el que contemplo el mar cada día. Puedes saltar tú mismo. ¡Salve!

Tiberio se aleja, aparentemente en busca de sus hombres. Camina tres pasos a espaldas de Urgídar y se detiene.

—Pero, antes de morir, pídeme un último deseo. Prometo concedértelo.

El desdichado prisionero no sabe si su captor está jugando un juego cruel o habla en serio. En cambio está muy seguro de que no tiene derecho a saltar desde el acantilado sin antes intentar aprovechar el último resquicio para encontrar a su hijo, por Marcia. Y, casi sin aliento, habla.

—Sí, hay una cosa... Mi hijo... Tiene diez años... No sé dónde está... Lo busco en memoria de su madre asesinada, Marcia, y de su abuelo, el legionario Numerio Asinio Balba.

Aceites, ungüentos y emplastos curan la malherida espalda de Urgídar, tendido sobre un camastro de la casa de Tiberio en Rhodus. Han pasado varias horas desde que los hombres del noble romano descolgaron al prisionero de su columna de tormentos. Ha descansado y Tiberio vuelve a estar a su lado, a solas.

—Numerio Asinio Balba es amigo mío. Hace casi veinte años sirvió a mis órdenes en Armenia, en mi primera misión con Marco Agripa, y se licenció tras esa campaña. ¿Cómo está?

—Muerto.

Urgídar relata a Tiberio todo lo sucedido, desde la misteriosa violación de Marcia hasta su muerte, el secuestro del bebé y sus infructuosas pesquisas, sin citar a Ovidio, Julio Antonio o Julia, ahora esposa de Tiberio. Él le dice que cumplirá su promesa: le ayudará en su búsqueda, también en memoria de su colega Numerio Asinio Balba, el viejo legionario, y de su nieta asesinada. El romano ve que Urgídar se relaja y, buen estratega, le espeta:

—Has venido a matarme a cambio de tu hijo, ¿no?

—Sí —admite Urgídar, sin saber disimular.

—¿Te extorsionan?

—No. Es un amigo poderoso que asegura poder ayudarme.

—¿Poderoso? Bueno... Pues te ha utilizado. O sabe dónde está tu hijo o no lo sabe: en cualquiera de los dos supuestos, su comportamiento contigo es imperdonable. Y no solo contigo: también con la memoria de Marcia y de Numerio.

El hispano guarda silencio. Marcia... Tiberio la ha mencionado y ahora nada de lo que oye en boca del romano le suena a truco o a engaño. Después de un rato de silencio, Tiberio sigue hablando sin pedirle respuestas, como si pensara en voz alta...

—Nadie me odia más que mi esposa. ¡Julia es mi maldición! Todo el daño que su padre le ha hecho a ella, ¡me lo devuelve ella a mí! —exclama elevando la voz, pero enseguida se domina—. Y hasta puedo entenderla... Mi madre hace también conmigo cosas parecidas... En mala hora me obligó Augusto a casarme con Julia. Y mi madre

estaba encantada... ¡Buena la ha liado, mi madre...! Ahora la licenciosa conducta de mi esposa me humilla y lesiona gravemente mi imagen, por lo que me alejo de Roma... —musita, pensativo, para volver a endurecer la voz—. Porque, claro, no puedo decirle a Augusto que su hija es una perdida, peor que una ramera...

Tiberio hace una larga pausa reflexiva y continúa...

—La conducta desafiante de Julia la reivindica a los ojos de los sectores descontentos con el emperador. ¿Cómo es posible que Augusto no se dé cuenta de esto? Bueno, quizá sí se da cuenta y no le preocupa... Allá él... Pero Julia persigue algo más: hundirme. ¡Julia me odia! ¡Quiere destruirme! Destruirme a fuerza de fornicaciones y desaires, pisotearme como esposo, destrozar mi *castitas*. Por eso me alejo. Es mi modo de señalarla. Además, no quiero oír befas y que me ultraje como *vir*. ¿No ves qué bien estoy aquí solo, en esta isla, ja, ja...? —Tiberio ríe para convencerse de la bondad de su decisión, pero rápidamente vuelve a agriar el gesto—. ¡Cuánto me gustaría denunciarla ante el Senado, que las leyes de Augusto la condenasen! Entonces podría regresar a Roma por la puerta grande. Pero Augusto me odiaría. Lo que yo tanto deseo hacer, ¡solo puede hacerlo él! Mi madre anda acopiando pruebas contra Julia, y en su momento se las filtrará a Augusto... Mientras tanto, debo quedarme aquí.

—Pero ni aquí estás seguro... —murmura Urgídar.

—¿Vas a matarme tú?

—No... —El íbero hace una pausa, suspira y decide nombrar a quien hasta ahora ha protegido—: Julio Antonio me ha utilizado. Ahora lo veo, ahora lo veo...

Tiberio se pone lívido. Sus espías le han informado de la cercanía de Julio Antonio a su esposa, de sus ambiciones, de sus movimientos, de cuáles son sus verdaderas intenciones..., que van más allá de encamarse con Julia esporádicamente. Bastante más allá. Y estalla.

—¡Julio Antonio! ¡Lo sabía! Ese hombre no tiene ningún interés en buscar a tu hijo. ¿Cuánto hace que se lo pediste? ¿Ocho años? ¡No, su interés es otro! Julio Antonio quiere eliminarme para tutelar a los hijos de Julia, Cayo y Lucio, designados por Augusto como sus sucesores.

—¿Cómo podría conseguir eso?

—¡Ocupando mi lugar, claro!

—No lo había pensado...

—Eres un ingenuo... Hace años que Julio Antonio sedujo a mi mujer y alimenta sus fantasías. ¿Por qué? El último hijo de Julia ¿crees que es del gran Marco Agripa? Ja, ja... Póstumo es hijo de Julio Antonio, ¡estoy seguro! ¿Has visto al niño?

—No. Solo sé que nació la misma semana que mi hijo...

—Es el vivo retrato de Julio Antonio... Y yo me alegro de que el bebé que tuvimos Julia y yo muriese recién nacido en Aquileia: me bastó ver su cara para pensar lo que pensé: ¡que también era hijo de Julio Antonio! Tuve mi buena bronca con Julia por eso, y no se preocupó mucho en desmentirme, la muy zorra, para

mortificarme... No volví a cohabitar con ella, la muy... ¡Bah!

—Todos los bebés se parecen...

Urgídar recuerda haber tenido una conversación parecida con Ovidio a propósito de Agripa Póstumo... Urgídar no ha podido evitar pensar en su hijo con Marcia, de piel tan blanca, ojos claros, tan pecoso... El íbero calla y es Tiberio el que retoma la palabra.

—Julio Antonio ha enamorado a Julia, que ve en él al marido ideal y al tutor ideal para sus hijos varones Cayo, Lucio y Póstumo. Y Julio Antonio ve en Julia una ocasión de poder... y de venganza: ¡la sangre de Marco Antonio al frente de la casa de Augusto, ja, ja! Si Julia lograra casarse con Julio Antonio, él dominaría el imperio a través de Cayo, Lucio... ¡o Póstumo!

—Su propio hijo, según dices... Un plan redondo, entiendo.

—Pero su bonito plan tiene un grave inconveniente: ¡Julia está casada conmigo, ja, ja! Julio Antonio ha sido hábil y ha intentado deshacer el matrimonio por las buenas...

—¿Por las buenas?

—Sí. Cuando dejé Roma y me vine a Rhodus, Julio Antonio asesoró a Julia en la redacción de una carta para Augusto. Hace año y medio escribieron esa carta, donde Julia me denostaba como marido ante su padre. Julia me acusaba de abandonarla, como Menelao a Helena, de irme lejos, entre otros argumentos denigrantes... ¡para que Augusto decretase nuestro divorcio!

—¿Cómo lo sabes?

—Mi madre espía la correspondencia de Augusto, por supuesto.

—Pero por lo visto esa carta no sirvió de nada.

—No. Aunque sé que Augusto no me estima..., prefiere no perderme: para él soy un mal menor, una baza segura, no un dudoso aventurero que pasaba por allí... Le da rabia necesitarme, pero me necesita.

—¿Y qué hizo Julio Antonio entonces?

—Primero, provocarme con sus salidas con Julia, por ver si yo hacía alguna tontería que me desacreditara. ¡Eso no sucederá! Y después, actuar por las malas: enviar a sicarios como tú. Y hará más cosas, ¡seguro!

—Quizás acusarte de algo... Lo digo porque Julio Antonio y los antonianos argumentan que te has retirado aquí para preparar un golpe contra Augusto.

Al oír esto, Tiberio se pone en pie. Da dos largas zancadas por el jardín, agitado.

—Eso sí es peligroso. Si logran convencer a Augusto de esa falacia, ¡él mismo enviará a alguien a matarme! Solo mi madre podría evitarlo...

—Pero Augusto no tiene por qué creer eso.

—La mentira es un arma política muy afilada. Con esas falacias puede conseguir que alguien me mate. De eso se trata. Por otra parte, si tú me hubieses asesinado, ¿qué crees que hubiese hecho contigo Julio Antonio a tu regreso a Roma?

—¿Qué?

—Voy a decírtelo: te hubiese denunciado como parte de un complot para matarme primero a mí y luego a Augusto, hubiese exhumado pruebas previamente preparadas y te hubiese matado de un modo estrepitoso, para correr luego a proteger a un Augusto supuestamente débil, pidiendo para ello poderes especiales del Senado y del pueblo. ¡Y encima se hubiese casado con Julia y tutelado a sus hijos! Ya tienes el golpe perfecto.

—Entiendo...

—Tengo un espía en casa de Julio Antonio, uno de sus esclavos. Ha visto cartas cruzadas y croquis sobre este complot. Ahora mismo hay dos personas en Roma esperando noticias de mi muerte para poner en marcha la supuesta defensa de Augusto y del futuro de Roma: mi esposa Julia y Julio Antonio.

—Y yo no podré llevárselas.

—Felizmente. No me has dicho cómo te llamas...

—Urgídar.

—Urgídar... Eso es íbero, ¿verdad? Estuve en Hispania... Fieros guerreros, tus antepasados... ¡Los mejores contra los que he combatido! Prefieren morir a ser derrotados... Urgídar, ¿te gustaría conocer a Augusto? Quiero que le lleves una carta.

Ars amatoria

—¿En qué puedo ayudarte, Julia? —pregunta Porcia, recién llegada a casa de la anfitriona de la cena.

—En nada, querida, mis sirvientes se ocupan de lo necesario. Mientras ultiman la preparación del *triclinium*, salgamos al jardín. ¡Febe, ocúpate de todo! —ordena Julia a su esclava de máxima confianza—. Aún falta gente por llegar, vamos afuera a esperarlos.

El sonido del agua de una fuente, en el centro del jardín, ameniza un espacio con amplios parterres de flores y plantas aromáticas como mirto, espliego y romero. Sobre un pedestal descuella un busto de Julio César, tío bisabuelo de Julia por parte materna, junto a una estatua de Eneas y otra de Venus, sus supuestos ancestros. En otro punto del jardín asoma un busto de César Augusto, padre de la anfitriona. Un elegante peristilo, desde el que se accede a varias estancias de la casa, delimita el perímetro del patio ajardinado.

—¿Ha llegado ya Ovidio? No le veo...

—Todavía no, pero debe de estar a punto. ¡El invitado de honor no puede faltar! Además, ha de traernos las primeras copias de su *Ars amatoria*.

—Lo sé y no pienso en otra cosa, Julia. ¡Qué emoción! Tengo tantas ganas de leer esta obra... Si cuando nos comenta de palabra sus consejos para el amor ya me resultan tan maravillosos, ¡imagínate cómo serán en sus versos!

—Yo también me muero de ganas, Porcia... Ovidio me ha dicho que incluye también consejos para enamorar a los hombres...

—Tú no has necesitado muchos consejos, Julia, ja, ja...

—¡Siempre podemos aprender algo nuevo, Porcia!

—¿Qué tal con Julio Antonio?

—¡Perfecto! Es el mejor discípulo de Ovidio que he conocido. Antes de él, yo creía conocer el placer erótico con otros hombres... ¡Qué equivocada estaba, Porcia!

—¿Sí?

—Con Julio Antonio no necesito nada más en la cama desde hace tres años. ¡Él sabe cómo llevarme al éxtasis, los dos juntos! Y fuera de la cama compartimos también muchas cosas... Nunca había sido tan feliz, vivo el mejor momento de mi vida...

—Y con tu esposo bien lejos, en Rhodus. ¡Qué suerte! Que dure, que dure... ¿Y tu padre sabe algo de lo tuyo? ¿Qué dice?

—Nada. Si sabe algo, mira para otro lado. Es justo que así sea, Porcia. He hecho todo lo que me ha pedido desde los quince años, cuando me casó con Marcelo. Ahora Augusto me deja un poco en paz. ¡Ya era hora, tengo treinta y siete años! Dentro de tres seré vieja... En el fondo, creo que a Augusto también le alivia que Tiberio se haya largado, y se alegra por mí.

—¿Vieja? Julia, ya sabes lo que siempre dice Ovidio: ¡una mujer solo empieza a

ser una amante sobresaliente cuando supera los siete lustros!

—Ja, ja, pues en mi caso creo que acierta, sí, sí...

Parte de la nariz de Cesar Augusto salta por los aires en ese momento, a unos cinco pasos de donde charlan las dos amigas. La nariz de mármol del busto del emperador ha quedado amputada por el seco impacto de una pedrada.

—¡Póstumo! ¡Tú! ¿Se puede saber qué haces, niño? ¡Ven aquí!

—Había una lagartija en la nariz...

—¡Ven! Y tú también, Marco.

Dos niños de apenas diez años se acercan a las mujeres desde el otro extremo del jardín. Uno es el hijo menor de Julia, Póstumo Agripa. Una honda baleárica elaborada con fibra de pita pende de su mano derecha. Se la ha confeccionado Cecilio, hondero de Pollentia, que sirvió como auxiliar de las tropas romanas y hoy es esclavo en casa de Julia. Cecilio ha adiestrado al pequeño Póstumo a lanzar piedras con honda, y el niño demuestra una notable puntería. Póstumo es un rapaz trapacero y difícil de gobernar, de piel morena y brillante pelo negro, ensortijado.

A su lado, medio paso atrás, camina Marco, un niño de la misma edad y esclavo de Póstumo desde que nació. Marco es más pausado, de piel blanca y ojos claros, cabello lacio y castaño, y sostiene un paño de tela en el que guarda seis o siete piedras del tamaño de una ciruela. Las que dispara Póstumo con su honda.

—Póstumo, quiero que esta tarde os portéis muy bien, ¿entendido? Vendrán a cenar unos amigos míos muy importantes.

—Vaaaaale, mamá —contesta Póstumo.

—Sí, *domina* —responde Marco.

—Mira que ahora me tocará reparar la nariz de tu abuelo, que no le gustará verse así... ¡Prohibido romper nada más!, ¿de acuerdo?

—Síiiii...

—¡Póstumo! —Alguien pronuncia en ese momento el nombre del rapaz.

—¡Tío, hola!

Tras las columnas del peristilo resuena una voz masculina, bien timbrada y poderosa, la de un hombre de cuarenta y tres años, atlético, de tez bronceada, cabello negro y mirada brillante: es Julio Antonio. El pequeño Póstumo corre a sus brazos, y el hombre levanta al niño en volandas con sus férreos brazos, antes de depositarlo de nuevo en el suelo. Parecen padre e hijo... Con el movimiento, tintinea la *bula* que el niño lleva colgada al cuello, una bola de metal hueca que contiene un talismán protector. Julio Antonio le entrega un regalo: un ratón embridado a una cuadriga en miniatura. Póstumo aplaude, toma el ratón y comienza a rascarle la barriga sin miramientos. Marco, el niño esclavo, mira el regalo boquiabierto. Julio Antonio le sorprende con el mismo obsequio que acaba de hacerle a Póstumo.

—Toma, Marco, para que los pongáis a hacer carreras, ¡como en el Circo Máximo, ja, ja...! Ahora probad en el atrio, que el piso está más liso.

Marco agradece a Julio Antonio el regalo con una ceremoniosa reverencia.

Precisamente fue Julio Antonio quien le dio este nombre cuando el niño llegó a la casa como esclavo de Marco Vipsanio Agripa Póstumo, siendo ambos recién nacidos, pues la costumbre dicta que el esclavo porte el *praenomen* del amo: Marco. Los dos muchachos, alborozados, salen corriendo con sus regalos.

—¡Hay que ver qué bien educado tienes a este esclavito, Julia! —ríe Julio Antonio, y saluda a las dos mujeres—. ¡Hola, Porcia!

—Bueno, Póstumo y Marco tienen muy buenos preceptores griegos en gramática latina y griega, retórica, dialéctica, matemática, astronomía, geometría, gimnasia, lucha... —explica Julia—. Pero me parece que Augusto tiene razón en lo que dice a veces: le aprovecha más a Marco que a Póstumo, que es un bicho, ja, ja...

—¿Y tus hijas, Julia?

—Agripina está por aquí detrás con sus muñecas. A sus doce años sigue entreteniéndose con ellas: ¡tiene instinto maternal, esta niña! Será mejor esposa y madre que yo, eso seguro...

—¡Tú tienes todo lo que hay que tener, querida! —le dice Julio Antonio, imitando la reverencia del pequeño Marco, entre risas—. ¿Y la pequeña Julia, por dónde anda?

—Espero que sacando partido de sus espléndidos diecisiete años y del marido que le ha buscado Augusto, Lucio Emilio Paulo: confío en que le agrade más él que su enorme fortuna... Me han pedido venir a cenar esta noche, quieren escuchar a Ovidio...

—¡Bien hecho! ¿No ha llegado todavía nuestro poeta?

—Hablando del rey de Roma... ¡por allí asoma! —anuncia Porcia.

Ovidio entra con paso largo y alegre por el fondo del patio, y casi sin detenerse se inclina a oler una lavanda, aspira con profundidad su aroma, y después acaricia con las yemas de los dedos una mata de salvia, sin dejar de mirar a sus amigos. Estrena toga nueva, con unos ribetes de color vino, y transporta bajo el brazo una flexible bolsa de cuero por cuya boca asoman media docena de rollos de papiro.

La sonrisa amplia se convierte en risa franca al llegar ante Julia, Porcia y Julio Antonio, a los que abraza y besa.

—¡Qué gran día para mí! Acabo de recoger del copista las seis primeras copias de mi *Ars amatoria*. ¡Aquí están!

—¡Enhorabuena, Ovidio! Todo Roma sabrá ahora cómo disfrutar de la vida —aplaude Porcia.

—¿Habrá una copia para mí? —pregunta Julia.

—La primera, Julia. ¡Tómala! Ya sabes lo mucho que me has inspirado. Con tu permiso, Julio Antonio...

Ovidio entrega un rollo de su *Ars amatoria* a Julia, la hija del emperador Augusto, y otro a Porcia.

—Yo compartiré encantado la copia de Julia, estimado Ovidio —dice Julio Antonio, sonriente, mirando a Julia.

—Así debe ser —bendice Ovidio.

—Y el próximo día en que nos veamos te comentaremos juntos nuestras primeras impresiones, ja, ja... —ríe Julia con picardía.

—¡Qué privilegio, ser los primeros en poder leer *Ars amatoria*! Tengo amigas y amigos que me van a envidiar mucho. ¡No hablan de otra cosa! —tercia Porcia.

—La verdad es que ha habido tantas demandas —explica Ovidio—, que el copista ha decidido retrasar un poco el día de ponerlos a la venta. Pero yo también estoy impaciente, y además de llevarme estos seis para regalaros, le he dicho que no espere más de tres días. Tres días, y a la calle.

—Augusto ofrece nuevos templos a Roma; los de Ovidio, en cambio, son más sutiles y duraderos que el mármol —elogia Julio Antonio.

—Ahí llegan los demás, ¡hora de cenar! —anuncia Julia—. Ah, y con ellos veo a Fabia, tu esposa, Ovidio... Estupendo, pues, ¡vamos allá, pasemos al *triclinium*!

La cena es para un grupo reducido, una docena de invitados, seis hombres y seis mujeres, emparejados. Ovidio ha traído un rollo de su obra para cada pareja. Y Julia ha encargado una cena especial, copiosa, para celebrar a su admirado invitado y mentor, el poeta Publio Ovidio Nasón, por la gozosa publicación de su *Ars amatoria*, que concluye así:

Cantad mi alabanza, jóvenes, y todo aquel que gracias a mi espada haya vencido a una amazona, grabe en su trofeo esta frase: «Nasón era mi maestro».

A sus cuarenta y un años de edad, Ovidio siente que ha llegado a la cúspide de su carrera poética, como soñó siendo niño en su villa natal de Sulmo.

Julia ha encargado el menú a Marco Gavio Apicio, un joven de veintitrés años que despunta como original cocinero para algunas buenas familias de Roma: caracoles a la cazuela, avestruz estofado a la mostaza..., ¡y una originalidad!, un hígado de oca muy graso, obtenido por Apicio cebando al animal a base de higos secos. Nunca antes nadie había preparado para una mesa este órgano de tan curiosa manera... Las opiniones sobre dicha exquisitez se dividen entre los comensales... Y, de postres, hay dátiles caramelizados, dulce de membrillo y pasteles de miel.

Durante los postres, Julia la Menor, hija de Julia, de rozagantes diecisiete años, temperamento inquieto y curioso, lanza una pregunta muy directa a Ovidio:

—Te ruego que destaques uno de entre todos los pasajes de tu *Ars amatoria*, maestro. Y me gustaría leerlo y comentarlo juntos esta noche, si te parece.

—¡Por supuesto! Te diré lo mismo que tantas veces le he dicho a mi discípulo Urgídar, perdón, Aulo Frontis Galeria, lo mismo que los dos venimos comentando desde hace diez años... Por cierto, Julio Antonio, Urgídar me pidió permiso para trabajar durante unos días para ti, y se lo concedí. ¿Todo bien?

—Sí, bien, no está aquí por un viaje, pero todo bien, todo bien —responde Julio Antonio con celeridad, como queriendo desviar la atención de esta cuestión—. ¿Y

cuál es ese pasaje tan capital para Urgídar y para ti, Ovidio?

—En el Libro II hay este verso: «*Cum pariter victi femina virque iacent*», que resume el acto final de mi filosofía amorosa. «Cuando a la vez mujer y hombre caen vencidos...» ¡Sí, así debe finalizar toda batalla en la cama!

—Explícalo mejor —insiste Julia la Menor.

—No hay placer completo si no es compartido por mujer y hombre. La naturaleza favorece la fecundación, y ha dispuesto que el hombre llegue a su orgasmo antes que la mujer al suyo. Bien, pues el buen amante debe dominar la naturaleza: ha de retrasar su placer hasta excitar y desencadenar el de la mujer.

—¿Podría escuchar esos versos en tu voz, por favor? —ruega Lucio Emilio Paulo, el joven marido de Julia la Menor.

—De acuerdo, Paulo. La pareja de amantes está ya en el lecho:

Los dedos conocen su cometido en los rincones en que Amor, secretamente, temple sus dardos. Hazme caso, el placer de Venus no debe despertarse precipitadamente: pide un estímulo gradual, paulatino, sin prisa. Y cuando halles el lugar donde a ella más le placen las caricias, ¡que el pudor no te impida insistir! Verás el fulgor intermitente de sus ojos luminosos como el sol refleja su brillo en el agua transparente. Ventrán protestas, un adorable murmullo, dulces gemidos..., ¡y, ahora, atento!: ni te adelantes a tu amante ni permitas que ella te preceda. Llegad juntos a la meta. ¡Solo así el placer es completo: cuando mujer y hombre sucumben a la vez!

—Lo dices en otro pasaje, acabo de verlo —apunta Julia, recostada junto a Julio Antonio, su amante, y desenrollando su volumen:

Al auténtico placer deben llegar hombre y mujer a la vez. ¡A mí no me vale el acto en que no pierden el mundo de vista los dos! Por eso el sexo con un chico no me convence.

—Es cierto, prefiero siempre a una mujer —confirma Ovidio.

—¡Pero no a todas! —sigue Julia.

—¿Por qué lo dices?

—Escribes en otro pasaje: «No me sirve la que se entrega porque no le queda más remedio y muestra la misma lubricidad que si hilase. El placer dado sin ganas no me apecece. ¡Una chica no debe acostarse conmigo por obligación!». Pues así ha sido en el matrimonio casi siempre... —suspira Julia.

—Basta de eso. El matrimonio puede cambiar. Yo quiero una amante entregada, y si además se convierte en mi esposa, ¡loados sean los dioses! —Ovidio mira a Fabia, su esposa desde hace seis años, con una sonrisa de complicidad—. Lograr esto es muy difícil si te obligan a casarte por ley...

—Todo llegará, espero —murmura Julia, mirando a Julio Antonio y compartiendo un guiño de inteligencia íntima.

—Para aclarar lo que quiero —concluye Ovidio—, añadido:

Me complazco en sentir sus gemidos, su arrobo, y que me pida que refrene un poco mi pasión, que

me retenga. Quiero ver a la amante extasiada y esos ojitos suyos que ya no resisten más, que se deje ir, y que luego por un rato rechace mis avances...

Estallan algunos aplausos espontáneos entre los comensales: todas las mujeres aplauden y jalean aprobatoriamente las palabras del poeta Ovidio, desinhibidas por el vino y la atmósfera de franqueza. Pero no todos los hombres aplauden. Lucio Emilio Paulo, esposo de Julia la Menor, es de los que no se alborozan, y explica por qué:

—Lo que planteas solo traerá conflictos, Ovidio. ¡El *vir* romano jamás ha tenido por qué ocuparse del placer de la mujer! Y todo iba bien. ¡Todo iba bien! ¿Ahora resulta que el hombre debe ocuparse del placer femenino? ¡Anda ya! Hasta ahora fornicabas con la esposa para engendrar hijos, fornicabas con esclavas por gusto, fornicabas con prostitutas por diversión, fornicabas con amigas por placer... ¡Y todo iba bien! Pero ahora...

—¿Qué?

—Ahora nos dices que no sirven las prostitutas porque lo hacen por obligación. Y sugieres que repudiamos a la esposa que no fornicque con lubricidad, y... ¡Vaya lío, vaya caos...! Porque ahora viene lo peor de todo...

—¿Qué es lo peor? —pregunta Ovidio, muy interesado.

—¡Que ahora las mujeres querrán ese placer al que tú cantas y que quieres extender como una moda, poeta! ¿Y ahora el hombre tendrá que estar pendiente del orgasmo de la mujer, preguntarle a la mujer? ¡Qué mariconada! Eso no es de hombres, Ovidio. El hombre perderá su hombría, será el mundo al revés... El hombre romano dejará de serlo, ¡y Roma se extinguirá!

Paulo se envalentona, se le caldea la sangre al perorar y muestra el rostro enrojecido, mientras su esposa, Julia la Menor, lo observa con cierta distancia, como reconociendo en su marido algo que todavía no había advertido. Paulo toma aire y sigue:

—Cada fornicación, un orgasmo... ¡Ja, la que se nos viene encima, amigos! La esposa reclamará su placer al esposo. Y la amiga al amigo, y la amante a su conquistador. ¿Qué gracia tendrá ahora fornicar? Será como ir a trabajar. Como ir a la mina..., para que al final de la jornada el jefe te diga que lo has hecho mal y no te pague. Y algo peor: las mujeres decidirán compararnos a unos con otros, y nos obligarán a enzarzarnos en una guerra sin cuartel, a competir por su aprobación. ¿Qué vida es esta? ¿Qué vida nos propones? La del soldado es más descansada, desde luego. Tú, Ovidio, con tus poemas, has entregado a las mujeres la vara de mando. ¡Qué desastre! Eres odioso. ¿Desde cuándo el hombre ha venido al mundo para procurar orgasmos a la mujer, Ovidio? ¿De dónde has sacado esa idea grotesca y pernicioso? ¡A nadie se le había ocurrido... y tienes que llegar tú ahora con tamaña barbaridad! ¿Qué perfidia, que desvarío te corroe? ¿Tan retorcido eres? ¿Tu madre te tiró a los perros? ¿Estás bien de la cabeza, o qué te falla? ¿Tanto, tanto te aburre vivir?

Detrás de las cortinas del *triclinium*, la niña Agripina y los niños Póstumo y Marco han acudido al oír las voces que emergen de la cena de los amigos de su madre.

Agripina y Póstumo no saben que pocos días después habrá otros gritos en la casa, y serán los de su madre.

Llegarán unos guardias y se la llevarán. Para siempre.

Nunca más volverán a verla.

Cartas en el Palatino

Urgídar tiene la tez tan tostada como en los días en que correteaba con sus amigos por los sembrados de Lesera, siendo mozalbete. Pero ahora está bronceado por el sol de la isla de Rhodus, en el otro extremo del Mare Nostrum, el sol y el aire salobre de varios días de navegación. Con la piel curtida y dos cartas escondidas en la toga, el íbero no ha dado rodeos. Recién llegado a Roma con el alba, se ha dirigido al monte Palatino, porque sabe que es un buen momento para pedir audiencia en la Domus Augustea: después de desayunar y de la *salutatio*, el *princeps* dedica todos los días sin excepción un buen rato de la mañana a recibir a quienes acuden a él.

Mientras espera su ocasión de ser recibido, Urgídar recuerda la preocupación de Tiberio en Rhodus, días atrás, no tanto ante el hecho de que una conspiración antoniana haya intentado asesinarle —enviándolo a él—, sino ante la posibilidad de que la conspiración sea más sibilina y consiga persuadir a los amigos y cortesanos de Augusto de que Tiberio trama un golpe contra el *princeps*, su padrastro, de tal modo que acabe siendo el propio Augusto quien ordene su muerte, ¡o algún espontáneo para hacer méritos!, y que ni Livia pueda evitarlo. Por eso, en el momento en que Tiberio cayó en la cuenta de este acuciante peligro —gracias a las confidencias de Urgídar sobre las intrigas de Julio Antonio—, en el momento en que vislumbró la posibilidad de una difamación mortal contra él, una difamación letal de la que no podrá defenderse a causa de la distancia, se mostró muy agitado. Se levantó, tomó papiro, cálamo y tinta y escribió con precipitada angustia esta carta autoexculpatoria que ahora Urgídar palpa bajo su túnica. Para los ojos de Augusto, claro. La segunda carta que escribió es para su madre, para Livia, y contiene un regalo muy valioso para Urgídar. «Le menciono tu caso, íbero. Nadie da un paso en Roma sin que Livia lo sepa: si en algún sitio hay alguien que sepa algo de tu hijo..., pronto ella también lo sabrá», le aseguró Tiberio.

Esa cara... Esa cara la ha visto Urgídar antes. Pero ¿dónde? ¿En la oficina de Ovidio? No. ¿En las clases de Marco Porcio Latrón? ¿En alguna fiesta de Julia? No, no... ¿En el mercado? ¿En el circo? No... ¿Quizás en el *termopolion* que hay junto al foro, donde suele ir a comprar garbanzos calientes para el tentempié del mediodía, porque ese tiene fama de cocer las mejores legumbres de Roma?

Urgídar atraviesa un atrio de la Domus Augustea, guiado por un sirviente. Lo acompaña a la estancia donde debe esperar a ser recibido por el *princeps* y a la que le han hecho pasar cuando ha mostrado el sello de Tiberio en la carta. Al atravesar el atrio, se cruza con Turenio, enviado por Livia desde el palacio contiguo, residencia de la esposa de Augusto, con un encargo doméstico para su esposo. A Urgídar le suena esa cara... ¿Dónde la ha visto antes...?

Al ver cruzar la mirada del íbero, Turenio da un respingo de sorpresa, el mismo gesto sobresaltado de aquel amanecer de hace diez años en la esquina de la casa de

Numerio, cuando Urgídar lo sorprendió al salir de su *domus* para dirigirse al foro... Turenio recuerda perfectamente al que fue marido de Marcia, por lo que cree haber sido reconocido por él, y por eso la saluda en un acto reflejo del que enseguida se arrepiente.

—Salve.

—Salve... —responde Urgídar, que se detiene—. ¿Nos conocemos?

—Uhhh, quizá sí. ¿Puedo ayudarte? —pregunta Turenio.

—Me acompañan a una audiencia con Augusto...

—Ah, pues estaré encantado de guiarte yo, si me lo permites —propone Turenio, intrigado, disimulando su perplejidad ante una cita entre el íbero y el emperador. Perplejidad que enseguida se convierte en inquietud: ¿y si el íbero ha sabido algo del paradero del niño? Turenio mira al sirviente y lo despide—. Ya me encargo yo, gracias. Así te devolveré un favor. Me llamo Turenio.

—Yo Urgídar. ¿Qué favor? —pregunta el íbero mientras el sirviente se marcha.

—Una mañana me perdí por tu barrio y me acompañaste al foro.

—Puede ser...

—Trabajo en palacio. Puedo ayudarte a preparar la audiencia con el *princeps*, aconsejarte...

—Debo entregarle una carta. Y traigo otra para Livia Drusila, de parte de su hijo.

—¿Tiberio?!

—Sí.

—¿Desde Rhodus?

—Sí.

—¿También es de Tiberio la primera carta?

—Sí.

—Es muy importante que hablemos un momento...

Turenio ruega a Urgídar que lo acompañe al palacio contiguo y le pide que entregue primero la carta para Livia. Él se resiste, porque ya ha conseguido audiencia con Augusto y no quiere perderla, pero Turenio insiste. Sabe que Livia querrá leer antes que Augusto la carta que su hijo remite al *princeps*... o al menos intentar averiguar de qué trata. Pero está seguro de que, de un modo u otro, Livia conseguirá que este íbero bobo entregue el mensaje... Y sabe que la dama le estará eternamente agradecida por haber desviado la misiva hacia ella.

Turenio sabe lo poco que confía Livia en su hijo para tomar decisiones eficaces de cara a su futuro político... Como la última, de hace tres años: eso de largarse a Rhodus, eso de dejar plantados a todos los que confiaban en él como sucesor... Y, encima, desairar al emperador comportándose como un filósofo pitagórico o como un gimnosofista, uno de esos sabios desnudos de la India... ¡Qué deslealtad, que deserción, qué decepción! Por eso Turenio insiste a Urgídar, meloso primero, más seco después.

El hispano capta el desmedido interés de ese hombre y desconfía. Se niega a

acompañarlo al palacio de Livia, no ve la necesidad de alterar el orden de las citas, y propone a Turenio que lo recoja después de hablar con Augusto. El hombre, alterado, adopta un tono imperativo. Pese a ello, Urgídar se mantiene firme y alza también la voz. Ante el conato de escándalo, que desbarataría su propósito, Turenio cambia drásticamente de estrategia. El liberto acerca su cara a la de Urgídar hasta casi tocarla, aprieta los labios y empuja entre los dientes el sibilante aire de sus palabras.

—Íbero, oye bien esto, ¿escuchas?: el hijo que te robaron al nacer está vivo. Tiene diez años. Y solo yo sé dónde está, solo yo.

Urgídar está ante Livia, en pie, rígido como una estatua, como si le hubiesen extraído toda la sangre del cuerpo. Siente un intenso hormigueo en pies y manos, casi no nota entre los dedos las cartas que porta.

No se ha recuperado del mazazo de las palabras de Turenio. Ha entendido todo lo que necesita entender: que este liberto sabe lo que él quiere saber desde hace diez años. Ha viajado a Rhodus, ha intentado asesinar al hijastro del emperador, a Tiberio, para poder saber lo que ahora este liberto afirma saber. Y es evidente que lo sabe, por alguna razón. Pero ¿cómo? Este Turenio sabe que tuvo un hijo hace diez años, sabe que alguien se lo robó siendo bebé, sabe que está vivo... ¡y sabe dónde está! ¿Cómo es posible? Sea como sea, está al corriente de todo. Urgídar mataría por tener esta información, ¡mataría!, y por eso ha arrugado la túnica de Turenio, apretándosela con los dos puños contra el pecho. El liberto ha detenido su avance, advirtiéndole que no le contará nada a menos que le acompañe a ver a Livia.

—Y si te pide la carta para Augusto, se la das, ¿entendido?

Urgídar ha soltado la túnica de Turenio, ha asentido, ha aceptado el trato y ha seguido al liberto hasta las estancias de Livia. Turenio le ha hecho esperar en una sala contigua, mientras preparaba el encuentro con Livia. Luego ha vuelto en su busca, y justo antes de entrar en la estancia de Livia, le ha hecho esta última advertencia al oído:

—Si ante Livia mencionas lo de tu hijo, negaré saber de qué hablas, ¡y olvídate para siempre de que te cuente nada!

Urgídar asiente, demasiado trastornado para reaccionar y para advertir al liberto de que Tiberio, en la carta que dirige a su madre, menciona el caso del bebé robado a la joven Marcia, hija de Numerio, diez años atrás. Demasiado tarde para decir nada, pues ya se encuentran Turenio y Urgídar ante Livia, la santa, la mujer que su amigo Ovidio insiste en comparar con la terrible Medea.

Livia está sentada en una silla modesta ante una rueca, hilando. Le gusta dejarse ver en tan ejemplar actividad, para que cualquiera pueda confirmar luego en las calles la leyenda de que ella misma teje con sus propias manos las túnicas que viste César Augusto. Livia se hace pasar por una modélica y humilde matrona, modesta y obediente servidora de su imperial esposo. Lo cierto es que son sus sirvientas las tejedoras de esas túnicas, mientras ella gestiona su inmensa fortuna particular, sus

ingentes propiedades: a sus cincuenta y siete años, Livia es la mujer más rica del mundo, propietaria a título personal de granjas, ganados, tierras y minas en todos los rincones del imperio. Son propiedades bien camufladas para evitar envidias e invectivas de eventuales enemigos dispuestos a esgrimir su riqueza para indisponerla con parte del Senado y con el pueblo.

A Urgídar le estremece la mirada fría de las pupilas de color violeta de Livia, y su boca pequeña, contraída. Ella lo interroga sobre el aspecto físico de Tiberio en Rhodus, como cualquier madre preguntaría acerca de su hijo, y quiere saber qué come y qué bebe, cómo viste, cómo vive, qué compañías frecuenta. Livia tuerce el gesto al saber que Tiberio recibe visitas frecuentes de simpatizantes.

—Turenio, recuérdame que aconseje a mi hijo sobre esta cuestión en mi próxima carta... ¿No se da cuenta de que no debe hablar con tanta gente? ¡Eso solo puede perjudicarlo! Alguien podría decir que está conspirando contra el emperador... ¿Y no es así, verdad, joven? ¡Si mi hijo ha querido vivir como un pastor, que lo haga de verdad y que hable solo con las cabras! Y bien, joven, ¿qué cartas son estas que me traes?

Urgídar se asombra de que Livia, antes de leer el mensaje de Tiberio a Augusto, anticipe su contenido y aluda a la existencia de una conjura para inculparle de urdir una revuelta y un golpe contra el emperador. ¿O es que acaso esa mujer tiene ya algún indicio de la conjura antoniana? Urgídar le tiende primero la carta dirigida a Augusto.

—*Domina*, Tiberio me insistió en que era muy, muy importante para Roma que el emperador leyese esta misiva.

—Y así será, hijo, pierde cuidado. Muchas gracias por tu celo en traerla salva hasta aquí. Turenio te recompensará. ¿Y la otra?

—Es la carta íntima de un hijo para una madre, para que la lea recogida en su lecho, antes de dormir. ¡Eso me dijo tu hijo, *domina*!

Urgídar intenta así que Livia no la lea delante de Turenio, para evitar que el liberto cumpla su amenaza de callar para siempre... Livia deposita la carta personal sobre el lecho en el que está sentada y abre la que está destinada a Augusto. Durante unos instantes, el silencio solo se quiebra por el sonido de los dedos de Livia sobre el papiro, mientras lee.

—Turenio, corre ahora mismo a ver al *princeps*, dile que es fundamental que cenemos juntos esta noche, en mis aposentos. Que se trata de una cuestión de suma importancia. Da orden de que los sirvientes lo preparen todo y después vuelve a recoger a nuestro joven emisario. Entretanto, charlaremos un poco...

Turenio parte a toda prisa. Livia, sin mirar a su visitante, se pone a hilar, en silencio. Urgídar, en pie, calla.

—¿Estás casado, hijo?

—Sí.

—Bien. ¿Tienes hijos?

—Sí. Uno.

—Bien. ¿Por qué no más?

—Mi mujer no puede —miente Urgídar, para no hablar más de la cuenta.

—Id a la colina Velia, id a la piedra del dios Motuno Tutuno, que tu esposa se frote en ella y será fecunda. ¿No sabes eso? Hacedlo. Y si tú necesitas potencia viril, tengo un brebaje para despertar tu pasión. ¿Quieres?

—Gracias, no será necesario.

—Eso tengo entendido, joven íbero.

Al decir esto, Livia levanta la mirada de la rueca por primera vez y clava sus ojos fríos en los de Urgídar. Se oyen los pasos de Turenio acercándose a la puerta de la estancia. Y antes de que la abra, Livia baja la voz y, sin dejar de mirar a Urgídar, glacial, le susurra:

—Dile a tu amigo Ovidio que ha hecho bien en casarse. Y que no todo lo que escribe un poeta es inmortal.

¿Qué ha querido decirle Livia? Urgídar lo ignora, solo sabe que le ha sonado más a amenaza que a advertencia. Le duele la cabeza, le laten las sienas. La tensión ante Livia, con el liberto detrás de él... Turenio... Ha seguido todas las indicaciones del secretario de Livia, así que ahora es el momento de que le cuente todo lo que sabe sobre su hijo...

Urgídar lo interroga, pero Turenio aduce que las paredes del palacio lo oyen todo, que no es el momento, que acepte unas monedas, que ya le contará, que no arme escándalo, que afloje el tono, que baje la voz, que vendrán los guardias y lo expulsarán de allí como a un sucio perro, que de acuerdo, de acuerdo, que se calme, que se presente esa misma noche en su lupanar de la Subura...

Esa noche, en el lupanar de la Subura, Turenio se hace acompañar del siniestro *leno*..., y los dos se burlan abiertamente de Urgídar, de su ingenuidad por haberle creído en el palacio: el liberto le asegura que nada puede contarle de su hijo, que nada sabe, que se olvide, le invita a disfrutar de una de sus rameras, la que quiera, y el *leno* le recuerda que ya estuvo una vez aquí con Hermenio.

Urgídar no cree a Turenio: la precisión de los detalles que le ha avanzado delatan que sabe dónde está su hijo; es imposible improvisar esa historia. El liberto vuelve a burlarse de él y le explica que la historia se la ha contado Hermenio, que no sabe más. Turenio teme que si Urgídar descubre la verdad organice una bronca, y que Livia lo mate por haberla desobedecido y no haber eliminado al bebé hace diez años...

¡Toda la furia de Livia sobre él, no quiere ni imaginarlo...!

No, no puede confesar a Urgídar que su hijo se llama Marco y que tiene casi diez años, no puede contarle que lo ha criado la nodriza Herenia en casa de Julia, no puede decirle que es hermano de leche de Póstumo, su esclavo y compañero de juegos...

Menos aún puede confiarle que él mismo, Turenio, fue quien regaló el bebé a

Julia como esclavo para Póstumo, después de que el *leno* se lo robara a Marcia (y nunca le preguntó qué había hecho con ella, si la había violado o matado o ambas cosas), y mucho menos todavía que César Augusto, cuando juega con Póstumo, su nieto menor, y acaricia su cabello y luego el de su esclavo Marco, ¡está acariciando a un hijo suyo...!

No, nada de todo esto puede revelárselo a Urgídar, porque desencadenaría una tragedia de sangre y veneno ordenada por Livia... Esto es algo que solo sabe él y nadie más, ni el *leno* sabe dónde está el niño. Lo único que hace Turenio es reírse de Urgídar para desmoralizarlo, convencerlo de que no le contará nada, y que se olvide del asunto. A su lado, el hirsuto *leno* también se ríe, y de pronto, bronco, dice algo que desconcierta y espanta a Turenio:

—Amo, dile a este íbero que agradezca que no violara a su mujer antes de matarla y quitarle el niño.

Demasiado tarde se espanta Turenio, porque Urgídar extrae de la toga su daga, la misma con la que quiso matar a Tiberio, saca su hoja íbera con más velocidad de la que puede seguir la vista, y la hunde en el vientre del *leno*.

El hombre se desangra sobre la mesa de Turenio con dos cuchilladas en el vientre por las que se le desparraman parte de los malolientes intestinos. Urgídar salta por encima del cuerpo del moribundo y derriba a Turenio, le atenaza la cabeza con un brazo y acerca su daga al ojo derecho del liberto. Él le pide que se detenga, le dice que se lo contará todo, y Urgídar le grita «empieza» mientras le vacía el ojo, hurgando con fuerza bajo la ceja. Turenio grita, grita, grita nombres muy rápido y muy fuerte:

—¡Julia, Julia, Julia...! Allí... Se llama Marco.

Y, antes de ver morir a Turenio, Urgídar consigue que le cuente algo más.

Algo muy desconcertante.

Augusto actúa

Augusto y Livia cenan juntos: puerros y una cazuela de pescado. Livia sabe lo que tiene que hacer esta noche. Primero, servir un poco más de vino a su esposo... Después, recuperar a su hijo Tiberio para el futuro de Roma.

—¿Un poco más de vino, Augusto?

La lectura de la carta de Tiberio al emperador, traída por Urgídar desde Rhodus, ha preocupado a Livia. Tiberio está asustado, teme una conspiración antoniana que procure difamarlo y comprometerlo ante Augusto. En la carta, el hijo de Livia ruega al *princeps* que no crea a quienes insinúen que está preparando un atentado contra el emperador, que eso es falso. «*Excusatio non petita, accusatio manifesta*», piensa Livia, que se guarda la carta y resuelve ocuparse ella misma del destino de su hijo. Una cena con Augusto. Una cena para lograr que Tiberio vuelva de Rhodus.

¡Es hora de que su hijo regrese a Roma! Augusto tiene ya casi sesenta y dos años y no vivirá para siempre... ¡En estos momentos a Tiberio le conviene estar lo más cerca posible del anciano emperador!, piensa Livia. Sus espías le cuentan que ciertos cenáculos de Roma están fraguando conspiraciones antitiberianas, huele que hay pretendientes en la sombra afilando armas, felices de la ausencia de Tiberio...

—¿Pido los postres, Augusto?

Tiberio lleva tres años autoexiliado en Rhodus: eso lo ha dignificado como persona íntegra a ojos de muchos romanos... Tiene cuarenta años, méritos, experiencia... Pero otros intentan apartarlo de la sucesión. Y Livia sabe quiénes son: los antonianos de siempre. Sí, Tiberio debe volver... pero Livia ve un enorme obstáculo: ¡Julia!

Roma entera comenta la conducta de Julia, la esposa de Tiberio, convertida en un nuevo modelo de mujer romana: la que escapa del control del padre y del marido. Julia lleva una vida atrevida y adúltera desde hace ocho años, es sabido. Humilla a su esposo... Tiberio no puede volver en estas condiciones, Livia lo sabe. Y si esta desagradable situación se prolongase demasiado, César Augusto podría fallecer... ¿y qué probabilidades de sucesión tendría entonces Tiberio, tan apartado? Tiene que volver ya..., pero para ello es imprescindible apartar antes a Julia de la vida pública. Y ese es el objetivo de Livia.

—Y dime, ¿qué era eso tan importante? —pregunta el emperador.

—¡Roma, Augusto!

—¡Eso es siempre lo más importante, esposa mía, estoy de acuerdo! Y ya sabes que lo tengo todo en orden: mi nieto mayor, Cayo César, es mi tranquilidad con sus espléndidos dieciocho años. Y además tengo a su hermano Lucio, que ya ha cumplido los quince...

—Me alegra que veas encauzado el futuro del imperio. Y la experiencia ya la ganarán, ¿verdad?

—Si tu hijo no se hubiese largado a Rhodus, podría haber colaborado en formar a

Cayo, ¿no crees?

—Todos necesitamos respirar un poco de vez en cuando, esposo... Pero una migaja de afecto tuyo le hará volver...

—No quiero hablar de Tiberio, Livia. Que se quede en su isla, ¡no me hace falta! Prefiero hablar de Cayo. ¿Sabes que incluso el poeta Ovidio escribe maravillas de él?

—Ya sé que dedica a Cayo un poema, sí..., dentro de esa obra asquerosa que publica ahora, ese libracó repulsivo que llama *Ars amatoria*.

—¡Ovidio ensalza a Cayo como «el más hermoso de los seres»! Y describe un futuro desfile triunfal suyo, «resplandeciente de oro, en carro tirado por cuatro corceles níveos». ¡Ya era hora de que Ovidio escribiese algo edificante! Muerto Virgilio, Roma necesita alguien que la glorifique...

—Pues no será ese deslenguado: es un frívolo, ¡no te fíes, Augusto! Lo suyo es mero oportunismo: con ese poema a Cayo solo pretende protegerse, hacerse perdonar su repugnante *Ars amatoria*. ¿Pretende reparar con un solo poemita todo el mal causado? ¿O no recuerdas ya *Amores*, Augusto? Seguro que sí, sus sucias insinuaciones sobre Terencia y tú... ¿Y su *Medea*, nefanda? Y ahora este espanto, esta inmundicia del *Ars amatoria*...

—Lo sé, lo sé... Por supuesto, me disgustan esos consejos para conquistar a las mujeres, consejos a los maridos para engañar a sus esposas, consejos a las mujeres para ser infieles, ¡consejos a los hombres para dar placer a sus amantes en la cama...! ¿Qué obsesión es esta, por Júpiter Máximo?

—Tú, Augusto, decretas leyes contra el adulterio y en favor del matrimonio..., y Ovidio las desacredita sin legiones, solo con poemas. ¡Es tu peor enemigo! Su amor carcome tu Roma.

—¿Amor contra Roma? Pensaré en ello...

—Y esa tragedia odiosa, *Medea*... ¡Atenta contra tu orden!

—¿Por qué lo dices?

—¡Es un libelo camuflado, odioso! ¡Contra mí! Con su *Medea*, el difamador Ovidio ¡quiere que la gente me vea a mí! Y que me vea como hechicera, como envenenadora, como infanticida... ¿Y en qué lugar te deja eso a ti, Augusto? «¿Con qué clase de mujer convive el *princeps*?», se preguntará la gente. Y eso mina tu autoridad..., algo sumamente peligroso si un día hay algún descontento callejero.

—Te agradezco que me lo hagas notar, Livia... ¿Era esto de lo que querías hablarme, de Ovidio?

—Más bien de sus compañías: los Graco, los Sulpiciano, todos esos refinados herederos de nuestras mejores familias, todos ellos tan buenos amigos de nuestra amada Julia...

—Sí, ya sé que son unos festeros y que mi hija se lo pasa bien con ellos. Qué vamos a hacerle... Culpa de Tiberio, que no ha sabido controlar a su mujer... Eso era trabajo suyo.

—Julia, antes que cualquier otra cosa, es hija del emperador, y así la ve la gente...

—Muy bien, pues: los padres me siguen a mí, los hijos siguen a Julia... y los nietos seguirán a Julia la Menor. ¿Has visto qué hermosos diecisiete años exhibe? ¡Es la viva imagen de su madre! Ya la he casado muy bien, con Paulo.

—Muy hermosa, sí. Y el pequeño Póstumo será también muy apuesto dentro de cuatro o cinco años...

—¿Para qué inquietarse, pues, Livia? Prefiero que los que se saltan mis leyes estén de fiesta con Julia y escribiendo libelos y sátiras... a que los acaudillase alguien con peores intenciones. Si solo se divierten con sus veleidades ovidianas y sus fiestecitas... Mientras, Cayo César va formándose a mi lado.

—Siempre tienes razón, amado Augusto, ¡nadie como tú para entender la política de Roma! Pero... Pero...

—¿Pero...?

—¿Qué pasaría si alguien estuviese utilizando a Julia?

—¿Mi hija? A mí Julia me obedece, no como Tiberio, perdona que lo diga.

—Circulan muchas sátiras contra Tiberio, y salen de ese grupo de amigos de su mujer. Puede que alguna sea de Ovidio...

—Cosas que hay que soportar. No puedo actuar como un vulgar dictador. ¡Roma respeta la palabra libre!

—Bien. ¿Y si los que satirizan a Tiberio preparan el terreno para asesinarlo?

—Te digo que no me apetece hablar de Tiberio, él se apartó de mí porque quiso. ¡No es cosa mía lo que le pase!

—Pero si asesinaran a Tiberio... Julia quedaría soltera.

—Eso es verdad, y yo tendría que buscarle otro marido... ¡por cuarta vez!: Marcelo, Agripa, Tiberio... Eso sería un mal trago, lo admito...

—¿Y crees que esta vez te obedecería?

—Todo ha sido por el bien de Roma, ella lo ha entendido siempre, y así seguiría.

—No sé si esta vez podría más la autoridad de Augusto... o el magisterio de Ovidio.

—¿Qué quieres decir?

—Que quizá Julia ya ha decidido qué marido querría.

—¿Acusas a mi hija de querer matar a Tiberio?

—¡No! Pero quizá se haya enamorado de un hombre. Un discípulo de Ovidio... Esa indecencia de provocar el placer de la mujer en la cama, de verla chillar como una puta... Y quizás este hombre querría casarse con Julia. ¡Y entonces tu amadísimo Cayo tendría un nuevo padrastro! Un padrastro que sí le enseñaría cosas. ¿Quieres eso, Augusto?

—Livia, Livia, ¿de quién estás hablando?

—¿Te has fijado en que tu sobrina Marcela ha estado viajando mucho durante el último año, que casi no ha estado en Roma?

—No... Pero ¿qué tiene que ver la prima de Julia?

—Que el marido de Marcela no viaja con ella...

—Julio Antonio... ¿Te refieres a Julio Antonio...? ¡¿Él... y Julia?!

—¿Lo ves, Augusto? Seguro que ya lo habías intuido...

—¿Julia ama a Julio Antonio? ¿Y él desea casarse con mi hija? ¿Quiere verla viuda? ¿Satiriza y difama a Tiberio? ¿Hasta el extremo de querer verlo muerto?

—¡Pero nada de esto debería preocuparte, Augusto! ¿No te parecería Julio Antonio mejor yerno que Tiberio?

—Si así lo hubiese querido yo, lo habría sido. ¿Y ver eufóricos a los nostálgicos de Marco Antonio, sentir su aliento en mi nuca, verles con mi nieto Cayo...?

—¡Oh, Augusto, cuánto admiro tu clarividencia! Yo no tengo que añadir nada más.

—Sí: ¡quiero pruebas!

—Muchos testigos hay en Roma del amor entre Julia y Julio Antonio. De que este trama el asesinato de Tiberio tengo una prueba viviente: un sicario hispano enviado por Julio Antonio, pero felizmente arrepentido...

—Tráemelo.

—De acuerdo, Augusto, pero su testimonio vendrá acompañado de otra evidencia, y es una evidencia muy delicada...

—¿Cuál?

—Un plan de Julio Antonio contra tu vida, Augusto.

—Viertes una acusación muy, muy grave, Livia...

—Lo sé, pero es la versión del hispano, que vendrá con pruebas. El plan es el siguiente, Augusto: muerto Tiberio, Julio Antonio lo acusaría de haber querido deponerte desde Rhodus. Así, él se reivindicaría como salvador de Roma ante el Senado, que a petición suya le concedería más poder para protegerte mejor. Tu prestigio menguaría, claro, y el suyo crecería... Y Julio Antonio se casaría con Julia, por más que tú te opusieras. Y tutelaría a Cayo César. Y entonces...

—Estoy enfermando...

—Y entonces haría que alguien te asesinasen, y Julio Antonio, fingiendo pesadumbre, gobernaría como un rey oriental (la sangre de su padre pesa mucho) junto a Julia, a quien tendría como su Cleopatra, mientras el joven Cayo César madura y gana experiencia, a su lado y el de su madre, Julia.

—¡No puedo creer que mi hija conozca este siniestro plan!

—Ni yo, esposo, ni yo.

—Si supiera que alguien planea atentar contra mí, ¡correría a prevenirme! ¡Es mi hija! ¡Es piadosa!

—¡Claro! ¡Pobre Julia! Seguro que Julio Antonio y los antonianos la utilizan, diciéndole que van a respaldarte, que Tiberio te amenaza.

—¡Pruebas, necesito pruebas de todo, Livia! ¿Las tienes?

—El sicario hispano me las facilitará, ¡y las tendrás! Pero cuando desactives el complot se sabrá que el cabecilla es Julio Antonio..., ¡y entonces todos sospecharán que Julia también ha querido tu muerte! El Senado la condenará a morir.

—¡Eso no! No lo permitiré.

—Impútale otro delito que no esté penado con la muerte... y salvarás su vida.

—Acusaré a Julia de adulterio.

—¡De infringir tus propias leyes! ¡Excelente idea, *princeps*! La acusarás como su padre que eres. Y el Senado alabará tu entereza: ¡condenar a tu propia hija por incumplir tus leyes! Tu prestigio crecerá. Roma entera te admirará. Y serás un ejemplo para todos los padres.

—Condenada por adúltera, Julia quedará divorciada de Tiberio.

—No puede ser de otro modo.

—Y no seguirá en Roma, con la sospecha general de complicidad con los que querían matarme, si es que realmente conseguimos pruebas de este complot.

—Mañana las tendrás.

—Desterraré a Julia lejos de Roma... ¡Todo esto es horrible! ¡Es mi hija, Livia! ¡La amo...! Pero no tengo más remedio...

—De nuevo haces un sacrificio terrible por Roma, Augusto. Las hijas adúlteras de senadores y patricios temblarán ante tu justicia. Sacrificarás a tu propia hija, pero salvarás el futuro de Roma.

—Roma, mi otra hija... Una hija por la otra, siempre...

Augusto abandona precipitadamente las estancias de Livia, pasa a su *domus* por la puerta que conecta ambos edificios y corre a refugiarse en la angosta cámara de su dormitorio, en el piso superior. Desde la pared lo contemplan las máscaras pintadas del teatro griego, una que ríe, otra que llora.

El amo del mundo se sienta al borde de su camastro, hunde la cabeza entre las manos y llora amargamente.

Damnatio memoriae

Dos operarios martillean el rostro de la estatua. La nariz, la boca, las orejas, los ojos desaparecen, se diluyen golpe tras golpe, hasta convertirse en un borrón informe, hasta no quedar nada de las facciones del que fue el procónsul Julio Antonio.

Urgídar, sentado en una piedra cercana, contempla la destrucción de la estatua, la anulación de la memoria de un traidor al Estado. Para Augusto, un traidor a su afecto y a su confianza, un traidor a Roma, un traidor a su causa y a su persona. Para Urgídar es el fin de un hombre que lo utilizó y que estuvo muy cerca de su hijo durante diez años... ¿sabiéndolo o sin saberlo? Eso constituye un misterio para él. Urgídar se lo pregunta mientras asiste a la destrucción de la imagen de ese hombre...

La estatua se erige cerca del Circo Máximo, allí donde diez años atrás el brillante ciudadano Julio Antonio sufragó unos fastuosos juegos en homenaje al quincuagésimo aniversario de César Augusto. ¡Así era Julio Antonio!, piensa Urgídar: fastuoso. Un hombre orgulloso de sí mismo, convencido de su valía en todos los terrenos, seguro de su presente y su futuro. Un hombre que aspiró a todo y que en el lecho de Julia soñó con el máximo poder del imperio, encomendándose íntimamente a la memoria de su legendario padre, el poderoso y desmedido Marco Antonio. La memoria... Ahora Julio Antonio está muerto, y Augusto ha decretado que nada quede de su memoria en Roma.

Estatuas, bustos, relieves, epigrafías, camafeos, estucos pintados, tondos, documentos... todo ello debe ser borrado, derruido, ¡nada debe quedar del recuerdo de Julio Antonio, de su rostro, de su nombre, de su obra! Quemar las copias de su obra *Diomedea*, que erosiona a Augusto y Livia. No queda ni un solo ejemplar incólume.

Augusto ha dictado una *damnatio memoriae* contra Julio Antonio, la condena de su memoria, como en su día el Senado había decretado la de Marco Antonio. La diferencia es que la del padre fue una *damnatio memoriae* oficial, pública, senatorial. En el caso de Julio Antonio es una supresión aún más plena y perfecta, puesto que es clandestina, oficiosa, subrepticia.

La ha decretado el *princeps* por su cuenta, sin pasar por el Senado, como si no existiese tal orden. Nadie ha ordenado nada oficialmente, no quedará ningún rastro... Augusto la comunicó a su guardia pretoriana, a sus fieles, a sus espías, privadamente. El emperador actuó como un *paterfamilias* que dispone de la vida y hacienda de los suyos, o como el cabecilla de una banda de asesinos de los bajos fondos.

César Augusto dictó su condena delante de Urgídar y de Livia tras repasar las cartas y notas que le habían traído, inculpativas para Julio Antonio, y de escuchar el testimonio del hispano que acompañaba a su esposa.

—¡Julio Antonio! ¡Traidor! ¡Si no se quita la vida él mismo se la quitaré yo después de torturarlo!

Ahora, sentado en una piedra, Urgídar contempla el trabajo de los operarios. Se

apartan cuando unos chiquillos, al verles destrozar el rostro, entienden que tienen vía libre para divertirse a costa de la estatua: le lanzan piedras entre risas y befas, insultos y algarabía. Dos de ellos se abrazan a la estatua hasta conseguir moverla de su pedestal, arrancarla, balancearla, tumbarla. La estatua cae al suelo, levanta una polvareda, se rompe en varios pedazos. Uno de los brazos salta, rebota y rueda hasta los pies de Urgídar.

El brazo de Julio Antonio. Un brazo pétreo, muerto. Como ahora lo está el hombre. Pero ese otro brazo, el de carne y hueso, cuando estaba vivo, abrazaba a Julia. Se acabó todo eso. No queda nada. Ese brazo, el de carne y hueso, es el que ha empuñado la espada hace unas horas, la espada con la que Julio Antonio se ha quitado la vida.

—¿Lo ves, Ovidio? ¿Me crees? Julio Antonio se ha suicidado delante de mí esta tarde.

—¿Se puede saber qué ha pasado, Urgídar?

Ovidio acompaña a Urgídar. Juntos ven caer la estatua de Julio Antonio y observan a los operarios llevarse los pedazos en un carromato.

—¿Qué pasó? Que acepté que Julio Antonio me encargase una misión —empieza a relatar el íbero.

—¿Qué misión?

—Matar a Tiberio.

—¿Qué locura.

—Julio Antonio buscaba a mi hijo... Viajé a Rhodus...

—Ah, ese misterioso viaje tuyo para Julio Antonio...

—Fallé, me prendieron. Tiberio me perdonó la vida al saber que mi suegro era Numerio, al que conoció en las legiones y a quien apreciaba. Le conté lo de mi hijo y de Marcia, y él se lo transmitió a Livia en una carta. Pero, de vuelta a Roma, yo encontré por mi cuenta a los secuestradores de Publio, mi hijo...

—¿Ah, sí? ¿Quiénes son?

—Eran. Están muertos. Turenio, sirviente de Livia y dueño de un lupanar, y su *leno*. Ellos mismos me confesaron el secuestro de mi hijo Publio. Por eso los maté.

—¿Mataste a dos hombres, Urgídar?

—Sí, en el prostíbulo. La rabia me cegó. Una de las rameras me vio salir y facilitó mi descripción a los guardias de Livia, que ordenó detenerme y conducirme a su presencia. Y me interrogó.

—¿Y sigues vivo!

—Le conté que Turenio y su *leno* me confesaron haber matado a mi esposa e hijo, que la furia me cegó y los maté... Se quedó callada...

—¿Y es verdad? ¿Está muerto tu hijo?

—No. Pero eso no se lo conté a Livia.

—¿Te reveló Turenio dónde está tu hijo?

—Sí. Sé dónde está Publio, que ahora se llama Marco. Aunque de momento

prefiero no decir nada. Por su seguridad... No sería muy prudente que Livia se enterase.

—Pero ¿qué tiene que ver tu hijo con lo que le ha pasado a Julio Antonio?

Urgídar, sentado en la piedra, baja la cabeza, hunde la barbilla en el pecho, juega con los dedos en el polvo del suelo, avergonzado, sin atreverse a contarle a Ovidio su traición al cabecilla de los antonianos...

—¿Qué has hecho, Urgídar?

—He causado la muerte de Julio Antonio. No estoy orgulloso, reconozco que me pudo el rencor...

—No voy a juzgarte, eres mi amigo. ¿Qué pasó?

—Livia, en su interrogatorio, me dijo que no me haría matar por el asesinato de Turenio si yo le hacía un favor...

—Y aceptaste, entiendo...

—Quise tener la ocasión de conocer mejor a mi hijo... Y accedí, sí...

—¿Qué favor era ese?

—Facilitarle documentos de Julio Antonio que lo incriminasen como cabecilla de un complot contra Tiberio y Augusto.

—¿Documentos privados?

—Sí. Cartas con amigos de su círculo, sobre todo, algunos papiros con croquis, un diario, actas de un par de reuniones... Los conseguí. Ovidio, vi una carta tuya en la que le contabas que estabas de acuerdo con sus ideas, aunque no con su plan. La destruí, no la entregué a Livia y Augusto.

—Recuerdo esa carta; no me hicieron caso... Me has salvado la vida, Urgídar. ¿Cómo conseguiste esos documentos?

—Pedí ver a Julio Antonio para explicarle el resultado de mi misión en Rhodus. Le conté que no me había atrevido a asesinar a Tiberio y le pregunté por mi hijo. Me dijo que no sabía nada todavía. Esa respuesta me indignó.

—¿Por qué?

—¡Porque mentía!

—¿Te mintió?

—Yo había estado esa mañana viendo a mi hijo... y supe que Julio Antonio lo conocía, ¡y no poco! ¿Por qué me mintió, por qué?

—¿Estás seguro, Urgídar? ¿Dónde estaba el niño?

—De acuerdo, te lo diré: en casa de Julia.

—¡Julia! ¿Tu hijo en casa de Julia?

—Sí. Se ha criado allí como esclavo.

—¿Esclavo? Diez años... Marco... ¡Marco! ¿Te refieres entonces al pequeño esclavo de Póstumo?

—¡Sí! ¿Lo conoces, Ovidio?

—Lo vi jugar con Póstumo la noche en que celebré allí con Julia y sus amigos la publicación de mi *Ars amatoria*... Sí, lo vi escuchándonos tras las cortinas.

Compañero de juegos de Póstumo. Un niño de mirada inteligente, despierto, atento... ¿Cómo podía imaginar que ese Marco fuese tu hijo...?

—Sí, este esclavito Marco ¡es hijo de Marcia, es mi hijo! Escucha, Ovidio, escucha: ¡el propio Julio Antonio se lo regaló a Julia al nacer Póstumo! Eso me dijo Julia, pues a ella le pregunté por ese niño al que llaman Marco: se ha criado junto a Póstumo, como su esclavo. El cerdo de Turenio se lo llevó una tarde a Julia, ¡a petición de Julio Antonio! Julia no recuerda cuánto le pagó Julio Antonio a Turenio por Publio. ¡Mi bebé, secuestrado por ese traficante de esclavos, vendido a una familia rica! Eso nos explicó Julio Antonio aquel día en que fuimos a pedirle ayuda, ¿recuerdas? ¿Por qué no nos dijo nada de Marco entonces? ¡Y ya estaba allí en ese momento! No me dijo nada... ¡Me engañó!

—Urgídar, Urgídar... ¿Te engañó? ¿Cómo lo sabes? Ya nunca lo averiguarás, Urgídar. ¿Y si Julio Antonio desconocía el origen delictivo de ese bebé? ¿Cómo puedes estar tan seguro de que Julio Antonio conocía la identidad de la madre del bebé? Si Julia no sabía gran cosa, quizá Julio Antonio tampoco... Aunque se lo hubiese comprado a Turenio, tal vez no le preguntó de dónde lo sacó, o si lo hizo, el liberto pudo explicarle cualquier cosa...

Urgídar vuelve a agachar la cabeza y coloca los brazos cruzados en la nuca, ahogando un gemido de arrepentimiento. Pero sigue hablando.

—El caso es que en un descuido de Julio Antonio, aproveché esa cita en su casa para robar sus documentos... Y con ellos le perdí.

—Ya está hecho, Urgídar —intenta consolarlo Ovidio—. También yo soy responsable en cierta medida... Pude insistir en que no urdiesen ningún plan oscuro, que ese no era el camino... Pero no fui lo bastante convincente. La acción política acaba siendo tan superficial como lo que pretende combatir. Yo estaba de acuerdo con Julio Antonio en que a Roma le conviene un aire nuevo, menos épico, más sencillo y sensorial, o Augusto acabará por embalsamar a los mejores espíritus romanos. Pero no supe persuadirle de que era mala idea atentar contra nadie, de que el camino era la educación y la poesía...

—Yo llevé esos documentos a Livia, como habíamos convenido. Me hizo acompañarla hasta el despacho del emperador...

—¿Habías estado alguna vez en presencia de Augusto?

—Sí. Una vez, siendo un niño, en Tarraco... Estaba allí Marco Porcio Latrón. Y Augusto me dio la mano. Yo tenía cinco años. «Ave, aguilucho íbero», me dijo entonces...

—Ya ves que la rueda de Fortuna no cesa de girar...

—Desde luego, esta vez la reunión con Augusto fue menos festiva que aquella de mi infancia. A indicaciones de Livia, entregué los documentos al *princeps* y referí lo que había visto y oído en tantas cenas, fiestas y reuniones. Noté que Livia se alegraba cada vez que yo aludía a Julia... Tanto como Augusto se entristecía...

—¿Y qué habrá sido de ella? ¿Lo sabes?

—Augusto me envió con una guarnición a casa de Julio Antonio, a la vez que enviaba otra a buscar a su hija. Quería que llevaran a Julia ante él. De Julio Antonio solo buscaba su muerte.

—¿La presenciaste?

—Sí. Nos vio entrar en su sala, cruzó su mirada conmigo y entendió. Tomó su espada por el filo, se acercó a mí y me tendió la empuñadura. Pensé en lo que había dicho Augusto que haría con Julio Antonio si no se suicidaba. Aferré con fuerza el pomo de la espada entre mis puños, apretado contra mi vientre, y Julio Antonio gritó «¡Póstumo!» antes de hundir la punta de la espada en su estómago, hasta quedar su cara ante la mía.

Julia exiliada en la isla Pandataria

La nave que transporta a Julia al exilio es pequeña. Ovidio acude a presenciar su partida. El barco despliega velas en el puerto de Ostia, en la desembocadura del Tiberis, rumbo a la isla Pandataria, en el mar Tirreno, entre Roma y Neapolis. Se trata de un peñasco no mucho mayor que el Circo Máximo, ovalado, con un perímetro de costa que consiste casi exclusivamente en altos acantilados, como una cárcel sobre las aguas.

Ovidio acude al muelle, quiere ver con sus propios ojos el barco que se lleva para siempre a la mujer más valiente y culta de su Roma, a la más divertida y atrevida de la Roma de los poetas y músicos, a la única hija del emperador.

Hacia la isla Pandataria zarpa el barco que transporta a Julia, acompañada por su madre, Escribonia, que ha querido compartir la suerte de su hija. Es la mujer a la que, hace treinta y siete años, Augusto repudió en cuanto parió a Julia, para casarse con Livia... A las dos mujeres solo les espera soledad y tedio. Augusto ha ordenado que no haya vino en la isla, para que su hija no pueda tener más alegrías con Baco. Y no solo eso: también ha prohibido la presencia de hombres. Los guardias son eunucos.

—¡¡¡Julia, Julia, Julia!!!

Un grupo de jóvenes corea el nombre de la exiliada, a modo de despedida. Ovidio no es el único en querer ver por última vez a Julia, la rebelde hija del emperador de Roma. Más gente se agolpa en el puerto y clama su nombre: para muchos descontentos con el *princeps*, Julia es emblema de una Roma alternativa a la de Augusto, una Roma que podría ser distinta. Les fascina que esa mujer haya desafiado a su padre hasta el punto de que él mismo en persona ha acudido al Senado para enumerar sus crímenes. Ese día, Ovidio hubiese querido ser senador, escrutar el rostro ajado y arrugado del *princeps*...

El poeta piensa en ese rostro al ver partir la nave. Fue el mismo César Augusto quien acudió al Senado para ejercer como fiscal de su hija: enumeró sus crímenes de adulterio y la infracción de las leyes julias, aprobadas quince años atrás por él mismo con un edicto en el foro. Habló de sus amantes, de orgías en termas y baños, de competiciones lujuriosas en prostíbulos, de escándalos en el foro. Y finalmente ordenó el divorcio entre Julia y Tiberio.

Basándose en las leyes julias, requirió que se desterrara a su hija para siempre de la ciudad de Roma. Y rogó al Senado que fuera enviada a la isla de Pandataria de por vida. Ovidio sabe que Augusto, eligiendo entre destierro y traición, ha querido preservar la vida de Julia. De lo contrario, la sensación de derrota habría sido demasiado grande y, por ende, se habrían producido revueltas... Su hija es muy popular... Augusto aún no quiere creer que ella haya sido cómplice de un plan para asesinarle.

Ovidio ve zarpar la nave de Julia y se le encoge el corazón. Ella ha sido su musa y su estímulo, por un lado protectora y por otro... víctima. La poesía de Ovidio ha sido

referencia en los círculos de esa mujer con la que una noche había compartido vino y miel de Himeto junto al lecho...

Entre los presentes en el muelle se comenta que se han dado más casos de suicidios, después del de Julio Antonio, entre algunos personajes destacados de la alta sociedad romana. Y también en la más baja: uno cuenta que la esclava de más confianza de Julia, Febe, al saber que su ama había sido detenida por los guardias y conducida a la presencia del emperador en el Palatino, se ahorcó. Y que Augusto, al saberlo, exclamó una doliente frase: «¡Hubiera preferido ser el padre de Febe!»

¿Y los hijos de Julia? Ovidio piensa en ellos. Cayo César, de dieciocho años, el favorito de Augusto, adoptado para sucederle. Lucio, de quince, también adoptado... Desde que Julia enviudó de Marco Agripa, Cayo y Lucio se han criado más cerca de Augusto y Livia que de su madre. El poeta musita los halagüeños versos sobre Cayo que ha incluido en su *Ars amatoria*:

Pronto llegará el día en que tú, el más hermoso de los hombres, avanzarás resplandeciente en un carro tirado por cuatro corceles níveos.

Los escribió sin ganas, por astucia, solo por ganarse al heredero de Augusto y proteger la obra de las iras del *princeps*, que sin duda interpretaría su canto a la promiscuidad amatoria y el adulterio como un desafío...

Luego están las chicas: Julia la Menor, de diecisiete años, y Agripina, de doce, que todavía juega con muñecas y ahora también quedará a cargo de Augusto y Livia. ¿Cuánto tardará el emperador en obligarla a casarse con algún varón de la familia? Un par de años, piensa Ovidio, y seguramente con un Claudio, para reforzar la sangre julia... Ovidio, en silencio, mueve la cabeza en un gesto de tristeza y consternación: Augusto seguirá disponiendo de las mujeres de su familia como piezas de cambio, como cachorros de una camada destinados a la cría. Ovidio levanta la vista hacia el mar: las velas de la nave de Julia se alejan hacia el horizonte. ¡Hete aquí el resultado de los ardides matrimoniales de Augusto!, piensa Ovidio... La plenitud personal de las mujeres, su felicidad, no cuenta para Augusto cuando las empareja.

¿Y Julia la Menor? La conoció bien durante una cena en casa de la madre de esta. Ovidio, a sus cuarenta y un años, casado con una Fabia, siente un hormigueo en el estómago al pensar en la muchacha. Su desenvoltura, el brillo de su mirada, su boca, su sinuoso modo de caminar...

Esa noche sintió atracción por ella, deseos de seducirla, de ver su cuerpo desnudo, de hundir los dedos en su jardín de Venus... La joven Julia le formuló preguntas directas sobre su *Ars amatoria*, con sincera curiosidad, interesada... ¿Cómo iría su matrimonio con ese marido que Augusto le dio, el rico Paulo? Criada cerca de su madre, Julia la Menor ha recibido de ella el sentido de la libertad, piensa Ovidio, y el calor del goce erótico femenino de sus propios versos, escuchados en tantas cenas en su casa.

Julia la Menor, de niña, escondida tras los cortinajes, espiaba las efusiones eróticas de Julia con sus amantes, piensa Ovidio... Al verla la otra noche, Ovidio pensó que la muchacha parecía la modelo de este verso suyo del *Ars*:

Que la parte superior del brazo y el hombro izquierdo queden al descubierto para ser admiradas, descuido que favorece especialmente a las que tenéis la tez blanca. Yo, ante tal encanto, siento el irresistible deseo de besar lo que mis ojos devoran.

El mismo deseo que ha sentido con la joven Julia...

¿Y qué será de Póstumo, el nieto menor del emperador? Solo tiene diez años, y ahora que queda sin padre ni madre, lo tutelarán Augusto y Livia, como a sus hermanos mayores... «¡Póstumo!»: su nombre es lo último que ha dicho Julio Antonio al expirar, según le ha contado Urgídar... Como si fuera hijo suyo... Ovidio asiente con la cabeza... Siempre le ha parecido que el niño no era hijo de Marco Agripa, sino de Julio Antonio... El poeta intuye que ese niño de los Julios, Póstumo, el último nieto de Augusto, es depositario de la semilla antoniana: no olvidará que su abuelo lo dejó sin madre y sin su tío Julio Antonio, quizá su verdadero padre.

Ovidio suspira y con mirada triste busca el barco de la exiliada. Con la palma de la mano protege sus ojos del resplandor del sol en el agua y entorna los párpados. Las velas son ya solo un punto que desaparece en el horizonte.

LIBRO III (año 8 d. C.)

La mujer es tan pasional como el hombre. ¡Deja que queden en secreto sus infidelidades!

OVIDIO, *Ars amatoria*

Ovidio cae (isla de Ilva)

Un barco de una sola vela atraca en el recogido puerto de la isla de Ilva, frente a las costas toscanas, justo cuando el sol que se eleva sobre el horizonte baña el muelle de sonrosada luz.

Tendida la pasarela al muelle que amanece, desciende de la nave un pasajero de treinta y ocho años, mediana estatura, rostro ovalado, cabello castaño todavía fuerte y ojos de color aceituna... teñidos de melancolía. El pasajero se llama Aulo Urgídar Frontis Galeria, más conocido por sus amigos como Urgídar.

Debe cumplir una misión que jamás imaginó que le correspondería cuando arribó a Roma, veinte años atrás, llegado desde Lesera, en las montañas de la antigua Ilercavonia de sus antepasados íberos, en Hispania...

Ya en el muelle, el hispano indica al capitán que lo espere allí: volverán al puerto de Ostia esa tarde, con un pasajero más, un viajero ilustre.

Los tripulantes no preguntan y Urgídar no les dice que ese pasajero será Publio Ovidio Nasón, que a sus cincuenta y un años es el poeta más popular de Roma, en la cima de su carrera literaria, reconocido por todos como el mejor artista vivo en su género.

Urgídar, que llegó a Roma con la juvenil ilusión de formarse como orador y poeta, que trabó amistad con Publio Ovidio Nasón —al que ha visto escribir *Medea* y *Ars amatoria*, donde se incluyen lances y consejos inspirados por él mismo—, que ha compartido con él amoríos, cenas y fiestas en las mejores villas de Roma, versos y reuniones secretas, conspiraciones antonianas y conciliábulos pitagóricos, filosóficos y adivinatorios..., Urgídar, el íbero, que admira y adora al poeta Ovidio, al que tiene por maestro y vate, poeta y profeta viviente, ahora ha de comunicarle su exilio. Un exilio decretado personalmente por el anciano emperador César Augusto, a sus setenta años.

Un carro alquilado en el puerto de Ilva y guiado por un isleño conduce a Urgídar a la villa de Máximo Cota, acaudalado ciudadano romano con residencia de recreo en la plácida isla. Amigo de Ovidio, Máximo Cota le sufraga la edición de algunas obras y frecuenta los círculos del poeta desde la publicación del *Ars amatoria*, diez años atrás. En estos días de principios de otoño, tras un verano de higos y calores, Máximo Cota alberga en su villa de recreo al poeta.

Urgídar conoce la mitología grecolatina por sus estudios literarios y evoca la leyenda de la Venus Tirrénica, que emergió en estas aguas, rompió la diadema de perlas que ceñía su cabello y cada joya conformó una de estas siete islas: Igilium, Capraria, Dianium, Gorgon, Oglasa, Planasia e Ilva. ¡Planasia e Ilva!: dos islitas vecinas... Y Urgídar sabe bien que en Planasia, al sur de Ilva, un pedazo de tierra que alza apenas dos palmos sobre el mar, está relegado desde el año pasado un joven que tiene ahora veinte años, último nieto del emperador Augusto: Agripa Póstumo. Un joven fuerte, impetuoso, revoltoso, poco reflexivo. Y Urgídar lo sabe bien porque a

este muchacho lo acompaña otro de su misma edad, aunque más sereno y aficionado al estudio y a la lectura: Marco.

Urgídar siente por Marco un vivo interés, un afecto paterno: a lo largo de diez años —cuando Marco y Póstumo pasaron a vivir en las casas de Augusto y Livia, tras el exilio de Julia—, Urgídar ha tratado a menudo con él, ha compartido conversaciones y le ha facilitado libros y poemas, procurando no levantar sospechas en Livia al mostrar un apego excesivamente... paternal.

Hace tres años, cuando tenía diecisiete, Póstumo fue adoptado como sucesor por el emperador Augusto. El *princeps* adoptó a Póstumo y a Tiberio, y Urgídar recuerda bien las lastimosas circunstancias... Al *princeps* no le quedó más remedio... ¡Muerto Lucio César en Massilia, súbitamente enfermo, con diecinueve años! ¡Y muerto Cayo César en Licia, con veintitrés!

Urgídar vivió de cerca la catástrofe que esto supuso para el emperador. Porque desde que desbarataron la conjura de Julio Antonio, diez años atrás, Augusto ha convocado personalmente a Urgídar para mantener varias charlas en sus estancias privadas, y lo ha empleado como secretario escribano, dada su pericia. El *princeps*, nacido Cayo Octavio Turenio, luego conocido como Cayo Julio César Octaviano y posteriormente como Augusto, *cesar imperator, pontifex maximus* y nadie sabe ya cuántas cosas más, no olvida sus humildes orígenes familiares y sabe trabar amistades sólidas entre los más modestos. A algunos los elevó a las más altas prefecturas, como a Salvidieno Rufo o a Cornelio Gayo, ambos caídos luego en desgracia por sus equivocadas conductas. A Urgídar, en cambio, lo ha nombrado escriba imperial...

Augusto sintió crecer su afecto por el joven íbero, quien le contó que de niño lo había saludado en Tarraco, y que lo ayudó a desbaratar una conjura política. Además, algo más atraía a Augusto: el gusto de Urgídar por las bellas letras y sus saberes sobre los dioses y los astros de los íberos, además de un sentido tradicional de respeto por las divinidades.

El hispano estaba con Augusto el día terrible en que llegó la noticia de la muerte de Cayo César, hace casi cuatro años... El mundo se le hundió bajo los pies al *princeps*, ya con sesenta y seis años y salud frágil. Augusto había enviado a Cayo, su amadísimo nieto predilecto e hijo adoptivo, a una misión militar en Partia, en el Euphrates, bien rodeado de asesores áulicos, diplomáticos y militares, para acabar de formarlo, y le enviaba cartas cariñosísimas como esta que dictó personalmente a Urgídar un año antes:

Saludos, Cayo mío. Mi querido burrito, el cielo sabe que te echo de menos cuando estás lejos... Pido a los dioses que el tiempo que me quede de vida pueda verte sano y salvo, que el país prospere, que Lucio y tú contribuyáis como auténticos hombres y que me sustituyáis.

En esos días, Augusto había permitido, a regañadientes, que Tiberio regresara a Roma. El hijo de Livia temía ser asesinado en Rhodus por algún adulator exaltado de

Cayo, entonces en la cercana isla de Samos, camino de Partia... Asustado, Tiberio pidió volver a Roma. Ya no temía nada de su esposa Julia, después de que Augusto los divorciara y ella fuera exiliada. Livia rogó protección para su hijo, y Augusto cedió, aunque seguía escamado por la deslealtad de Tiberio, huido de Roma para no habérselas con la disoluta Julia y celoso por los mimos a Cayo, por mucho que dijese que se apartaba para despejar el camino al heredero...

De vuelta en Roma, Tiberio vendió su casa en la ciudad y se instaló en el campo, retirado, para no molestar a César Augusto y no hacerse sospechoso de ambición alguna. Y para aguardar a que llegara su hora. Y llegó. ¡Veinticuatro meses después habían muerto los jóvenes Lucio César y Cayo César!

—¿Cómo te explicas, Urgídar, la muerte de Lucio hace dos años? ¿Y, ahora, la muerte de Cayo? —preguntó Ovidio a su amigo íbero en ese momento, hace cuatro años, cuando Roma estaba conmocionada.

—Los reveses de Fortuna, Ovidio... Lo cierto es que Augusto está destrozado.

—Lucio iba de camino de tu tierra, a Hispania, para formarse en alguna campaña sencilla, y nunca llegó: en Massilia enfermó súbitamente y falleció. Muerto Lucio César, solo Cayo César quedaba para suceder a Augusto...

—Así es, y estaba en misión en Partia.

—Cayo César padeció la herida de una traicionera espada enemiga, eso lo sabemos, una herida que sana con facilidad...

—Se supone que con Cayo viajaban buenos galenos.

—Lo saben todo de pócimas, tisanas, infusiones, emplastos, bálsamos, pomadas... y venenos. Son buenos amigos de Livia.

—¿De nuevo ves la mano de Livia en lo sucedido, Ovidio?

—La súbita enfermedad de Lucio, la herida que no sana de Cayo César... Cayo estaba regresando a Roma, a petición de Augusto, y en Licia... ¡muerto! Nuestra incansable Medea ha vuelto a actuar.

—No hay modo de saberlo.

—¿Qué busca Medea..., perdón, Livia? Yo te lo digo, Urgídar: que Augusto, sin sucesores, ¡adopte a Tiberio!

Y, en efecto, poco después el emperador adoptaba a su nieto Póstumo, para satisfacción de la familia Julia, la suya, ¡y a Tiberio, para contentar a la familia Claudia, la de Livia! A Tiberio, de todos modos, Augusto le obligó a adoptar a su vez al joven y prometedor Germánico, de diecinueve años, hijo de Antonia la Menor y Druso Claudio Nerón, hermano menor de Tiberio.

—¡Ah, eso sí que ha estado bien! Muy buena jugada del viejo zorro, astuto Augusto, ja, ja... —rio Ovidio al comentar todo ello con Urgídar.

—¿Por qué?

—Empareda a Tiberio entre Póstumo, de la sangre Julia de Augusto, y Germánico, cuya abuela materna es Octavia, su hermana... Así le dice a Tiberio: «Quizá me sucedas, pero serás únicamente un paréntesis», ja, ja...

—¿Y por qué confía Augusto en Germánico?

—Porque Póstumo es alocado, como sabes... No así Germánico, al que el *princeps* casará ahora con su nieta Agripina: ¡tendrán descendientes Julios, ja, ja...! Me alegro de la posición del joven Germánico, ¡le conozco! Un joven culto y valiente... Tiene buenas ideas para Roma, la gente le adora... Y ahora Augusto lo casa con esta hija de Julia, de su misma edad, y por una vez puede que acierte: conocí a Agripina siendo ella niña, en casa de su madre; será buena esposa y madre para todo un sucesor del emperador.

—Veo que Germánico es de tu agrado...

—He coincidido con él en alguna reunión... Es un chico muy cabal, con muchos intereses más allá de la milicia, buen lector, y no oculta ser admirador de mi poesía. Además, en él confluyen tres linajes, y eso puede traer estabilidad a Roma: por sus venas corre la sangre de Marco Antonio, su abuelo materno; la de Augusto por Octavia, y la de los Claudios por su padre..., que ¿lo sabías?, fue marido de mi actual esposa, Fabia.

—¡Vaya, Ovidio, confío en que tan buenas relaciones te protejan de todo mal!

Por desgracia, nada ha servido para proteger a Ovidio. Ante el poder de César Augusto no hay protección que valga. Ese hombre, a la sazón un viejo de setenta años, domina el mundo a su antojo.

Urgídar lleva en el bolsillo un papel de Augusto para su amigo y maestro: ni la popularidad del poeta, ni la fama de su obra, ni su relación con los Fabios, ni la amistad de su esposa con Livia..., nada lo protege si ha molestado al *princeps*.

Augusto es implacable, Urgídar lo ha visto: al llegar la noticia de la muerte de su amado Cayo, le dictó un listado de tutores y asesores de Cayo en Partia que debían ser arrojados a un río desde un puente. Algunos con piedras muy pesadas atadas al cuello, otros dentro de un saco con una serpiente, un gallo y un gato vivos.

Ha habido momentos en estos últimos dos años en que Urgídar ha pensado que Augusto podría llegar a atar también una piedra al cuello de su nieto Póstumo... Alguna vez Augusto se sinceró al íbero:

—Tiberio me sucederá, lo sé, pero... ¡pobre Roma! ¡Ser masticada por esas pesadas mandíbulas! Cuánto me gustaría, Urgídar, que fuese mi nieto Póstumo mi sucesor, que estuviese un poco más centrado, y así olvidarme de Tiberio... Pero le veo incapaz de gobernarse ni siquiera a sí mismo. Le ha aprovechado más a su esclavo Marco la educación impartida por sus preceptores...

—Buen chico, Marco, le gusta leer, a veces le paso lecturas —comentó Urgídar, manteniendo en secreto la filiación del joven esclavo.

—Si mi nieto fuese Marco en vez de Póstumo... ¡qué fácil lo tendría!

—¿Marco, al frente del imperio? Tendría gracia... —Urgídar estalló en carcajadas, sin poder contenerse.

—¿Te ríes? Pues fíjate que los ciudadanos dejan cada día más margen de acción a

esclavos y libertos en la vida de Roma... —reflexionó Augusto, sin saber que al escriba le había cosquilleado la idea de que un bisnieto de Numerio el legionario llegase a emperador, con la sangre del propio Augusto...—. Pero Póstumo es el heredero. Él lleva mi sangre y la de los Julios, y no Marco, claro...

—Desde luego —asintió Urgídar, pensando en el pálpito de Ovidio de que la sangre de Marco Antonio, a través de Julio Antonio, late en las venas de Póstumo.

—El otro día Póstumo tuvo un ataque de ira lamentable en esta casa: insultó a Livia y repitió barbaridades que habrá oído por ahí de nuestros enemigos. Claro, se quedó sin madre desde los diez años, y Livia lo ha criado... ¿Pero es culpable ella de la conducta de mi hija y de su perdición?

—No.

—Me entristece que Póstumo naciese sin conocer a su padre, que su madre le haya fallado... Su corazón alberga mucho rencor... Pero yo solo deseo lo mejor para él. Ahora, muertos Cayo y Lucio, me reclama la herencia de su padre, el gran Marco Agripa, ¡quiere que se la traspase! Aunque, por supuesto, eso solo lo haré el día en que sirva debidamente y como un hombre a Roma...

Algunos meses después, para encauzar al descarriado Póstumo, Augusto decidió enviarlo a la costa, a Surrentum, cerca de Neapolis y del cabo Misenum, sede de la flota romana fundada por Marco Agripa, su padre. Al cabo de poco tiempo, Agripa Póstumo se hacía llamar Neptuno, por el dios del mar, y enredaba entre los marineros, destilando maledicencias contra Livia y Augusto, al tiempo que se autoproclamaba heredero del imperio del mar. Muy revoltoso, indisciplinado e irrespetuoso con su augusto abuelo, llegó a soliviantar algunas lealtades marineras en favor de su desvarío. Hasta tal punto llegaron sus desmanes que hace un año el emperador se vio obligado a actuar contra Póstumo, dictándole a Urgídar esta carta:

Ordeno que detengan a mi nieto Marco Vipsanio Agripa Póstumo por su conducta irresponsable en Surrentum, y que sea transferido a la isla Planasia, donde vivirá desheredado y relegado bajo vigilancia militar.

—Urgídar, que esta carta llegue a la guarnición marítima de Misenum, ¡de inmediato!

—*Princeps*, dime, ¿este exilio de Póstumo... incluye a Marco, su esclavo?

El cielo se encapota de nubes bajas y plomizas, y Urgídar siente su peso en el pecho. Los ojos se le empañan cuando ve a Ovidio, su buen amigo, que ha sido casi un padre para él. El poeta pasea frente a la casa, con su elegante toga, alza la vista a izquierda y derecha, avizora el vuelo de unos pájaros que cazan insectos. Ovidio, feliz en su pasajero retiro, canturrea uno de sus versos elegíacos, musicados por algún músico amigo. Es un canto, un *carmen* que invoca la alegría de la naturaleza, de la vida en movimiento.

Ovidio reconoce a Urgídar al verlo descender del carro y su gesto inicial de sorpresa se transforma en risa abierta, en una carcajada de placer mientras corre a abrazar a su buen amigo hispano.

—¡Urgídar, qué sorpresa! ¡No te esperaba! ¿Qué haces aquí?

El escriba mira a los ojos de Ovidio, tan alegres y vivaces como siempre, y vuelve a abrazar al maestro con fuerza casi filial.

—Pero dime, Urgídar: ¿qué pasa?

—Es... Augusto...

—¿Augusto? ¿Qué?

—Te exilia.

A Tomis

Urgídar baja la vista y calla. Ovidio se mantiene firme, con una mano en cada hombro de Urgídar, mirándole de frente. Por un instante parece que se detiene el viento y no canta ni vuela pájaro alguno.

—Me exilia, dices.

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Solo sé que te exilia. Aquí tienes su decreto, tómalo y léelo tú mismo.

El escriba extrae de su toga el pliego con sello, contempla de frente a su amigo y se lo entrega: ¡quién iba a decirle al íbero emigrante, cuando llegó a Roma y conoció a su admirado Ovidio, que veinte años después le entregaría en mano la orden de su exilio!

—Lo ha escrito el propio Augusto de su puño y letra. Lo ha sellado él mismo. Nadie lo ha leído, no ha permitido que nadie conozca los motivos de tu exilio. Solo tú y él mismo. Yo no sé lo que dice. Solo me ha pedido que te lo entregue personalmente, en mano.

—¿Le has dicho tú que yo estaba aquí, en la isla de Ilva, en casa de Máximo Cota?

—No. Tú me lo dijiste, pero yo no se lo he revelado. El *princeps* sabía perfectamente dónde estabas... y a qué has venido aquí, supongo.

—Sus espías... o los de Livia.

—Quizá por eso Augusto, azuzado por Livia, se ha apresurado a redactar la orden de exilio. Además de indicarme que te entregara el decreto en mano, el emperador me ha pedido que te diga otra cosa...

—Augusto sabe de nuestra amistad.

—Y te aprecia.

—¿Sí? ¿Porque me aprecia me destierra?

—Quizás así salva tu vida, como hizo con Julia, a la que al cabo de siete años en la isla Pandataria trasladó a Rhegium, un exilio algo más benigno, y allí sigue. Porque muchas voces en Roma clamaban y claman en favor del retorno de Julia: sigue siendo muy popular...

—Lo sé, ¡y me alegro! Y Augusto no me matará, por mucho que Livia pueda habérselo sugerido. Se cuida mucho de asesinar a poetas, es religioso con respecto a los vates, por poetas y profetas. Como buen romano antiguo, César Augusto siente reverencia hacia la palabra.

—Lo hemos comentado alguna vez, sí...

—¡No matará a un poeta! Tal acción atraería sobre su cabeza una maldición eterna, y él lo sabe. Sabe que la palabra hablada invoca, que la palabra escrita convoca. Que por los versos de la Sibila de Cumae hablan los dioses, que los textos poéticos son proféticos por su naturaleza, que no hay profecía sin poesía. En su cuna

bien profetizaron que sería emperador... Es consciente de que un *carmen* puede glorificar o puede matar, puede dar salud o impotencia. Sabe que la gloria de Aquiles y de Ulises viene por Homero. Por eso encargó al poeta Virgilio la *Eneida* sobre su antepasado Eneas, y ha mimado a los poetas mediante Mecenas y Mesala. Augusto considera que los hombres solo pueden llegar a ser dioses si los poetas lo deciden. Y aunque lo ignore, estoy divinizándolo en la obra que escribo, mis *Metamorfosis*.

—¡Hombre, seguro que le gustará saberlo, Ovidio! Puedes explicárselo tú mismo porque, como te decía, hay otra cosa que me ha encargado que te diga: quiere una cita secreta contigo en Roma antes de que partas hacia tu exilio.

—¿Quiere regodearse con mi desgracia...? Supongo que lo necesita por lo que le he hecho sufrir con *Amores*, con *Ars amatoria*, con *Medea*... ¡Cómo le habrá calentado la oreja Livia por mi culpa...! Bien, así será: me llevarás a esa cita, tú mandas. Y ahora, veamos qué isleta me ha reservado Augusto, y por cuánto tiempo...

Ovidio rompe el sello del papiro que contiene el decreto, lee la orden y palidece... Trastabilla ligeramente, busca un lugar dónde sentarse. Lo hace en el banco de piedra que hay junto al muro de la casa y se queda un buen rato en silencio, con la mirada perdida en unas hormigas que se afanan al lado de su sandalia.

—¡Tomis!

—¿Dónde queda eso?

—Tomis. —Ovidio parece no oír la pregunta de Urgídar, solo una palabra resuena en su cabeza—. Augusto me exilia a Tomis. Y sin fecha de retorno.

—¿Dónde está?

—En los confines del imperio, en la Moesia Inferior, a orillas del Ponto Euxino, un mar que se hiela en invierno, Urgídar. Es... es un lugar horrible. ¡Tomis! Una vez te hablé de ese rincón del imperio, ¿lo recuerdas?

—No.

—Tomis, la inhóspita costa en la que un rey enterró los despojos de su hijo, descuartizado por Medea sin piedad y arrojado al mar. ¡Medea! Mi castigo por haberla señalado... Sí, Medea me descuartiza... y mi rey me entierra. ¡Está claro! Está claro...

Máximo Cota, el dueño de la villa, no sabe cómo consolar a Ovidio, abatido por su inminente exilio. El poeta, un hombre refinado y urbanita, dejó atrás el solar rural de sus padres siendo joven para saborear la tumultuosa vida de la populosa Roma... y ahora es expulsado a los confines del imperio, a desiertos inhabitables.

En una de las salas que se abren al atrio con *impluvium*, el anfitrión sirve un refrigerio a sus dos invitados. Y se compromete ante ambos a hacerse cargo de todos los textos que Ovidio quiera escribir y enviar desde el exilio, para su custodia y difusión.

—¡Los lectores de la posteridad te lo agradecerán, Máximo! Augusto me dice en su decreto que ha ordenado la retirada de mi *Ars amatoria* de las bibliotecas públicas...

—La gente seguirá leyéndote de todas formas —tercia Urgídar—, y yo prometo también ayudar a que así sea.

Ovidio está ultimando sus delicadas *Metamorfosis*, su erudita interpretación literaria sobre los dioses antiguos, y agradece a sus amigos su respaldo. En realidad, el poeta no teme por la pervivencia de su obra: está convencido de que sus versos lo sobrevivirán durante siglos, y así se lo han vaticinado augurios que suele consultar...

Su abatimiento se debe a su propia existencia: a sus cincuenta y un años se ve expulsado de la civilización, a unas tinieblas exteriores que se le antojan un infierno en vida, lejos de la gente que lo aclama como maestro.

Lejos de los jóvenes cultos que leen su obra.

Lejos de las muchachas en flor que lo veneran porque él les ha regalado el poder sobre su placer, el poder de esgrimirlo ante los hombres.

Lejos de sus lectoras y lectores, de poetas y músicos, de actores y mimos, de bailarines y filósofos, de toda la gente interesante que vivifica la Roma que Augusto momifica.

Lejos de Fabia, su serena esposa, y de Nerula, su hijastra, que también escribe poemas y a la que llama Perila.

Lejos de Ovidia, su hija, que se ha casado con un cónsul y ahora vive en Libia, y lejos de las dos nietas que le ha dado...

Lejos de la Roma de Julia, que ha sido la ciudad más viva y divertida, y que tanto añora desde hace diez años.

Y lejos de Julia la Menor, lejos de Julilla, como ahora la llama, que tiene veintisiete años, la misma edad que tenía su madre cuando la conoció...

Ovidio piensa sobre todo en que el destierro lo aparta de Julilla, con la que en los últimos cinco años ha compartido algo más que los versos del *Ars amatoria*. Julia la Menor, su Julilla... que lo venera y que le ha regalado, a sus cincuenta y un años, algunas noches de segunda juventud, porque uno tiene la edad de la piel junto a la que se despierta...

Ovidio piensa sobre todo en la joven Julilla y en el viaje de retorno a Roma decide sincerarse con Urgídar acerca de un reciente encuentro con ella, una reunión en la que ambos vieron lo que no deberían haber visto...

—Urgídar, cuando quieras regresamos a Roma.

Videncia

El barco zarpa de Ilva y enfila la proa hacia el sur, hacia Roma. Acodados en la borda de estribor, Ovidio y Urgídar no miran hacia la metrópolis, sino hacia Planasia.

—Ahí vive tu hijo, Urgídar. ¿No sientes curiosidad por saber cómo está Marco?

En los últimos cinco años, Ovidio ha merecido la confianza de Urgídar acerca de Marco, ese esclavo con el que su amigo trata a menudo. Ya sabe que es su hijo robado, el hijo felizmente reencontrado. Pero solo ellos dos y el propio Marco saben que el joven es hijo de Marcia, y que su padre es Urgídar. Nadie más. Dada la preparación y pasión de Marco, ha compartido frecuentes reuniones literarias con el mayor poeta vivo de Roma, fascinado, antes de su exilio en Planasia junto a Póstumo, el año anterior.

—Sí, pero no nos acercaremos, Ovidio.

—De acuerdo.

—La tripulación informaría al *princeps*: nadie puede visitar a Póstumo sin permiso del emperador.

—¿Estarán bien ahí?

—Hay una villa que Augusto mandó construir, con las comodidades elementales, por lo que sé. Es paradójico: ahora que Marco es ya un hombre libre, ¡vive en una prisión por propia voluntad!

—¿Póstumo manumitió a Marco?

—Sí. Pregunté a Augusto si la deportación de Póstumo afectaba a su esclavo, y él brindó a Póstumo la ocasión de decidir. En ese momento Póstumo miró a Marco: «¿Quieres ser libre?», le preguntó. «Sí», respondió él, «pero no me separaré de ti». Y Póstumo manumitió a Marco en el foro, ante la estatua de Marsias, tocándolo con el gorro frigio. ¡Es libre!

—¿Qué nombre le ha puesto Póstumo?

—Como es habitual, el mismo del amo más una particularidad. Así, mi hijo es ya un liberto y se llama Marco Vipsanio Agripa Lector.

—¡Lector!

—Sí, Póstumo prorrumpió en risas cuando se le ocurrió, dada la afición de mi hijo por la lectura..., y a Marco le encantó la ocurrencia. Y así se llama.

—¿Tiene tu querido Lector algo para leer en la isla?

—Sí, me he encargado de ello... Entre otras obras, dispone de tu *Ars amatoria*...

—... que es también un poco tuya, no lo olvides.

—Has venido a Ilva para visitar clandestinamente a Póstumo en Planasia, ¿verdad, Ovidio?

—Iba a ayudarme Máximo Cota, que tiene una nao. Él sabe a qué hora de la madrugada y por dónde desembarcar en Planasia para que la guardia no se percate. ¿Cómo lo has sabido? No te confié nada para no comprometerte...

—Livia teme que alguna facción antitiberiana reivindique a Póstumo para

oponerlo a Tiberio. Que lo saquen de la isla y lo lleven a Roma. Espía a todo tu círculo. Lo supo. Y habló con Augusto. ¿Te destierra por eso?

—Augusto me destierra por un *carmen* y un error.

—¿El *carmen* es el *Ars*?

—Sí, aparentemente: me acusa de *doctor adulterii*, maestro de adúlteros. Pero hay algo más: seguro que Livia ha insistido pensando en mi *Medea*... Dentro de poco habrán robado y quemado todas las copias de mi tragedia, hasta que no quede ni una en todo el imperio, igual que ya no queda ni una efigie de Julio Antonio ni un ejemplar de su *Diomedea*. Livia ha condenado a *Medea* a una secreta *damnatio memoriae*...

—Y el error, Ovidio, ¿cuál es?

—Algo que mis ojos vieron sin pretenderlo. Algo que afecta a César Augusto... Pero antes, dime algo: ¿cómo está Julia la Menor?

El escriba guarda silencio por unos instantes... Preferiría callar sobre el destino de Julia la Menor y esperar a que el propio Ovidio se enterase en Roma, quizás en su reunión con Augusto. Bastante duro ha sido comunicarle su propio exilio como para cargarle también con la suerte de la joven... Pero si su amigo Ovidio le pregunta directamente, Urgídar no quiere ocultarle lo que sabe.

—Acaba de ser exiliada.

—¿Adónde?

—A Trimerus. Una islita diminuta en el mar Adriático...

—Supongo que acusada de adulterio, ¿no es cierto?

Ovidio se entristece. No podrá despedirse de su Julilla. También entiende que su exilio y el de la hija de Julia están vinculados, y que acaba de repetirse en ella la tragedia de la madre, diez años atrás, como si se tratase de una cíclica maldición familiar.

—Veo que ya lo sabes, Ovidio.

—No, pero deduzco lo sucedido. Porque Julilla me pidió que visitase a su hermano Póstumo y le contara... que le contara algo que ella y yo vimos juntos... Solo eso... Augusto ha desmontado otro complot, ¿no?

—Sí. Emilio Paulo, marido de Julia la Menor, ayer se suicidó. Y ella ha sido acusada de adulterio con un joven noble, Decio Junio Silano, que ha abandonado Roma...

—La misma salida de Augusto para desmontar la conspiración sin ruido, con rapidez y eficacia, y sin tener que ejecutar a su nieta por alta traición... Lo cual sería escandaloso y minaría su autoridad.

¡Alta traición! Ovidio sabe que Augusto también puede acusarle a él de lo mismo, por sus compañías, algunas de ellas implicadas en una trama política. Pero Augusto no se atreve a ejecutar a un poeta, por temor religioso. ¡Y menos todavía a uno tan popular, al mayor poeta vivo! Ovidio no se tiene por conspirador político, sino filosófico. Los fastos y enredos del poder le parecen contrarios a la pureza espiritual.

—¿Y qué es eso que visteis tú y Julia la Menor, Ovidio? —pregunta Urgídar.

El gran escritor ha renunciado desde joven a las ambiciones de la carrera política, comulga con un neopitagorismo que propone la contemplación y el autoconocimiento, la música y la geometría, la sobriedad material y una sensualidad más fundada en la afinación de los sentidos internos que en la acumulación de estímulos externos. En realidad practica un epicureísmo de la amistad, un estoicismo social y elegante..., y algunas mancias.

Algunas mancias. Ovidio ha asistido con frecuencia a rituales de adivinación a cargo de vates y viejas brujas etruscas a quienes conoce y respeta, poetas sibilinos y proféticos. Piensa en ello mientras contempla el fondo del mar y musita uno de sus versos de *Amores*:

Oiga el que desee conocer a cierta meretriz: es una vieja llamada Dipsa. Ella conoce las artes de la magia, las canciones de Colcos y los conjuros que obligan a retroceder las rápidas aguas hacia su fuente. Sabe muy bien las virtudes de las plantas, del lino arrollado en el rombo y del virus que destilan las yeguas en celo. Si quiere amontona las nubes en el vasto cielo, y si quiere brilla la luz del día en el firmamento azul. ¿Lo crearás? ¡Yo he visto a los astros destilar gotas de sangre, y he visto ensangrentado el purpúreo cerco de la luna!

Por eso no se confunde Ovidio con las artes de Livia... Sabe que ella actúa con las mañas de la magia, los filtros de hierbas, los venenos, las vísceras de animales, los muñecos asaeteados de agujas, las tablillas de plomo esgrafiadas de maldiciones demoníacas...

En uno de los conciliábulos mágicos al que acudió Ovidio recientemente lo acompañó Julilla, y la joven se atrevió a preguntar por el destino de su abuelo, sobre el final del anciano emperador... Ovidio se sobresaltó, consciente de la prohibición de preguntar en Roma sobre Augusto a astrólogos y adivinos. Pero oyó y vio.

Julia la Menor se envalentonó y preguntó también sobre Livia —temblaron las llamas de las velas, algunas se apagaron—, Tiberio, Póstumo, su reciente cuñado Germánico... Se tiñó un espejo de sangre...

Alguno de los presentes debió de revelar lo sucedido en este ritual a los espías de Livia en el Palatino, y señaló la presencia de Publio Ovidio Nasón, el poeta vivo más egregio de Roma...

Ovidio, el que mina con sus obras las leyes julias del matrimonio y el adulterio, el poeta aclamado por la sociedad romana... asiste a un augurio sobre la muerte de su emperador. ¡Crimen de lesa majestad! ¡Y con la hija de la hija exiliada! Augusto se enfurece, no osa matar al infractor, siempre cerca de las mujeres de su familia, pero...

—«Ovidio Publio Nasón, por la impudicia de tu *Ars*, contrario a las leyes julias de moral romana, y por invocar augurios sobre la muerte del emperador, crimen contra la *lex iulia maiestatis*, ordeno tu relegación a Tomis» —leyó Ovidio en el decreto, de puño y letra de César Augusto—. Vi lo que no debía haber visto, Urgídar. No pude dejar de ver. Eso me condena. No hay reparación posible. No puedo hablar

de ello.

Ovidio vio. Lo que captaron sus sentidos esa noche le estremeció e inmediatamente intentó olvidarlo. La adivinación, entre llamas oscilantes, hígados de cordero y vísceras de animales, espejos y astros, señaló sangre mezclada de Marco Antonio y César Augusto en Agripa Póstumo, y apuntó igualmente a su frenética determinación contra su abuelo, que al cabo de seis lupercales habría de acabar con su vida y que apenas le sobreviviría una luna... La adivinación señalaba que sí subsistiría sangre de Augusto junto al fallecido Póstumo, en el signo de Géminis teñido de leche... ¿No tenía Póstumo un hermano de leche? Ovidio entendió que el auspicio señalaba al joven Marco, el esclavo manumitido, y que desvelaba que por las venas del liberto Marco corre sangre de César Augusto. Pero calla. Urgídar nunca le ha hablado de eso, porque quizá ni él lo sabe. Así que mejor callar, piensa Ovidio... Por ahora.

En la proa de la pequeña nave, Ovidio y Urgídar enfilan la desembocadura del Tiberis en Ostia y ascienden por el río hasta Roma, que se muestra dorada por la luz del crepúsculo. Y ya en las puertas de la ciudad inmortal, el mayor poeta vivo, que es también un mago de la palabra y el canto, decide confiar a su entrañable amigo íbero algo de lo que vio.

Que una magia muy poderosa le reveló que corre sangre del divino Augusto por las venas de Marco, el hijo de Marcia, el joven al que Urgídar considera su hijo.

Que se lo dice al oído porque ya no dispondrá de ninguna otra ocasión para contárselo sin peligro.

Y que quizás Augusto también lo sepa...

Marcia habla

Ovidio y Urgídar desembarcan en el puerto fluvial de Roma, al pie del monte artificial que crece desde hace setenta años con los restos cerámicos de ánforas, la mayoría con aceite de la Bética, llegadas desde Hispania por barco: el monte Testatio. Una litera y cuatro guardias los esperan en el muelle y los escoltan hasta la casa de Ovidio, para que este pueda despedirse de Fabia, su esposa. Por fortuna, la relegación es una pena de exilio que no comporta la confiscación de la casa y bienes del proscrito, y Ovidio los deja en manos de Fabia, para que ella y su hija Nerula sigan disfrutándolas. El poeta le pide a su mujer que, en su ausencia, haga lo posible por rehabilitar su nombre y conseguir su perdón, intercediendo ante Livia.

Algunos amigos, advertidos por Urgídar, se presentan en la casa y abrazan al maestro. Otros no han querido ir a despedirse, para no comprometerse a ojos del emperador... Esto entristece mucho a Ovidio, que a pesar de no haber salido aún de Roma ya empieza a vivir el dolor del exilio.

Urgídar también abraza al poeta, llora amargamente y se compromete a responder las cartas que el exiliado quiera escribirle desde Tomis.

—Si me lo indicas, entregaré cartas tuyas a Augusto. Quizá se apiade al leerlas y pronto te permita volver.

—Lo harás y te lo agradeceré. Pero para que yo regresara debería apiadarse Livia. Y eso... Fabia lo intentará, pero sé que es muy difícil.

—Livia tiene sesenta y siete años, algún día ha de morir... —musita Urgídar.

—Si estoy en lo cierto en lo que respecta a la magia de esa mujer, sobrevivirá largamente a César Augusto.

—No dejes de escribirme, yo te informaré de los sucesos de Roma...

Tras las despedidas y las lágrimas, los guardias escoltan al poeta Publio Ovidio Nasón, relegado, al barco que ha de llevarlo a su exilio en el fin del mundo.

Pero antes, clandestinamente, lo conducen al monte Palatino. Le espera un emperador.

Tras ver partir a Ovidio, Urgídar siente el mordisco lacerante de la soledad. Su familia quedó en Lesera hace ya veinte años, su padre adoptivo está muerto, su esposa también, su hijo se encuentra preso en una isla, su mejor amigo parte al exilio... Entra en su casa, la *domus* del viejo Numerio, y se acoge a la creencia de que las almas de los muertos se quedan a vivir en el lugar donde vivieron. Después de la revelación de Ovidio acerca de la sangre de Marco, formulada por una hechicera en una sesión de adivinación sobre miembros de la familia de Augusto, siente necesidad de hablar con Marcia, su esposa muerta. Enciende el fuego del hogar, deposita unas judías pintas en el altar de los dioses lares, para alimentar a las almas, y habla.

—Marcia, recuerdo ahora el luctuoso día de tu funeral, cuando el sacerdote abrió tus ojos para que vieras la última luz. Recuerdo que pronunció tu nombre y depositó

una moneda en tu boca para pagar a Caronte el viaje por la laguna Estigia en el inframundo. Y prendió la pira, y extinguí el fuego con vino, sin mojar tus cenizas, para que tu alma no se embriagase. Y limpié tus huesos con cariño y vino añejo, que protegí en una urna llena de flores, a la que di buena sepultura. ¡Que tu alma libre me escuche ahora con el mismo afecto que siempre me tuviste! Yo me conjuré, ante el cadáver de tu abuelo, para protegerte. No supe hacerlo. Espero que me hayas perdonado. Te diré que he encontrado a nuestro hijo, a tu hijo. Es un hombre recto y cabal. ¡Un hombre libre! Ahora recuerdo un sueño que me contaste durante tu gestación: alumbrabas una antorcha. Entonces no lo entendí, ahora sí: es el sueño que tuvo Hécate cuando estaba embarazada de Paris... Este sueño habla de la virgen violada por una divinidad, como tantas veces en la mitología. Tu hijo será una luz para el mundo, estoy seguro. Y recuerdo otra cosa, Marcia: la mañana en que visitamos a Ovidio en su oficina y te mareaste, con el niño en brazos. Te mareaste cuando Ovidio mencionó a Augusto... Te mareaste y pusiste a tu hijo en mis brazos. De Augusto a mí.

»Marcia, nunca te pregunté nada en vida, nunca te juzgué ni te juzgo. Eras una joven bella e ingenua que soñaba con salones de villas y palacios. Hoy sé que todo ocurre por algo. Ahora tu hijo es un hombre, y traerá belleza a este mundo. Se llama Marco. No tendrá que vengarte, pues ya lo hice yo: los que te mataron y lo raptaron a él están muertos. Antes de morir, Turenio me dijo el nombre de quien te violó, y no supe si creerlo porque supuse que era para protegerse, frenarme o espantarme. Ahora, una adivina muy poderosa ha revelado a Ovidio, que con sus cantos diviniza a Augusto, que fue el emperador quien engendró en ti, que eras virgen. Marcia, nunca te pregunté nada, pero ahora sí lo hago: ¿fue Augusto?

El fuego del hogar produce una llamarada inusitada y luego se consume pausadamente. Esa noche, mientras duerme en el lecho conyugal, Urgídar sueña: Marcia sostiene en sus brazos a su bebé, que duerme, y señala con un dedo el pecho del niño, mostrando las siete diminutas pecas que dibujan en su blanca piel la Osa Mayor, la constelación que, como toda Roma sabe, campea en el torso de César Augusto.

Constelación familiar

Augusto recibe a Ovidio en su estudio privado. Ordena salir a los guardias y cerrar la puerta, en una de cuyas jambas hay un clavo de ataúd para ahuyentar a los malos espíritus. Quedan los dos a solas. Después de dominar el mundo, Augusto quiere tener delante al único hombre al que teme: Ovidio. Augusto y Ovidio. Frente a frente. El emperador y el poeta. El moralista y el libertino. El gobernante y el artista. Dos magos. Roma y Amor.

—He desatado tu ira, César Augusto: imploro tu gracia.

—Ovidio, conoces la *lex iulia maiestatis*: ¡las adivinaciones sobre mi futuro son un crimen de Estado!

—No busqué esa predicción, no la solicité, sucedió sin quererlo yo, mis ojos no pudieron evitar verla.

—Ya me lo advertía mi buen amigo Mecenas, ¡y cuánto lo añoro!: «Cuídate de las reuniones mágicas, ahí se fraguan sociedades secretas y conspiraciones peligrosas para el gobernante». Tú conspiras contra Roma, Ovidio. No te quiero aquí.

—Solo conspiro en favor del amor. ¿Son mis poemas una amenaza?

—Si el amor no sirve a Roma, no sirve. Y veo que los que te leen a ti, están contra mí.

—No soy la causa. Roma era de barro y tú nos la dejas de mármol. Pero, Augusto, si destierras el amor, los fríos mármoles se agrietan, porque Roma son los hombres y mujeres de carne y hueso que la habitan.

—Os doy juegos y distracciones, circos, termas y teatros.

—Nos das leyes que obligan al matrimonio. Leyes que castigan nuestras pulsiones, la pasión de Eros.

—Si no encauzo el agua del Tiberis, la ciudad se anegará. Del mismo modo, si no encauzo esas pulsiones, Roma quedará sumida en el caos.

—El caos vendrá de castigar la pasión erótica. Acógela con alegría y condescendencia.

—Eres un irresponsable, Ovidio. Tu *Ars amatoria* es un peligro constante, tanto para Roma como para mí. Admito tu poder. Dime, ¿qué magia insidiosa contienen tus poemas? ¿Qué encantamientos y conjuros? Veo que dominas los sortilegios del canto y la palabra, veo que tu *carmen*, tu *Ars amatoria*, enloquece y desquicia a las mujeres: ¡un obstáculo para mi gobierno!

La respiración de Augusto se agita. Es un hombre anciano, se le acelera el pulso. El emperador tiene delante al mayor poeta de Roma, al artista que querría a su servicio, pero que le desafía. Durante años ha intentado fingir indiferencia. Pero ya no puede más. ¡Tiene que desterrar a Ovidio!

—Estoy harto de intrigas, ¡y siempre estás tú detrás, Ovidio! Yo estoy viejo, tú tienes cincuenta y un años y tu genio no se extingue, inspiras a muchas y muchos, te aclaman... Los que te leen se alejan de los compromisos del Estado, del servicio

público. Eres mi mayor amenaza...

—*Princeps*, ¿no has leído mi *Remedia amoris*? Después del *Ars amatoria* he publicado estos remedios, consejos para liberarse de la tiranía de Eros. ¡Mi musa no es licenciada, Augusto!

—¿Te burlas de mí? Son frágiles remedios que no reparan el mal que has causado. Por eso te envió bien lejos. ¡No te dejaré enredando aquí, en Roma, tras mi muerte!

—No la deseo.

—¡Falso! Todos la deseáis. Todos esperáis que yo desaparezca para abolir mis leyes. Los jóvenes ¡y también las mujeres! Empujan, empujan, lo sé... Tengo setenta años, estoy viejo, cojeo, no veo con el ojo izquierdo, los pocos dientes que me quedan están separados y gastados, mis cabellos son escasos y amarillean, la piel reseca, con eccemas y llagas... —Augusto se detiene, respira hondo, alza la voz—, ¡pero me moriré cuando yo diga, no cuando lo decidan cuatro conspiradores!

Ovidio entiende que está perdido. Nada le evitará el exilio. Porque... ¡Augusto le teme! El destierro, ahora lo entiende, equivale a un reconocimiento... El emperador teme el poder de su *carmen*, de sus versos, de su palabra. ¡Augusto, con su castigo, ensalza su obra! ¿Qué mejor aplauso? ¿Qué mejor triunfo que un decreto imperial de exilio? En este momento, el poeta se siente distinguido por el dueño del mundo: ¡le destierra! Tanto le teme... Augusto busca reposo, y se sienta en un banco.

—Duermo mal, Ovidio. Padezco de insomnio, es algo sabido. Pero cada vez más. Veo conspiraciones por todas partes. ¡Lo daría todo por dormir bien! ¿Ves esa almohada?

—Sí.

—Es la de un hombre que acaba de morir. He pedido que me la traigan. Ese hombre tenía tremendas deudas, grandes preocupaciones, ¡pero no perdió el sueño y acabó cumpliendo con todas sus obligaciones! La almohada está ligada al sueño, como bien sabes... Así que gracias a esta almohada, esta noche dormiré mejor.

Ovidio mira alrededor y ve objetos que reconoce como talismanes de protección: Augusto también es un poeta, pero un poeta del temor y del poder. Todo le habla. Para él, todo cuanto lo rodea son indicios y augurios, señales y amenazas. El rayo. Las nubes. Las aves. La luna. Un cometa muy grande y luminoso cruzó el cielo hace poco. «¡Augurio de tu divinidad!», interpretó Trasilo, el astrólogo del emperador. Y Augusto acuñó monedas con el cometa sobre su cabeza. El *princeps* quiere controlar todos los signos, el azar, las vidas de los demás y también su propia muerte.

Ahora Ovidio ve que el insigne hombre no puede dominar ni su propio descanso, que es incapaz de dormir tranquilo. Ovidio se sienta en otro banco, delante de Augusto, y se apiada de ese viejo asustado y omnipotente que lo destierra. Sabe que no volverán a verse y decide hablarle claro.

—*Princeps*, los encantamientos nos los hacemos con cada acción. Tu destino es tu carácter. Y tu carácter te ha impuesto una cosa: crecer. A costa de lo que sea.

Porque tu familia era modesta; porque supiste que tu padre quiso echarte a los perros al nacer, al verte frágil; porque no eres alto. ¡Todo lo has hecho para crecer! Engrandeces Roma para sentirte tú más grande. Tu padre murió antes de verte dominar el mundo, ¡y por eso pugnas para que Roma sea inmortal y los siglos vean tu gloria!

La ira enciende el rostro del emperador. ¡Nadie le habla así! Solo Mecenas lo hacía, a veces... Si alguien se atreve, poco dura a su lado. Ovidio tampoco durará, piensa. Ya es un hombre relegado. Y se aplaca.

—Ovidio —replica, jactancioso—, conmigo el gobierno ha recuperado autoridad; el Senado, majestuosidad; los tribunales, su iglesia, y se han prohibido las protestas en el teatro, se honra la integridad y se castiga la depravación.

—A costa de sangre e infelicidad... Mira a tu alrededor... ¿Qué has conseguido tratando a las mujeres de tu propia familia como a ganado, como si solo fueran úteros para Roma?

—Los hombres ponen sus espadas, las mujeres ponen sus vientres. Es lo mismo, cuestión de deber. Yo también me entrego a Roma.

—No has respetado ningún sentimiento de ternura, has degollado el amor. ¡Y mira el resultado! Tu nieta Julia la Menor, exiliada en una isla, y su marido suicidado. Tu nieto Póstumo, recluido en otra isla. Tu hija Julia, primero en una isla y ahora relegada en Rhegium...

—¡Basta!

—... tu nieto Cayo renunció a todos sus cargos antes de morir, hastiado de tu presión, aplastado bajo tanto peso. Tu hermana Octavia fue desgraciada en su matrimonio con Marco Antonio. Para conseguir a tu esposa, se la robaste a su marido. Apartaste a Tiberio de Vipsania y los hiciste desgraciados a ambos...

—Llorón.

—A Marcela le quitaste a Marco Agripa para darla a Julio Antonio, que luego se suicidó. Te casaste y repudiaste a dos esposas por interés... ¡Atentar contra el amor trae consecuencias funestas, Augusto!

—Mis dos cánceres han sido mi hija y mi nieta, ¡y tú has estado muy cerca de las dos, Ovidio, has sido tú...!

—No, no me culpes de nada. Más cerca de ellas estuviste tú, su padre y abuelo: no amaste a tu hija, Augusto. Por eso ella buscó el amor en otro sitio, y con una avidez causada por tu abandono.

—La amé y no me respondió.

—No la amaste, la obligaste a casarse por tres veces, sin amor, sin desearlo ella. Y lo mismo hiciste con tu nieta. En tu familia has sembrado interés y ambición en vez de amor. Y ese desamor emparará a tu descendencia.

—Me hablas ahora como un mago de esos que consultas a escondidas...

—Los tuyos no son buenos, pues no es preciso ser un gran adivino para saber qué pasará con tu familia, producto de tu ambición y desamor.

—¿Qué pasará con mi familia, Ovidio?

—Tu familia será hija de lo que has hecho con ella. Tu desamor engendra desamor. Has consumido tu vida sembrando desafecto en tu familia, y tu último nieto es el fruto de esta siembra, él te lo demostrará... Tu descendencia rebosará de ninfómanas y sátiros, que buscarán saciar con sus ingles desaforadas su insondable vacío de cariño...

—Eres muy osado, Ovidio...

—Tu estirpe se colmará de violadores, como tú has violado vírgenes y esposas de amigos. Y se llenará de incestuosos, marcados por las bodas que has impuesto entre miembros de tu familia, y fornicarán hermano con hermana, y habrá también infanticidas, parricidas, uxoricidas, asesinos y pirómanos. Y una esposa de emperador se prostituirá como una meretriz de la Subura, y un día, un nieto de una nieta tuya, el último descendiente de tu linaje incendiará Roma.

—Ovidio, no te arrojo al río porque los dioses me castigarían con el rayo. ¡Sal de aquí, parte de Roma, no te detengas hasta la Dacia!

—Me relegas, me voy. Has despreciado el amor, y así es imposible construir nada. Es la sombra de tu dedo la que maldice a toda tu descendencia. Y también a Roma. ¿Cuánto crees que perdurará así el imperio?

—Lo que no perdurarán son tus poemas. Yo mismo me ocuparé de ello. De tu *Medea* ya se encarga Livia, y apenas quedan copias...

—Has perdido, Augusto. Mi *Ars amatoria* se lee y se leerá dentro de dos mil años, porque mi canto ha dado poder a la mujer, el poder de su propio placer. Y una vez que la mujer lo ha conocido, no renunciará a él. Lo intentarás tú y mil veces otros como tú que vendrán, pero siempre habrá mujeres resueltas a gobernar su cuerpo, su placer y su libertad, en compañía de hombres capaces de sobreponerse a todos los tiranos.

LIBRO IV (años 14-18 d. C.)

El tierno amor se alimenta de dulces palabras.

OVIDIO, *Ars amatoria*

El final de Póstumo

(Caprae-Planasia, año 14 d. C.)

Urgídar acaricia con cuidado y respeto el gigantesco hueso. Está hincado en el suelo, en pleno jardín de la villa de Augusto en la isla de Caprae. El hueso tiene la consistencia de la piedra. No es el único, hay otros dos o tres, similares. ¡Huesos de gigantes! Osamentas de titanes, colosales restos óseos de semidioses de la vieja mitología griega.

—¿Qué te parece, Urgídar? Mira, mira qué tamaño descomunal, ¿has visto ese hueso? ¿Y ese otro? Corresponde a una tibia humana, ¡de modo que su dueño debió de medir unos treinta pies de altura! ¡Un verdadero gigante!

Habla César Augusto, que contempla con deleite los huesos y no se cansa de admirarlos. Emergieron del subsuelo años atrás, cuando los operarios excavaban los cimientos de esta fabulosa villa de Caprae, y el emperador dispuso que se exhibieran en los jardines, para asombro y espanto de visitantes. Aunque el *princeps*, ahora, no recibe a nadie... Busca sosiego, y ningún lugar mejor que esta villa, su residencia favorita, en la soleada y segura isla de Caprae, en el golfo de Neapolis. Urgídar acompaña a Augusto en un paseo por los jardines.

—Los relatos de la antigüedad se confirman ante huesos como estos —comenta Urgídar, maravillado—. ¡Los semidioses y titanes pisaron la tierra! A menos que los huesos sean de esqueletos de animales gigantes de tiempos remotos...

—No tengo ninguna duda de que son huesos de titanes —zanja el emperador.

La villa de Caprae, rodeada de fastuosos jardines, se erige sobre un elevado acantilado, una proa hacia el mar que la convierte en un barco de piedra con todos los lujos imaginables, baños con habitaciones y piscinas de agua caliente. De todas las villas secretas para uso de Augusto, dispersas por la península itálica y sus islas, la de Caprae es su favorita.

César Augusto vive obsesionado por su seguridad. Tiene setenta y siete años, se siente viejo y frágil y ve conspiraciones contra él por todas partes. Desde que hace seis años descabezó la penúltima, está siempre alerta. Por eso le gusta tanto esa isla rocosa, de escarpadas costas y, por tanto, fácil de defender. La villa es muy segura. Y el lugar goza de clima suave, aire muy puro, espléndida vegetación y amplísimas vistas al mar. Augusto da una indicación a su escriba de confianza:

—Vamos adentro, Urgídar, ¡tenemos que trabajar...!

El íbero le ayuda a desplazarse hacia el interior de la casa. El emperador es un anciano, cojea visiblemente. Ha sabido disimular durante toda la vida una cojera de juventud, causada por una herida en Hispania, pero ahora... Al entrar en la casa, el emperador trastabilla y cae al suelo. Apenas emite un gemido.

—Ya me siento mejor, incorporadme.

Dos sirvientes incorporan al emperador en su lecho, donde se recupera de la caída que ha sufrido tres horas antes. Un médico ha preparado un unguento con aceites aromáticos, ha friccionado las costillas y el diafragma del emperador y ha improvisado un vendaje. César Augusto les hace salir a todos de la habitación y se queda a solas con su escriba.

—Trabajemos, Urgídar. Estoy viejo, tengo setenta y siete años... Ya no me aguanto en pie, lo has visto... No ha sido nada, por suerte. Pero me duele todo, todo... Lo peor son las noches: duermo poco y mal... Y a veces me visitan fantasmas del pasado... Tantos que quedaron atrás... Procuero no apagar la candela, no quedar a oscuras. ¿Y si alguien viniera a matarme, Urgídar? ¡Maldito insomnio! Me siento muy cansado, cada día más débil, casi no puedo masticar, la vida se me escapa... Esto no durará mucho... Lo tengo claro, muy claro. ¡Quiero enviar una carta, Urgídar! Toma nota. Será una misiva para Livia, en Roma. Escríbele pidiéndole que lo disponga todo para formar un comité de sucesión en el Palatino.

—¿Un comité de sucesión? ¿Se lo digo con estas palabras?

—Sí, sí. Lo formaremos Livia y yo, y dos o tres consejeros que acabaremos de decidir juntos..., y tú como secretario, Urgídar. ¡Ha llegado la hora! Me muero.

—No.

—Sí. Me muero. Cada semana estoy un poco más débil y enfermo, cada semana tengo un achaque nuevo. Y hay que dejarlo todo muy bien preparado para mi sucesión.

—Pero Roma... todavía te necesita, *princeps*.

—Lo que Roma necesita es paz y orden.

—Paz y orden...

—No tienes ni idea de lo que era Roma antes... Los jóvenes no valoráis lo que tenéis... ¿Qué edad tienes?

—He cumplido cuarenta y cuatro años, ya no soy joven, Augusto.

—Bien, pues justo cuando nacías en tu lejana Lesera, Marco Antonio y yo batallábamos en Actium. ¡Romanos contra romanos! Derramábamos sangre romana por toda Italia, por todo el Mare Nostrum, nos matábamos como si no hubiese nada más que hacer. Sexto Pompeyo, Lépido... Todos en armas. La República sucumbió entre banderías sangrientas, tras el asesinato de Julio César nos aficionamos a las guerras civiles...

—Entonces, ¿Roma lleva disfrutando de cuarenta y cuatro años de paz, *princeps*?

—Sí, pero la paz no está asegurada. Roma es proclive a las facciones, los partidismos, los clanes... Mis espías me dicen que hay unos que quieren regresar a la República, otros que buscan una monarquía orientalizante, aquellos que no querían gobierno alguno, muchos que hablan de libertad, algunos nostálgicos de Marco Antonio que me ven como a un tirano sombrío, y hay también por ahí mucho filósofo fantasioso...

—¿Y qué pasará?

—¡Todos acechan mi muerte! Todos están esperando a que me muera para intentar imponer su visión y su capricho. Si no lo dejo todo atado y bien atado... ¡habrá guerra civil! Por eso debo preparar bien mi muerte y sucesión: ¡no echaré por la borda medio siglo de esfuerzos! Esta paz ha costado mucho, ¡mucho! No quiero que todo se pierda. Escribe ahora esa carta para Livia.

—¿Y qué le digo sobre tu fecha de regreso al Palatino, *princeps*?

—Dile que estaré en Roma dentro de dos semanas, que tenga a punto el comité de sucesión, en el máximo secreto. Ahora, escribe y envía esta carta, inmediatamente. Vuelve aquí cuando lo hayas hecho: tengo otro encargo que hacerte.

Urgídar remite la misiva para Livia y la entrega a unos emisarios que la llevarán en barco hasta Neapolis, y por tierra hasta Roma. Cuando regresa al dormitorio de Augusto, ve que el emperador se agita incómodo en el lecho.

—Me molesta este vendaje, me pica, me irrita la piel. Me lo voy a quitar, ayúdame.

Mientras deshace el vendaje del pecho de Augusto, Urgídar le pregunta en qué consiste el otro encargo que quería hacerle.

—Prepara un barco.

—Señor, ¿no has dicho que no vuelves a Roma hasta dentro de dos semanas?

—¡No nos dirigimos allí! Livia no debe saber nada del viaje que vamos a hacer. ¡Nada! Mañana zarpamos con un grupo de soldados. Vendrás conmigo.

—¿Y adónde vamos?

Urgídar formula la pregunta mientras aparta el último vendaje del torso del *princeps*. Una mancha morada en el costado izquierdo delata la contusión de la caída. La piel de Augusto está reseca, macilenta, con algunos eccemas.

Y, entre el pecho y el ombligo, Urgídar se fija en las pecas, legendarias pecas.

Son siete, siete manchas que dibujan el perfil de la Osa Mayor.

—Vamos a la isla de Planasia. Quiero ver a mi nieto Póstumo.

Augusto sube al barco en una litera de silla. Antes, ordena que den limosna a un mendigo sentado en el puerto de Caprae junto a una tabla con una *picta tempestate*, un dibujo que representa su naufragio. La tabla pintada es lo único que queda de la nave...

El barco de Augusto navega hacia el norte, con la proa enfilada hacia la isla de Planasia. Es un viaje silencioso. El emperador no habla, encerrado en un camarín de la nao y sumido en sus pensamientos. Ha decidido preparar bien su sucesión, no dejar cabos sueltos. Y su sucesor es Tiberio, el hijo de Livia, su hijastro, al que adoptó como heredero diez años atrás. Es un curtido comandante militar, preparado, experimentado, sólido... Augusto no puede evitar una mueca de desagrado, como si le mordiera uno de sus retortijones causados por la colitis: Tiberio acumula méritos y tiene el respaldo de Livia y los apoyos de las más rancias familias de Roma..., pero le

cae mal.

Por eso viaja a Planasia. ¡Y en secreto, sin que su esposa lo sepa! Se pondría muy nerviosa... Podría temer que quisiera rescatar a Póstumo como sucesor, anteponerlo a Tiberio... ¡Póstumo, qué muchacho...! Hace siete años, tuvo que desheredarlo y exiliarlo a Planasia bajo vigilancia militar. Demasiado impetuoso, agitador y airado, Póstumo protagonizó a los veinte años un conato de rebelión militar en la base naval de Misenum: en nombre de su madre desterrada, de la herencia de su padre Marco Agripa, del círculo antoniano de su tío Julio Antonio...

Ahora Póstumo está a punto de cumplir los veintisiete y quizás ha cambiado, quizá se ha sosegado, piensa Augusto. Póstumo es de su sangre, es un Julio, es su nieto, su último nieto, el hijo menor de Julia, y le inspira una inclinación y afecto que no puede sentir por Tiberio. Lo ha desheredado, pero... ¿y si Póstumo ha cambiado, y si pudiesen llegar a entenderse?

—¿Y si Póstumo se ha sosegado y se muestra razonable?

—¿Razonable? —pregunta Urgídar, al que Augusto ha llamado a su camarote.

—Sí. Era un chico airado, agresivo. Ha pasado siete años en Planasia. Ha tenido tiempo para reflexionar... Si se muestra colaborador, podría colocarlo cerca de Tiberio, y el día de mañana... ¡Protejo la sangre julia!: Póstumo... o los descendientes de su hermana Agripina, a la que he casado con Germánico..., podrían gobernar Roma.

—Ahora entiendo, *princeps*, que no hayas querido hablar de este viaje a Livia... —comenta Urgídar con aire de complicidad.

—Si todo sale bien, ¡Livia entenderá que esto protege a Tiberio!: hay en Roma facciones jóvenes que miran hacia Planasia, que quieren a Póstumo. Son una amenaza para Tiberio en el buen gobierno de Roma...

Augusto tiene razón: muchos jóvenes sueñan con Póstumo como sucesor, sueñan con una Roma más vibrante, menos rígida que la de Augusto, más juvenil y divertida. Augusto lo sabe, Livia lo sabe, Tiberio lo sabe...

Urgídar lo sabe. Pero él no piensa en el futuro de Tiberio ni de Póstumo, ¡sino en el de Marco, su hijo! Su hijo... ¿Su hijo? En todo caso, el hijo de Marcia, su desventurada esposa. El íbero vio ayer las pecas de Augusto, y... El viejo emperador, débil, frágil... ¡Qué sencillo sería acabar con su vida...! El escriba aparta este pensamiento. Ya ha matado... El emperador está a punto de morir solo... Y eso no devolverá la vida a Marcia. Lo que le importa ahora es la vida de Marco. Quiere ayudarle, en recuerdo de su malograda esposa. Y también por sí mismo, porque Urgídar no ha conocido a nadie mejor que Marco. Recto, íntegro, leal, generoso, sensible, estudioso. Urgídar sabe que Marco puede aportar algo a Roma: lee mucho, compone bellos poemas... y se ha convertido en un sutil conocedor de la obra de Ovidio, el mejor. ¿Qué será de Marco, sumido en este avispero de intrigas políticas?

—¡Nieto querido!

Póstumo abre los ojos como platos y cree ver un espectro, el fantasma de su abuelo, el emperador de Roma. Pero no se trata de una aparición: es César Augusto en persona, que lo abraza. Póstumo no puede evitar conmoverse. ¿Qué hace allí su abuelo, el viejo?

Póstumo es un joven muy fuerte, musculoso, de piel bronceada por el sol de la isla, amante de nadar y de la pesca, que ahora tiene entre sus poderosos brazos el cuerpo consumido del emperador, unos huesos con pellejo. Podría apretar los brazos y matarlo en un instante, aunque luego las espadas de los guardias lo cortasen en pedazos...

En vez de eso, siente que los ojos se le inundan de lágrimas y rompe a llorar. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie lo abrazaba?

—¿Necesitas algo, hijo?

—No. Me llegan los rollos que me envías clandestinamente mediante tus contactos con la guardia, y el papiro y la tinta. Eso me basta, padre. Póstumo pesca y pesca. Yo leo y escribo. Los versos de Ovidio me gratifican, evoco las maravillosas reuniones a las que tú me llevabas en mi adolescencia, en su casa de Roma, ¿recuerdas?

—Cómo no voy a recordarlo... Hace ya doce, diez años...

—«*Soy vituperado inmerecidamente. Yo labro un campo modesto, aquella obra era de gran fertilidad...*» ¿Se refiere al *Ars amatoria*, padre? He memorizado algunos de los versos de Ovidio que vas enviándome, esos escritos nuevos tan melancólicos...

—Son versos nuevos que me envía él desde el exilio de Tomis, donde sigue escribiendo. Los ha titulado *Tristezas*. Custodio muchos otros textos en casa, en Roma. ¡Ojalá estuvieras allí, conmigo!

—Veo que Ovidio, además de triste, está dolido: «*No fui el único que compuse delicados amores; yo solo, en cambio, recibí castigos por componerlos*», escribe.

—Shhhh, baja la voz, que César Augusto está allí...

—«*No he ofendido a nadie con un poema mordaz, y ningún verso mío contiene el delito de nadie*», dice otro verso.

—Ovidio está pasándolo muy mal en el injusto exilio. Desde hace seis años me envía poemas para Augusto, elogiosos de su persona, para ablandar su corazón. Pero el emperador no quiere oírlos... Ahí lo tienes ahora, hablando con Póstumo, cerrado al retorno de Ovidio..., pero quizá no al vuestro. Lleváis exiliados un año más que Ovidio... ¡Ojalá Póstumo y Augusto se entiendan y podáis volver! Si un día nos reunimos en Roma vivirás en mi casa, si quieres, y podrás leer esos poemas nuevos de Ovidio, que te encantarán: ¡podrás estudiarlos, memorizarlos como gustas, declamarlos todos, Marco!

—Seguiré leal a Póstumo, padre. Pero si él merece el perdón del emperador y regresamos, me alegraré y me sentiré muy feliz de reunirme contigo en Roma.

—Así sea.

—Entiendo que Ovidio intenta también ganarse el perdón del *princeps*. Me gusta este poema exculpatorio: «*Las casadas no aprendieron los adulterios por ser yo su maestro, y nadie puede enseñar lo que conoce poco*». No sé si creerle en esto, ja, ja...

—No del todo, ja, ja...

—«*Yo compuse versos divertidos y poemas amorosos, de manera que ningún chisme dañara mi reputación*». Y acaba: «*Ni hay ningún marido entre el pueblo llano que sea un padre dudoso por mi culpa*».

—Eso es algo, hijo, que no todos pueden decir...

Augusto ha echado un brazo sobre los hombros de Póstumo, han caminado juntos, han conversado junto al mar. Con sutileza, Augusto ha expuesto su propuesta de redención a su nieto. En principio, el joven ha aceptado, entusiasta. La charla ha derivado hacia las fechas del retorno, los detalles de la adopción, las funciones... Póstumo ha destilado entonces la naturaleza de sus sentimientos, la necesidad de revancha, de poderes, de reconocimientos, propia de un niño sin padre y sin el cariño de una madre casquivana y promiscua, y luego exiliada... Propone reivindicar la figura de Agripa, gestionar su fortuna, por derecho de herencia, y expone proyectos de cambios en la política del imperio, innovaciones... ¡Roma debe rejuvenecerse!

Augusto escucha con la cabeza gacha, ladeada, ocultando la mirada, sin traslucir su íntima consternación, sin rebatir nada, sin hacer comentario alguno. Finalmente alza la cabeza y mira el horizonte entornando los párpados cuando su nieto Póstumo se atreve a citar a Marco Antonio, ¡a Marco Antonio!, como modelo de *vir* romano.

—¡Y puede que yo lleve su sangre! Mi madre, siendo yo muy niño, le dijo un día a su amiga Porcia, y yo lo oí, que bien podría haberme concebido con Julio Antonio...

Urgídar y Augusto regresan al barco, acompañados por Marco y Póstumo.

El emperador abraza a su nieto. Le dice que le ama, que pronto enviará un destacamento naval para devolverle a Roma, donde lo recibirá personalmente con todos los honores, y desfilarán juntos ante el pueblo, solemnemente, aclamados por todos sus seguidores en una gloriosa ceremonia de sucesión.

Póstumo queda persuadido de su retorno: se convence de que ya no necesita instigar una revuelta en Roma a la muerte de Augusto, que ya no necesita urdir un plan de fuga, pues el emperador mismo lo recupera para Roma.

Al embarcar, Augusto ya ha comprendido los problemas que Póstumo reportaría a la convivencia en Roma. Lo más prudente será dejar el poder en solitario a Tiberio.

Al embarcar, el anciano emperador ya ha comprendido, con gran pesar de su corazón, que antes de dejar este mundo deberá ordenar la ejecución de su nieto Póstumo.

Augusto despide la función

(Nola, año 14 d. C.)

La espléndida higuera extiende su fragancia por el jardín. Hace calor. Es 19 de agosto. Mediodía. Dentro de la casa, en las habitaciones umbrías, Augusto se sienta.

Ha sido un verano muy caluroso, y la higuera está cargada de dulces frutos. Livia, sentada a la sombra del peristilo que circunda el jardín, contempla los higos. Recuerda que plantó ese árbol años atrás, en esta villa rural de Nola, en las faldas del hermoso y bucólico Mons Vesuvius. A su esposo siempre le ha gustado esta casa de campo: aquí vivió su padre como prefecto rural y aquí murió, cuando él tenía siete años. Ahora Augusto quiere morir en la misma habitación. Escenifica la *pietas* romana, la devoción filial a los padres, a los antepasados. ¡Otro de sus habituales gestos!, piensa Livia. El último gesto. Augusto escribe la obra y quiere cerrarla a su manera.

Y así será.

La mujer aprieta el frasquito de cristal que tiene en la mano, con un unguento que ella misma ha preparado. Se levanta, sale al jardín, se acerca a la higuera. Se fija en los higos más maduros, los que más placen a Augusto. Y los unta.

El plan de sucesión pactado por la insigne pareja no puede detenerse. Livia lo repasa mentalmente. Tiberio sucederá a Augusto. ¡Por fin! Ya está hecho. El emperador quiere una sucesión rápida y pacífica, no dar ocasión a disturbios de contestatarios, alborotadores, conspiradores. Unos correos ya cabalgan con partes secretas hacia los frentes de Germania y el Danubius, y hacia los gobernadores de Oriente. Informan de la mala salud del emperador y de que el hijo de Livia lo sucederá en breve, y ordenan sofocar cualquier levantamiento. Órdenes de César Augusto. No hay vacío de poder.

Luego el *princeps* ha escenificado su apoyo a Tiberio, para disipar dudas. Le ha encargado una misión en Ilyricum y lo ha acompañado durante un buen tramo del camino, por la Via Apia, con una gran escolta formada por soldados, oficiales, sirvientes y esclavos. A la altura de Beneventum, Augusto se ha despedido de su sucesor, que avanza lentamente hacia Brundisium, esperando un aviso para regresar rápido junto al lecho del anciano en el momento preciso.

Augusto se desvía a la casa de campo de Nola. Se siente agotado, padece diarreas constantes, tiene fiebres intermitentes. Hora de morir.

Pero la mañana de los Vinales..., Augusto amanece descansado, con buen aspecto, animoso. ¡Ha dormido bien! Siente que la salud retorna a su ajado cuerpo. Es un problema: el plan de sucesión está en marcha, no puede frenarse, y no contempla

que el emperador viva mucho tiempo. Si hay rumores de una larga agonía, crecerá el riesgo de desuniones e insurrecciones en Roma y en las legiones. Augusto mira a Livia. Y ella entiende que está en juego el futuro de Roma.

Después de la siesta, la pareja de ancianos pasea por el jardín. Él tiene setenta y siete años, ella dos menos. Se acercan a la ubérrima higuera, pasito a pasito. Augusto escoge un higo muy maduro y lo paladea con los ojos cerrados. Livia le señala otro y él también se lo come. La mujer escoge otro para ella, uno de los que no ha untado antes.

—Livia, hemos formado un buen equipo, no lo olvides nunca. Hemos sido un buen matrimonio.

—Sí, Augusto. Y Roma ha sido nuestra hija querida.

—Lo ha sido. Nuestra hija.

—Y hemos hecho por ella todo lo que había que hacer, ¿verdad, esposo?

—Todo. Todo.

Esa noche, Augusto duerme entre escalofríos, fiebres, retortijones y diarreas. Por la mañana, en un espejo de bronce bruñido, el *princeps* contempla su pálida estampa, que es la de un cadáver viviente, con la mandíbula caída a causa de la extrema debilidad. Un sirviente le ayuda a recolocarla. Los dolores de vientre no cesan, se siente cada vez más débil. Mira a Livia con gratitud, intuye que ella ha colaborado con el *fatum*, y le dice:

—Ya puedes avisar a Tiberio.

Augusto agoniza en su lecho, en la habitación donde murió su propio padre. Hace llamar a Urgídar y dispone quedarse a solas con él. Tiene una última misión que encomendarle, y quiere hacerlo sin testigos.

—Me muero, Urgídar. Toma recado de escribir, debo dictar una última orden.

—¿El perdón para Ovidio, *princeps*? —Se atreve a preguntar el escriba.

—¿Ovidio? No intercedas, Urgídar. Ya sé que sigue enviando a Roma poemas laudatorios sobre mí...

—La gente los lee, puedo recitarte alguno...

—¡No! Siempre respeté la libre expresión, ¡siempre...! Mecenas y yo lo tuvimos claro: no coartar a los poetas, aunque nos critiquen. Pero Ovidio... Ovidio minó la moral romana, sus licenciosos versos menoscabaron mi autoridad más que cualquier enemigo armado que haya tenido. Ovidio me desafió... Y ganó.

—¿Él ganó, dices?

—El dueño del mundo, ¡obligado a desterrar a un poeta...! ¿No es una gran victoria?

—Ovidio sufre mucho en Tomis...

—Ovidio todavía es peligroso para Roma: gusta a demasiados. Pasan los años... y siguen leyéndolo. He eliminado su *Ars amatoria* de las bibliotecas, pero la gente contrabandea sus versos... ¡Muera fuera de Roma quien tanto la dañó!

—«Cuando perdí mi patria, convéncete de que morí», escribe Ovidio. Y llora porque no querría ser enterrado lejos de Roma.

—Demasiado tarde... Cada uno muere como merece. Ahora me toca a mí, Urgídar..., y tengo prisa... Escribe lo que voy a dictarte...

Augusto habla despacio, respira con dificultad. El hispano toma nota al dictado, con un escalofrío, de la última disposición del *princeps* antes de morir. El sello del emperador cierra el *codicillus*.

Es una orden: la sumaria ejecución de Póstumo, su último nieto vivo.

Urgídar debe llevar la orden personalmente, escoltado por soldados de Augusto, a la isla de Planasia.

Y allí leerla ante el reo de muerte.

El escriba piensa en Marco, su hijo.

Se acerca a Augusto, quiere despedirse para siempre, y antes está a punto de decirle algo que pasó hace veintiséis años...

Sobre una doncella que desfloró.

Sobre Marco.

Pero entonces teme que Augusto añada otro nombre al *codicillus*.

Finalmente se aparta. Y calla. Para siempre.

* * *

Siete soldados rodean a Póstumo y hunden sus espadas en el cuerpo del último nieto de César Augusto repetidas veces.

Urgídar ha leído la orden imperial, y uno de los soldados ha entregado una espada a Póstumo, para que se quite la vida por sí mismo.

Póstumo ha amagado el gesto de suicidarse, pero acto seguido ha saltado sobre uno de los soldados y lo ha herido en un costado. Los demás han rodeado al condenado y han acabado con su vida. La sangre unge las espadas, salpica los uniformes, encharca el suelo. Marco grita, alza los brazos, intenta apartar a los soldados del moribundo, salvarlo de otra acometida. Ya es inútil. Póstumo está muerto. Uno de los soldados lo aparta y acomete con la espada chorreante de sangre. Urgídar se interpone y recibe el tajo en el brazo, para sorpresa del soldado.

—¡Detente, soldado! La orden de ejecución solo atañe a Póstumo, no a Marco, que es un hombre libre.

—¡Se rebela contra la autoridad de Augusto, nos ataca, y mejor que no quede un testigo incómodo! —grita el soldado, que es el oficial del grupo, colérico y salpicado de sangre.

—De acuerdo, hazlo... y Tiberio sabrá por mí que desobedeciste la última orden de Augusto... ¿O acaso pretendes hacer cómplice de esta orden al sucesor del emperador? No metas la pata, ¡ve e infórmale!

El oficial baja la espada, da media vuelta y ordena a los soldados regresar al

barco.

Mientras el cadáver de Póstumo se consume en la pira, Urgídar recoge las pertenencias de Marco, que está paralizado. Sus copias de Ovidio...

Un Urgídar herido y un Marco conmocionado se embarcan con la guardia, silenciosos, de vuelta a Roma.

* * *

César Augusto desvaría en su lecho, torturado por las fiebres. A su lado están Livia y Tiberio, que ya ha regresado, además de algunos oficiales y notables locales. Reunidos en torno a la cama, atienden a las últimas palabras del *princeps*, al que visitan sus fantasmas, los que tantas amenazas reales e imaginarias han proferido al hombre que heredó el poder de Julio César a los veinte años, que tuvo que matar a cientos de adversarios y que dominó el mundo en solitario durante más de cuatro decenios, sin dejar de sostener a poetas que le han cantado a él y a Roma, y de frustrar conspiraciones en su contra. Él, que fue un joven terrorífico, grita al morir:

—¡Los jóvenes, los jóvenes, cuidado con los jóvenes!

Cae después en un sopor sosegado, durante el que revive, como en una ensoñación, una estampa acaecida días atrás entre Caprae y Neapolis, a bordo de su nave... El capitán de una nave mercante egipcia, de vuelta a su tierra repleta de productos romanos tras descargar trigo egipcio en Roma, al pasar junto a la nave de Augusto, grita: «¡Gracias, *princeps*, por darnos un mar en paz! ¡Ahora podemos navegar de un lado a otro sin piratas, comerciar con libertad y seguridad!» Augusto ordena que repartan unas monedas de oro entre su tripulación. El egipcio no habla el griego incomprensible de hace cuarenta años, sino un aceptable latín. Augusto piensa que las escuelas que ha ordenado abrir por todo su imperio, después de tantos sinsabores, pugnas y desconfianzas, han acabado dando sus frutos...

César Augusto emerge de su sopor, abre de nuevo los ojos, mira a los presentes y se despide así:

—Encontré una Roma de barro, os la dejo de mármol.

Son las palabras que le dijera Ovidio en su última cita, antes del exilio, palabras y encuentro que solo Augusto conoce. Los presentes creen que al anciano emperador ya no le queda resuello para decir nada más antes de abandonar este mundo..., pero aún añade algo:

—La función ha terminado, ¡aplaudid!

Y así expira el hombre más poderoso del mundo.

Tristezas

(Tomis, año 18 d. C.)

Las aves alzan el vuelo al paso de las tropas de Germánico por Macedonia, camino de Oriente. Tiberio, emperador desde hace cuatro años, aleja de Roma a Germánico. Le teme. La popularidad de Germánico, que a sus treinta y tres años ha triunfado en Germania y la Galia, aumenta sin cesar. Sobrino y heredero de Tiberio por imposición de Augusto, brillante comandante, cónsul y procónsul, Germánico viaja siempre con su esposa Agripina y sus hijos, los pequeños Calígula, Livila, Agripinila... ¡Qué gran madre, Agripina, qué buena esposa!

Urgídar se desplaza con las tropas de Germánico. Tiberio le ha encargado que tome notas de la campaña. Urgídar comprende que el sucesor de Augusto está infiltrando espías en la comitiva de Germánico, al que ve como rival. Y Livia, a su vez, se sirve de sus médicos para sus argucias... El íbero ha aceptado el encargo de Tiberio en recuerdo de Rhodus..., pero tiene sus propios planes.

Atraviesan Macedonia y Tracia, camino de Capadocia. En Bizancio, antes de cruzar el estrecho del Bósforo y pasar a Bithynia, Urgídar finge una dolencia intestinal y pide quedarse unos días en la guarnición de la ciudad.

Esa noche, mientras planea su escapada relámpago a Tomis, hacia el norte, relee la última carta de Ovidio y sonrío: a sus sesenta y un años, el poeta le habla de que ha conocido a una mujer en Tomis, una tal Artemisa...

Urgídar rememora las cartas que se ha cruzado con Ovidio durante los últimos diez años...

Carta de Ovidio a Urgídar (fragmento)

Con la sal de las lágrimas en la boca arribé a Tomis. Vivo en una casa de una sola pieza junto a las murallas, batidas por olas de plomo. La casa es oscura, húmeda y triste. El frío invernal congela las aguas del mar y hasta el vino. Para salir de casa debo apartar la nieve frente a la puerta. Esto es el inframundo. Nos rodean bárbaros de incomprensible lengua, siempre a punto de asaltar la ciudad y degollarnos. ¿Podré salir de aquí y volver a mi amada Roma? ¿Se apiadará Augusto? Le escribiré unos versos, por si tú puedes leérselos...

Tomis, año 8 d. C.

Carta de Urgídar a Ovidio (fragmento)

Maestro, tus amigos en Roma estamos destrozados. Escribe, escribe, que el cruel exilio no apague tu musa. Yo necesito tus versos luminosos, el pueblo te lee y los anhela. Y Marco, mi hijo, también. Se los envió a la isla de Planasia mediante un centurión amigo mío, y tu obra es el alimento de su alma en su destierro junto a Póstumo; tus versos son su única creencia y su única religión.

Roma, año 8 d. C.

Carta de Ovidio a Urgídar (fragmento)

Amigo, aquí la vida se me hace horrible. Yo dejé la casa rural de mis padres para vivir en la gran urbe, para paladear su sofisticada vida... He conocido las más exquisitas fiestas, gozado de obras de teatro y recitales de poesía, las distracciones más refinadas de Roma... No hay para mí castigo mayor que verme exiliado en este Hades... ¿Qué dice Augusto? ¿Crees que obtendré clemencia? Te envió unos poemas...

Tomis, año 9 d. C.

Carta de Urgídar a Ovidio (fragmento)

Maestro, acusándote de doctor adulterii y a Julia la Menor de adúltera, Augusto había logrado encubrir lo que prefiere ocultar para no perder auctoritas: que algunos amigos de Julilla conspiraban para liberar a Póstumo y enfrentarlo a él. Lo ha conseguido, una vez más. Pero ahora le llega una noticia espantosa: los queruscos han masacrado a tres legiones en Germania, ¡tres legiones! Augusto, a sus setenta y un años, teme que su popularidad y auctoritas retrocedan. Le veo muy deprimido. No es buen momento para pensar que puedas volver.

Roma, año 9 d. C.

Carta de Ovidio a Urgídar (fragmento)

Amigo mío, nunca pretendí provocar la pérdida del orbe amenazando la cabeza del princeps, líder universal. No dije nada, mi lengua nunca pronunció palabras de violencia, no se me escaparon irreverencias sediciosas entre copa y copa... Estoy desterrado por un crimen que contempló mi inocente mirada, mi culpa es haber tenido ojos y ver lo que vi; son delincuentes mis ojos, yo conocí mi culpa después de la imprudencia. Que Augusto lo sepa por estos versos que te adjunto...

Tomis, año 10 d. C.

Carta de Urgídar a Ovidio (fragmento)

Maestro, debes saber que en Roma ha habido revueltas para conseguir que Augusto derogue sus leyes sobre el matrimonio entre ciudadanos romanos. Solo las ha suavizado un poco. A viudas y divorciadas ahora les concede dos años para volver a casarse. Y un soltero podrá heredar... siempre que se case tras haberse leído el testamento.

Roma, año 10 d. C.

Carta de Ovidio a Urgídar (fragmento)

Querido amigo mío, en este orbe helado del exilio inclemente me digo que si mis padres no me hubiesen enseñado a leer y escribir, quizás habría vivido más tranquilo y no me encontraría aquí ahora... ¿Dónde están todos los amigos que me leían con alborozo? Un guardia de la guarnición me visita cada dos días, nos hemos hecho amigos, me trae y se lleva las cartas, sin leerlas. A cambio, yo le escribo tablillas para seducir a una tendera. Esta es mi triste vida.

Tomis, año 11 d. C.

Carta de Urgídar a Ovidio (fragmento)

Maestro, algunos cobardes aseguran ahora que no leen tus versos para no comprometerse, pero la mayoría los lee. Hay una pugna oculta: los agentes de Livia y Augusto buscan y queman a escondidas tus libros. ¡Pero también hay quienes gozan haciendo copias! Mi hijo Marco hace primorosas copias de tus poemas, y los hace circular. La siempre frágil salud del emperador empeora, su eccema, colitis y bronquitis se enconan y cronifican, y siente pánico por las corrientes de aire. Tiberio hace méritos en Germania.

Roma, año 11 d. C.

Carta de Ovidio a Urgídar (fragmento)

Amigo, yazgo extenuado entre los pueblos y lugares más remotos, y me digo que mis escritos merecieron menor castigo, puesto que los mimos representan escenas de adulterios y eso es lícito y hasta los paga Augusto... ¿Podré merecer, al menos, un perdón para que mi cuerpo pueda ser enterrado en suelo patrio...?

Tomis, año 12 d. C.

Carta de Urgídar a Ovidio (fragmento)

Maestro Ovidio, el Tiberis se ha desbordado y ha inundado el Circo Máximo. El princeps, a sus

setenta y cinco años, está muy desmejorado y nervioso, ve malos augurios en todo. Se han quemado unos folletos que llamaban a la sedición. El autor de uno de ellos, un historiador, ha sido acusado de traición. ¡Nunca había sucedido antes! El autor se ha suicidado.

Roma, año 12 d. C.

Carta de Ovidio a Urgídar (fragmento)

Amigo mío, querría ser yo este librito que ahora viaja hasta tus manos. Querría ser yo quien viese Roma, quien la pisara. Yo, que habito en el confín del universo, en una tierra tan distante de la mía... Haz, amigo, que este libro mío sea leído por la clase media. Son cantos tristes, y así llamo al libro: Tristezas. Temo que suba al Palatino, desde donde partió el rayo jupiterino que cayó sobre mi cabeza. Si alguien teme leer este libro por ser mío, ¡dile que no se preocupe, que no es una obra del maestro del amor!: aquella otra ya recibió los castigos que mereció. ¿Mereceré yo ahora el perdón?

Tomis, año 13 d. C.

Carta de Urgídar a Ovidio (fragmento)

Maestro, el genio militar de Germánico ha recuperado para Roma las águilas de las legiones romanas que perdió Varo ante los bárbaros en Germania. Esto ha insuflado una gran alegría a Augusto, que procura equilibrar sus gestos de cariño entre Tiberio, su sucesor, y Germánico, su favorito.

Roma, año 13 d. C.

Carta de Ovidio a Urgídar (fragmento)

Amigo del alma, te envío unos poemas que he dedicado a Germánico, ¿qué te parece? ¡Házselos llegar, por favor, con mis respetos! Este heredero es mi esperanza de perdón. El otro heredero, Tiberio, me odia, lo sé, desde que en el Ars amatoria disculpé el adulterio de su esposa Julia con Julio Antonio, y le culpé a él, por haberse ausentado a Rhodus y haberla dejado sola: «¡Qué insensatez la tuya, Menelao, partir solo y dejar bajo el mismo techo a tu esposa con un extranjero!», escribí en el Ars. Parte de mi desgracia deriva de decir estas cosas, estoy seguro... Sí, ahora cantaré los triunfos de Germánico.

Tomis, año 14 d. C.

Carta de Urgídar a Ovidio (fragmento)

Maestro, ¡César Augusto ha muerto! En la cama de su padre, en Nola, de puro viejo. Durante su agonía, le recordé tu caso. Fue en vano. Tiberio sucede a Augusto. Otra noticia: Póstumo ha sido ejecutado por los guardias. ¡Tiberio ha corrido al Senado para decir que él no ha sido el autor! Póstumo y Julia la Menor catalizaban a sus opositores, a los antitiberianos, de tradición antoniana. Una buena noticia: Marco, mi amado hijo, ha sobrevivido a la muerte de Póstumo en Planasia. Vive conmigo, en mi casa. Se dedica a hacer copias de tus obras y a venderlas a lectores de clases pudientes. Otras copias las regala a lectores sin dinero. Y ahora otra noticia, muy triste: Tiberio ordenó que dejaran de llevarle comida a su exmujer en su destierro de Rhegium, y Julia ha muerto. Tiberio hubiese preferido ejecutarla, pero eso habría provocado una revuelta, porque mucha gente en Roma amaba a Julia.

Roma, año 14 d. C.

Carta de Ovidio a Urgídar (fragmento)

Mi buen amigo, he llorado a Julia, mi primera lectora. Hija del emperador, los siglos sabrán que le fue obediente hasta que decidió obedecerse a sí misma. Su ejemplo quedará. Muerto Augusto, pierdo toda esperanza. Solo él podía revocar mi exilio, disculpar mi carmen (el Ars amatoria) y mi error, del que no puedo hablar, mi culpa silenda. Tiberio no me perdonará jamás el Ars, como sabes, ni mi amistad con Julia cuando él estaba en Rhodus, ni que los amigos de su exmujer me lean. Ahora sé que estoy condenado a morir en este páramo.

Tomis, año 15 d. C.

Carta de Urgídar a Ovidio (fragmento)

Maestro, ¡hay una esperanza! Germánico acumula cada día más prestigio y popularidad. Los antonianos lo apoyan, le ven como heredero de su tradición, la de Marco Antonio, Julio Antonio, Póstumo... Tu afecto por el popular Germánico es correspondido: lee tus poemas y te tiene en gran estima, como tanta gente en Roma...

Roma, año 15 d. C.

Carta de Ovidio a Urgídar (fragmento)

Amigo, en mi corazón aún guardo el rescoldo de mi amor por mi esposa Fabia, y querría que ella me guardase fidelidad y alentase mi regreso, pero entiendo que poco puede hacer ante Livia. Reverénciala de mi parte y te pido que no me cuentes de Fabia nada que pueda dolerme, pues mi cabeza entiende que la mujer de hoy no es ya aquella arcaica Penélope de Ulises, aunque mi viejo corazón de vir romano se resista a aceptarlo.

Tomis, año 16 d. C.

Carta de Urgídar a Ovidio (fragmento)

Maestro, desde que Tiberio es emperador se ha apartado de Livia: le disgusta que digan que es emperador gracias a ella. De Tiberio se cuenta que el poder lo ha vuelto más huraño que antes, que se refugia en placeres con jovencitas y jovencitos, también con niños, a los que llama «mis pececillos» porque hace que naden a su alrededor y entre sus piernas en sus piscinas.

Roma, año 16 d. C.

Carta de Ovidio a Urgídar (fragmento)

Amigo mío, ¡cómo me arrepiento de mis actos! Intento convencerme de que lo sucedido con mi vida tiene algún sentido, busco consuelo y no lo encuentro, no hay logro que compense mi desgracia. ¡Cuánto me alegro de que mi padre no pueda verme! «Si te dedicas a los versos, ¡morirás pobre!», me advertía. Y esto es peor que morir pobre. Tengo ya sesenta y un años, mi vida y mi vigor quedaron atrás, me consumo. Ya todo es pasado. Hay aquí una liberta griega, Artemisa, con la que he trabado amistad y que me ayuda a limpiar mi casa. Me place mirarla. Le canto en griego y en latín inocuas galanterías y se ríe. Me proporciona alguna alegría.

Tomis, año 17 d. C.

Carta de Urgídar a Ovidio (fragmento)

Maestro, los dioses juegan con nosotros, y yo también me pregunto qué sentido tiene mi vida. Vine desde Lesera para ser poeta y he presenciado la desgracia del mayor poeta vivo... Ahora alimento una ilusión. Germánico parte en misión hacia Capadocia. Tiberio quiere que yo lo acompañe para anotar sus hechos. Cuando lleguemos al Bósforo, me escaparé para venir a verte. Prepárame una carta y poemas halagadores para Germánico, pídele asilo. Él te estima, tenemos una posibilidad de que te acoja a su lado. Si así fuera, podría volver contigo a Roma... y desafiar a Tiberio. ¡Germánico y Ovidio! ¡En Roma! El alborozo popular sería tal que Tiberio tendría que fingir que se alegra de perdonarte...

Roma, año 17 d. C.

El final de Ovidio

(Tomis-Roma, año 18 d. C.)

—¡Ovidio! ¡Ovidio!

Urgídar irrumpe en la casa junto a la muralla de Tomis. Es pequeña y húmeda. Consiste en una sola pieza, con una mesa muy sencilla en un lado y un camastro en el otro. Y un par de cofres de madera descansan en el suelo, junto al lecho. La mesa rebosa de papiros, tablillas, punzones, cálamos y tinta. Pero lo primero que ve Urgídar al entrar es un cuerpo, tendido en el suelo. El cuerpo de Ovidio.

—¡Ovidio! ¿Qué te pasa? ¡Soy yo, soy Urgídar!

—Amigo... —responde Ovidio, con un hilo de voz—. Los espías de Tiberio han sido más rápidos que tú. Me muero.

A Urgídar, con cuarenta y ocho años y sobrada fortaleza física, no le cuesta arrastrar al poeta a su cama.

—¿Qué te han hecho, maestro, qué te han hecho?

—Veneno. Esta mañana he bebido de esa jarra de agua... Después he notado un regusto extraño. Demasiado tarde. Alguien ha estado aquí esta noche... Sospecho de qué veneno se trata. No sobreviviré muchas horas.

—¡No puede ser! Ahora teníamos a Germánico tan cerca...

—Adviértele: Tiberio acabará con él. Morirá envenenado. O advierte, mejor, a su esposa Agripina. La conozco desde niña, ella le defenderá y es la única de la que Germánico se puede fiar. Si él no la cree, deberéis hacer algo...

—¿Qué?

—Buscad a una bruja local, y que entierre tablillas de plomo de maldiciones contra Germánico, cenizas y restos de animales, cabellos humanos...

—¿Para qué?

—Para convencerlo de que alguien le quiere mal, y que reaccione. Agripina es muy valiente. ¡Es hija de Julia, no lo olvides! Ella defenderá la memoria de su esposo, denunciará a Tiberio en el Senado, le plantará cara...

—¡Ovidio, no te mueras!

—Llevo ya diez años muerto. El cuerpo ha sobrevivido este tiempo, y ahora se fundirá como el agua en la tierra. Lo enseñó Pitágoras, al que tengo por maestro. Las formas cambian, son apariencia..., pero hay una esencia inmortal.

—¿Dónde está la tuya?

—¡En lo que he escrito! Llévate el contenido de esos cofres a Roma. Dáselo todo a tu hijo. Que lo copie, que se lea. Esa es mi inmortalidad.

—Pero en Roma te aclamarían, ahora...

—Urgídar, si confías algo en un amigo a quien la experiencia le ha enseñado algo,

¡vive para ti y huye lejos de los grandes nombres! Vive para ti y, en la medida de lo posible, evita lo demasiado ilustre: el cruel rayo llega desde un fuego muy brillante.

—Así lo haré, maestro.

—Cuando expire, entiérrame aquí mismo, junto a esta muralla, como si fuera la mismísima muralla de Roma. En uno de los poemas que ahora te llevas figura mi epitafio, para la eternidad:

Aquí yazco yo, el poeta Nasón, cantor de tiernos amores, que perecí por mi propio talento. Pero a ti, caminante, si amaste, no te pese decir: «¡Que los huesos de Nasón reposen en paz!»

* * *

Acalorado por el bochorno del verano en Roma, Marco trabaja con el torso desnudo. Gotas de sudor le recorren la espalda. Sentado frente al escritorio que fue de Numerio, el abuelo de su madre, Marco copia los últimos versos que su padre le ha traído desde la lejana Tomis, recogidos de manos del mismísimo Ovidio, momentos antes de morir. Arriba, en el dormitorio de la *domus* romana, Urgídar descansa. Marco copia los últimos versos de *Tristezas...*

¡Deja, envidia, de ultrajar al proscrito de su patria y no esparzas, cruel, mis cenizas! Lo perdí todo, tan solo me ha quedado la vida, para mostrarme el sufrimiento y el motivo de mi desgracia. ¿Qué placer te da clavar el hierro en estos miembros muertos? Ya una nueva herida no tiene sitio en mí.

Por la ventana del escritorio se filtran los últimos rayos de sol del día, el sol que el carro de Apolo se lleva tras los tejados de Roma, una ciudad de mármol y bronce, verde, blanca y roja, tiñendo con sus anaranjados hilos los papiros que trabaja Marco.

—Marco, ¿qué tal?

—¡Padre! ¿Has descansado?

—Sí. ¿Qué copias?

—Ahora iba a copiar estos versos maravillosos de Ovidio: «Si es que encierran algo de verdad los presagios de los vates no seré, oh tierra, tu despojo cuando muera. Y si debo a mis poemas este renombre, benévolo lector, recibe el testimonio legítimo de mi gratitud».

—Él sabía que su obra quedaría. Sabía más de lo que imaginamos...

—Eso parece, padre, a juzgar por estos otros versos: «Me ocultaré en cualquier casa particular. Acoged mis versos abatidos por el rubor de la repulsa».

—Y los acogerán hombres y mujeres. Sobre todo las mujeres.

—Así parece hoy en Roma.

—Ya sabes por qué, querido Marco: nunca antes se había cantado al placer de la mujer. ¡Ovidio cantó al orgasmo femenino por primera vez en la historia!

—Lo sé: «¡Aborrezco los lazos en que el deleite no es recíproco!»

—Y nos enseña a los hombres a gustar a las mujeres, no a dominarlas: «Si quieres ser amado, sé amable. Ni la belleza del rostro ni la apostura arrogante bastan para el triunfo». Y a ellas les enseña a gozar de los hombres.

—Me gusta este otro consejo: «Lejos de vosotros querellas y expresiones ofensivas: el tierno amor se alimenta de dulces palabras».

—Cierto, es lo que yo hubiese querido aplicar con la única pareja que formé, durante tan poco tiempo, con tu madre: «Despójate del orgullo, ya que pretendes trabar con tu amada lazos perdurables». Yo, en cambio, incurrí en desplantes, desatinado. ¡Las guerras, con los partos! «Con vuestras amigas vivid en paz, y ayudaos con los juegos y las delicias que mantienen la ilusión». Traté mal a tu madre...

—¿Y eso?

—Porque jugué al adulterio que Ovidio propone como un juego, un desafío contra las hipócritas reglas morales de Augusto... Fue mi modo de vengarme de los dictados del destino de una boda impuesta por la tragedia... Puse mi placer vanidoso por encima de su afecto. La engañé, traicioné a quien era leal conmigo, más que nadie. Tu madre murió y no tuve ocasión de rectificar y ser franco con ella. Aprendí: hoy sé que hay algo más allá que la excitación de la seducción y la conquista, y es la confianza, la entrega amorosa, el cariño, la sinceridad... o acabas por incurrir en la misma hipocresía en la que vivía Augusto. La pareja del futuro gozará del vínculo sexual cantado por Ovidio, pero también del aposentado amor que dan el cariño y el respeto mutuos.

Urgídar contempla a su hijo, su torso desnudo, su piel blanca, las pecas que dibujan la Osa Mayor, como en el cuerpo de Augusto. En ese momento siente que ha llegado la hora: tiene que explicarle a su hijo de dónde viene, debe contarle que su existencia misma es una encarnación de las herencias de Augusto y Ovidio. Roma y amor. Que es hijo de la sangre de Augusto y del espíritu de Ovidio.

Urgídar enseña a Marco que no debe juzgar a su madre, Marcia, como no la juzgó él mismo, pues la movió la ingenuidad, la ensoñación, la falta de afecto de un padre. Que no juzgue a Augusto, víctima también del desamor de sus progenitores. Le cuenta que cuando él llegó a Roma, treinta años atrás (la edad que ahora tiene Marco) no había más que la pareja impuesta por el interés patrimonial o dinástico. Que Ovidio, con su desafío jovial contra la rigidez de Augusto, inoculó el placer femenino en la relación de pareja. Que puso de moda el vínculo del orgasmo compartido. Que los hombres quisieron por primera vez algo que antes ni habían considerado: proporcionar placer sexual a las mujeres. Y que eso estaba cambiando las relaciones de pareja, pues ahora todas las parejas aspiraban a eso, no solo las esporádicas. ¡Incluso los matrimonios! Que nacía en Roma un nuevo vínculo, en el que hombre y mujer se amaban. Que sería ya muy difícil que se implantase en el futuro una moral

que intentase extirpar el placer sexual de la mujer en una relación de pareja. Y que si alguna moral, regla o religión lo intentaba, fracasaría. Como fracasó Augusto, que al extirpar el amor de su familia la destruyó.

—La Roma de Augusto ha sojuzgado a los pueblos, pero los romanos han elegido el amor de Ovidio.

Urgídar habla así a su hijo, lo abraza y le encomienda perpetuar la obra del insigne poeta.

* * *

Urgídar deja Roma. Regresa a Hispania con una copia del *Ars amatoria*. Viaja a Barcino, Tarraco y Caesaraugusta, y en cada urbe encarga copias de la inmortal obra, y cada vez sonrío al releer las frases proféticas de su maestro:

Mis frases volarán desde el oriente al ocaso, y serán testigos la región de la Aurora y la de Hesperia. Mis obras serán el más excelso y perdurable monumento: aunque me dañaron, han de asegurarme gloria y fama inmortal. Te ruego que continúes en ese camino, amador de los nuevos poetas, ¡que el destierro se dictó contra mí, no contra mis libros, nada merecedores de compartir el destino de su dueño!

ANEXO

OVIDIO: «Mira, íbero, qué despropósito: Augusto logra para Roma la paz y la prosperidad, y cuando queremos disfrutarlas... ¡nos castiga! ¿Para qué tanta paz? ¿Para matarnos de tedio?»

LIVIA: «Tú, Augusto, decretas leyes contra el adulterio y en favor del matrimonio... y Ovidio las tumba sin legiones, solo con poemas. ¡Es tu peor enemigo! Su amor carcome tu Roma».

AUGUSTO: «Las mujeres, que antes ponían sus úteros al servicio de Roma, ahora se desquician por el hechizo del *Ars amatoria*: ¡pronto Roma será ingobernable!»

JULIA: «Yo creí conocer el placer erótico con otros hombres... hasta que estuve con Julio Antonio... ¡Él sabe llevarme al éxtasis, los dos a la vez, como Ovidio enseña!»

TIBERIO: «¡En mala hora Augusto me obligó a casarme con Julia! La muy licenciosa me humilla y no puedo decirle a Augusto que su hija es una pérdida: debo alejarme de Roma».

CRONOLOGÍA HISTÓRICA

DEL RELATO

(del 12 a. C. al 18 d. C.)

12 a. C.: Agripa muere / Póstumo nace / Augusto, *Pontifex Maximus* / Juegos de Julio Antonio.

11 a. C.: Tiberio se divorcia de Vipsania y se casa con Julia.

10 a. C.: Augusto, Padre de la Patria / Nace Claudio.

9 a. C.: Tiberio, de campaña en Pannonia.

8 a. C.: Mecenas y Horacio mueren.

7 a. C.: Tiberio celebra un Triunfo.

6 a. C.: Tiberio se retira a Rhodus.

5 a. C.: Cayo César, *Princeps Iuventutis*.

4 a. C.: Orgía en los *rostra*.

3 a. C.: Augusto cumple sesenta años.

2 a. C.: *Ars amatoria* de Ovidio / Julia, exiliada en la isla Pandataria / Julio Antonio se suicida.

1 a. C.: *Remedia amoris* de Ovidio.

2 d. C.: Lucio César muere en Massilia.

4 d. C.: Cayo César muere en Licia / Tiberio y Germánico, adoptados por Augusto.

5 d. C.: Germánico y Agripina se casan.

6 d. C.: Rebelión en Pannonia y Dalmatia.

7 d. C.: Póstumo, exiliado a la isla Planasia / Augusto cumple setenta años.

8 d. C.: Ovidio, exiliado a Tomis / Julia la Menor, exiliada a la isla Trimerus.

9 d. C.: Derrota de Varo en Germania.

12 d. C.: *Tristezas* de Ovidio.

13 d. C.: Germánico, al mando en Germania y la Galia.

14 d. C.: Augusto muere (19 agosto) / Póstumo, ejecutado / Tiberio, emperador / Julia muere en Rhegium.

18 d. C.: Ovidio muere en Tomis / Germánico muere envenenado.

BIBLIOGRAFÍA

APICIO, Marco Gavio, *De re coquinaria: antología de recetas de la Roma imperial*, Alba, Barcelona, 2006.

BADEL, Christophe, *Atlas de l'Empire romain*, Autrement, París, 2012.

CLARKE, John R., *Sexo en Roma*, Océano, Barcelona, 2003.

CUATRECASAS, Alfonso, *Amor y sexualidad en la antigua Roma*, Letras Difusión, Barcelona, 2009.

DARCOS, Xavier, *Dictionnaire amoureux de la Rome antique*, Plon, París, 2011.

DÍAZ FUNCHAL, Elena, *Historia del vino en la Roma antigua: el vino como alimento del espíritu de la civilización occidental*, Endymion, Madrid, 2011.

EVERITT, Anthony, *Augusto: el primer emperador*, Ariel, Barcelona, 2008.

GRIMAL, Pierre, *El amor en la Roma antigua*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2011.

GRIMAL, Pierre *El siglo de Augusto*, Crítica, Barcelona, 2011.

GRIMAL, Pierre *La vida en la Roma antigua*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2011.

JOHNSTON, Harold W., *La vida en la antigua Roma*, Alianza, Madrid, 2010.

JONES, Peter, *Veni, vidi, vici: hechos, personajes y curiosidades de la Antigua Roma*, Crítica, Barcelona, 2013.

KNAPP, Robert C., *Los olvidados de Roma*, Ariel, Madrid, 2011.

LUISI, Aldo, *Il perdono negato: Ovidio e la corrente filoantoniana*, Edipuglia, Bari, 2001.

LUISI, Aldo y BERRINO Nicoletta F., *Carmen et error: nel bimillenario dell'esilio di Ovidio*, Edipuglia, Bari, 2008.

LUISI, Aldo, *Culpa silenda: le elegie dell'error ovidiano*, Edipuglia, Bari, 2002.

MCKEOWN, James C., *Gabinete de curiosidades romanas: relatos extraños y hechos sorprendentes*, Crítica, Barcelona, 2011.

NOVILLO LÓPEZ, Miguel Ángel, *La vida cotidiana en Roma*, Sílex, Madrid, 2013.

OVIDIO, *Amores; Arte de amar*, Cátedra, Madrid, 2004.

OVIDIO, *Art d' enamorar*, Adesiara, Martorell, 2011.

OVIDIO, *Metamorfosis*, Cátedra, Madrid, 2005.

OVIDIO, *Poesia eròtica: Amors, Art amatòria, Remeis a l' amor*, Edicions 62, Biblioteca Grècia i Roma de la Bernat Metge, Barcelona, 2009.

OVIDIO, *Tristezas-Pónticas*, Akal, Madrid, 2010.

POSADAS, Juan Luis, *Los emperadores romanos y el sexo*, Sílex, Madrid, 2011.

QUIGNARD, Pascal, *El sexo y el espanto*, Minúscula, Barcelona, 2005.

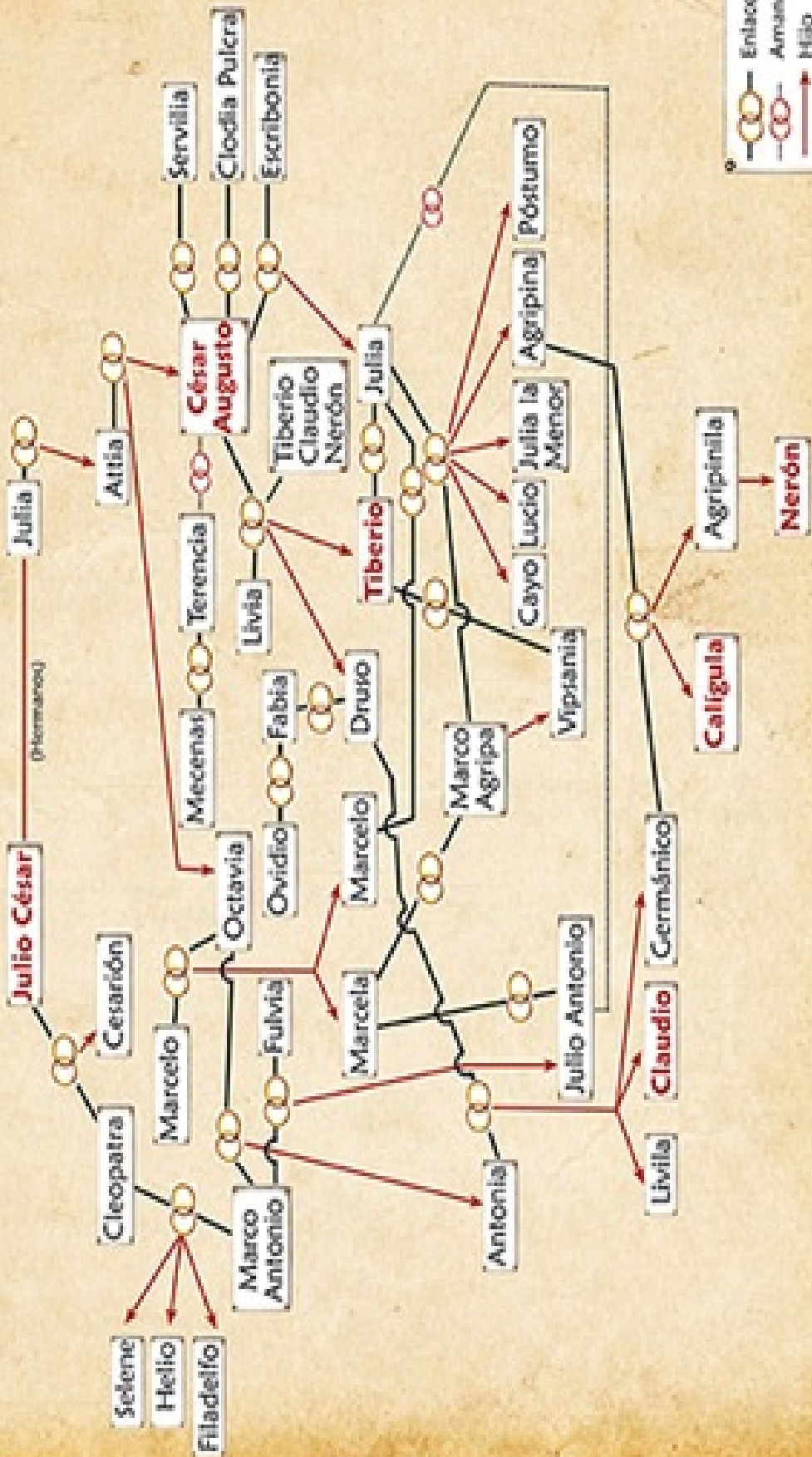
STRACIATTI, Ettore, *El amor en la Roma pagana*, Rodegar, Barcelona, 1975.

SUETONIO, *Vida de los doce césares*, Espasa, Madrid, 2007.

VEYNE, Paul, *Sexo y poder en Roma*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2010.

WILLIAMS, John, *August*, Edicions 62, Barcelona, 2013.

FAMILIA JULIA-CLAUDIA



Entlace
 Anusías
 Hijo
Nerón
 Emperador



La Península itálica
en tiempos de
Augusto

- Isla Ponantaria: Eslavo de Julia (2 d.C.)
- Isla Planada: Eslavo de Pótemo (7 d.C.)
- Isla Trinaxia: Eslavo de Julia la Menor (7 d.C.)
- Via de Augusto y Ulpia



VÍCTOR MANUEL AMELA BONILLA (Barcelona, 1960). Periodista, profesor y escritor, conocido como Víctor Amela, ha pasado gran parte de su carrera ligado al periódico *La Vanguardia*.

Estudió Periodismo en la Universidad Autónoma de Barcelona y empezó la carrera de Derecho, aunque la abandonó en cuarto curso. Entró en prácticas en *La Vanguardia* poco después. Empezó con las secciones de espectáculos y televisión, y en 1989 fue nombrado jefe de la sección de comunicación del diario. Fundó junto a Ima Sanchís y Luis Amiguet el espacio *La Contra* en *La Vanguardia* en 1998, y ha publicado cientos de entrevistas desde entonces. Colabora con otros medios como *RNE*, *RAC1* o *8tv*.

A su labor periodística hay que sumar su labor como profesor. Ha impartido clases en la Universidad Autónoma de Barcelona y la Universidad Ramon Llull, y ha colaborado con otras del territorio español como la Universidad de Zaragoza o la Universidad de Castellón.

Y también su labor como escritor, de ficción y no ficción. Su primera novela se publicó en 2005, **Algunas cosas que he aprendido**. A esta le han seguido **Casi todos mis secretos**, **El cátaro imperfecto** o **Amor contra Roma**.

A lo largo de su carrera ha sido distinguido con diversos premios periodísticos como el *Premio Ondas* 2004, *Premio Catalunya de Comunicación y Relaciones Públicas* (2006) o *Premio Micrófono de Plata* (1999, 2002, 2008). En 2016, sumó uno más por su faceta de autor, el *Premio Ramon Llull* por **La filla del capità Groc**, publicado en

castellano como **La hija del capitán Groc.**